



UN PASEO POR PARIS

RETRATOS AL NATURAL

POR

DON ROQUE BARCIA.

ADVERTENCIA.

Después de las infinitas sandeces y extravagancias con que los del vecino imperio acostumbran á pasar ratos tan frecuentes de buen humor á costa de nuestro país, apenas se concibe que no haya habido algun escritor español que dijera de ellos tantas verdades, cuantas son las mentiras que ellos han dicho de nosotros.

Lo más que han hecho ciertos celosos escritores nacionales, ha sido vindicarnos de aquellas ingeniosas imposturas, de aquellos novelescos despropósitos, como quien repele una invasión extraña; pero ninguno (que sepamos) ha hecho una expedición á sus tierras, con ánimo deliberado de ver y de decir lo que por allí pasa, porque algo que merezca la pena de verse y de decirse debe pasar.

Esto es lo que, con escasísimos recursos y muy endeblés fuerzas, vamos á hacer nosotros.

Ellos han venido á nuestra casa. Nosotros irémos á la suya, aunque hay una diferencia capitalísima en el pensamiento y en la intencion con que ellos han venido, y nosotros vamos.

Ellos han venido á oler y fisgar, para decir luego entre los suyos, no lo que han visto, sino lo que han soñado, ó lo que han querido soñar para escribir una novela y producir un efecto cómico, á expensas de la honra de un pueblo noble y generoso, brusco quizá, inculto tal vez, pero generoso y confiado; tan generoso y tan confiado, que recibe con palmas y olivas á los que le insultan.

Nosotros irémos á oler y fisgar, para decir sencilla y buenamente lo que hemos oido y fisgado. Si es malo para ellos, que tengan paciencia; si es bueno, con su pan se lo coman, y nosotros procurarémos comer tambien lo que podamos, porque lo bueno es pan que debe comer todo el mundo.

Ellos han venido á burlarse.

Nosotros irémos á estudiar.

Ellos han sido novelistas.

Nosotros serémos historiadores.

Ellos han dicho la pura mentira, si es que hay mentiras puras.

Nosotros dirémos la pura verdad; la verdad sin dimes ni diretes, á la buena de Dios, *á la pata la llana*, como dice la gente por estas buenas tierras de *Morería*.

Las mil y una noches que ellos han contado de nosotros, repugnan de tal modo á la evidencia de los hechos, que si no pusieran el nombre de nuestro asaeteado país, los mismos españoles no conoceríamos que se hablaba de España. Los mismos españoles creeríamos que se nos hacia la descripcion de cómo viven algunas tribus de la Polinesia ó de las Molucas.

Lo que nosotros dirémos de los franceses será un retrato tan al natural, un retrato tan *candorosamente* parecido, que no habrá persona, por poco instruida que esté en materia de caracteres nacionales, que no eche de ver por instinto que hablamos de Francia, aunque nosotros supusiéramos que la escena pasaba en la Nigricia. Todo eso tendrémos á nuestro favor: pagarémos deudas antiguas, dando verdades á trueque de embustes, agradeciendo y recomendando lo que juzguemos que debamos recomendar y agradecer.

Sufra, pues, el civilizadísimo Paris, el tan culto y refinado Paris, el Paris tan sutil, tan impalpable y tan vaporoso; sufra, decimos, que un *tosco africano* se le entre por las puertas, sin decir tú ni mú, ni saco de paja, y le desdoble ciertos pliegues, y le adivine ciertas cuitas, y le ponga el dedo en ciertas llagas, y quite la tierra de ciertas sepulturas, y descubra ciertos cadáveres.

Lo vamos á decir con vergüenza; pero lo vamos á decir. Tenemos miedo, lo que se llama miedo, de vernos en Paris. Nos parece (y lo hemos anotado en nuestra cartera de viaje como un suceso previsto y corriente) que aquel coloso nos va á confundir con una mirada, si es que no se digna aplastarnos con un pié; y que aún cuando tenga la indulgencia de no aplastarnos ó de no confundirnos, no vamos á saber por dónde entrar, ni por dónde salir en aquel laberinto formidable; de todo lo cual resultará que tendremos que volvernos á nuestra humilde casa con los tiestos en la cabeza.

Presumimos que nos va á suceder lo que á los monos de poco tiempo: se suben al árbol para coger cocos, y las más de las veces son aplastados por la misma fruta que quieren coger.

Pero, en fin, lector mio, pecho al agua; vamos al maravilloso y estupendo Paris, á ese Paris que tantas veces habrá sonado en tus orejas, en tu pensamiento, en tu corazon, en tu fantasía ... sobre todo en tu conciencia y en tu bolsillo. La ignorancia es muy atrevida, y lo suplirá todo. ¡Buen ánimo, lector! ¡vamos á Paris!

Si vale juzgar por el plan que nos hemos formado anticipadamente, estos estudios comprenderán las siguientes séries.

PARIS MORAL, PARIS CURIOSO, CONSIDERACIONES Y DESPEDIDA.

El PARIS CURIOSO comprenderá una reseña histórica de Paris, monumentos, estadística y hechos notables, con una descripción diaria de las impresiones que allí recibamos, y que transcribiremos al papel con la más escrupulosa fidelidad.

A falta de otro mérito superior, la presente obra será notable por la expresión ingénuo con que será escrita. Si hay algún aliño en lo que

escribamos, será el que buenamente salga á nuestro encuentro. Nosotros no hemos de buscar otra cosa que procurar decir, en la forma más fácil, lo que veamos, lo que sintamos y lo que pensemos.

INTRODUCCIÓN.

¡Paris, fábula del mundo, fábula de tí propio; palacio por fuera, sepulcro por dentro, salve!

Hace un mes que estamos en Paris mi mujer y yo. En este mes de noviciado y de aprendizaje, ¡cuántas cosas nos han sucedido! ¡cuántas sorpresas hemos llevado! Mi compañera y yo no hemos podido sacudir todavía la inevitable ofuscación de las primeras impresiones, y estamos como sordos, y nos miramos con cierta expresión alelada. ¡Qué ruido! ¡Qué tropel! ¡Qué infierno! Madrid no es más que un barrio de esta confusa y turbulenta Babilonia; no es más que un lienzo de este interminable panorama de sombras chinescas.

Pero la narración de las aventuras que nos han sucedido durante este mes, (¡qué mes, Dios mío!) toca al PARIS CURIOSO, y no debemos alterar el sistema que nos hemos propuesto seguir. Aquí sólo hablaremos del PARIS MORAL, cuyo punto nos ha parecido conveniente tocar ante todo, correspondiendo á lo que de nosotros exige una necesidad de nuestro país. Francia tiende á absorbernos en todos sentidos, también en sentido moral, y no nos conformamos de ningún modo con que nos absorba en ciertas tendencias, ahora que sabemos y presenciamos lo que no sabíamos ni presenciábamos antes.

Nos explicamos, con más ó menos dificultad, que nos ponga la ley con sus figurines, con sus modas, con sus jabones, sus pomadas, sus esencias y sus juguetes: nos explicamos sin violencia que nos ponga la ley con sus graciosísimos diges, con sus elegantísimas bicocas, con sus poéticos relumbrones, con sus cultísimas frivolidades: nos explicamos, gimiendo ó no gimiendo, que nos domine con sus tejidos, con sus ácidos, con sus instrumentos, con sus libros, con sus novelas, con sus dramas, hasta con su idioma: todo eso podemos explicarlo; pero no nos podemos explicar que deba ser nuestra dictadora en punto á costumbres. Contra semejante conato se levanta airado nuestro corazon. No reconocemos ese dominio, no admitimos esa tutela, no concedemos esa supremacía, por más que la organizacion exterior de las cosas nos deslumbre; por más que la cara postiza de que todos los hechos se revisten aquí, haga que confundamos el inocente arrullo de la tórtola con el canto agorero de la corneja. Aquí hay una cosa particular, indefinible, múltiple, casi infinita: una cosa que está en todas partes, que todo lo llena, que todo lo anima, que á todo de su forma y su rostro, como nuestro pié de su forma propia á nuestra pisada. Hay una cosa que nosotros llamamos *el palaustre francés*. Los franceses tienen un *palaustre*, con el cual adoban y alisan tan admirablemente la exterioridad de las cosas, la parte que se ve, lo que está por fuera, lo que produce en nuestros sentidos y en nuestra fantasía el primer efecto dramático: preparan tan *deliciosamente* las cosas con unos cuantos golpes de su portentoso palaustre, que aquí casi todo parece arte, cuando real y verdaderamente casi todo es un simple artificio. Traigamos á Paris cualquier cosa, una fruslería cualquiera, de España, de Italia, de Inglaterra, de Rusia, de Turquía, del Mogol; démosla á un francés, dejemos que el francés la lleve á su casa; que allí la componga, que la aliñe, que *la lave la cara con su*

palaustre, y es bien seguro que la fruslería extranjera será en Paris una especie de magia. Por dentro será fruslería, el interior estará vacío, *el precioso busto no tendrá seso*, como dice la fábula, pero lo de fuera será un encanto. ¡Qué hechizo tan particular, qué inspiración tan asombrosa, qué talento tan admirable hay aquí, para hacer ver que *es algo lo que no es nada!* Quizá no lo habremos meditado bastante; tal vez no conocemos lo necesario este inmenso laboratorio, esta inmensa química; acaso seremos injustos y agresivos con esta sociedad que nos asombra, como podría asombrarnos una fantástica aparición; suplicamos al pueblo francés que nos perdone; pero vamos a manifestar una idea, que hemos concebido más de una vez, que hemos concebido muchas veces, bajo la influencia de hechos análogos, lo cual prueba al menos que nuestra idea no es el resultado de una excepción. Cuando el espectador ríe siempre, ó siempre llora, algo hace el actor para producir aquella risa ó aquel llanto. Hé aquí nuestra idea. Creemos que el dominio que Paris ejerce, creemos que ese espíritu en alas del cual visita todo el globo; ese reinado que tiene un trono en tantos pueblos; esa culta y privilegiada tiranía con que está pesando sobre el mundo de hoy; creemos que esa mañosa red que tiene extendida sobre toda la tierra, no es tanto la obra de su ciencia, de su arte, de su industria y de su comercio, como la de su prodigiosa habilidad en dar á las cosas una segunda cara, una cara postiza, *la cara francesa*: es decir, una mano que cubre la cara de carne con una máscara de carton. Creemos que la supremacía que hoy alcanza, el universal señorío de que con más ó menos razón está tan orgulloso, no lo debe tanto á las creaciones de su genio, como al artificio de su palaustre. Otro crea, otro hace, otro descubre, otro saca del caos del pensamiento la sustancia impalpable de la idea, el gérmen divino. Esta idea arranca, esta idea camina por el mundo,

Paris la llama, la acaricia, la pule, la compone, la ajusta, la viste: es decir, coge su mezcla maravillosa, empuña su palaustre mágico ... ¡oh portento! ¡Ved como brilla ahora lo que poco antes era oscuro! ¡Ved qué gracioso, qué bonito, qué jugueton es, lo que poco antes era duro, severo, grave! Antes era una cosa; lo que el arte ó la naturaleza queria que fuese; ahora es una *monería*, lo que Paris ha querido que sea. Dios y el hombre tienen un taller. Paris tiene otro; el taller de Paris. El escudo de armas de esta importantísima ciudad, debia representar un monarca que empuña por cetro un *palaustre*. Volvemos á pedir uno y mil perdones al pueblo parisiense, imploramos humildemente su indulgencia, en justo pago de la deslumbradora hospitalidad que nos ofrece; pero hemos dejado nuestra pobre España para decirla, no lo que soñemos, sino lo que creamos, y eso es lo que creemos al pié de la letra.

Pues volviendo á la cuestion moral, hemos descubierto que el *palaustre francés* anda tambien alisando la cara de las costumbres, y que más allá de esa cara lisa y graciosa, abajo, en lo hondo de la fábrica, hay ciertas escorias que el palaustre no puede quitar, porque el palaustre no quita nada, lo compone todo. Y nosotros, rudos y aviesos españoles, no queremos esas composturas francesas. Aunque la cara no esté tan bonita, preferimos que el interior no esté tan podrido, y dando las gracias encima, regalamos á nuestros vecinos la escoria que está dentro y la cara graciosa que está fuera.

Excusamos advertir que no nos duele que seamos llevados por un espíritu extranjero, sino que seamos llevados sin razon. Cuando la razon media, cuando la religion universal de lo bueno y de lo justo nos hace hermanos, no vemos extranjeros, sino hombres. La idea del hombre nos hace grandes, generosos, magnánimos, inmensos, por

decirlo así, y no debemos pagar á aquella noble idea siendo egoistas. ¡No! No marcamos fronteras á los hechos universales, como lo son todos los que se refieren al bien humano. No ponemos límites á ese bien, como no damos patria al ambiente, á la tierra, al calórico, á los celajes. Un patriotismo exagerado, es al mismo tiempo una ridiculez, una superstición y una imbecilidad. Nos pondremos de parte de España en este caso, porque cuando un hecho particular quiere absorber á otro hecho particular, no podemos menos de declararnos á favor de aquel que recibe la agresión injusta, especialmente cuando este hecho corre unido al amor y a la veneración que nos merecen las cenizas de nuestros padres, Antes que cuestión de país, es cuestión de verdad. Es cuestión de patria también; seríamos hipócritas si lo negásemos; pero este respeto viene después, como un hombre está después de la humanidad, como la narración de un solo hecho está después de toda la historia.

Tal es el pensamiento con que vamos á tratar esta delicada materia, y declarado así, quedamos tranquilos y con el valor suficiente para decir cuanto nos dicten nuestras convicciones. Pero no faltará quien diga: ¿á qué tantas ceremonias y escrúpulos con esos hombres aturdidos y desleales, que hablan al mundo de nuestro país, como si hablasen de una horda de la Nueva Zelanda?

No, señores: la infantil ligereza con que nuestros vecinos hablan de nosotros; esa ligereza que es tan nativa en ellos, y que se les debe perdonar por ser un achaque de raza, una verdadera enfermedad de temperamento y de carácter; ese chistoso *sans façon* con que nuestros vecinos dicen las mayores sandeces con la formalidad más pomposa y más entusiasta; esa especialidad francesa que consiste en hablar de la niñería más grande que se ocurre á hombre, con la mayor

magnificencia y esplendidez del mundo; *ese curiosísimo secreto* de nuestros vecinos, no nos autoriza para insultar á una nacion. Nosotros sentiriamos remordimiento si entrásemos en el exámen de esta sociedad con una intencion egoista. ¡No! Por respetos al pueblo francés, por decoro á nuestro país, por nuestro propio honor, como escritores públicos, no harémos lo que hacen los franceses, con lo cual probarémos, que si no somos tan refinadamente cultos, somos al menos más clásicamente cristianos. La naturaleza lleva en sí cierta cosa bravía de buena índole, una virtud salvaje, pero candorosa y original, y esta ventaja tenemos los bárbaros.

Esta série comprenderá los siguientes capítulos:

- 1.º Moralidad de los franceses con relacion á la ley.
- 2.º Con relacion á la opinion.
- 3.º Con relacion á las costumbres.
- 4.º Con relacion al trato civil.
- 5.º Con relacion á la industria y al comercio.
- 6.º Con relacion al arte.
- 7.º Con relacion á la familia.
- 8.º Con relacion á cosas que verá el curioso lector.

I.

=Moralidad de Paris con relacion á la ley=.

Llegamos á Paris á las tres de la tarde, y no faltaba mucho para oscurecer, cuando entrábamos en un hotel, llamado de los Extranjeros, á tiro de pistola de los magníficos bulevares. Comimos luego en un lujoso y *aéreo Restaurant*, situado en la Plaza de la Bolsa, cuyo dueño se llama como jamás olvidaré, *Champeaux*. Ignoro si este nombre puede tener para los oídos franceses alguna poesía; pero sé muy bien que es un nombre célebre, prosáica y dolorosamente célebre para mi afligido bolsillo, como verá el lector en el PARIS CURIOSO.

A las diez salimos del famoso *Restaurant-Champeaux*, y por señas que mi mujer y yo caminábamos sin decirnos oste ni moste. ¿Por qué tal silencio? Preguntará tal vez algun curioso. ¡Ay, lector, lector de nuestra alma! Ordinariamente no hablamos, despues que somos ...sorprendidos. La escena del *Restaurant* nos dejó mudos. De vuelta, por fin, en nuestro hotel, quiso mi mujer acostarse y notó con harta extrañeza que los dos balcones de nuestra habitacion no tenian maderas, y que á una de las vidrieras faltaba el pestillo. Es decir, notó con extrañeza que dormir allí era dormir en medio de la calle, á pública subasta, como decimos por allá. Se trataba de un piso entresuelo muy bajo, no habia puerta en los balcones que daban á la calle, uno de los cierros de cristales carecia de pestillo.... ¿Cómo era posible que mi

mujer, la más medrosa de las mujeres, se resignara á pegar los ojos en un cuarto, expuesto al antojo del primer transeunte?

Llamo al *garçon*, y le digo que se habian olvidado sin duda de poner las maderas á los balcones, y que una de las vidrieras no cerraba. El *garçon* se sonrió compasivamente. Hace cuarenta años, me dijo, que este hotel existe; tal como está hoy estuvo siempre, y todavía no se cuenta que haya sucedido la menor tentativa de robo.

¡Bah! no tenga usted miedo. (¡N'ayez pas peur, allez!) Y diciendo esto se marchaba.

—Oiga usted, le grité con resolucion: ¿es decir, que nos hemos de quedar de este modo?

—El amo responde de lo que suceda.

—Perdone usted; el amo no puede responder de que me degüellen, y si esto aconteciera, me importaria muy poco que su amo respondiese.

El *garçon* soltó una carcajada con el mayor aplomo, cual si creyera que yo queria tener con él un rato de solaz, y desapareció como un cohete.

Referí á mi mujer lo sucedido, y mi mujer determinó pasar, la noche cerca de los cristales, reservándose mudar de habitacion al dia siguiente.

Yo calculé que la sinrazon no estaba en el amo del hotel, sino en nosotros. Esto es una costumbre del país, costumbre que no tiene aquí peligro alguno: ¿por qué prestar oídos al temor infundado de un extranjero, en cuya nacion se vive de otro modo?

¿Por qué presumir que nosotros dos estimamos más nuestros bienes y nuestras vidas, que los centenares de hombres que diariamente se hospedan en este mismo hotel? ¿Por qué presumir que el amo había de exponerse á perder los muchos objetos de valor que decoran nuestra vivienda? ¿Por qué presumir que un establecimiento tan importante, podía aceptar el riesgo de desacreditarse en una hora, supuesto un robo ó un asesinato?

Yo preferiria que estos balcones tuviesen maderas; preferiria que los transeuntes no tuvieran la tentacion continúa de ver dos balcones á su disposicion, dos balcones que pueden tocarse con la mano; pero visto que esto es aquí un hecho normal, me parece tan extravagante y tan ridículo querer otra cosa, como lo seria en Constantinopla el pretender que cada casa no fuese un palacio encantado.

En fin, mi mujer se acostó, por obediencia, y no cerró los ojos hasta que observó que estaba muy entrado el dia. Pero luego que nos habituamos á la vida nueva, tanto el dinero como los relojes quedaban sobre la mesa ó sobre el armario, casi á la vista del que pasara por la calle. Excusado fuera decir que nadie vino á desposeernos ni á matarnos.

Hemos atravesado varias veces todo Paris: jamás hemos tenido noticia de un robo á mano armada, de un asesinato, de un tumulto de ninguna especie. Sólo hemos presenciado una riña entre dos hombres en la calle de Buenavista (*Beauregard*), disturbio que duró un momento y que no tuvo consecuencias desagradables. Trato, pesos, medidas, comestibles, todo se ajusta perfectamente á la ley.

Estudiado Paris en otras tendencias, apenas se concibe, ó se concibe como concebimos un prodigio, la existencia de ese escrupuloso nivel

entre la conducta social del que obedece, y la voluntad del que manda. Este nivel es evidente, y sólo la ignorancia, la preocupación ó el odio pueden desconocerlo.

Hemos estudiado con el mayor esmero esta faz de la civilizacion parisiense, y debemos decir que muy rara vez hemos visto que una manifestacion pública del individuo, esté en discordancia con el precepto de la sociedad: es decir, con las leyes escritas.

No falta quien haya atribuido este resultado á la vigilancia de la policía; pero esta manera de juzgar no es la que más revela un conocimiento sazonado de las cosas.

La policía, como todo hecho represivo, podrá evitar casos particulares, accidentes de localidad y de hora; no producir un caso general, unánime, con rarísimas excepciones. Aquí es una disposicion general de los ánimos y de las costumbres no herir la propiedad, en cuanto esta propiedad está garantida por una proclamacion formal de la ley.

Para que esta disposicion de los ánimos y de las costumbres fuese resultado de la vigilancia de la policía, fuera menester que cada individuo tuviera un vigilante tan unido á él como el pié á su huella, lo cual nos llevaria á suponer la existencia de tantos espías como ciudadanos. Esto es absurdo.

Cuando un pueblo es tan inmoral que cada uno de sus hijos necesita un espía para no ser asesino ó ladron, no hay fuerzas humanas que impidan que el individuo de aquella sociedad sea ladron ó asesino. El espía no puede hacer otra cosa que añadir á la suma un guarismo nuevo. El ciudadano criminal tendria necesidad de un cómplice: este cómplice seria su propio guardian, la policía, el espionaje. El

espionaje, pues, sólo serviría para dar autoridad á los crímenes, ó para sucumbir en la lucha. Sí, la policía tendría que ser cómplice, ó robada y asesinada por el ladrón y por el asesino.

¿Quién lo duda? Cuando un cáncer se apodera de todo nuestro cuerpo ¿dónde encontrareis carne sana que oponer á la carne cancerosa? Si el cáncer está en todas partes, si hay que cortarlo todo, ¿en qué punto concebís la vida? ¿De qué manera concebís la vida en una carne que debe cortarse?

Esto no puede ser, y no pudiendo ser en ningún país del mundo, no hay razón para que sea en París. No, no es la policía. Policía hay en Austria, y la criminalidad es incomparablemente mayor. La Inglaterra mantiene hoy menos policía que el imperio francés, y la Inglaterra es un país más morigerado que Francia. Menos policía tiene Bélgica, mucha menos, y las costumbres de aquel país son bastante mejores que las del pueblo que examino. En caso parecido se encuentran la Holanda, algunos Estados alemanes, las Ciudades Libres y la Suiza.

Cerdeña tiene menos policía que Nápoles, y Nápoles es más criminal que

Cerdeña en una proporción fabulosa.

No, la policía es un hecho puramente exterior, y de este origen no pueden provenir las altas razones morales, religiosas, políticas y económicas, que marcan los grados de sociabilidad en todos los pueblos de la tierra, sociabilidad que es el gran círculo donde todos los hechos humanos se contienen, las costumbres también.

No; la represion hace lo que una argolla. La argolla no tiene la virtud de convertir á los malvados. La argolla no es un poder humano, un poder moral; mata, no educa.

Pues ¿de dónde procede la religiosidad del pueblo francés en atemperarse al precepto público? Sobre esto dirémos despues unas cuantas palabras. Ahora no hacemos más que exponer hechos, y el hecho es que aquella religiosidad exterior se manifiesta de una manera incuestionable. Vamos ahora á ver las cosas de otro modo.

II.

=Moralidad de Paris con relacion á la opinion=.

Esta moralidad es tan escrupulosa como la que se observa con respecto á las leyes, aunque proviene de causas distintas.

¡Cuántas manifestaciones engañosas! ¡Cuánta observacion, cuánto deseo y cuánta buena fe se necesitan para penetrar en el interior de este laberinto, y ver los hechos como son en sí!

¿Nos dejamos un paraguas, un pañuelo, un bolsillo, en algun café, tienda, quizá teatro? Pues volvamos y allí estará.

¡Moralidad asombrosa! se exclama.

Poco á poco, amigos mios. No niego que esto es preferible á vernos asaltados por una partida de beduinos ó de turcomanos, pero nosotros nos guardaremos muy bien de llamarlo virtud. Le llamaremos habilidad; virtud, no. ¿Por qué no? Vamos á explicarnos; pero, lector mio, con tu vénia, hablaremos en adelante en singular.

Yo tengo una tienda, un café, un teatro, una fonda. Sin el favor de la opinion pública, esto es, sin crédito exterior, sin probidad aparente, sin esa probidad que sale á la calle vestida de colorea muy vivos, como los payasos, para que la gente se pare á verlos: sin la moralidad de la opinion en un gran centro de competencia, claro es que me arruino.

¿Pues qué hago? Agenciar dia y noche aquel favor, aquella condicion necesaria para que yo adelante y goce; mejor dicho, procurarme sin descanso aquella mercancía indispensable para que sea un mercader feliz.

¿Vale más mi crédito que un paraguas, un pañuelo, un bolsillo, un billete? Pues tome usted el billete, el bolsillo, el paraguas. ¿Vale más mi mercancía que la de usted? Pues tome usted su mercancía.

Pero si el bolsillo contuviera bastantes monedas para asegurar de una vez mi fortuna; si el billete fuera un talon contra el Banco de Lóndres, y representara una cantidad que hiciera imposible la ruina; si la mercancía de la tienda, del café ó de la fonda, valiese menos que la del bolsillo ó el billete de usted, ¿cree usted que el hombre moral de Paris dejaria de ajustar la cuenta por los dedos; cree usted que dejaria de anotar en el libro de entrada la partida mayor?

No niego que habrá muchas y honrosas excepciones: no condeno la intencion virtuosa de uno ó mil individuos. Hablo de la temperatura general que, en mi juicio, tiene aquí la conciencia.

Esta verdad se descubre más fácilmente en los cocheros. La ley ofrece una recompensa pecuniaria, y en otros casos una mencion honorífica, al conductor de un carruaje público que presente en las

oficinas de la policía los objetos olvidados en su carruaje. Los objetos devueltos en este año suman un valor de 43.000 duros.

Pero ¿qué sucede en realidad? ¿Que sentido tienen estos alardes de pureza y de abnegación ante la moral verdadera, ante la emoción íntima del alma, esa emoción que siente el bien, y que tiene bastante con sentirlo, como mi corazón ama la belleza, y tiene bastante con amarla? ¿Qué significan esos 43.000 duros devueltos á la policía de esta ciudad?

Significan lo siguiente; y cuidado que no hablo de memoria, sino por experiencia.

Si el objeto olvidado no valía la pena de que la policía premiase al *cochero honrado*, el cochero honrado hizo noche de aquel objeto.

Si el objeto valía mucho más que la recompensa pecuniaria ó la mención honorífica, el objeto no pareció tampoco.

¿Pues qué objetos son los que parecen? Parecen aquellos que no valen menos ni más que el premio ó la mención; no parecen más mercancías que las que convienen al negocio.

Al volver una tarde de Passy, tomamos un coche cerca de las barreras del arco del Triunfo; era de dos asientos, y un amigo que nos acompañaba tuvo la bondad de subirse al pescante, mientras que mi mujer y yo ocupábamos el interior del carruaje.

No hacía diez horas que nos habíamos comprado un sobretodo de goma, forrado de merino, y que podía usarse tanto para las lluvias como para servir de sobretodo.

Llegamos al hotel de Buenavista; subimos; á poco notamos que el amigo se habia dejado el sobretodo en el pescante; el cochero no pareció por nuestro hotel, ni el sobretodo pareció tampoco por las oficinas de la policía. Me consta, porque estuve á saberlo, contra la voluntad del interesado, que se hubiera creído en pecado mortal si un sobretodo le obligara á mover un pié ó á despegar un labio.

En fin, depuradas las cosas en el crisol de la verdad, la virtud de Paris con respecto á la opinion pública, seria una hipocresía, un fraude, un dolo, si no fuera un comercio hábil, una industria que participa de cierto hechizo para explotar al hechizado; ¡*palaustre tambien!*

La conciencia se escribe y se suma: el guarismo mayor es el más moral.

¿No hay guarismo? Pues no hay nada.

¿Y dónde no sucede lo mismo? se replica.

Yo contesto que no sucede lo mismo en la mayor parte del mundo; yo contesto que esa disposicion del sentimiento y de los hábitos, es una especialidad francesa, al menos una especialidad parisiense. Aquí, la alucinacion de la fantasía se ejerce sobre todo, hasta sobre el tul de unos manguitos, hasta sobre los pliegues que se dan á una tela cualquiera: ¿cómo no ha de ejercerse sobre las deliberaciones y las costumbres?

Lo que aquí se llama moralidad, se llama en otras partes astucia, destreza, *comprar y vender entendiendo el oficio.*

Yo no condeno tanto el hecho, como su falsa manifestacion y su falso alarde. Llámenlo negocio, empresa, mercado: llámenlo como quieran, moral, no. Eso no es la moral; *la cara de carton no es la cara de carne.*

La moral no se escribe sino sobre el código eterno de una verdad que no se suma, que no se palpa: una verdad lúcida, inocente, afectuosa y bella como el recuerdo de una madre; alta, noble, expansiva y universal como la idea de Dios.

III.

=Moralidad de Paris con relacion á las costumbres=.

En una de las tiendas contiguas al pasaje de la calle Montmartre, cerca del Mercado Nuevo, han llevado á mi mujer diez sueldos por unas trencillas que cuestan dos en la plaza de las Victorias, siendo estas últimas tal vez de mejor calidad.

Notaron que era extranjera, y la llevaron cinco veces más de lo justo.

En el pasaje de los Panoramas compramos un frasco de vinagre de olor, un pomo de aceite y algunas pastillas. Yo creí equivocadamente que el frasco valia dos francos y medio, y pagué á razon de esta suma. Pero no valia más que uno y medio; la señora que despachaba se apercibió sin duda del exceso de un franco, (la mujer francesa se apercibe de todo) y se contentó con añadir una pastilla, como si se tratara de un regalo con que nos obsequiaba.

La pastilla valia seis sueldos, de modo, que fué moral regalando una pastilla que me costaba dos veces más de lo que valia.

En la calle de Montmorency hay una casa particular donde se come (*cuisine bourgeoise*); hemos asistido á la mesa redonda varios dias, y constantemente nos han llevado mucho más que á los comensales franceses.

El garçon del hotel de los Extranjeros me pidió un franco diario por el arreglo de la habitación, al cabo de dos meses de nuestra estada allí. Ni la señora me habló de ello jamás, ni el garçon me dijo una palabra, sin embargo de que á él pagaba la habitación cada quince días, y de que no me daba una carta, ni me traía recado alguno sin que le gratificase en el acto.

¿Qué cosa más natural que advertirme de ello cuando entré en el hotel? ¿Qué cosa más justa y más sencilla que decirme: «paga usted siete francos por la habitación y uno por el servicio?» ¿Y si yo no hubiera tenido más que los siete francos, único compromiso que contraí?

Y cuando gratificaba todos los días al criado, ¿qué cosa más natural que haberme dicho: «adverta usted que estas gratificaciones no le desquitan de un franco diario que ha de darme por el arreglo de la habitación?»

Pues nada; calló durante sesenta y siete días, y hubiera callado más tiempo á no haber notado que queríamos mudar de hotel. Entonces me lo dijo con una sangre fría, con un aplomo, *con una conciencia de su buen derecho*, que yo le escuchaba y no comprendía qué quería decirme. ¡Cuitado de mí! Me mudaba por ahorrarme 50 francos mensuales, y aquel hombre me pedía 67. ¿Qué es esto?

Yo tengo el defecto de que doy demasiada importancia al no quejarme, al sufrir en silencio; pero esta vez no quise callar. Se trataba de 67 francos que me hacían falta, se trataba además de que era extranjero, de que era español; casi todas las cuestiones son para nosotros en Francia cuestiones de decoro, y me di á bajar la escalera con el fin de hacer saber á la señora lo que ocurría.

La señora no estaba, pero estaba el *señor*, el cual me recibió de una manera amabilísima, porque creyó tal vez que iba á pagar; pero luego que se hubo enterado del asunto, *de l'affaire*, como dicen aquí, frunció el entrecejo, agrió la voz, y se ladeó un poco, cual si quisiera significarme que mi reclamacion era cosa que él se echaba á la espalda.

Yo me hice francés en aquel momento y no dejé de mano *mi negocio*.

—Por siete francos me ajusté, le dije; los he pagado, nada debo.

—En mi hotel hay costumbre de pagar aparte el servicio de la habitacion.

—Usted es muy dueño de establecer en su hotel todas las costumbres que le parezcan convenientes, pero no de establecer costumbres con la condicion de que yo las he de pagar, cuando las ignoro.

—Todos las pagan, caballero, y nadie murmura.

—Pues contra lo que hacen todos, digo á usted, que ni usted ni nadie puede perjudicarme por una ignorancia de que no tengo culpa.

—Yo no tenia necesidad de advertir á usted acerca de nada ...

—Ni yo de pagar.

Diciendo esto, salí del gabinete de recepcion, donde nos encontrábamos, y subí á mi Cuarto, dispuesto á dejar el hotel en el momento mismo.

Apenas habiamos empezado á poner en órden nuestro equipaje, cuando llamaron á la puerta. Era la señora. ¡Triste de mí!

—Siento-mucho, me dijo, que usted se haya incomodado ...

—Perdone usted, señora: yo no me incomodo por mí: hacen que me incomode.

—¿No pensaba usted dar nada al criado?

—Le he dado más de seis duros, durante nuestra estancia en este hotel.

—¿Pero no pensaba usted gratificarle cuando se marchara?

—Sí, señora; pensaba darle cinco ó diez francos; tal vez cincuenta, acaso ciento, si hubiera creído que los merecía; pero no pensaba tener obligación de dar 67, cuando nada se me ha advertido, cuando nada sé, cuando por el contrario tengo necesidad de saber lo que he de pagar, porque mi bolsillo no es infinito....

—Pues bien; hágalo usted por mí, dé usted al criado la mitad de lo que ha pedido.... ¿Qué menos ha de dar usted que medio franco por arreglar la habitación?

En fin, entró la parte mágica, y *la función* me costó seis napoleones cumplidos.

¿Con qué objeto exponerse á escalar puertas ó balcones, cuando hay el arte necesario para hacerlo mágicamente?

En el bulevar de la Buena Nueva me compré una levita de verano por 35 francos. El amo del establecimiento quitó la enseña donde estaba escrito el precio, y nos dió la levita perfectamente envuelta en un gran papel. Yo le di dos piezas de 20 francos, y esperaba que me diera la vuelta; pero el amo no pensaba en tal cosa.

Tuve que preguntarle cuál era el precio de la levita para arrancarle los 5 francos que sobraban. Tal vez aquel hombre obraba distraidamente; esto podía suceder; no quiero hacerle reo sin tener entera convicción; pero los varios lances análogos que me han sucedido, me dan el derecho de consignar aquí este escrúpulo, para que valga lo que la sensatez del lector juzgue regular.

Muy pocas cosas puedo decir acerca de la prostitución de esta ciudad extraordinaria.

Los lectores saben que la prostitución se considera aquí como una industria, industria que tiene su matrícula, que está bajo la vigilancia del gobierno, pagando en trueque una contribución.

La policía da á las mujeres públicas dos *horas de reclamo*, desde las nueve hasta las once de la noche. Es un espectáculo sumamente curioso, aparte lo que tiene de aflictivo, el sentarse en un balcón de una de las travesías que conducen á los grandes centros, y ver pasar y repasar á estas mujeres, desempedrando las aceras. Andan de una manera prodigiosa. Cualquiera diría que caminan sobre resortes ó por influencia magnética. Son un torrente á que abren el dique, y anda en dos horas lo que estuvo parado en las veinte y dos de cautiverio.

No se contentan con insinuarse por su manera especial de moverse, ni *concecear* á los transeúntes, sino que los llaman, los detienen, los exhortan, como un candidato catequiza á los electores. Esto no deja de tener su ventaja, porque la mujer pierde el prestigio que la da el recato, aunque sea un recato hipócrita, y la prostitución ofrece así menos peligros.

La mujer no es temible sino en cuanto nos hace sentir, y no nos hace sentir sino en cuanto nos ofrece una belleza recatada; la prostituta vulgar en Paris es feísima en este sentido. ¡Cuánto más temible es la de Italia, especialmente la de Roma!

Una noche salíamos mi mujer y yo del pasaje de los Panoramas. Mi mujer se había quedado algo detrás, mientras que una ramera que estaba de acecho en la calle de Montmorency se dirigió hacia mí como una exhalación, *volcánicamente*, y me dijo con la mayor dulzura: *voulez-vous venir avec moi?* ¿Quiere usted venirse conmigo?

Mi mujer asomaba en este instante. Yo contesté á mi invasora: *parlez avec madame s'il vous plaît*. Hable usted con mi señora, si le parece bien.

La prostituta echó hacia atrás con la velocidad de una carretilla.

Yo conté á mi mujer lo sucedido, y mi compañera se sonrió de la manera como una mujer suele sonreirse en tales casos.

Hay una casa en Paris (no quiero ser cómplice de ella ni aún revelando el nombre), en la que no se puede entrar sino previa la entrega de 60 francos, ó sean doce napoleones, que ingresan en los fondos del establecimiento.

Paris es la ciudad del coquetismo y de los efectos dramáticos. Pues bien, estoy seguro de que no hay magnate ni extranjero en Paris que tenga una casa montada con más lujo, con más alarde, con más profusion; sobre todo, con un gusto más refinado, más incitante, más deslumbrador.

Estilo árabe, estilo persa, estilo griego; doraduras, bordados, reflejos, prismas; todo está allí mezclado y confundido formando una region de hadas ó de huríes.

Una prostituta es hija de un banquero que se arruinó, la otra es hija de un alto empleado que ya no vive; otra de un coronel ó de un general que vino á menos. Esta sabe el inglés; aquella el aleman; la otra el español, el italiano ó el ruso.

Allí es de ver cómo una prostituta, estudiado el temperamento de su víctima, le devuelve un billete de cien francos que de ella recibió, con el objeto de ganar su ánimo y apoderarse de toda su cartera.

Allí es de ver la suma habilidad con que la elegantísima *mademoiselle*, convence á un hombre, de que jamás ha experimentado la pasion que su talento y su profunda simpatía la han hecho concebir.

Allí es de ver como la reina de aquel sarao frota dulcemente la mano de un hombre, cual si quisiera persuadirle empleando por razon el calórico de la electricidad: allí es de ver la ingenuidad maravillosa, la admirable inocencia, con que exclama, dando á su acento la expresion tardía y entrecortada del patético: *¡Que je suis malheureuse!* ¡Qué desgraciada soy!

Esto quiere significar: ¡qué desgraciada me ha hecho tu amor!

O bien esto otro, que está más en relacion con las intenciones de aquellas *eminentes actrices*: ¿cómo podrás pagarme el mal que me has hecho?

Hay prostitutas que salen de allí para ser personajes en el gran mundo. Yo he visto una, á quien un ruso dió, durante muchos años, veinticinco mil francos mensuales.

La prostitucion de la casa de que hablo, está elevada á ciencia, á bella arte, á gran tono: ¿lo querrán creer mis lectores? Está elevada á una especie de adivinacion, á una especie de agorería. Hablar allí de la piedra filosofal, de la cuadratura del círculo ó del movimiento continuo, es una cosa casi natural.

La prostituta de aquella casa, adivina el corazon de sus clientes, como conocía Gall los órganos cerebrales del hombre.

¡Cuántos misterios curiosísimos y dolorosos encierra aquel Eden de la corrupcion! ¡En cuántos presupuestos de familias ricas de Paris, tiene un guarismo aquel Eden infame!

Sí, muchos hombres casados del mismo Paris, están ajustados anualmente con la dueña del establecimiento: esto es, tienen un palco allí, como lo tienen en el teatro de la grande Opera, en los Italianos ó en el Circo.

Por último, yo no tengo noticia de una casa igual, y no extraño que el jóven, profano á la vida de las grandes ciudades, pierda allí el sentido y se dé en cuerpo y alma al diablo de aquella tentacion. Es el talento que la víbora tiene en saber picar; pero indudablemente hay allí un talento asombroso. Yo no hallo palabras que expresen la memoria que deja aquel *encantamiento maldito*, sino diciendo que es una CIVILIZACION QUE ESPANTA.

¿A quién podría ocurrirse (y termino con esta especie) que la dueña del establecimiento en cuestion, es una gran señora? Pues nada más cierto.

He oído decir á muchas personas que la corrupcion de Paris, en el sentido indicado, es un hecho muy natural, atendida la circunstancia de que á este pueblo afluyen todas las naciones del mundo.

Algo concedo á esta consideracion; creo tambien que hay vicios orgánicos en la existencia de los grandes centros, de los grandes focos, de las grandes acumulaciones. Creo tambien que la centralizacion causa daños hasta en el censo de poblacion; pero esta creencia no me explica todo lo que aquí veo.

¿Qué virtud atribuirémos á una pastora que vive aislada en el fondo de un bosque? ¿Ha de ser impura con la soledad, con los árboles, con las flores, con el ambiente? ¿Ha de ser impura con las tórtolas ó con los faisanes? Sin vicio no hay virtud; como sin Ocaso no hay Oriente, como no hay martirio sin lucha.

¿Es Paris corrompido porque hay lucha? No; la lucha es necesaria; pero es necesario que sea una lucha moral, una lucha virtuosa, una lucha como no lo es en este gran centro. No está el mal en que una piedra rueda; esto es natural, providente, moralísimo: el mal está en que rueda hácia el abismo; en que rueda hácia donde no debe rodar; en que rueda para precipitarse.

La corrupcion de Paris consiste en que es el pueblo más ingenioso de la tierra, y en que emplea su ingenio, al menos durante el tiempo que atravesamos, en falsear artísticamente las leyes morales.

No, no es vicioso porque se mueve, sino porque se mueve mal.

En todas partes sucede lo mismo, con la diferencia de que hay peor sentimiento, porque hay más hipocresía. Esto dicen los hijos de Paris.

Yo contesto á los hijos de Paris que se engañan. No me maravilla que busquen esta solucion á sus pecados; pero se engañan.

En ninguna parte del mundo tiene la prostituta la instruccion y la fascinacion teatral que en Paris: en ninguna parte del mundo tiene la fantasía tantas imágenes y tantas formas para embellecer la fealdad: en ninguna parte del globo conocido se hace de la prostitucion una especie de apoteosis ó de reinado.

No hay más hipocresía en los demás países: hay menos ingenio, aplicado á dar encanto á los goces ilícitos, á dar esplendidez á la sensualidad que se embriaga. Hay más ignorancia cuando se trata de llamar á la imaginacion para que haga de una ramera un personaje, una heroina, casi una gloria, *una celebridad*.

Hay menos talento en hacer de un vicio una aristocracia. Digo otra vez, y lo diré mil veces, que profeso por máxima de vida social el respeto al hombre, sea quien fuere, aunque sea un mendigo, aunque sea un reo, aunque sea un ajusticiado, y que respetando al individuo, con mayor razon respetaré á los pueblos, en quienes hallo individuos más respetables, á fuera de mayores. No me propongo lastimar á Paris; sino manifestar lo que entiendo justo.

En los demás países se sabe menos en materia de convertir el vicio en una hechicería, y ¡bendito el mármol que no rueda, cuando el rodar sólo ha de servir para llevarlo al precipicio! ¡Bendito el arrullo de la tórtola, que no sabe atraernos con la mirada venenosa de la serpiente!

IV.

=Moralidad con relacion al trato civil=.

Voy á dar algunos detalles sobre dos caractéres singularísimos de la sociedad francesa, caractéres reflejados en dos palabras; *pardon y merci; pardon y gracias.*

Un parisiense viene corriendo por una acera y magulla el pié á un transeunte, vuelve la cara sin detenerse y le dice con la expresion más fervorosa: *pardon, monsieur*, (perdone usted, caballero).

Sigue de la misma manera, y se da de cara con una señora, ó la da un codazo que la tulle el brazo ó el pecho: *pardon, madame* (perdone usted, señora) y sigue su camino con aire triunfante, como un hombre que está convencido de que merced á una palabra de etiqueta, tiene el derecho de ir aporreando á todo el prójimo.

Esto nos ha acontecido varias veces, y mi mujer, al oír *pardon, monsieur ó madame*, me preguntaba: ¿qué dice?

—Nos pide pardon, respondia yo á mi mujer.—¿Qué diantre de tantos perdones? Mejor seria que hiciera de modo que no tuviera precision de ser perdonado, y se dejaran de alharacas que no me quitan la molestia del empujon, del aplastamiento de narices, ó del magullamiento del pecho. Realmente, si me magulla un pié, si me disloca un brazo ó si me aplasta la nariz ¿me curará aquel cumplido estéril? No. ¿Qué significa aquel pardon, elevado á virtud social?

¡Ay! significa un hecho, como pudiéramos decir una dolencia, el cual se deja ver en todos los círculos de esta especialísima sociedad. Significa que la imaginacion crea una fórmula exterior, graciosa,

dramática, para apoderarse impunemente del espacio y hacer su negocio.

Es cultura, se dice.

¡Cómo! Respondo yo, ¡cultura! ¿Concebís la cultura sin el amor al hombre, sin el respeto al hombre siquiera? ¿Concebís la cultura sin humanidad? ¿Concebís la cultura sin la mútua conciencia de nuestro sér, sin la moral humana? ¡Cultura! Esta idea peregrina me ha herido de una manera particular.

El hombre francés se cree en el caso de estrujar á toda alma viviente, añadiendo el correctivo del *¡perdon!* ¿Y qué? ¿Me importará á mí más que me extraigan del bolsillo un franco ó ciento, que el recibir un choque de un semejante mio que corre á sus negocios, y para quien valen más sus negocios que mi pié, mi brazo, mi nariz, mi cabeza? ¡Y qué! vuelvo á decir: porque aquel franco me lo extrajeran con habilidad, con gracejo, con ademan afable y ceremonioso, ¿podria decirse que el ladron era un hombre culto?

Nadie puede decir que no matará á un semejante suyo, á su padre, á su hijo, por un descuido inevitable; pero el hacer una política, una etiqueta, de la facultad de magullar al primer nacido, equivale á usurparme una seguridad que la moral debe garantirme, y juzgadas las cosas en su verdadera significacion, este hecho no es más disculpable que la accion del que extrae de mi bolsillo uno ó cien francos con sutileza y maestría.

Aquí una maestría; allí una ceremonia; en medio una víctima. Que sea robado, que sea tullido, siempre es víctima.

¡Y qué! repito aún: ¿concebís aquí la cultura? ¿Consiste la cultura en la manera de hacer mal irresponsablemente?

Si semejante abuso fuera cultura, ¡bien nos iba á lucir el pelo con ella! Afortunadamente no lo es, como no es salud la muerte que se nos da en un veneno, por más que se nos brinde con el veneno en copa de oro, coronada de flores. No, no es cultura. Los que así profanan este nombre, cometen un crimen que ignoran, y por este lado deben recibir el perdon.

Las flores que circuyen la copa homicida, la copa en que se da un veneno, no son buenas sino para añadir la traicion á la crueldad, para añadir un crimen á otro crimen.

Yo preferiria, lo digo con el corazon en la mano, que me magullaran en silencio, á tener que sufrir aquel revés con la obligacion de callarme, por respetos á una exterioridad que no evita ni cura; una exterioridad que da el poder impune de hacerme daño. Y no solamente me hace daño, sino que me impone el deber de contestar con una cortesía, so pena de pasar por un hombre avieso y mal educado. *¡Pardon, monsieur! Pas de quoi, pas du tout.* Usted perdone, caballero.—No hay de qué.

Esto de tener que decirle: *no hay de qué*, cuando uno tendria más gana de darle un cachete, ó de soltarle una tremenda, será indudablemente muy francés; pero no tiene pizca de español.

Confieso que no lo puedo remediar, por mas que procuro contenerme y acomodarme á la necesidad de respetar lo que aquí se respeta. Detesto, me estomaga el *perdon* agresivo y atolondrado de los franceses, y mi mujer lo aborrece aún más, porque mi mujer es más

española que yo. Gracias á que, como habla en español, no la entienden. Si supiera francés, es casi seguro que nos veriamos en más de un compromiso. Tales son las rudas claridades con que agasaja á los franceses y á las francesas con especialidad.

Sin embargo, no debo hacerme el hombre de mundo. Cuando siento un codazo, ó un aplastamiento de pecho ó de nariz, acompañado de un afectuoso *pardon, monsieur*, la sangre se me sube á la cabeza, y en mi cara de hiel y vinagre, deben conocer evidentemente que no soy hijo de Paris.

En fin, el *elástico* perdon que aquí se estila, es la receta universal, la carta blanca, el salvo-conducto que tienen los franceses para hacer cuanto se les antoja, cuanto se les pone en el magín, sin peligro ni responsabilidad de ningun género, y hasta sin el inconveniente de faltar á las reglas urbanas. Es el privilegio de cometer toda clase de descortesías, sin que caiga sobre el que las comete el apodo de descortés. Si no supiera que aquí se acata como una fórmula social, lo tomaria á insulto.

Pero aún es más original y curioso el otro carácter de que hablé: *¡merci!* (*¡gracias!*)

Entro á comprar un bollo que vale un sueldo.

Saludo á la persona que despacha, y oigo *merci*.

Echo mano al bolsillo, y oigo *merci*.

Dejo el sueldo sobre el mostrador, y oigo *merci*.

Me despido, y oigo *merci*.

Los lectores que no me conozcan, creerán que exagero. No diré que esto suceda en todas las tiendas de París, pero refiero hechos que me han sucedido, y acerca de los cuales tengo la evidencia de lo que sucede á uno propio. Dios no me dé salud si miento.

En la calle de Montmartre, cerca de la calle Feydeau, hácia el bulevar de los Italianos, hay una bollería. Pues bien, en esa bollería me han dado cuatro *mercis* por un bollo que valia un sueldo, ó sea tres ochavos. ¡Cuatro gracias por tres ochavos! ¡Ni á ochavo por gracia!

Esto me aflige, me contrista, me ahoga; y como no puede menos de ser, me quita el gusto del trato social. No me gusta una gente tan excesivamente *graciosa*.

Voy á buscar un pan, un pan que necesito, un pan que vale un sueldo; yo doy un sueldo del mismo modo que á mí me dan un pan; yo hago el favor que recibo; propiamente hablando, no hago favor ni me lo hacen, porque la mutualidad no es favor; porque no es favor el préstamo de la existencia: ¿por qué esas *cuatro gracias* que vienen á llenarme de melancolía, porque vienen á darme cuenta de profundas llagas sociales, en un pueblo que se llama tan civilizado? ¿Por qué esas *gracias* que convierten en un alarde ceremonial y mentiroso la fraternidad que nos debemos, la verdad eterna del hombre, porque es la verdad de la causa creadora, la verdad de Dios?

Pero á esto se dice: natural es que suceda tal cosa, en un pueblo donde la competencia representa tantos intereses y tantos goces. El mercader de una pobre aldea, no tiene precision de ser *amable*, puesto que en la aldea no hay más mercancía que la suya; pero en París, la *amabilidades* el gran secreto de grandes empresas y de muchas familias.

Yo contesto que he estudiado lo que sucede sobre el teatro del suceso, y no encuentro la explicación en la competencia.

Centros notabilísimos son también Londres, Hamburgo, Francfort, Constantinopla, San Petersburgo, y no sucede lo que en París.

Yo comprendería que la competencia pudiese explicar aquel fenómeno de la índole francesa, cuando cada uno usara del *merci* de un modo especial, cuando cada cual lo revistiera de una forma que le diera la expresión y el interés de su particular ingenio: más claro, comprendería lo que se dice, cuando el uno pronunciara el *merci* con una corneta, el otro con un clarinete, el de más allá con bombo ó platillos; pero si todos dicen el *merci* con el mismo acento habitual, con el mismo grado de sonrisa automática: si el *merci es un mercado comun*, ¿en donde se concibe la competencia?

—¿Cómo está usted?

—Regular: ¡gracias! ¿Y usted?

—Voy pasando: ¡gracias!

—¿Y su familia?

—No tiene novedad: ¡gracias!

Yo pregunto á los que opinan que la competencia explica este continuo é indigesto *merci*. ¿también la competencia explica esto en el trato social íntimo, en el seno de la familia? ¿También la familia y la amistad son mostradores de mercader? Pues la familia y la amistad reconocen también aquella fórmula.

Pero este fenómeno singularísimo es más trascendental de lo que parece á primera vista.

¿Qué quiere decir el dar las gracias á un semejante nuestro porque pregunta por nuestra salud? ¡Poder del cielo! También este cuidado, este saludo de la moral universal, esta hora solemne y sagrada del corazón del hombre, también esto ha de estar sujeto al compás de un sonido vano, de una ficción?

Pues si el vernos objeto de un cuidado tan natural merece las gracias, cuando adelantemos algo en esta línea de decepción, ¿quién no concibe que llegará tiempo en que daremos gracias por no ser saqueados ó muertos á puñal?

¡No! Este hábito no es ni competencia, ni amabilidad, ni menos cultura. O es un olvido de las ideas sociales y morales que todos los hombres nos debemos, ó es el sacrificio de aquellas ideas venerandas, en aras de una fantasía que crea aquí también una forma hipócrita, para hacer bello aquel sacrificio con los ornatos de un arte servil y egoísta. ¡También entra aquí el *palaustre!*

Esto es querer dar verdad á la mentira, con el fin de hacer de la mentira un *ente amable*.

Así lo he sentido mil veces, y el sentimiento es el gran criterio del alma, el talento casi infalible del corazón.

Yo deploro de todas veras que los españoles corrompan la expresión franca, majestuosa y solemne de sus saludos, aceptando el afeminado *merci francés*.

—¿Cómo está usted?

—Bien ó mal. Gracias. ¿Y usted?

—Mal ó bien; gracias.

Aconsejo fervorosamente á la juventud, que deseche esa profanacion de la sociedad y de la conciencia, y que se atenga á la palabra candorosa, sencilla, franca, honrada y leal de nuestros padres.

No lo repudio á título de innovacion; yo admito todas las innovaciones posibles, cuando vienen autorizadas por una razon que las justifique y las recomiende, aunque los innovadores sean cafres. Repudio aquella costumbre alambicada, aquel alarde rebuscado y necio, porque desnaturaliza nuestro trato, despojándolo de su ingenuidad, de su poesía, de su belleza. Sí; el refinado y tonto *merci*, quita á nuestros saludos ese aire de jovialidad y de buena fe, ese aire rudo y caballeresco, grave é hidalgo, que es quizá el carácter más notable, más original y más bello de nuestra raza.

Jóvenes, creedme; no digais *merci*. Si sois hombres, ese *merci* tan blando, tan ficcioso, tan almibarado y melífluo, os convierte en damas, y os hace feos, porque no hay una cosa más fea que un hombre amadamado, y sobre todo, amadamado á la francesa. Si sois mujeres, perdeis una gran parte de vuestro encanto y de vuestra hermosura, porque la principal hermosura y el principal encanto de las hijas de España, consiste especialmente en ser españolas. Tal vez vosotras no comprendais esto, y sin embargo es la verdad. Quitad á vuestros rostros, á vuestros talles, á vuestras miradas, á vuestras sonrisas, á vuestros saludos, á vuestra palabra, la originalidad propia de vuestro país, y sereis estátuas vestidas. Decid *merci* y sois francesas; no sois lo que sois realmente, porque vosotras sois españolas. Aquel *merci* es un postizo, un adefesio, una caricatura. ¿Por qué poner os caricaturas

extranjeras, cuando las caras nacionales son tan hermosas? ¿Por qué aderezaros con flores místicas de otro clima, cuando nuestros soles crían en nuestros campos tantos jazmines y alelís? Bellísimas jóvenes españolas, no digais *merci*: os lo suplico por el alma de vuestros difuntos.

V.

=Moralidad en industria y comercio=.

¡Consecuencia admirable del temperamento! La fantasía es en Francia, en Paris sobre todo, un elemento tan general y tan absorbente, que no hay un solo círculo que no invada; ni uno solo, esté donde quiera y como quiera. Aquel elemento penetra en todas partes, hasta en la industria, hasta en sus elaboraciones más apartadas de la idealidad y de lo bello; hasta en el calzado. Examinemos este zapato de señora. La punta remeda un pico de ave; el tacon se va adelgazando progresivamente en forma de espiral. ¿Remata así el pié de las mujeres? El tacon es una cosa propia para servir de base; una base conforme al zancajo? ¿Es un zapato eso que vemos, una figura acomodada á nuestro pié? No; de ninguna manera. Es un capricho, una imaginacion, un efecto dramático, un golpe teatral. Es un zapato, como es vestido lo que se pone el arlequin: es otro golpe del *universal palaustre*.

Niego redondamente que este zapato pueda durar arriba de dos ó tres noches de tertulia ó de baile, y niego tambien que haya mujeres que consigan equilibrarse sobre ese *balancin*, sin ensayarse para este ejercicio, como se ensayan los alcides para equilibrarse sobre la

maroma. Pero tal vez no tengo razon. El genio francés, esa estética fabulosa que inspiró al artífice del zapato, la forma casi aérea que tiene, habrá inspirado del mismo modo á las mujeres la habilidad de usarlos sin riesgo. Es una especialidad de este temperamento, *un género de este país*.

Al ver el calzado parisiense en estos hermosos escaparates, no he podido menos de decirme repetidamente: si una mujer tuviera el pié como es el zapato que aquí miro, ¿qué nombre daríamos á aquel pié? seguramente lo llamaríamos fenómeno, aborto, extravagancia.

Hé aquí la industria francesa: á fuerza de ser delicada, sutil, vaporosa, es una industria fenomenal. La diosa Vénus salió de Chipre, viajó por el mundo, y se hizo idolatrar aquí en la elaboracion de la materia. Tratar de hacer algo en Paris, es tratar de hacer una Vénus, un ídolo, una melodía. Alguna vez esta melodía deja escozores en el oído; acaso esto sucede más de alguna vez; pero la melodía brotó, se operó el prodigio; ¿qué significa lo demás? ¡*Siempre el palaustre!*

Excusado fuera entrar ahora en consideraciones sérias para demostrar la significacion que esto tiene en el órden de las ideas morales.

En el calzado que hemos visto, está sacrificada la realidad á la ilusion, lo mas á lo menos; es decir, está sacrificada la verdad á la mentira, la naturaleza al artificio, el pié al zapato, las mujeres al pié. Repito que es una idolatría como otra cualquiera, y no necesito decir si la idolatría es ó no inmoral.

Hablar de la industria equivale á hablar del comercio. Un día pasábamos por la calle de Richelieu y vimos un magnífico chal

bordado de oro. Yo tenía gana de saber su precio, así como de ver el arreglo interior del almacén, y propuso á mi mujer que entráramos. Nos resolvimos por fin, y al penetrar en un portal, que más bien anunciaba la casa de un noble que el almacén de un comerciante, vimos dos lacayos vestidos de librea. Naturalmente, creímos que aquellos dos lacayos esperaban á sus señores, á quienes suponíamos ocupados en hacer compras. Creíamos mal. Los dos centinelas heráldicos que allí encontramos, eran dos lacayos de la casa; la librea al servicio de la mercancía; el blason feudal dando crédito á la materia francesa. El ridículo es también crédito, cuando el crédito nace de una ridiculez.

Los dos lacayos nos hicieron una marcada cortesía, procurando no deslucir la gravedad y el tono erguido de sus cuellos, decorados por las indispensables corbatas blancas. Nosotros contestamos al saludo como si quisiéramos decirles: ¿qué teneis que ver con nosotros? O como decimos en castellano: ¿quién os ha dado velas para este entierro?

Pero los dos vigías, venciendo valerosamente nuestro desden, se aproximaron á nosotros y nos suplicaron que les dijésemos el fin que nos llevaba. Yo tuve un momento de vacilacion, casi de resistencia; iba ya á decirles que nada tenía que arreglar con sus señores, cuando principié á comprender.

—¿No es esta la entrada del almacén en donde está expuesto un chal bordado de oro?

—Sí señor.

—Pues deseamos ver ese chal y saber su precio.

Uno de los lacayos tiró inmediatamente de una campanilla, y nos rogó que pasáramos á otro piso. Subimos dos rellanos de una escalera elegantemente alfombrada, y ya vimos en el piso principal á un caballero que nos esperaba. Este caballero nos volvió á preguntar qué queríamos, y oído que hubo nuestra respuesta, tira del cordón de otra campanilla, enviándonos al piso segundo. ¿En que acabará esto?

Mi mujer y yo nos creíamos en el teatro de la Opera cómica.

Llegamos al piso segundo, en cuyo rellano nos aguardaba un tercero en discordia, y cerca del umbral de la puerta una señora de mediana edad, vestida con sencillez y gusto.

Nos explicamos en pocas palabras, entramos en un elegantísimo salón, y antes de tres segundos, teníamos delante un chal como el que habíamos visto en el escaparate.

El caballero y la señora nos observaban como si quisieran, entrar en el secreto de nuestra voluntad, de nuestras ideas, más que todo en el secreto de nuestros bolsillos, y yo me reputé obligado á valerme de una mentira. ¿Cómo no mentir en un país, cuya astuta mirada taladra hasta los huesos, como ciertos ácidos corrosivos?

Nosotros habíamos salido de casa para almorzar: íbamos, pues, en traje de almuerzo, y nuestro aliño no podía sostener con honra la aspiración de comprar chales de cinco mil y pico de francos; ó sea una cantidad casi superior á la que nosotros teníamos en París.

Tuve que decirles que un noble de la Habana me había dado el encargo de comprar algunos artículos de lujo, con el objeto de disponer el regalo de boda para una de sus hijas. Mi mujer llevaba el sombrero de camino, éramos extranjeros, yo tenía cierto color árabe ó

americano, el color de los hijos de un clima meridional; después de cuatro ó cinco días de viaje en estío: en fin, notaron que cubría mi cabeza un sombrero de jipijapa, la *etimología* de este sombrero era evidente, y la ilusión fué tan completa como era evidente el origen de mi sombrero. Nos creyeron de lleno americanos, y de la Habana por añadidura.

Favor del cielo! No bien oyó aquella señora que traía encargos de un noble de la Habana, y que se trataba de un regalo de boda, cuando empezó á desdoblar blondas y encajes, empedrando nuestras orejas de miles de francos. Ahora cogía una riquísima manteleta, se la ponía sobre los hombros y daba una vuelta majestuosa por todo el gracioso salón; después echaba mano á un velo y volvía á pasear, dando á su cabeza y á su talle todo el aire posible para producir el efecto artístico; luego tocó el turno al chal dorado, y dejaba caer la espalda hacia atrás, con el fin sin duda de que la punta del pañuelo lamiera la alfombra, y formara así alguna honda de buen gusto y algún reflejo deslumbrador. En esto acude el caballero que se había ausentado, y empieza á desdoblar ante nuestros ojos una preciosa colección de pañuelos de India y de Persia, adobándola con la salsa de los tantos y cuantos millares de francos.

Antes nos creíamos en el teatro de la Opera cómica; ahora creíamos asistir á un juego de manos ó cosa semejante. Nosotros deslizábamos de cuando en cuando una mirada hacia la puerta, como si quisiéramos decir: ¿Cuándo nos veremos en la calle? Estábamos sudando como pollos.

La situación se hizo ya tan embarazosa, que ni mi mujer ni yo sabíamos qué hacer. Al cabo, tuve que pretextar una ocupación

apremiante, balbuceando alguna frase de admiración y de complacencia; pero no nos dejaron ir sin recabarnos la promesa de que volveríamos despacio para tener una noticia más cabal del surtido del establecimiento, y poder hacer con más acierto los encargos del noble de la Habana.

Nosotros nos rendimos, capitulamos á su sabor, tomamos dos tarjetas con orlas y dorados, y nos dimos en cuerpo y alma á bajar la escalera.

¿Cuándo estaremos en la calle? me decía mi mujer. ¡Jesus qué calor! Estoy sofocada. Yo no hacía más que oír; estaba ocupado enteramente en bajar, en el ánsia de salir á la calle y de tomar el fresco.

Llegamos al portal, los lacayos nos cobijaron con una mirada maestra; no vieron bulto ni cosa alguna que lo valiese; se convencieron de que nada habíamos comprado, de que habíamos sido inútiles *á sus señores*, de que la librea había sido nula, y creyeron prudente ó estratégico retirar el saludo.

¡Gracias á Dios! Ya estamos en la calle de Richelieu. Comparada la calle al salón de donde salimos, podemos decir que estamos en el reino de la verdad. ¡Oh delicia!

¡Qué objeto tan curioso es estudiar á un pueblo en estas minuciosidades que tanto significan, aunque no sea sino porque jamás engañan! Retratar con este pincel, es retratar al natural, y por eso he dado este título á mis pobres apuntes.

¿Pero por qué sucede que despues de un lance semejante, nos invade primero la risa y despues la tristeza? Esto sucede, porque la verdad no deja nada impune, porque no existe una evidencia más

infalible que la ley moral. Esta ley nos castiga, castiga al hombre, castiga su pecado, y ¿quién no baja la cabeza ante el castigo? ¿Quién no dobla la espalda bajo el peso de los azotes?

El comercio de Paris, lo digo otra vez, es lo que la industria: fantasmagoría, aparato, *altas novedades*; es el zapato aéreo en otro sentido; *palaustre tambien*.

Encargo al extranjero que nunca se llegue á comprar un objeto que lleve este rótulo: FANTAISIE (fantasía), sino tiene marcado el valor. Cuando esto no sucede, el comerciante parisiense se creará *autorizado* para exigir el doble ó triple de lo que vale, porque la FANTASÍA, nombre que aquí quiere decir *ingenio, invencion, maravilla, prodigio*, no está sujeta á tarifa alguna. Se trata de vender una creacion ingeniosa, y el ingenio no tiene límites: lo que no tiene límites no tiene precio, y de aquí la infinita elasticidad del cálculo francés. ¡Pobre del extranjero que olvide este encargo ó que tome á empresa el echarla de generoso!

Voy á terminar este ligerísimo bosquejo, haciendo notar una rareza que me ha herido de una manera singularísima.

Todos saben que Francia es un pueblo dotado de ciertos instintos de igualdad política, igualdad que tiene tantos monumentos en su historia, que tanto trabaja su espíritu, que no deja de tener alguna forma práctica en la constitucion social y en las costumbres; hasta en el establecimiento del imperio. No obstante, la industria y el comercio de este país son enteramente aristocráticos.

Por el contrario, todos saben que la desigualdad gerárquica, la casta social, es en Inglaterra un principio tan indiscutible y sagrado como un

capítulo de dogma. Sin embargo, la industria y el comercio de Inglaterra son enteramente democráticos.

Paris, el demócrata, viste á los ricos de casi toda Europa, y de una gran parte de América.

Lóndres, el magnate, viste á los pobres de casi todo el globo.

El pobre busca al rico: este es Paris.

El rico busca al pobre: este es Lóndres.

No hay contradiccion. Hay habilidad. Tratándose del otro lado del estrecho, hay más: *habilidad y lógica*; esto es, *habilidad inglesa*, un miasma atmosférico que no tiene igual en el espacio, desde el cielo á la tierra, desde la tierra hasta el abismo. Estoy deseando ir á Lóndres, para poder establecer una comparacion concienzuda entre estos dos grandes centros, que son sin disputa los dos pueblos más influyentes de nuestro siglo, y los dos primeros rivales de la tierra.

VI.

=Moralidad de Paris con relacion al arte=.

Ante todo, tengo que poner en su lugar una opinion que juzgo importante.

En el arte moderno francés hallo cierto arranque social, que ha abierto una grande era á la literatura, y que con el tiempo empujará al arte hácia su expresion más trascendental, al menos más en armonía con el espíritu de nuestra época. Este es un hecho capitalísimo; es un

gérmen que puede modificar maravillosamente el porvenir, y fuera injusto negar sus esperanzas al trabajo del hombre francés. Pero como en este capítulo no juzgo el elemento social del arte, sino que lo considero únicamente en su relación con las ideas morales, me parece que basta esta salvedad.

El exámen de todas las obras artísticas de este pueblo, necesitaría la vida laboriosa de más de un escritor, y el espacio de muchos volúmenes. Dejo, pues, aparte el fardo inmenso de demasías, de licencias, de crímenes, hasta de obscenidades, de que el teatro y la novela se han hecho órgano en este país tantas veces, con un talento tan singular, y me concretaré á un pasaje de un libro que han leído todos, que todos conocen, de que la Francia está inundada, de que están inundadas la Europa y la América. Hablo del *Montecristo*: hablo de ese libro terrible, que hace de este mundo un sopor, una cueva encantada, un brevaje oriental, una *bellísima diablura*. Ciertas gentes se han empeñado en hacer ver que la diablura puede ser bella, que las brujas pueden ser artistas. Hablo de esa nueva caballería andante, más ridícula y más absurda que la del mismo Amadís de Gaula; esa caballería en que no hay de real y positivo sino el trastorno y el escarnio de las virtudes más sagradas del hombre.

Estamos en la escena en que un hijo aconseja á su padre con la mayor formalidad.... (Imposible parece que Dios nos haya dado formalidad para tales cosas. En este sentido, nuestra razón tiene misterios que horrorizan, como tiene el abismo cavidades que nos espantan.)

Decía que un hijo aconseja á su padre que *se debe matar*. ¿Por qué? Porque es comerciante, ha experimentado un revés en sus intereses,

está tocando la necesidad de una bancarota, y este descalabro le infamará á él y á sus hijos. Pero ¿no hay remedio? Sí; el hijo se lo ofrece, se lo propone, se lo aconseja, se lo exige. El remedio ... ES MATARSE. Matándose, se habilita el banquero, el hombre muere honrado, y el padre lega esta honradez á su familia. ¿No es bastante? ¿Debe el pobre viejo dudar? ¿No dice bien el hijo? ¿No tiene razon Alejandro Dumas?

Hijo desdichado, hijo á quien el cielo no dió conciencia, sino para hacerte probar el placer tremendo de desgarrarla, como no dió organismo á la lombriz sino para hacerla probar el placer asqueroso de revolcarse dentro del cieno; hijo desdichado, ven acá y oye á un hombre que no tiene el genio de Alejandro Dumas, pero que tiene más corazon, que tiene más genio; porque no hay genio fuera del sentimiento de la verdad y de la virtud, porque no hay belleza fuera del sentimiento que busca el bien. No, no hay genio en la lombriz. Alejandro Dumas nos llama africanos á los españoles; enhorabuena. Preferimos ser tan bárbaros á ser tan *cultos*. No queremos ser tan civilizados como él, ni como tú, hijo infame y bastardo.

Hijo desdichado, ven acá y oye. Tu padre te ha dado la vida: ¿eres tú quien ahora le aconseja que levante el brazo contra la suya?

De su amor recibiste tu primer amor: ¿eres tú quien ahora pones en su mano un puñal?

Si tu padre cae en la bancarota, tú vas á vivir infamado: ¿eres tú quien quiere que se mate para evitar tu infamia? ¿Eres tú quien crees que tu egoismo vale más que la vida del que te ha consagrado su existencia?

¡Pero oye aún! Si tú crees que la desgracia de tu padre te va á dejar sin honra, si lo crees así, si de ello estás convencido, ¿por qué no eres tú el suicida? Responde, hijo cobarde, ¿por qué no eres tú quien coge el puñal? ¿Por qué tu padre ha de ser víctima de una opinion tuya, de un juicio tuyo? ¿Por qué ha de ser el caballero andante de tus ideas romancescas?

¡Pero oye todavía! ¿Quién te ha dicho que un banquero se infama, porque un infortunio que él no puede evitar le hace caer en la ruina? ¿Quién te ha dicho que no hay honradez en el infortunio? ¿Quién te lleva á ver una prostitucion en la desgracia? ¿Quién te ha dicho que Dios no se venga de hombres como tú, dando al dolor una esperanza, un deseo, un suspiro ferviente, una corona, una santidad? ¿Quién te ha dicho, responde, que la Providencia no ha dado poesía al lamento amoroso y casto de la tórtola?

Tu padre se arruina. ¡Y qué! ¿No hizo esa fortuna en otro tiempo? ¿Tenia quizá alguna escritura en que la eternidad le prometia amparar sus buques ó sus billetes?

Hoy pierde lo que ganó ayer. ¿Quién te ha dicho que la pérdida, como la ganancia, es otra cosa que un accidente en la vida de un comerciante? Y por un accidente de la vida, ¿buscas un puñal contra la vida? ¿Quieres sacrificar el cielo á un celaje? ¿Quieres sacrificar el mar á una ola? ¡Ay! Á la gota de sangre que cae de un dedo, ¿quieres sacrificar el corazon? Á la lágrima que cae de los ojos, á este soplo del aroma húmedo de nuestra alma, ¿quieres sacrificar el alma toda?

Hijo desdichado, si tu destino es quemar tu conciencia y tu corazon, quémalos, en silencio, ocúltate como se oculta el mago ó el hechicero para dar cabo á sus maniobras; escóndete; pero no te valgas de la luz

para quemar la conciencia del mundo, vertiendo esas chispas en un libro.

Después de esto ¿qué extraño tiene lo que se ve en el drama *Antony*, del mismo Dumas? ¿Qué extraño tiene que Antony penetre en la alcoba con una señora casada, en el momento de caer el telón, mientras que los ojos del público, atravesando aquel telón, ven la obscenidad convertida en fiesta, en declamación y poesía, en bellas-arte, en teatro? Después que un hijo aconseja á su padre que coja un puñal y lo bañe en sangre de sus venas (sea cual fuere el motivo) ¿qué extraño tiene que el oído del público, pasando á través del telón, oiga la respiración convulsiva y torpe del adulterio? ¿Qué mayor adulterio que el parricidio?

Pero esto se lee, esto gusta, esto recorre el mundo, esto hace fortuna, reputación, gloria ... en España también. ¡Qué desventura!

Pero ¿podrás negarle, se me dice, la habilidad en la ejecución?
¿Podrás negarle su belleza en la forma?

¿Podreis negar á los lagartos, respondo yo, la belleza de su piel verde? ¿Podreis negársela á los cocodrilos? ¿Podreis negar á la culebra la rica variedad de sus brillantes y sedosas escamas?

¿Esa es vuestra belleza? ¿Ese es vuestro arte? ¿Por qué no haceis de un cocodrilo un actor? ¿Por qué no haceis de una serpiente una actriz?

Basta de esto, mis queridos lectores. Tapémonos ambas orejas, contra el graznido áspero y soez de ese cuervo que dice al mundo: oíd en mi graznido el gorgceo dulce y apasionado de la calandria y del ruiseñor.

El arte francés, generalmente hablando, lleva en sí el trastorno más radical y más profundo de las ideas morales; el trastorno propio de una sociedad que, á precio de ruido y de oro, embrolla sin escrúpulo las verdades más venerandas del entendimiento y de la conciencia.

Oropel, luces, relumbrones, escenas cáusticas, contrastes imposibles, aventuras maravillosas y disparatadas, alarmantes; pero que cautivan, que seducen, que nos arrastran á despecho nuestro; sobre todo, *lavar la cara de las cosas, mover el palaustre*; hé aquí la expresion más constante y más universal del arte francés. La idea que más domina en el escritor de Paris, es la de hacer de modo que á los lectores de sus *novelas* se les haya de dar un par de sangrías, aún antes de concluir la tremenda lectura. Si quisiéramos citar ejemplos en comprobacion de esta verdad, necesitaríamos escribir centenares de tomos, como ya dije.

Acato la rica erudicion de un Thiers, de un Littré, de un Guizot; acato la vastísima ciencia del eminente Augusto Conte; acato la hechicera literatura de un Chateaubriand, de un De Lamartine, de un Balzac, de una Cotin, de un Víctor Hugo; acato y amo la poesía fácil, ingénua, encantadora del inspirado Beranger; acato el valeroso y fecundo arte, el pincel arrebatador del inmenso Horacio Vernet; acato con profunda veneracion á ese gran hombre, que ha dejado de ser pintor en el mundo para ser monarca de los espléndidos salones de Versalles; acato á ese Horacio Vernet, al humilde y modesto artista, que es más que Luis XIV en las régias salas de aquel opulento y maravilloso palacio; acato á esos genios de la Francia; no es mi ánimo negar que la Francia tenga sus genios; pero estúdiense aquí el organismo que el arte tiene; estúdiense con detencion y con cuidado sus manifestaciones generales, las manifestaciones del pueblo francés, y

no podrá menos de llegarse á la convicción más completa de la rigurosa exactitud de nuestros retratos.

Pero ¿y esos genios de que acabas de hablar? ¿Esos genios, como todos los genios del mundo, contesto yo, no son la sociedad francesa; los genios no tocan al pueblo en donde nacen; un don del cielo no tiene otra cuna que el espacio que coge todo el cielo. El genio del hombre es como la luz de los astros: su pueblo es el orbe, la creación entera, la obra del principio supremo, la patria de Dios.

Y aún á propósito de esos mismos genios, podríamos decir algo; algo que probaría incontestablemente la verdad de mis opiniones. El carácter de raza, el bautismo de nacionalidad, esa especie de limo que la nación en donde nacemos y vivimos pega á nuestra alma y á nuestras costumbres: esa herencia de pueblo y de familia es un hecho tan poderoso y tan inevitable, que si estudiamos con el necesario talento la forma exterior del arte de Thiers, de Guizot, de Chateaubriand, de Balzac, de De Lamartine, de Víctor Hugo, de madama Cottin, del mismo Horacio, de ese ilustre pintor que tanto admiro; aún de Beranger, de ese nobilísimo poeta que tanto venero; hasta si pasamos á la ciencia del inagotable Augusto Conté, de ese coloso que tanto me asombra: si estudiamos la forma exterior del arte de esos genios; si nuestro espíritu tuviera el ojo penetrante que se necesita para distinguir ciertos colores, ciertos tintes, ciertas sombras confusas y remotas: más claro, cierto hábil relumbrón, cierto viso dramático, cierta cara lavada por el *palaustre francés*; si tuviéramos la necesaria habilidad para descubrir esos delicadísimos detalles, juraría por mi alma, que aún en el arte de aquellos grandes hombres encontraríamos la *hechicería francesa*. No exceptúo ni á Bossuet, ni á Fenelon, ni á Condillac, ni á Bortaloue, ni al severo y tajante

Rousseau. No hablo de un hombre muy extraordinario y muy célebre; un hombre que ha logrado más fama que todo un pueblo; no hablo de Voltaire. Voltaire, como Diderot y casi todos los de la memorable Enciclopedia, es un perfectísimo francés: francés en alma y cuerpo; en pensamiento y obra; en juicio y palabra.

No exceptúo á nadie, ni al mismo preceptista y mirado Boileau.

VII.

=Moralidad de Paris con relacion á la familia=.

Se ha dicho que los lazos de la familia están relajados en Francia. Esta opinion que seria una calumnia tratándose del pueblo francés, no deja de ser cierta tratándose de la ciudad de Paris.

Desde luego se observa que está ciudad está sembrada por todas partes de *restaurants* (no quiero españolizar este nombre), de establecimientos de caldo, de pastelerías, de *rotisseries* (no lo quiero españolizar tampoco) y de tabernas. En todos estos puntos se come. ¿Por qué tantos establecimientos de esta clase? ¿Se alimentan todos con la poblacion forastera? No. La mayor parte se sostiene con la poblacion de Paris, porque en un gran número de las casas de Paris no se enciende lumbre en todo el dia.

Estoy convencido de que si se juntaran todos los hoteles y todos los establecimientos en donde se come en esta ciudad, formarian una poblacion bastante mayor que la córte de España.

Es una curiosidad sorprendente para el extranjero, recorrer estas calles de diez á once de la mañana y de cinco á seis de la tarde, ir

mirando á derecha é izquierda, y ver la mesa interminable á que asiste una poblacion de millon y medio de almas.

Si el extranjero no saliera á la calle más que en las horas indicadas, tendria harto motivo para decir despues en su tierra que Paris era una inmensa fonda. Recorriéndolo á una hora cualquiera, tendrá motivos para decir que, llegada la hora de comer, esta ciudad es una inmensa tribu errante.

Lo declaro sin escozor. El que está acostumbrado al consuelo de la familia, al rescoldo del hogar paterno: el que está acostumbrado á ver el humo de la chimenea en que se calentó desde niño, no puede menos de experimentar una mala impresion al ver hacinados tantos hombres; hombres que van allí para no mirarse ni entenderse; que van allí á comer casi maquinalmente; que comen como quien se da á una tarea mecánica, como quien cumple *el jornal de la comida*, para acudir despues á otro jornal, semejantes á las palomas silvestres que van al sembrado para llenarse el buche, y levantan luego las alas hacia donde la Providencia las lleve.

Este hábito lleva en sí cierto principio de desmoralizacion. Me he fijado mucho en esta faz del pueblo que examino, y noto realmente que aquel hábito imprime una arruga en su fisonomía. Estudiemos cuidadosamente todas las caras que se nos ofrecen en tropel; reparemos bien en todas las figuras que pasan por este gran lienzo de sombras chinescas, y no advertiremos generalmente ese aire de atencion íntima y afectuosa, propio del que dice: *me esperan en mi casa; como á tal hora con mi familia*.

Esto quiere decir: la sociedad me ha dado un templo para que la consagre un culto especialisimo y preferente. Este templo es mi hogar,

donde me aguardan los que me procrearon y nacieron conmigo. Mi culto me llama; voy á ser ministro en el sacerdocio de la familia.

Si esto es preocupacion, confieso con orgullo que soy preocupado, y lo soy, no únicamente por conviccion, sino por voluntad y por sentimiento. Esto me hace sentir bien; amo y admiro en esos instintos y en esos hábitos una belleza humana, una melodía que llena mi ser, y en vano querria desimpresionarme, en vano pretendería que mi corazón perdiera la ley que lo hace latir.

Quitad al hombre la familia, quitad á la familia su inteligencia armoniosa, su consorcio interior, su necesidad más moralizadora y más profunda; haced eso, y despedazareis al mundo.

He dicho que la costumbre parisiense lleva en sí un principio de inmoralidad, y para dar una nocion de que esto es así, bastará presentar un ejemplo.

Supongamos que una hija vive con su padre; supongamos que sigue asistiéndole más ó menos tiempo despues de la época en que ha entrado en la mayor edad, y en que por lo mismo no está sujeta á la autoridad paterna para ciertos y respetables fines sociales. Pues bien, aquí es un hecho que no escandaliza el que esa hija demande á su padre ante el juez, para reclamarle el salario que merece por haberle asistido, poniéndose en lugar de una criada. Si este hecho escandaliza, Paris ha tenido y tiene que presenciar más de un escándalo, porque aquel hecho no es invencion mía. Se ha repetido más de una vez, y acerca de ello puedo alegar el testimonio de más de una persona digna de fe.

Cada cual se explicará á su modo la rebelion de la hija demandando al padre ante la ley, para que no la ame como hija, sino para que la pague como criada; pero á mí me subleva semejante atentado contra las leyes del respeto, del amor, de la sangre. Mis sienes laten convulsivamente cuando creo ver á una mujer que se acerca a la sociedad, que anda preguntando el nombre del juez, que le pide auxilio, que le implora ...¿con qué fin? Con el fin de que allí comparezca como reo el hombre desgraciado que la dió la existencia. Él dió la existencia á su hija; su hija le dió su afecto y su cuidado; ahora es delincuente ante aquel cuidado y aquel afecto.

¿Qué es esto sino borrar el santo cariño de la hija, bajo el egoísmo grosero é impío de la sierva? ¿Qué es esto sino borrar el sacramento providencial del padre, bajo la crueldad idiota del salario?

¿Cómo representarnos la figura de esa mujer ante la justicia, sino representándonos una mujer vestida de luto, que baja los ojos, que tiembla, que no puede hablar y que despues se muere de dolor?

¿Cómo concebimos la idea de esa hija que arrastra serena la mirada aturdida de su padre; que le pide, que le provoca, que le acusa, que le denomina usurpador de su trabajo: cómo concebir la idea de esa hija, repito, sin concebir la idea de una sierpe ó de un tigre?

¡Dios me libre de ser juez, con la condicion de escuchar semejante demanda!

¡Dios me libre de ser padre, con la condicion de tener semejante hija! Es seguro que maldecirla, como Jeremias, el momento en que habia nacido; momento que llevaba dentro de sí la profanacion de dar á la tierra una huella que es un abismo horrible.

De la aglomeración de guarismos vienen las grandes combinaciones; de los grandes choques brotan las grandes chispas, y en este sentido tengo que conformarme con los grandes centros de población, de actividad, de creaciones. Pero aparte esta necesidad trascendente de las grandes masas, ¡cuánto más natural, más definida, más espontánea, es la vida de las pequeñas poblaciones!

La emoción poética tiene en cada hombre su temperamento particular, y este temperamento es una gran razón que cada uno debe tener en cuenta al querer explicarse sus opiniones.

Yo creo que no me engaño al opinar así, porque es indecible el placer religioso que siento cuando descubro un caserío ó una aldea, perdida entre árboles ó arbustos, ó entre las sombras indecisas de la tarde. No sé por qué, desearía haber nacido allí; desearía que allí se conservaran mis cenizas. No sé por qué lo experimento, pero sé que lo experimento; la poesía que cada cual lleva en su alma, despierta en mí aquella emoción, y creo en la verdad de esta emoción, como creo en la verdad grandiosa de la poesía.

¡Qué hermoso es á mis ojos contemplar aquel grupo de casitas que ocupa la tierra, así como un nido está en un árbol, como una nave surca el Océano, como una caravana se pierde entre los horizontes de la soledad, como un pensamiento de la Providencia germina oculto entre los torrentes de la creación!

¡Qué hermoso es para mí mirar el humo que parece brotar de las chimeneas, como una voz que viene á decirme: acércate, entra aquí: aquí hay una casa, un calor, una lumbre: aquí hay dos amores que se han unido y procreado; que comen, que duermen, que viven y que mueren juntos: aquí está el misterio de la vida; aquí está el misterio de

aquella mujer por quien tú has llorado, cuya memoria evocas y veneras: la mujer á quien debes el bien divino de tener una madre!

¡Ay! ¡Cuán de menos echo la vida de familia! ¡Cuán de menos echo la vida del campo! Aquí no hay campo; hay quintas graciosas y elegantes, ricos caseríos, palacios agrestes: un Paris dentro y otro Paris fuera. No hay campo; no hay esa atmósfera callada, esas brisas sonoras y lentas, ese genio de Italia y de España que nos inspira el olvido del mundo, para hacernos mejores y más felices hablándonos de parte de la naturaleza, trayendo á nuestras esperanzas un saludo de ese espíritu universal que adoramos en nuestra conciencia y en nuestro corazon. No, no encuentro aquí una porcion de yerbas silvestres, donde dejar por un momento el fardo de mis inquietudes y de mis penas, y respirar al menos una hora al aire libre, al aire del campo.

¡Qué bellas me parecen las cercanías de Tíboli! ¡Qué bellas me parecen, tambien las laderas rojas de mi Andalucía; que ven impasibles estrellarse á sus piés las olas espumosas del Océano Atlántico!

Pero ante todo debemos ser justos. ¿Podré decir que no hay en Francia gratos lugares y paisajes pintorescos? No; eso seria ó maledicencia ó sandez.

Recuerdo que hace algunos años fuí de Montpellier á Marsella, y la Provenza me encantó con sus pequeñas casas, escondidas misteriosamente entre cipreses y palmeras. Recuerdo que las verdes orillas del Ródano me encantaron tambien, y casi me hicieron adivinar la nocion de un país árabe.

Allí están el hogar, la casa, el rescoldo, la cuna y el sepulcro de los que viven y mueren en un mismo palmo de tierra.

Al penetrar con el pensamiento en alguna de aquellas casitas, ocultas casi todas entre palmeras y cipreses; como un nido está oculto entre las hojas de los árboles: al pasar con la imaginación el umbral de aquella morada bendita, nos parece ver á un hombre sencillo y risueño, que trabaja cerca de la lumbre; á su lado, tranquila y satisfecha, hila su mujer; más allá, una jóven fresca y hermosa mece la cuna en donde duerme un niño, hermano suyo. El padre representa el trabajo, la madre el cuidado, la diligencia y la caridad; la jóven el amor, y el niño, la inocencia. ¡Oh vida venturosa! ¡Oh secretos divinos de la sencillez y de la virtud! ¡Infeliz del hombre que ha sido ingrato á tus hechizos! ¡Infeliz del hombre que deja las delicias del paterno hogar, desoyendo el llanto sagrado de una madre! ¡Ay de mí, lector! ¡Infeliz del que escribe temblando estas groseras líneas! Fuí rebelde y soberbio con mi santa madre, desoí su ruego, la dejé llorando, la dejé por el mundo, por mis ilusiones, por mi vanidad, por mi sandez. Este remordimiento late día y noche en mi corazón, é irá conmigo á la sepultura.

Pero voy á decir dos palabras acerca de las impresiones que sentí en las orillas pintorescas del Ródano, porque es indecible el consuelo que mi alma experimenta al hablar del campo. El campo es el santuario de la naturaleza, el templo de Dios.

En la Provenza experimentamos lo que sentimos en las playas de Génova, en las cercanías de Roma, en los campos de Nápoles, en las selvas de Andalucía. La mujer parece más hermosa; alrededor de la mujer hay un ambiente indefinible que la diviniza. Al ver una choza

sobre un montecillo de arena, entre retamas verdes; al ver una casita oculta en un bosque de madre selva, el viajero no puede menos de exclamar: ¿quién sabe si ahí respira la mujer ideal que yo he soñado, esa sombra del alma tras la cual he corrido, esa misteriosa armonía que todos los hombres hemos escuchado en nuestro corazón?

Y entonces nos sentimos animados de una existencia particular; no es la vida que nosotros tenemos, es una vida que nos da la naturaleza, una vida que nos da Dios. Mil memorias inexplicables nos agitan en aquel momento; aquellas memorias nos hacen gemir, nos hacen llorar, y no obstante, nosotros las queremos, las buscamos, ansiamos tenerlas cerca de nosotros, son nuestras, íntimamente nuestras. ¡Ay! son el sepulcro de nuestros padres, de nuestros hijos, de nuestros hermanos; son los sudarios de nuestra alma.

Y entonces aparece la luna en el cielo, y el hombre dice al astro de la noche: yo te conozco; tú eres el faro de mis esperanzas y mis dolores; Dios te ha creado para mí.

Adios, Provenza; adios, Boccaccio; adios, Ródano; adios, familias inocentes; adios, casta doncella, que con el aliento de tu boca prestas nuevos aromas á las flores de tu campo vírgen; á las flores que esmaltan esas márgenes encantadoras; adios casitas; adios, palmeras; adios, cipreses. Si la horrible dolencia que oprime día y noche mi desgraciada vida, me dejase algún tiempo de descanso, yo iría á saludaros otra vez; pero me volvería pronto, porque ya tengo ageado mi sepulcro, ya he pedido mi tierra postrera á mi adorada Andalucía.

Lector, estos renglones tienen un mérito poco común en nuestro siglo; tienen la augusta poesía de una lágrima que en este momento cae de

mis ojos; una lágrima que pide á Dios por el reposo eterno de mi madre.

Allí, en la Provenza, está tambien el hogar, la casa, el rescoldo; la cuna y el sepulcro de los que nacen, viven y mueren en un mismo palmo de tierra. Allí están tambien el padre, la madre y el hijo; allí está tambien el mundo del hombre; casi todo el mundo; la familia.

Lo que antes he dicho debe entenderse respecto de Paris, pero seria una calumnia y una ruindad, si se dijera tratándose del pueblo francés.

VIII.

=Moralidad francesa con relacion á la política=.

Entre los infinitos hechos que nos ofrece esta incansable sociedad, elegirémos únicamente uno: *el pauperismo*: esto es, la pobreza como hecho social, como manifestacion pública.

El actual emperador dijo: *el cristianismo abolió la esclavitud; la democracia francesa abolió el pauperismo*.

Esto dijo el Emperador; pero su dicho no pasó á ser realidad en la práctica. No condeno de ningun modo la buena intencion que puede abrigarse en aquel deseo; conozco que el deseo es, por sí solo, una gran virtud, una virtud inmensamente venerable, porque es lo que más nos acerca á Dios; pero cuando el deseo no se cumple, cuando no halla una fórmula práctica en su aplicacion, es una verdadera teología. Esto sucedió al actual Emperador de los franceses, al proclamar tan absoluta y confiadamente la extincion de la mendicidad. Fué teólogo, no hombre político, porque la política quiere hechos, realidades,

aplicaciones evidentes de los principios que se proclaman, y el deseo del Emperador no tiene aplicacion alguna, no tiene aquí ninguna realidad trascendente en la organizacion de los hechos sociales.

Decir: *quiero que no haya pobres*, sin establecer el sistema que se necesita para realizar aquel pensamiento, es como decir: *quiero que el aire no se nivele*, cuando no se hiciera lo que debia hacerse, para que fuese imposible el nivel atmosférico. De otra manera, habrá pobres, como el aire se nivelará, como sucederá todo lo que la necesidad moral de las cosas haga que suceda, diga lo que guste el Emperador de los franceses; porque sobre la voluntad del Emperador, están las leyes universales que todo lo gobiernan, á los emperadores tambien.

Eso de que en Francia no hay mendigos, es gana de hablar. Los franceses lo pueden decir; los extranjeros no lo deben creer.

En este punto no hay otra realidad, que la existencia de una ley que prohíbe el pauperismo. Existe la ley; nada más que eso. El cumplimiento de esa ley, es aparente, ficcioso; un golpe de *palaustre francés*.

Efectivamente sucede que no se mendiga por las calles; lo que nosotros llamamos mendigar. Los pobres franceses no dicen: *deme usted una limosna por Dios*; pero dicen y hacen cosas que producen idénticos resultados.

Un ciego, una ciega, un manco, un tullido, va por la calle en una máquina ó sobre un animal: canta, ó refiere una historia, ó reza, ó toca un violin, un organillo ó unas chirimías, y el transeunte le socorre. Claro es que la persona que auxilia á aquel desgraciado, no le da una moneda en pago de la historia que cuenta, ni del instrumento que

toca, ni del canto con que tal vez desgarrar los oídos; sino que lo hace por caridad. Aquella moneda que le ha dado es una limosna, una verdadera limosna. El pobre francés no ha dicho: *socórrame usted por el amor de Dios*; pero lo ha expresado á su modo, de un modo perfectamente análogo. *No pide pidiendo; pero pide cantando*; realmente pide; realmente es mendigo; realmente pasa su vida implorando la caridad de zoca en molondra.

Aquí hay mendigos como en España, con la diferencia de que allí el pan es pan, y el vino es vino, y aquí ni el vino es vino, ni el pan es pan. Hay mendigos; pero de un talante particular, á la moda, con su intrínquilis y su busilis, el busilis que aquí reina en todo con dominio absoluto: mendigos de buen tono, de relumbron, con su poesía acomodada al género, con su aparato artístico: es decir, mendigos con la cara lavada por el palaustre de estas tierras; *mendigos franceses*.

¡Ay! se dice que el pauperismo se ha extinguido en Francia; se dice que en Francia no hay pobres. ¡Ojalá! No seré yo el que deplora que tuviésemos la santa obligacion de admirar á nuestros vecinos tan cristiana conquista; no seré yo el que me lastime de tener que emular esa gran fortuna á los franceses, no. Sobre la ojeriza trivial de pueblo y de historia, venera mi alma todo lo que puede enjugar una gota de llanto. ¡Ojalá que en Francia no se conociesen las lágrimas de la miseria, y que el mundo entero, toda la tierra, España tambien, tuviese un libro en donde estudiar ese caritativo secreto, ese bálsamo milagroso de profundas llagas sociales!

Pero ¡ay! repito. Si fuese posible que de un golpe, de una sola vez, como circula el fluido eléctrico, como corre la luz, apareciera á nuestros ojos el interior de las boardillas de este fastuoso Paris; si de

un golpe se presentaran ante nosotros todas las cuitas de esta sociedad artificial; si cayeran sobre nosotros todas las lágrimas que una miseria honrada y venerable vierte aquí, ¡cuántas calles se inundarian de llanto! ¡Cuántas calles irian de acera á acera! ¡Ah! Es bien seguro que el Emperador nadaria en lágrimas, y que rompería, pálido y tembloroso, la ley jactanciosa que ordena QUE EN FRANCIA NO HAYA POBRES.

Sí, hay pobres, hay miseria, hay llagas, hay dolores, hay lamentos; yo he raspado con el dedo la mezcla lisa que pone el palaustre, para que parezca bonita la parte exterior de las paredes; yo he quitado esa mezcla postiza, ese falso aliño, esa cara embustera; he penetrado más allá; me he visto dentro.... Para la ley no hay pobres; para la moral, sí; para los extraneros que tienen corazon, sí.

Antes habia mendicidad; no habia más que eso; no habia más que una cosa: ahora hay dos. La mendicidad, y una estéril y vana prohibicion. Ahora hay una mendicidad prohibida, una mendicidad afrontada; pero los pueblos, como los individuos, no pueden vivir sin su genio particular, y aquella ley, de puro ornato, de adobo y no otra cosa, era necesaria para dar á ese pueblo el relumbron que imperiosamente necesita el genio francés. ¡Pecador de mí! Ahora me explico yo por qué los franceses son tan aficionados á la luz eléctrica. Ahora me explico del mismo modo, que Paris sea la ciudad más alumbrada, más brillante del universo. Todo lo que tire á luces, y reflejos, y visos, y prismas, entra de lleno en el gusto francés.

La ley aboliendo el pauperismo, no es más que un reflejo de ese cristal; un golpe mágico de aquel palaustre, un chiste de aquel cómico. Deberia hablar tambien de la moralidad de Paris con relacion á la

ciencia y al dogma; pero las originalidades que en este punto ha tenido Francia son tan extravagantes, tan atrevidas, tan francesamente atrevidas y descocadas (perdóneme Paris este castizo nombre español), que casi sospecho que no cabrian en la medida de nuestro país. Estoy seguro de que habia de lastimar muchas orejas, muchos entendimientos, muchas, muchísimas conciencias, y no escribo este libro para causar lástimas.

Para muestra, y nada más que con el fin de que sirva de muestra, presentaré un ejemplo de ciencia y otro ejemplo de religion.

El hecho de ciencia es el siguiente, hecho que acaso ignoran muchos franceses de alto coturno, y que yo sé por una de esas inesperadas dichas que se ofrecen al extranjero.

Un viejo ilustre, muy ilustre y muy venerable, tambien hay viejos venerables en Francia, óigalo el Sr. Dumas; un viejo que habia sido maestro de Luis Napoleon, antes de ser Luis Napoleon III, llevó cierto libro á Luis Napoleon, cuando ya era Luis Napoleon III, Emperador de los franceses.

El viejo de que hablamos era el honrado, valeroso, austero y lealísimo senador Vieillard, maestro y amigo del Emperador. Cuando el imperio se puso á votacion en el Senado, el Senado en peso, todo el Senado entusiasta y unánime, le prestó su sufragio. En medio de la general aclamacion, una voz seca, grave, segura y poderosa, dejó helados á los senadores, al público y al Emperador mismo: aquella voz inexorable, aquel acento de la conciencia, de la amistad y del cariño, aquella palabra que parecia ser la palabra yerta y metálica de un cadáver, dijo clara y resueltamente: ¡NO! Quien pronunció este no tremendo fué el senador Vieillard. El único senador tal vez que era

amigo de Napoleon, un amigo grande, un amigo digno, uno de esos amigos que valen la pena de que un hombre nazca para que pueda honrarse con tal amistad, fué tambien el único que votó en contra del imperio. Napoleon, no obstante, continuó queriéndole y respetándole hasta el fin de sus días. El voto contrario del maestro, y el respeto constante del discípulo, son cosas que hacen tanto honor al discípulo como al maestro.

Llega su última hora al honrado viejo, hallándose en San Cloud el Emperador; le participan que el senador Vieillard está agonizando; corre á Paris, acude á casa del moribundo, penetra en la alcoba, Vieillard espira, y Napoleon recibe el aliento postrero de aquel grande hombre; de aquel hombre ignorado hoy, pero que es sin disputa uno de los caracteres más bellos con que puede honrarse la historia moderna.

La verdad, lector mio, Napoleon no es santo de mi devocion, como decimos por nuestras tierras. Si te dijera que le queria, te diria un embuste; no le quiero, la verdad ante todo; tengo muchísimas razones para no quererle; pero desde que supe que vino de San Cloud para recoger el último suspiro de un viejo ilustre, de un hombre verdadero y honrado, no le quiero tampoco, no le puedo querer; pero no le odio. Si tuviera que perdonarle, en honra de la noble memoria del senador Vieillard, le perdonaria.

Ahora preguntaré: ¿se cumplió el testamento del senador Vieillard? Creo que no. ¿Por qué? Acaso Luis Napoleon lo sabe, acaso lo ignora, pero la verdad es que la última voluntad del difunto no se cumplió. Me parece oír á un lector que dice: pues ¿qué sucedió en esto? Amigo mio, ahora no podemos entrar en explicaciones. Ignoro si

podré tocar este punto en algun pasaje de este libro; en este momento no puede ser.

Pues volviendo á la historia, decía que el senador Vieillard llevó un libro á Napoleon. Dicho libro tenia un epígrafe en la portada, acerca del cual llamó Vieillard toda la atención de su antiguo discípulo. Napoleon leyó, volvió á leer, miró á su maestro, leyó otra vez, pensó luego un rato, hasta que por fin dijo: *c'est trop hardi; mais c'est vrai*. Esto es muy atrevido, pero es verdad. ¿Qué calcula el lector que decía el epígrafe? Decía lo siguiente: *le dieu de l'antiquité n'est plus. Aujourd'hui, l'humanité c'est Dieu*. El Dios de los antiguos no existe; hoy, la humanidad es Dios, ó la humanidad es el Dios moderno.

El Emperador dice que esto es verdad, yo pido perdón al Emperador, y con su vènia creo que es mentira. Yo creo que antes, lo mismo que ahora, y ahora lo propio que despues, la humanidad no ha sido, no es, no será, no puede ser nunca el Dios del mundo, ni de sí misma, ni de nadie, ni de un triste gusano, porque la humanidad no ha creado á nadie, ni al triste gusano, ni á sí misma, ni al mundo, ni puede hacer, ni decir una palabra en punto á marcar el último destino de las cosas, ese día misterioso y sagrado, ese enigma supremo, oculto y recogido en el pensamiento del soberano artífice. Con perdón del Emperador, creo que los modernos no tienen otro Dios que los antiguos, porque ni los antiguos ni los modernos pueden cambiar de Dioses, como el año muda de estaciones, ó como nosotros mudamos de camisa, ¡Qué! Cuando no podemos mudar de arenas, de playas, de mares, de ambiente, de nubes, de estrellas, de soles, ¿quieren los franceses que mudemos de causa suprema? Cuando no podemos mudar de ojos, de cejas, ni aún de pestañas, ¿quieren los franceses que mudemos de Dios?

Pero seamos justos ante todo. ¿Os parece, lectores míos, que el autor del libro ha querido decir tal dislate, y que el Emperador ha podido prestarle asenso? No. En esto, como en todo lo que aquí pasa, media cierta poesía fantasmagórica, cierta fascinación aérea. Lo que el autor ha querido decir, lo que el Emperador ha podido creer, es una cosa semejante á la que sigue: «la revelación del principio supremo en la antigüedad, era, por ejemplo, el milagro. La revelación de aquel principio sumo en los tiempos modernos, es el análisis, el experimento, el compás, el exámen, el axioma, la demostración, más claro, la razón humana. En la antigüedad no existían más que castas teológicas, la idea de Dios era la que exclusivamente reinaba. En los tiempos modernos hay castas sociales; al lado de la excelsa idea de un Dios, reina en el mundo la idea del hombre. En la antigüedad como en nuestra era, como en todas las eras posibles, Dios representa el génesis de la sustancia; hoy el hombre representa el génesis de la forma.» Esto, y no otra cosa es lo que el autor de aquel libro quiso decir, y lo que el Emperador pudo creer; pero si se hubiera expresado como yo lo he hecho, aquella idea hubiera entrado en la gerarquía de las cosas oscuras, humildes y plebeyas, no hubiera valido la pena de que un Vieillard llevase el libro á un emperador, y de que un Emperador bajara la cabeza y pensase, y de que volviera á estar cabizbajo y pensativo.

El autor sabría que se hallaba en una sociedad entusiasta por los relumbrones, y diría para sus adentros: ¿sí? pues allá va ese magnífico y sorprendente relumbron. EL DIOS DE LA ANTIGÜEDAD HA PASADO; LA HUMANIDAD ES EL DIOS MODERNO. Y las gentes se miran unas á otras, se agrupan, se hablan al oído, cuchichean, y el libro corre de boca en boca, de pensamiento en pensamiento, de bolsillo en bolsillo; el autor crece, se hace de moda, *se hace francés*, y

hé aquí realizado el adagio de que fray Modesto nunca llegó á guardian. Esto, que es una verdad en todos los pueblos del mundo, es verdad y media en este país de las ALTAS NOVEDADES. *En el Paris curioso* veremos hasta qué punto se abusa aquí de la expresion heráldica: ¡ALTA NOVEDAD! La primera vez que mi mujer y yo vimos ese pomposo y campanudo rótulo, impreso en letras elegantísimas sobre los vidrios de un escaparate, nos aproximamos con cierta avidez....¡Ni el diablo inventa lo que los franceses! ¿Qué dirán mis lectores que era el objeto anunciado al público de una manera tan altisonante y rabiosa, por decirlo así? Pero estamos fuera de lugar. Estas noticias tocan de derecho al *Paris curioso*, y no debemos perjudicar esta segunda parte de nuestros humildes apuntes.

Vamos al otro ejemplo de que hablé; al ejemplo de dogma. Bastará decir en este punto que la Francia ha corrido el espacio que media entre proclamar: NO HAY DIOS, hasta celebrar misa en un altar cristiano, que está precisamente sobre las cenizas y la estatua de Voltaire. En efecto, el Panteon, ese suntuoso mausoleo que el pueblo francés ha levantado á sus grandes hombres, se habilitó hace poco para templo cristiano, y el altar en que un sacerdote católico dice misa diariamente, viene á caer sobre la tumba del más furioso de todos los enciclopedistas; es decir, sobre la tumba del más furioso de los protestantes franceses.

No llevo á mal que la Francia *reconocida* haya levantado aquel suntuoso mausoleo á sus grandes hombres; no llevo á mal tampoco que Voltaire sea un grande hombre que ocupe un lugar en el espléndido mausoleo de su patria; lo que digo es que me huele *á cosa francesa*, una cosa que pica y que escuece, el que un sacerdote católico diga misa sobre los sepulcros de Voltaire y de Diderot. Digo

que es refinadamente *francés*, refinadamente chispeante y fosfórico, el que las tumbas de Voltaire y de Diderot ocupen su puesto en un mausoleo cristiano, y que en ese mausoleo cristiano no hayan entrado las cenizas de un Bossuet, de un Flechier, de un Bourdaloue, de un Fenelon. Este es positivamente el fenómeno que menos he podido explicarme, un fenómeno que me aturde. Sobre una rareza tan extraordinaria, he pedido noticias á personas muy competentes; pero todas se encogen de hombros y murmuran algunas palabras á media voz. Ahora ya no pregunto á nadie. Las singularidades de esta calaña no tienen explicacion posible en el individuo francés; están explicadas únicamente por el carácter general del país; por el carácter, por el genio, por la necesidad de todos; están explicadas ... por la Francia.

Otros muchos ejemplos notables se me ocurren, en historia principalmente; pero si me dejase llevar iria muy léjos; sumamente léjos, y no puedo dar tanta extension á esta primera parte, cuando me está esperando la segunda, que debe ser mucho más larga, y bastante más entretenida.

He examinado la moralidad de Paris, en las varias esferas sociales, y en todas partes he hallado una misma tendencia, un mismo secreto, una misma cifra: *relumbron, efectos cómicos ó trágicos, caras muy lavadas y bonitas por fuera, palaustre*. Mucho bombo y mucho platillo, para que acuda gente, para que el corro sea muy grande, y pueda hacer negocio el que maneja los cubiletes.

Pero á esto se dirá: ¿cómo se explica que un arte postizo, domine de tal modo en el mundo? Es muy sencillo, contesto yo. El que quiera verse seguido de centenares y centenares de personas, vístase de azul, de encarnado, de amarillo, de verde, de blanco y de negro;

cúbrase la cabeza con plumas de pavo real, de cuervo, de buitre, aunque sea de gallo ó de gallina; si no hay plumas, póngase la cola de una zorra, ó cosa semejante; toque luego un chinesco, un tambor, una gaita; toque unas trévedes ó un almirez, sino tiene á mano otros instrumentos; toque con fuerza, haga ruido, mueva estrépito, mucho estrépito, alarme las orejas de todo el mundo.... No tengais cuidado, no irá solo.

No quiero decir que esta gran ciudad es un payaso, no. De ser payaso, habría que confesar que era un payaso muy *magnífico*. Me he valido del símil anterior, como pude haberme valido de otro cualquiera, para dar á entender el misterio con que Paris domina al mundo. El misterio consiste en que da á todos sus guisados una salsa picante, que excita el paladar, que lo estimula, que lo llama, que lo *emboba*; que lo mata luego, pero que lo provoca antes, y esto basta para el consumo de la cocina.

Y ¿qué significa esa salsa picante? Esa salsa picante es el cáustico que se pone sobre un tumor; es el cauterio que se aplica á una llaga; es la fuente que se abre á un ético; es la cantárida que se receta á un pecho podrido. Ya no basta el sér de las cosas, y se busca el sér de los adobos. No basta la verdad, y hay que acudir á la mentira. No basta la naturaleza, y tienen que implorar la ayuda de la magia. No basta el encanto del arte, y tienen que llamar la fantasmagoría del artificio. No basta el rey, y tienen que acudir al reyezuelo. La salsa picante de los franceses significa una cosa algo peor que el soñado puñal de la soñada Manola de Madrid; algo peor que la soñada mata y el soñado facineroso, de que nos habla el *brillante y reluciente* Alejandro Dumas; algo peor que las soñadas jícaras como dedales, en que toman el chocolate los españoles; peor tambien que

la soñada señorita española, que como dice el mismo novelista, exclamaba cándida y apasionadamente: *¡mi amado toro!* Aún cuando todo eso fuera verdad, aún cuando existiese en nuestro país una señorita que requebrase á un toro con el epíteto de *amado*, y matas que ocultaran facinerosos, y dedales que sirviesen de jícaras, y puñales que á manera de ligas, decorasen las medias de la Manola de Madrid; aún cuando realmente existiera ese enjambre de desatinos, esa porcion de sueños extravagantes y risibles de una imaginacion que tiene fiebre; pues, sí, señor Dumas, mi muy querido novelista señor Dumas; aún cuando todo eso existiese en España, creo que seria menos malo que lo otro que existe en Paris, menos malo tambien que la calentura que usted padece de decir, de contar poéticas *graciosidades*, á fin de embaucar á sus paisanos, para que le escuchen con la boca abierta, y aflojen *los sueldos* de la suscripcioncilla. Sí, señor novelista; creo que es más fácil purgar el desierto de beduinos, arrojar los cafres de las costas de oro, y poblar de hombres la Nueva Zelanda en que viven los antropófagos, que purgar á Paris de esa civilizacion engañosa, de ésa fascinadora cultura, de esa idolatría *chillona* que comprende tan bien el secreto de hacerse admirar.

=Resúmen de esta série. =

Voy á reasumir en pocas palabras todo lo expuesto sobre la moralidad, sobre la tan *cacareada* moralidad del pueblo parisiense: Tal vez me hago insufrible á mis lectores; pero esto es una operacion de cirujía, y todos tenemos la obligacion de ser pacientes hasta donde

podamos aguantar. Cuando, él lector no pueda más, tiene el recurso de quemar mi libro.

Noto aquí, ni puedo ni debo ocultarlo, una grande armonía entre la ley pública y la conducta privada, entre la sociedad y el individuo.

No hallo, la he buscado inútilmente por todas partes; no veo la moralidad de la intencion, esa moralidad interior, absoluta, que existe por sí, que tiene bastante con ella misma; esa moralidad que nace de nuestro albedrío, de nuestra voluntad, de nuestra deliberacion, de nuestro deseo, este deseo que es la virtud más alta y más grande con que Dios enaltece al hombre; no veo, no hallo, no vislumbro la moralidad del sentimiento que ama lo justo y lo virtuoso, por el placer magnánimo de amar la justicia y la virtud. No veo, no hallo la verdadera y única moralidad.

Hallo y veo una virtud que es virtud mientras que ve un castigo; que puede ser vicio, que lo es frecuentemente, cuando se ve sola, léjos de la ley y de su pena, léjos de la opinion y de su fama; una virtud que obra bien, siempre que no puede obrar mal impunemente.

Hallo y veo una hábil hipocresía.

Hallo y veo un egoismo sábio.

En fin, hallo y veo un *palaustre* que lava esta cara como las lava todas.

Creo, pues, que Paris es un pueblo inmoral; inmoral de un modo picante, novelesco, fantasmagórico; inmoral de una manera delicada, graciosa, aún artística: sobre todo, de una manera relumbrona, dramática, teatral. Brillante, muy brillante, muy reluciente, muy bonito,

muy fascinador, todo lo que se quiera; pero inmoral; tan inmoral, que ha logrado el prodigio de *civilizar* la *inmoralidad*; el prodigio asombroso de hacer de la inmoralidad una *cultura* célebre.

Esto dice á Paris y al señor novelista Dumas, un infeliz cafre de allende el Pirineo.

Si eso es civilizacion, quiero que mi país sea salvaje.

Si eso es ser culto, quiero que mi país sea bárbaro.

Si por eso el Africa ha de principiari en los Pirineos, que principie en buen hora, y Dios la dé mucha *fortuna*, mucha salud, *y que á mi no me olvide*, como decia el autor del Quijote.

=SERIE SEGUNDA=

PARIS CURIOSO.

=Dia primero=.

Advertencia del autor.—Llegada á Paris.—Omnibus.—Travesía.—

Hotel

Español.—Luisa Noel.—Hotel de los Extranjeros.—Restaurant.—

Garçones.

—Mi barbarie.—Fin del dia.

Mi querido lector; despues de meditar despacio sobre el asunto, he resuelto modificar el plan que me habia propuesto seguir. Antes de presentarte, monda y lironda la historia de esta prodigiosa ciudad, creo conveniente que nos acompañes por estas calles, por estas plazas, por estos paseos, por estos cafés, por estos hoteles, por estos teatros, por estas tertulias: es decir, por este bullicioso y deslumbrador laberinto. Creo necesario que experimentes nuestra hambre, nuestra sed, nuestro frio; que presencias los sendos codazos y empujones que nos dan, y el suave y risueño *perdon* con que los almibaran. En fin, creo necesario que imagines con nuestra fantasía, que pienses con nuestra inteligencia, que sientas con nuestro corazon, que esperes con nuestra esperanza; si es posible, que vivas con nuestra propia vida, uniéndote á todas nuestras impresiones, haciéndote parte en nuestra causa, á fin de que te familiarices con esta sociedad, de que cobres cariño á este personaje. Si esto no sucediera, su historia te importaria muy poco, y yo me veria privado de la ayuda de tu buen deseo. En este mundo no queremos sino lo que nos cuesta algun trabajo, algun sacrificio, algun dolor, y por eso te ruego que nos acompañes por todas partes, que todo lo veas, que todo lo oigas, que todo lo toques, que de todo te enteres, que participes por completo de nuestros trabajos, de nuestros sacrificios y de nuestros dolores. Despues de esto, es bien seguro que tendrás interés en saber la historia de esta ciudad que tanto has paseado, y que tanto te ha llevado y traído como palillo de barquillero.

Dividiré nuestras excursiones en *días*, y cada dia llevará á la cabeza un resúmen de todos los asuntos en él contenidos, para que, de un solo golpe de vista, puedas vislumbrar el espacio que has de correr. Entremos en asunto.

Después de ochenta y cinco horas de encajonamiento en la diligencia, desde Madrid hasta Bayona, y en los trenes, desde Bayona hasta París, molidos, muy molidos, más que molidos, casi magullados, llegamos á la estación del Mediodía á las seis y media de la tarde. Nuestras miradas se dirigian codiciosamente hácia adelante, buscando á París, como el peregrino que llega á Sion al declinar la tarde, busca con los ojos desencajados los torreones de Jerusalem. ¡Cómo nos latia el corazón! ¡París! ¡Ya vamos á llegar á París! En efecto, la cúpula del Panteon y la veleta de la iglesia de los Inválidos (segun nos dijeron) se destacaban arrogantes á través de la atmósfera. Esta parte poética de los viajeros, es sin disputa una de las emociones más bellas de la vida.

Un ómnibus inmenso nos lleva desde la estación del ferro-carril á no sé qué calle. En este momento atravesamos uno de los más dilatados y concurridos bulevares que surcan esta gran capital. Por la izquierda se descubre un magnífico paseo; por la derecha se descubren instantáneamente varias arcadas de los puentes que decoran el río. El primer coche de alquiler que hallamos, tiene escrito el número 8.976; el primer ómnibus, de los destinados al tránsito de la ciudad, lleva el número 2.637. Un rumor continuo de carruajes y de personas nos va circuyendo por todas partes, como si en todas partes existiese el mismo París. Si al despertar hubiera percibido aquel estrépito incesante, habria dicho seguramente que me encontraba en una fábrica, entre el movimiento de muchas máquinas de vapor. Mis ideas se alargan con mi vista á través de ese laberinto de chimeneas y de torres, y se pierden con ellas sobre esa techumbre sin fin. Mi mujer y yo nos mirábamos sin cesar como dos bobos.

¡Grandiosa creación, en verdad, si sobre ella no tendiese sus alas negras un ángel terrible; el egoísmo!

Pero sin duda la Providencia quiere valerse de ese egoísmo como de una palanca que remueve á la humanidad, para empujarla luego hácia sus fines predestinados.

Un sacerdote protestante nos acompañaba. El ómnibus paró, y el sacerdote desapareció con su equipaje. Nuestro *locomotor* prosiguió su marcha, y al cabo de un cuarto de hora de camino á través de las calles de esta Babilonia europea, el guía nos anunció que allí estaba el hotel indicado por el caballero español que nos había recibido en el ferro-carril. Dejamos el ómnibus, y un mozo comenzó á subir el equipaje. Pasamos el piso entresuelo y llegamos al principal; un principal bastante alto por señas: el mozo proseguía subiendo.

—¿Dónde va usted? le grité desde el primer tramo del piso tercero, porque el entresuelo era todo un piso.

—*Montez, monsieur, s'il vous plaît; c'est ici, c'est ici.* (Tened á bien subir, señor; es aquí, es aquí.)

Llegamos al piso cuarto: el mozo proseguía subiendo. Yo dije á mi mujer que venía á mi brazo sin comprender lo que pasaba: ese hombre nos quiere arrebatarse sin duda al París que está en la tierra, para llevarnos á otro París que estará en el cielo ..._aunque ignoro si podrá subir tan arriba.

En el primer tramo del piso cuarto me detuve.

—Mozo, no subo más.

—*Montez, monsieur, montez; nous y sommes.* (Subid, señor, subid; ya estamos.)

—Mozo, no subo aun cuando estemos, le respondí en francés.

En esto apareció un caballero ... digo mal, no apareció; nosotros llegamos á divisarlo por entre las barandas doradas del otro piso, es decir, del piso quinto. Aquel caballero, amo del hotel Español, tuvo la bondad de bajar adonde nosotros estábamos.

—Pido á usted auxilio, le dije sonriendo, contra las intenciones de su criado, que sin duda pretende conducirnos á las estrellas.

—Es que no hay habitacion desocupada en los otros pisos.

—Entonces, contesté, no podemos tener el gusto de permanecer en su casa. Una afeccion nerviosa que padezco, me impide habitar un piso quinto.

—Perdone usted, es piso cuarto.

—Pues bien, me impide habitar un piso cuarto.

—Un piso cuarto con entresuelo, añadió mi mujer, y nos dimos á bajar la escalera diciéndole: sírvase usted prevenir al criado que traiga el equipaje, nosotros le gratificaremos, y rogamos á usted nos disimule esta molestia.

El amo del hotel bajó al otro rellano.

—Ya que ustedes no pueden quedarse aquí, les recomendaré á una casa española.

—¿Qué piso? pregunté.

—Principal; calle Vivienne, casa de Luisa Noel.

—Enhorabuena; si es piso principal, estamos conformes y le damos á usted las gracias.

Dos criados de la fonda condujeron el equipaje desde la calle de Richelieu á la de Vivienne, que están contiguas, núm. 45.

Llegamos á la primera puerta y yo hice alto, mientras que los mozos continuaban subiendo la escalera.

—¿Dónde va usted? volví á preguntar.

Los criados me respondieron que aquel piso era el entresuelo, y que Luisa Noel habitaba en el principal.

Subimos al piso principal.

Luisa Noel no estaba en casa; los criados de la fonda dejaron allí el equipaje, y mi mujer y yo tomamos posesion de dos sillas en actitud de esperar á la señora. No habian trascurrido dos minutos, cuando se dejó ver una criada que nos dijo en buen español:

—Si ustedes quieren ver la habitacion que está vacante, pueden hacerlo; y en el caso de acomodarles, dispongan de ella, sin perjuicio de que luego se concierten con el ama.

Esta proposicion nos agradó en extremo, ansiosos como estábamos de descansar, y la criada nos pareció una mujer de mucho talento.

Dos criados de Luisa Noel se apoderaron del equipaje y empezaron á subir escaleras.

La criada seguía á los criados. Mi mujer seguía á la criada. Yo seguía á mi mujer. Subí el primer tramo maquinalmente; pero al llegar allí me acordé de mis nervios, no podía suponer que en Francia hubiese dos pisos principales, uno abajo y otro arriba, y creí llegada la ocasión de preguntar de nuevo:

—¿Dónde va usted, señora?

—Es aquí, es aquí.

—Perdone usted; el caballero que nos recomienda nos dijo que su ama de usted vivía en un piso principal.

—Sí, señor; pero en el piso principal no hay habitación desocupada. Suban ustedes, vean ustedes el cuarto, y luego podrán resolver.

Antes subía maquinalmente; ahora subía por amabilidad; pero un hombre no debe ser amable: el hombre no debe robar ese secreto á la mujer.

Subimos dos tramos, y hémos aquí en pleno piso segundo con entresuelo; pero los criados y la criada continuaban subiendo escaleras.

—¿Dónde va usted, mujer de mis pecados?

—Es que en el piso segundo no hay habitación vacante. Suban ustedes; esto no es alto para París.

—Para París no será alto, señora, pero mis nervios no tienen el gusto de París; París no me ha dado otros nervios, y con permiso de París, he resuelto volverme al piso principal.

—Suban ustedes otro poco, es aquí; verán ustedes qué vista tiene. Si no les acomoda, bajarán; pero examinen siquiera la habitacion.

Esto lo decia en alta voz desde el piso tercero con entresuelo, es decir, desde el piso cuarto. Mi mujer me miraba como consultando mi resolucion, hasta que la hice seña de que subiese. El diablo me tentó aquel dia por ser amable, ó tal vez la amabilidad *parisiense* se me habia entrado de súbito por los poros del alma.

Subimos tres tramos; tres tramos muy lustrosos, muy limpios, muy decentes; pero muy largos. En fin, eran tres tramos para un hombre á quien los tramos matan, que habia subido en menos de una hora veinte y cuatro tramos, sin contar noventa y tres horas de encajonamiento en la diligencia y en el tren.

Puedo asegurar que no sé cómo era la habitacion. La cabeza se me caia, y todo rodaba en torno mio, como si me hallase en alta mar. Pocas veces me he visto asaltado de un malestar que más me afligiese. Mi mujer lo conoció inmediatamente, y cogidos del brazo, empezamos á bajar la escalera, detrás de la criada. Aquello era el descenso de la cruz, pero siquiera era el descenso.

El equipaje quedó en las alturas.

No habiamos esperado media hora en el piso principal, cuando llegó Luisa
Noel.

Esta señora nos recibió con muy buenas maneras en una magnífica sala; la conversacion comenzó á preludiarse; pero yo puse fin á los preludios diciendo:

—Señora, ¿usted no tiene habitación en el entresuelo ó en el principal?

—No, señor, no la tengo.

—Entonces no podemos estar en su casa, por más que lo sintamos.

—En Paris no es alto un piso tercero.

—Señora, no es cuestión de Paris; es cuestión de una enfermedad de que adolezco con gran pena mía ... y en resumidas cuentas, tenga usted la bondad de prevenir á sus criados que me traigan el equipaje á donde encuentre un piso principal, entresuelo, bajo, aunque sea un sótano ó una cueva.

Luisa Noel llamó sonriendo á dos criados, y nos envió al hotel del Tirol, calle de Montmartre, á cincuenta pasos de la calle Vivienne.—Eran las siete y media de la tarde.

Llegamos al hotel del Tirol; pero este hotel, en medio de las cosas buenas que pueda tener, y que no le quiero disputar, tiene una escalera tan estrecha, tan *nimiamente* estrecha, que me resolví á no subirla. Las aventuras anteriores me habían hecho cobrar horror á las escaleras, aún siendo espaciosas y excelentes.

Hémos otra vez á cielo raso sobre las losas del imperial Paris.

Al salir del portal del hotel en cuestión, alcancé á divisar un reverbero, en cuyo cristal ví este rótulo: *hôtel des étrangers, rue Teydeau, 3.* (Hotel de los Extranjeros, calle de Teydeau, número 3.)

Hice seña á los mozos del equipaje de que me siguieran, y antes de un minuto estaba hablando con los *garçons* del hotel.

—¿*Combien voulez-vous payer?* (¿Cuánto quiere usted pagar?)

—Quiero pagar lo que sea necesario para que me abran ustedes las puertas de ese entresuelo (había un entresuelo desocupado), y háganme ustedes el favor de darse prisa.

La señora del hotel salió *du bureau* (de la oficina: aquí todo establecimiento público tiene su oficina) y dispuso que se nos franqueara la habitación. La señora del hotel es gruesa, de alguna edad, y fea. Á mí me pareció un ángel, ó como dijera un novelista moderno, una vírgen aérea de Rafael ó de Murillo. Mi buena y sufrida mujer y yo subimos dos tramos, compuestos de 23 escalas, y nos encontramos en un entresuelo lindísimo, con dos balcones á la calle y perfectamente arreglado, como todas las habitaciones francesas.

Los criados de Luisa Noel hicieron entrega del equipaje, recibieron su tanto, y se marcharon con los mozos de nuestro hotel; cerré la puerta, me eché sobre el sofá, me quité el sombrero y arrojé un suspiro. Me parecía mentira que Paris me diera un entresuelo. ¡Bienaventurado Paris! ¡Bienaventuradas escaleras!

Después que hubimos descansado un instante, nos lavamos, y aún con el polvo del camino encima, salimos á dar una vuelta, como suele decirse.

Bajamos por la calle Feydeau, torcimos á la derecha, y á pocos pasos nos hallamos en la plaza de la Bolsa, cuyo suntuoso palacio descubrimos confusamente entre dos luces.

Ibamos por el ángulo del Norte, y al fulgor de las luces de un café, denominado de las Arcadas, vi escrito en una esquina *restaurant Champeaux*. Anduvimos más, y al principio de la fachada de otro

edificio, ayudado por cuatro tubos de gas que la decoraban, volví á leer *Champeaux*, y más adelante, en letras mayores, *restaurant Champeaux*, y en el otro extremo, *Champeaux*, y muy abajo, casi rayando con la acera, *restaurant Champeaux*.

No pude menos de decir á mi mujer:

—Cosa notable debe ser ese buen *restaurant Champeaux*, cuando tan de manifiesto se pone, sin temor de que se le descubran las faltas. Vamos á comer, y empujamos la puerta del dicho *Champeaux*.

Véanos el lector en un salon pequeño, pero adornado de espejos magníficos, de magníficos tubos de gas, y de mesas muy blancas, con un servicio esmerado y gracioso. Segun la expresion general, parecia una taza de plata.

No bien nos habiamos sentado en el ángulo de la izquierda, cerca de un espejo donde nos reflejábamos con platos, cubiertos y mesa, cuando nos vimos rodeados de tres mozos. Todos tres iban vestidos de negro, frac, corbata blanca, cabeza perfumada, y una servilleta en la mano. Yo quise hacer señas á mi mujer de que se levantara, á fin de abandonar el *restaurant Champeaux*, pero no era tiempo. *Los caballeros garçones* nos habian sitiado, y no habia más remedio que sostener el sitio.

Pero ¿por qué queria yo abandonar el brillante salon, aquella brillante coquetería del civilizado Paris? Lo queria abandonar por dos razones. Primera: porque hay cosas que son como la carne que está podrida; tienen un olor que las denuncia. Yo veia lo que me iba á suceder en el gracioso *restaurant Champeaux*. Segunda: porque no queria ser servido por caballeros de frac negro, corbata blanca y cabellos de

dama galante. Y cuidado, que no soy yo el que niega á un criado, ni á nadie, el derecho que tiene de emplear su dinero como mejor lo entienda, comprándose frac verde ó azul, y una corbata negra ó amarilla. Cuando un criado, lo mismo que un magnate, se empeña en ser ridículo, sobre su opinion pesa su ridiculez, así como sobre la opinion del payaso cae la confusion burlesca de los colores que entran en su vestido. Suyo es su dinero, suya su opinion, suya su responsabilidad; á quien toca la empresa, toca el peligro, y hasta aquí nada tengo que reparar ni que oponer. Pero el que se quiera hacer de un criado un estado ceremonial; que se quiera hacer de la servidumbre una carta aristocrática; que de un *restaurant* se pretenda hacer un centro de etiqueta, etiqueta que por respetos tradicionales se sufre hoy difícilmente en una recepcion de embajadores: en menos palabras, que del acto simple y neto de comer en una casa pública, se pretenda hacer una especie de besamanos palaciego, es una cosa que me repugna y me entristece. ¿No tenemos bastante todavía? ¿Queremos añadir el privilegio del frac y la corbata en el servicio de una fonda?

Yo conozco que la mesa es una hora de recreo para muchas personas: conozco que quien va á comer pagando su dinero, no debe ver nada que le repugne; esto es muy justo; pero del aseo á una etiqueta impropia; de la decencia al coquetismo; de un servicio decoroso á un servicio refinado y *tonto*; tonto, si no fuera otra cosa peor, hay una distancia que ninguna razon puede llenar. Yo estaria conforme con estas prácticas, cuando una conquista civilizadora hubiera rescatado al *mozo* del cautiverio en que lo tiene la conciencia de este mismo pueblo; cuando de la matrícula social se hubiera borrado la palabra degradante *garçon*; pero la palabra *garçon* está escrita aquí, tiene aquí su esfera propia, constante, determinada: la

palabra *garçon* lleva en sí el pensamiento de una raza ilota, menos ilota que la de Esparta; ilota, hasta donde puede consentirlo la civilización de nuestros días; pero ilota, sierva.

La opinión de París me da el derecho de golpear sobre esta mesa, gritando: *¡mozo!* é impone al mozo el imprescindible deber de acudir, diciendo: *¡señor!* El frac negro, la corbata blanca y la cabeza perfumada en el *mozo*, no son el signo de una conquista reparadora en la vía del derecho, no suponen una humanidad que se enaltece enalteciendo al hombre; que glorifica al hombre, glorificando el pensamiento de un principio hacedor y universal; no es la historia, redimida á precio de sangre y de virtud en el Evangelio; redimida en la cruz á precio de una verdad sublime, de un dolor sublime también, de una paciencia más sublime todavía; no es la historia cristiana que entrega al mundo el día magnífico de la moral, no: no es el santo eso que veis ahí; es un trozo de mala madera que se viste de santo, para que sobre el ribete de su peana caiga la ofrenda del necio creyente.

Una ventaja tiene esta hipocresía maliciosa de París: el rico deja en todas partes una porción de lo que le sobra.

Ya sabe el lector las dos razones que tenía para querer salirme del restaurant Champeaux. Una razón era de *hacienda*, porque sabía que aquello era un juego de cubiletes, que se trataba de escamotear, y que mi humildísimo y trabajadísimo bolsillo iba á ser el escamoteado. Otra razón más poderosa indudablemente, era de sentimiento. Me repugna, me repugna, quiera Dios que me repugne siempre, verme servido por caballeros, á quienes me es lícito injuriar con el apóstrofe de *garçons*.

La presencia de dos personas que traen aún encima el polvo del camino, en un gabinete de elegancia y buen tono, no pudo menos de producir en los asistentes cierta sensación impregnada á la vez de lástima y de burla. Afortunadamente mi mujer y yo conocemos bastante bien lo que valen dos francos: con dos francos se compran unos guantes color de caña.

Nos avinimos, pues, á purgar el *delito de ser inconvenientes*, y perdonamos sin pesadumbre aquel inocente conato de la cultura parisiense.

Sobre esto dijimos algunas palabras mi mujer y yo, y los *caballeros garçones* que nos circuian estrechamente, formando en el espejo un grupo de cinco personas, una mesa y varios cubiertos, fallaron de propia autoridad que debíamos ser italianos. En este idioma nos preguntaron qué queríamos comer.

—Perdonen ustedes señores, no me atreví á llamarlos garçones; no somos italianos: somos gentes que queremos comer, y que agradecerémos á ustedes infinito que nos traigan pronto la lista de la fonda.

—Usted perdone, respondió uno de ellos; (*pardon, monsieur*) y trajo la lista.

Pedimos poco.... ¿Cómo pedir mucho, quien pide con miedo? ¿Cómo no tener miedo, quien se ve bloqueado de luces, fraques, corbatas blancas, y untos aromáticos, mientras que su bolsillo baja la cabeza, y oye estremeciéndose como el reo á quien se va á leer la sentencia? Pedimos poco, pero al fin pedimos....

Vino la cuenta, y ¡eso sí! en una cuartilla de papel azul, formando aguas, sin contar el borde dorado, leí 27 *francos*. Eché mano al bolsillo para pagar, y entre tanto decía para mis adentros: si yo he venido aquí con el fin de comer, no más que de comer; ¿qué necesidad tengo de pagar un papel azul, con canto dorado y aguas inglesas? ¿Qué necesidad tengo de pagar una lista encuadernada en forma de libro, con una cubierta magnífica? ¿Por qué he de pagar un frac que no me pongo, y una corbata que no he tocado, y una pomada que no he oído? Pero el cubilete estaba delante, el prestidigitador detrás, yo en medio, y mis 27 francos debían ser escamoteados sin recurso.

Después de pagar, saqué un cigarro como para reponerme del ataque sufrido; pero uno de los *caballeros garçons* acudió presuroso diciendo: *il n'est pas permis de fumer ici*. (No se permite fumar aquí.)

Salimos del *restaurant Champeaux* á las nueve y media.

Mi mujer me dijo: lo que nos han puesto no vale diez francos. Hazme el favor de no volver á entrar en ninguna fonda, ni restaurant, ni almacén, ni aún taberna que huelga á cosa de *Champeaux*.

Yo medité un momento camino de casa, y dije á mi mujer:

—No es París el bárbaro: los bárbaros somos nosotros. Los bárbaros son los extranjeros que no conocen á París, y que siendo pobres se van á la mesa de los ricos: que despreciando la vanidad, van á ocupar la silla de los vanidosos: que teniendo su espíritu más alto que esa civilización enfermiza y servil, llaman á la puerta de los *civilizados*. Los bárbaros, somos nosotros, que en vez de buscar hombres que nos den de comer, pagamos tributo á los *caballeros garçons* y á los cubiletes de buen tono. Pero no, no eres bárbara tú que me sigues,

como la sombra al cuerpo: el bárbaro soy yo. Toda barbarie se ha de pagar en este mundo, porque la ley moral es la más infalible y providente de todas las leyes: no me digas nada; ya pagué. ¡Dichosa barbarie la que no cuesta más que 27 francos!

Llegamos á casa, mi mujer se acostó, yo escribí las aventuras anteriores, despues me fuí á la cama, y así terminó el dia primero.

=Dia segundo=.

Mi amargor de boca.—Jeannin, sucesor de Sellier.—Recado de la señora del hotel.—Paseo á pié.—Extravagancias de una cosa que en Paris se llama gusto civilizado.—Sueldo francés.—Calcetines.—Sortija.—Chaleco.—Pipa.—Sombrero de paja.—Programa.—Rótulos.—Cocina francesa.—Fin del dia.

Me desperté á las siete de la mañana, sentí un grande amargor de boca, y no pude menos de atribuirlo al *restaurant Champeaux*. En cambio el buen *Champeaux* se saborearia regaladamente con la memoria de mis pobres francos.

Tengo la costumbre de levantarme muy temprano, siguiendo el prudente consejo de Franklin. Hoy es dia excepcional; me levanto á las ocho dadas. Despues de lavarme y ponerme á cubierto del frio, porque hace frio, abro la ventana de mi gabinete y me fijo en un rótulo que distingo en la esquina de enfrente: *Jeannin, sucesor de Sellier*. Yo creí naturalmente, á mi me pareció que era naturalmente; creí, repito, que se trataba de algun personaje famoso en materia de ciencias ó artes, y tenia cierta curiosidad por adquirir noticias acerca del

personaje que yo me fraguaba. *Jeannin* es lo que nosotros llamamos un tabernero. Esta especie no dejó de causarme ciertamente extrañeza, y volví á conocer que tambien en esta ocasion no era bárbaro Paris, sino el extranjero que condena rutinariamente lo que no es conforme á su educacion y á sus hábitos.

En realidad ¿por qué una taberna no ha de ser capaz de crédito, crédito en que está cifrada la fortuna de una ó más familias? ¿Por qué un tabernero no ha de llamarse sucesor de otro que alcanzó fama, fama justificada por su diligencia y probidad? Luego que las cosas pasan á ser industria pública; luego que de la oficina en que se crean pasan á la oficina que se venden, ¿qué excelencia puede alegar el que vende instrumentos de matemáticas sobre el que vende azumbres de vino?

Nosotros llevaríamos á bien que se escribiese en una enseña: *Jeannin, óptico ó químico, sucesor de Sellier*, y mirariamos con cierta intencion satírica el que se dijese: *Jeannin, tabernero, sucesor de Sellier*. Creo que el vicio no está en los franceses, sino en nosotros que confundimos el vender con el crear, la operacion del cambio con la operacion del talento. Los franceses creen, y creen muy bien, que la venta es igual á la venta, y que tan vender es vender un Cristo de plata como un jarron de china.

Siga el buen *Jeannin* siendo sucesor de Sellier, el cielo le dé muchos sucesores afortunados, y ojalá que los taberneros de mi país hicieran consistir su orgullo en ser depositarios de una herencia de probidad y de decoro.

El lector no llevará á mal que yo me pare en estas menudencias, ya porque estas menudencias, son faces características en donde se

refleja la vida de un pueblo, ya también porque tengo necesidad de apreciar estas cosas, con el fin de educar mis sentimientos propios. No lo hago por enseñar á quienes saben más que yo; sino por enseñarme y corregirme á mí mismo.

La señora del hotel me envia á un criado con el objeto de decirme que el gabinete me cuesta siete francos todos los días. Esto me hace ver que hay muchos *Champeaux* en Paris. Es una cosa que raya en prodigio el talento con que está dispuesta esta sociedad, para que el extranjero se vuelva á su casa sin un cuarto.

A pesar de la prevención con que vivo, estoy seguro de que el famoso *restaurant Champeaux* no es otra cosa que el primer hilo de toda una red.

Teniendo en cuenta lo que he de gastar en carruaje, gratificación en la visita de sitios públicos y reservados, casa, comida, teatros, *cafés cantantes*, amén de las frecuentes *eventualidades y galanterías* de Paris, comienzo á sospechar que durante los tres primeros meses, me bastarán apenas ocho napoleones diarios. ¡Ay de mí!

Mi mujer y yo nos vestimos, y por la vez primera nos vemos en las calles de Paris en medio del día, *en plein jour*, como aquí se dice.

No es posible atravesar algunos de los puntos céntricos, sin encontrarse con muchos repartidores de papeles.

El uno anuncia una liquidación definitiva, por valor de 300 ó 400 ú 800 mil francos; otro participa una rebaja de un 40 por 100, á consecuencia de disolución de sociedad, de retirada del comercio ó de muerte: otro va á cerrar sus salones de Invierno: otro va á franquear sus salones de Estío. Aquí hay un gabinete *perfectamente*

confortable, donde se ponen dientes; allí se restauran las encías; allá nos ofrecen quijadas, ó narices, ó piernas, ú ojos artificiales, todo con una baratura, una comodidad y un buen gusto que encanta. No he visto aún ningun papel donde se prometa estañar la vejiga, como si fuera un pedazo de hoja de lata; pero no desespero de saber dónde se ponen trozos de pulmon. Aquí se pone todo, todo absolutamente, menos corazon y cabeza.

Un tabernero se revela al público de este modo: *me apresuro á participaros que he tenido la feliz idea (l'heureuse pensée) de formar un establecimiento vinícola (vinicole), único en Francia, donde sereis servidos como en ninguna parte, no sólo por la circunstancia de ser el empresario cosechero en grande (en gros), sino tambien por reunir treinta ó cuarenta años de experiencia y estudio. Escribid por el correo.* El amo de un restaurant asegura que por 70 céntimos (22 cuartos), da un almuerzo de los más *convenientes*, y que el servicio se hace en vajilla de plata. Que el servicio sea en vajilla de plata, ó en vajilla de zinc, poco importa: él estaba en el caso de anunciarse pomposamente, y dice que es de plata.

En el boulevard Montmartre hay un letrero enorme; en que se brindan dientes por 5 francos cada uno, *prévia una garantía de diez años.*

¡Dónde estará el diente al cabo de diez años, y aquel á quién se puso, y el mismo que lo puso!

La antigua casa de Michaud (aquí todo el mundo se denomina *casa, antigua casa, casa única*), se presenta como la sola casa de Paris, que pone á nuestro arbitrio y disposicion *una dentadura completa (un dentier complet)* por la suma de 150 francos, reuniendo las mejores condiciones de actividad y duracion (*de travail et de durée*).

En una de las travesías del boulevard de Beaumarchais, se ve un gran rótulo, donde se promete un menjuge para hacer *salir el pelo á todo el mundo*, con el bien entendido de que no se recibe paga alguna, hasta despues de haber obtenido el resultado. El objeto es que acuda gente; lo demás queda reservado á otro menjuge que sólo ellos conocen. *La charlaen* los mercaderes es aquí un verdadero y misterioso menjuge, una operacion química, velada por el arte de un hechicero. Orfila era un niño de teta, como suele decirse.

En Paris no se escapa ningun bicho viviente; ni el oidium, ni las pulgas, ni las liendres, ni las chinches. Levante los ojos el que pasea por estas espaciosas y magníficas calles, lea ciertos cuadros que están expuestos en los almacenes y tiendas de comestibles, y se convencerá de que sólo la *negligencia en soltar unos cuantos sueldos, puede tolerarel* desacato de que haya pulgas en el mundo. ¡Cuántos millones necesitaria un solo individuo, si la esaltase la humorada de creer en lo que le dice este pueblo volátil, adornado no obstante de tan grandes dotes, abismado no obstante bajo el peso de tantas flaquezas!

Visitemos las tiendas de pieles, y encontraremos, perfectamente disecados, leones, panteras, tigres, leopardos, hienas, lobos, zorras, castores; en fin, un gabinete de zoología. No he visto ratas; pero no extrañaria alzar la cabeza y darme de hocicos con una enorme culebra boa, puesta en una urna de cristal, á lo largo de un escaparate.

¡Tal es el deseo que aquí hay de llamar la atencion y causar impresiones teatrales! Seguramente no se contentan con la simple impresion artística: claro es que el *sueldo* es la suprema aparicion que se vislumbra en el fondo de estas admirables sombras chinescas; pero

es un sueldo particular, un sueldo francés, que necesita estudiarse mucho para comprenderlo; que no podrá nunca comprenderse, si se estudia de un modo aislado. Es necesario poner la observacion en todas las partes de este gran todo, para que lleguemos á divisar qué clase de *sueldo* es el que está depositado en el fondo de esta inmensa urna. Aquí entra en todo, como uno de los elementos más poderosos, como la primera vitalidad del país, como carácter de raza, la fantasía. Aquí tiene todo un algo fantástico, el sueldo tambien. Aquí todas las cosas se cobijan bajo un manto de coquetismo, tambien el sueldo. Paris no querria, le concedo esta idealidad noble y generosa, un sueldo grosero, ignorante, idiota, no; no quiere el oro que se da por ir al teatro, con el fin de ver las maniobras de un hechicero, de una bruja, si las hubiera: busca siempre y en todas partes la satisfaccion de su genio artístico; *su sombra chinesca*. Fenómeno admirable en verdad. Los pueblos menos artistas por naturaleza, son los que más se dan al arte por instinto y por educacion. Por esto mismo los oradores suelen tener la pasion funesta de querer ver escrito lo que hablan. Su palabra es su única belleza, y no se contentan con ser bellos. La escritura es un postizo que los afea, que los ridiculiza más de una vez, y están contentos con su fealdad y su ridiculez. El genio tiene sus arcanos, como tiene el abismo cavidades ocultas, y aquí encuentro yo uno de sus arcanos más curiosos.

Todo respira aquí contra el arte, contra el arte único que conoce la humanidad, contra esa poesía santa y sublime que nos hace sentir el bien, la verdad y el amor, bajo la relacion de la belleza; pero de una belleza espontánea, impregnada en todo, en el ademan, en la mirada, en el movimiento, en la voz, en el cielo, en el aire, en la luz, hasta en el susurro de los árboles mecidos por la brisa. Yo no encuentro esa poesía fácil, ese arte infuso, por decirlo así, en ninguna parte de esta

magnífica ciudad. Llevemos una estatua de las Tullerías ó del Luxemburgo á un paseo de Roma, y seguramente parecerá más bella, más estatua, más arte; es decir, más sentimiento, porque sentimiento es el arte, así como verdad es la ciencia, utilidad la industria, ó justicia el derecho humano.

¡Qué espectáculo tan interesante nos ofrece un centro tal de creaciones! Aquí unos calcetines por ocho cuartos; allí una sortija de dos ó tres mil duros; ahora un chaleco hecho que se da por una peseta; despues una pipa de ocho mil reales, como la que hay en la plaza de la Bolsa, número 3. Al fin de la calle de Montmartre, cerca de San Eustaquio, corbatas de seda por poco más de dos reales; en la calle de Richelieu, un sombrero por doscientos duros.

Seguramente habrá mil contrastes más raros; pero no puedo hablar sino de lo que he visto en veinte y cuatro horas que vivo en Paris, y me parece que una regular indulgencia no podria exigirme más.

He ajustado la cuenta del importe á que suben los sombreros de paja que hemos visto, segun el número anunciado en los depósitos y su precio corriente, y resulta que no bajará de doce a catorce millones de reales. Es verdad que no creo completamente en el anuncio de los almacenistas, porque aquí nada es lo que parece, ni se fia tanto en la bondad intrínseca de la cosa, como en su brillante manifestacion. Como ya dije, aquí todo tiende á poetizarse, aunque nada tenga una verdadera poesía. Es menester contar, para no engañarse, con la realidad del objeto y sus aspiraciones poéticas. El cubilete es verdad; el prestidigitador es mentira, ó si queremos llamarle verdad, habremos de llamarle verdad fantástica, verdad mentirosa, verdad en que la verdad sufre un escamoteo.

Una de las cosas más dignas de observarse en este gran horno de fundición social, es hasta qué punto agita los entendimientos: quiero decir, las imaginaciones, porque la imaginación es el gran entendimiento de los franceses, la competencia industrial y mercantil.

El mercader de ropas hechas pone á los sastres *como hoja de peregril*: el sastre viste al mercader de ropa de pascua; y no sabemos qué admirar más, si la ironía del mercader ó la del sastre. En punto á comprar y vender, todo el mundo es poeta á su modo, literato, erudito. En el bulevar de la Poissonnière ó de San Dionisio, he visto hoy una especie de programa en que uno se presenta como candidato á la diputación, alegando por título que vestirá á las mujeres mejor y más barato que ninguna casa de Paris. *¿Qué mayores ventajas podeis hallar en un diputado*, dice á los electores, *que la de contentar á vuestras mujeres?* Esto no pasa de ser una broma, pero es una broma de un gusto enteramente parisiense.

Pasan de quince ó veinte lienzos de pared en que hemos divisado, á una altura de quinto ó sexto piso, el anuncio de la *Ville de Paris*, calle de Montmartre, núm. 74. Es seguro que en tales avisos ha empleado un capital considerable. Calcule el lector que para anunciarse en algunos lienzos de pared, ha necesitado poner andamios ó empalizadas.

No puede darse el caso de caminar por algun punto sin darse de cara con un letrero, con una enseña, con un aviso; como si el aviso fuese el aire que aquí se respira, el espíritu que todo lo mueve, el hornillo que todo lo calienta. Nos metemos en un carruaje; allí está el rótulo del diente, del pelo, de las píldoras, del agua prodigiosa: nos introducimos en los lugares más escusados, toda vez que sean del dominio público;

allí están las píldoras ó el unto tambien. El aviso, el decir *aquí hay esto ó lo otro*, es el arca predestinada donde se ha refugiado este Noé con toda su familia.

Esto parece exagerado al que no lo presencia; pero sepa el que dude, que una de las tareas que más dan que hacer á la policía de Paris, consiste en especificar los sitios en donde no se pueden fijar anuncios, citando el artículo del reglamento que lo prohíbe. Así sucede, que lo más común es encontrarse con letreros que dicen: *défense d'afficher, prohibicion de fijar avisos*. De modo, que hasta la policía, queriendo evitar los rótulos, *rotulea* tambien.

Y por rotulear de todos modos, hay quien se anuncia *gratis*, (gracia estraña en Paris en donde el céntimo está pegado á toda cosa, así como el agua del bautismo corre sobre la frente del bautizado).

A orillas del Mercado Nuevo hemos visto un anuncio en que se dice con letra bastardilla: «curso gratuito de piano, calle de Argel, núm. 3, enfrente del jardin de las Tullerías.»

A la pensée. (Al pensamiento.) Esto vi en un almacén del bulevar Montmartre (ó en sus inmediaciones), y tiré del brazo á mi mujer como tocado de una curiosidad poderosa. ¿Qué pensamiento será este? decía para mí. Llegamos: era una zapatería.

Al bello pensamiento. (*A la belle pensée.*) Esto ví escrito en una de las cajas que están expuestas en la esquina de la calle *Les filles Saint Thomas*, y me ví asaltado del mismo conato curioso. Me aproximé, ví: era una caja de confites.

Hautes nouveautés! (Altas novedades.) Esto leí en los cristales de un almacén de la calle de Vivienne, y tales títulos no pueden menos de

sorprender. Fuimos allá, lo que nos había cautivado el ánimo era una colección de manguitos, camisolines, chambras y cofias.

Pero uno de los anuncios en que más me he fijado, acaso por su *exterioridad relumbrona, por su oratoria esencialmente francesa*, es uno que hemos visto en la encrucijada que forman la calle Vivienne y las Hijas de Santo Tomás, en uno de los ángulos de la plaza de la Bolsa. Tengo el anuncio copiado en mi cartera, y casi presumo que al lector no le desagradará verlo, aunque no respondo de su completa fidelidad. Acaso hay algún letrero en chimenea, rendija ó resquicio que nosotros no hemos podido divisar. Lo que desde la calle se ve, es lo siguiente:

Arriba, muy arriba:

Al palacio de cristal.—Vestidos para hombres.

Más abajo:

Palacio de cristal.

Más abajo:

Vestidos para hombres.

Más abajo:

Precio fijo.

Más abajo:

Al palacio de cristal.

Más abajo, sobre cristales:

Precio fijo.

Más abajo:

Vestidos para hombres.

Esto se ve estando situado el espectador en lo interior de la Plaza de la Bolsa.

Ahora situémonos en la calle Vivienne, y descubriremos; arriba:

Precio fijo.

Más abajo:

Al palacio de cristal.

Más abajo:

Vestidos para hombres.

Más abajo:

Especialidad en trajes de niños_.

Sobre la puerta:

Al palacio de cristal.

Más abajo:

Precio fijo.

Más hacia la derecha:

Trajes hechos y á la medida.

En otra puerta:

Al palacio de cristal.

En los cristales:

Precio fijo.

Más hacia la derecha:

Trajes hechos y á la medida.

Por otra calle:

Precio fijo.

Más abajo:

Al palacio de cristal.

Más abajo:

Vestidos para hombres, niños y libreas.

En los cristales:

Trajes de casa y de librea.

En un recodo que hace la calle:

Al palacio de cristal.

Más arriba:

Al palacio de cristal.—Vestidos para hombres y niños.

Más abajo, en un cuadro de hoja de lata ó de metal dorado:

Vestidos para hombres y trajes para niños. Este aviso está en francés, inglés y alemán.

Sobre otra puerta:

Al palacio de cristal.—Ropas de casa.

A la izquierda de la misma puerta:

Precio corriente de las libreas; y mencionan diez y ocho objetos de traje, por valor de 739 francos.

A la derecha, sobre cristales:

Entrada de los obreros.

Más á la derecha, sobre una muestra:

Entrada de los obreros.

Después de tomada esta nota, veo una enseña en el extremo del primer balcón que da á la calle de las Hijas de Santo Tomás, la cual decía:

Vestidos para mujeres y niños.

A su lado, casi en medio de dicho balcón, se ve también una gran placa dorada alrededor y bronceada en el fondo, donde tiene las armas francesas, ó un trofeo semejante. En la placa se divisa este rótulo en elegantes letras cinceladas: *Comision imperial.* 1855.

Si tanto palacio, y tanto cristal, y tanto hombre, y tanto niño, y tanto traje pudiera tener realidad animada, discurra el lector si podría

formarse todo un pueblo de trajes, de niños, de hombres, de cristales y de palacios.

¿Cuánto habrá gastado esa casa en los anuncios? Digo lo que antes dije de la *Ville de Paris*: es seguro que ha consumido un capital de alguna cuantía.

Hemos comido en un famoso *restaurant* de la calle de Richelieu, porque es necesario ver estas celebridades (ver significa pagar), y nos volvimos á nuestro hotel á las once dadas de la noche.

Mañana correrémos los bulevares de Montmartre, de los italianos, de las Capuchinas, de la Magdalena; bajarémos por la calle Real, siguiendo despues la calle de Rívoli, hasta el *Hotel de Ville*, y dando un vistazo á las Tullerías, Plaza de la Concordia, campos Elíseos, y arco de la Estrella, monumento suntuoso, que no cuesta á Paris menos de 39 ó 40 millones de reales.

Termino este día manifestando un incidente que tiene angustiada á mi mujer, y que, en verdad sea dicho, á mí no me tiene de buen humor. Desde que he llegado á Paris, no como; no porque no tenga ganas de comer, sino porque estas salsas me repugnan.

La cocina francesa tiene gran fama, no se la quito, no soy perito en la materia; pero lo soy en punto á conocer mi paladar y mi estómago, y digo en *pleno Paris*, que echo muy de menos mis pichones de la plaza de Herradores, el guisado que me aliñaba mi mujer, y mi clásico vino de Valdepeñas.

O los manjares no se conocen, á fuerza de aderezarlos y *embellecerlos*, porque hasta en los potes de la cocina quiere establecer su reinado *la poesía francesa, el impertinente é inexorable*

palaustre, ó el diablo no puede con ellos á fuerza de estar duros, permítame Paris esta ruda expresion española.

El vino extranjero es carísimo, el vino común del país es malísimo para mi gusto, y vuelvo á decir que doy razón, mucha razon á las perdices, á los pucheros y al vino de mi tierra.

En materia de comer y de beber, sépalo el magnífico Paris, soy castizo español. Le felicito por sus glorias; pero soy español, bien que en otras muchas cosas ...no soy francés. Y mi mujer dice: ni yo francesa. ¡Dios me libre!

Así finalizó el día segundo.

=Dia tercero=.

Progresos de mi mujer.—Melancolía.—Nuevos rótulos.—Anuncio de la Union agrícola.—Costumbre de las señoras de Paris.—Sangre fria de los hombres.—Achaques de raza.—La sogá.—Una mujer en la calle de Richelieu.—La mujer francesa.—Medallas.—Prodigio del genio francés.—Más rótulos.—Baston de Richelieu.—Plaza de la Concordia.—Arco de la Estrella.—Campos Elíseos.—Vuelta al Hotel.

Mi mujer va haciendo admirables progresos en el idioma francés. Á las mujeres las dice *monsieur* y á los hombres *madame*: al *quilógramo*, medida de áridos, lo llama *litro*, medida de líquidos: el bulevar, es el *restaurant* y el restaurant es el bulevar, y así en otras cosas. Está muy afligida, porque dice que le sucederá lo que al otro: olvidó el español y no aprendió el francés.

Salimos á las nueve de la mañana. Mi mujer y yo nos vemos asaltados por esa melancolía indefinible, que no puede menos de experimentarse cuando se llega á una ciudad tan populosa. El individuo parece absorberse en el grupo que le circuye por todas partes, y se halla como privado de la conciencia de su dignidad y de su poder. No quiero decir que pierda realmente su personalidad en la familia, en la ciencia, en el arte, en la industria, en la religion, en el derecho, no: una entidad absoluta no se pierde por combinaciones accidentales. Lo que digo es que el individuo se siente pequeño ante lo mismo que él ha creado: el artífice se anonada ante su propia obra. En este caso sucede al hombre lo que al grano de arena en medio de un desierto muy dilatado. Un grano de arena y otro grano de arena forman el desierto; pero el grano se ve perdido entre los horizontes de aquella inmensa soledad.

El individuo experimenta que otra fuerza mayor le reasume, una fuerza extraña, indiferente, que no le hace amar, que no le educa el corazón, que no lo civiliza para la gran moral de este mundo: no lo absorbe el cariño, sino el número, este número no es la vida; porque el individuo se siente con vida también, y esta emoción confusa le comunica una tristeza que no se puede definir. No basta el bullicio, ni la agena alegría, ni los espectáculos más pomposos, para que deje de estar triste. Nunca debe ser más terrible el morir que cuando se oye cantar, y por una razón idéntica, sucede que la música no distrae, sino que daña, á las personas que padecen aflicciones profundas.

El extranjero está pesaroso, este pesar es una arruga de su alma, por decirlo así, que apenas se divisa en su semblante; pero el pesar existe, tiene su significación muy trascendental, y para apreciarla debidamente, es indispensable poner el pié en tierra extranjera. No, no

vale el genio sin el sentimiento experimental que nos descubre ciertas distancias en la insondable matemática de la vida. El talento sin la experiencia, sin sentimiento práctico, sin la estética particular de los lugares y de los hombres, es lo que la transparencia del cristal sin los rayos del foco: es lo que nuestra vista sin la chispa eléctrica de la luz. Para evaporarse, no basta que un licor sea espirituoso: es indispensable que salga de la cavidad de su redoma es indispensable que la atmósfera inflame sus poros bajo el contacto de la luz del cielo.

¡Cuánto quiere decir este dolor confuso que experimentamos en medio de este enorme bullicio! ¡Cuánto debería hacernos meditar y sentir! El hombre da unos cuantos pasos, atraviesa una linde que es tierra también, y se halla desterrado y proscrito en la humanidad. ¡Ay! ¡cuántas lágrimas amarguísimas serían necesarias para purgar este inmenso pecado! Pero para algo muy grande, muy solemne, muy humano, muy caritativo, debe reservar estas cosas la justicia de Dios.

Esto es una urna velada por el impalpable crespon de todos los siglos. ¿Quién sabe el voto que en esa urna misteriosa depositará un día la Providencia!

—No lo verás tú, se me dice.

—Sí lo veré; lo veré en ese sentimiento que me hace infinito, profesando amor á los hombres; en ese sentimiento que me hace inmortal esperando en la ley de Dios. Lo veré, sí, lo veré, lo veo hoy, lo ve mi esperanza.

Hemos visitado la calle y bulevar de Montmartre, el de Beaumarchais, San Martin, Temple, Poisonnière, Italianos, Capuchinas y Magdalena.

Es sorprendente el estruendo que se percibe por donde quiera que se va, trabajo prodigioso que en todas partes se revuelve y se agita, creacion incesante que se desarrolla en tantas esferas, para dejarse luego ver bajo formas tan gigantescas y variadas. ¿Cómo no? Es un coloso el que se mueve: cada movimiento no puede menos de presentar una faz del coloso.

Uno es sastre del rey de Holanda, otro del de Cerdeña; otro manifiesta una medalla del emperador de Prusia ó de Austria; tal almacén se titula proveedor de *María Cristina*, como he visto en la calle *arrabal* de San Honorato. Aquí una tienda de gusto chinesco; allí otra de gusto árabe, persa, griego ó ruso. Hotel de Francia, de Inglaterra, de Holanda, de Rusia, de Prusia, de Austria, de Turquía, de Italia, de América, de Europa, café ó estaminet del Universo; todo hierve y refluye aquí, como toda la sangre se mueve y se trabaja en el corazón. No he visto ningún hotel de Africa ó de la Oceanía; pero esto no es decir que no lo haya. Parece imposible que no exista en Paris una fonda, café ó cosa equivalente, que lleve por título: *café, fonda, pastelería ó taberna* de las costas de Oro. No sería esto más raro que un anuncio de la Union Agrícola, puesto en verso rimado de once sílabas, tan contadas como los dedos de la mano. Y no se crea que esto es pulla. He visto aquel anuncio singular en una empalizada, cerca del lujoso edificio que se está levantando en la misma calle donde finalizan las Tullerías y el Louvre, y que es la décimo-tercera alcaldía de Paris. ¿Llegará día en que los poemas épicos se escriban en prosa tabernaria?

Una particularidad hemos notado mi mujer y yo. La pasión dominante en las parisienses de mediano y alto coturno, consiste ... ¿en qué dirá el lector? Consiste en alzarse muellemente el traje aunque no haya

lodo. Sin duda es un golpe de estado, aplicado á grandes razones de etiquetas.

Otra particularidad más curiosa hemos descubierto tambien. Apenas habrá pueblo en el mundo en que los hombres vuelvan la cara con más sangre fria, y se queden mirando con más formalidad los piés y las piernas de las transeuntes. Esto viene de una raíz muy honda: viene de cierto temperamento que es el carácter más distintivo del pueblo francés. No hay casta social donde con tanta gravedad y tanto aplomo se hagan cosas ridículas. No es decir que en los demás países no se caiga en ridículo; más para este ridículo hay una risa: aquí no se rien. Y cuidado que no se dejan de reir por hipocresía ó por estudio, sino porque creen de buena fe que el asunto no merece reirse; porque están *patrióticamente* convencidos de que no puede haber cosa ridícula, siendo *cosa francesa*.

Pero tal vez no tengo razon en decir que este hábito es lo que más caracteriza al pueblo francés. Acaso esto viene de más adentro: acaso la formalidad cómica de los franceses para el ridículo, es una simple derivacion de otro carácter más universal, porque está más en el interior de su genio: su genio, que todo lo devora; que todo lo devora, conservándose intacto: que todo lo devora, sin devorarse jamás á sí mismo: su genio, decia, le lleva hoy á consumir un hecho cualquiera; pero á las veinticuatro horas este hecho está devorado y corre tras otro. ¿Cuál es este otro? Un hecho nuevo, una nueva emocion, un nuevo trabajo, el jornal de otro dia; el plato de hoy; quizás una emocion contraria, acaso el plato que le envenena; pero la ley es devorar, la necesidad es sentir lo que no se ha sentido; la pasion es no envejecer en una idea, en un sentimiento, en una institucion: hoy una institucion, otro dia la contraria. Hé aquí el ridículo; práctica este

ridículo, no sólo con formalidad, sino con ahínco, con efusión, con la efusión ardiente y generosa del que trabaja, para satisfacer las inspiraciones de su genio.

Antes que ridículo, el pueblo francés es voluble. Aquí encuentro yo el carácter radical; todo lo demás es derivación, corrientes de este manantial oculto, gestos de este rostro escondido.

Creen, y creen bien, que una brisa estancada no sería buena para mecerse sobre las florestas de un paraíso; creen, y creen mal, que lo primero es renovar el aire, sin consultar si el aire nuevo está más dañado. Francia es un águila, que para recibir ambiente nuevo, abre y golpea las alas sin cesar; aquí se concentra la suma mayor de su vida: que un milano venga y se oculte bajo aquellas alas impacientes, no importa: que el águila se torne en cuervo ó buho, toda vez que el buho sacuda las plumas para que las penetren los nuevos gérmenes de la atmósfera, no importa tampoco.

Pero estoy fuera de lugar: estas apreciaciones pertenecen á otra parte de estos apuntes.

No hallamos pobres que pidan, ni niños jugando por las calles. Las clases que se manifiestan al público respiran bienestar y decencia. ¿Pero es todo esto verdad? ¡Ay!

En la plaza de la Bolsa hemos hallado dos jóvenes de veinte ó veinticinco años, que saltaban en una cuerda, juego que en Andalucía se llama de la *soga*. Lo mismo hacia en la calle Feydeau una mujer que tenía varios hijos.

En la calle de Richelieu, una mujer se ataba las enaguas blancas, adoptando apenas reserva alguna, sin que esto causara maravilla á los transeuntes.

Aquí las mujeres, aún siendo jóvenes, entran y salen, van y vienen, en la seguridad de que nadie las molesta ni las restringe. Se ve á la mujer en el campo, dirigiendo hábilmente un carruaje, con su blanca y aseada papalina, llevando las riendas de un elegante cabriolé en el paseo público, detrás del mostrador en el café, en la tienda, en el escritorio, en todas partes, posesionada siempre de la porcion de humanidad que la ha dado una conciencia que yo respeto, por más que se torne contra la poesía oriental de la mujer: una conciencia que no la usurpa lo que la ha dado la verdad adorable de la creacion.

Estudiado Paris en esta tendencia, no parece un pueblo oriundo de los latinos, herederos, como Atenas, de la esclavitud de la mujer asiática. Así sucede que la mujer francesa, desarrollada en todas las faces de la vida social, tiene un aire de dignidad, de fuerza, de albedrío, y un grado de despejo y de inteligencia que nos maravilla.

El amo de una *rotiserie*, de una taberna, de una lechería, de un pequeño almacén, podrá no ser acaso un *monsieur*. el ama es todo una *madame* ó señora. La mujer de Paris trabaja tanto como el hombre, tiene mejor sentido que él, vive más honrada que él, no por la galantería jactanciosa de los tiempos hidalgos, sino por los oficios que presta, y esto explica en gran modo las creaciones casi fabulosas de esta rica ciudad.

La poblacion inútil que en otros países consume lo que la poblacion útil trabaja y crea, es sumamente reducida en el Norte de Francia, dejando aparte la organizacion del orden oficial.

Creo que la parte mas sana de la civilizacion francesa, el progreso más notable que aquí encuentro, consiste en el personalismo que se ha otorgado á la mujer, aunque esto suceda á costa de la mujer misma, la cual gana en representacion lo que pierde en belleza, porque perder belleza es perder idealidad. La mujer oculta en el fondo de su casa, como el arcano de la familia, es mucho más bella que la expuesta al público detrás de un mostrador de mercader, mezclada y confundida con el precio de lo que compra y vende. La mujer árabe no es tan hermosa por su hermosura como por su misterio. Propiamente hablando, no es mujer; es una fantasía, una especie de agüero ó hechizo que no seria nada, si no despertase en nuestra alma el sentimiento de lo maravilloso, como nada seria el encantamiento sin el encanto. La mujer se convierte en una maravilla, en un monumento; parece rodearse de ese prestigio inexplicable que circuye á una estátua; nos llama á sí con la atraccion eléctrica que en nosotros produce el arco Iris; no es mujer, repito: es una melancolía delicada, un arte sublime, un gran poder, porque el elemento maravilloso, ese algo fantástico á que suele darse tan poco sentido, es un poema armonioso é infinito que la naturaleza ha grabado en nuestro corazon.

La fantasía es el complemento del hombre, como el éter es el complemento del espacio. La fantasía llena al hombre, como el éter llena la creacion entera. No os riais, vosotros que no creéis en la imaginacion, para tributarla homenaje á cada momento, cuando menos os lo parece, como aspirais la atmósfera cuando menos os apercibís. ¡No os riais de ese éter divino, destinado á no dejar vacío ningun hueco en el ánfora de la vida; no os riais!

Sin embargo de esto, que es verdad, que yo creo verdad, verdad confirmada por la experiencia de siempre, juzgo que la mujer ha

venido al mundo para realizar fines sociales, en armonía con la moral y con el derecho: juzgo que ahí está la expresión más profunda de su existencia; no quiero que al arcano de la casa la comunique esa belleza que la da en Oriente una tradición que la hace bella para hacerla esclava; una idealidad que la hace misteriosa para hacerla gemir; un Corán que la torna en perfume para que ese perfume dé incienso á un ídolo; no, no quiero esa poesía que es poesía, como es artístico el sarcasmo que se logra ejecutar con arte. Quiero que la mujer salga á luz, porque la luz fué también creada para ella. Quiero que el misterio la niegue la hermosura asiática, para que reciba la hermosura humana de manos de su propio destino, de manos de la razón universal; de manos de la Providencia.

Quiero que la mujer sea el guardian doméstico, pero sin dejar de ser entidad religiosa, moral, política, industrial, si conviene, porque la casa está dentro de la sociedad, y quiero que la mujer no se tenga en menos que la casa. Quiero que sea madre; venero este carácter santo, este santo sacrificio de amor; pero quiero que no deje de ser mujer. Quiero que sea mujer; pero que no deje de ser *sujeto humano*. Todo reina en la verdad de la naturaleza; quiero el reinado de la mujer.

Aquí se está en camino de lograrlo, y esta civilización que por ella aboga, es sin disputa lo que más me reconcilia con un pueblo que tiene otros usos, otro lenguaje, otra manera de sentir, y cuya sociedad no puede sernos completamente grata. No sé si es historia; pero entre un español y un francés, hay algo que riñe.

Almorzamos en la calle Vivienne á las doce dadas, y dirigimos nuestras visitas á diferentes travesías de los bulevares.

Apenas se encuentra establecimiento comercial de alguna importancia, en donde no aparezca, en puerta ó balcon, algun privilegio manifestado en pequeña ó grande medalla imperial. Hay carros que van *empavesados de emperadores en bronce*. Si á todos los metales donde está el busto de Napoleon III se les pudiera dar vida, seguramente habria bastante para formar todo un vasto imperio compuesto solamente de emperadores.

Aparte del gusto que esto revela; aparte del sabor que esto deja en la conciencia del que va examinando el mecanismo oculto de esta poblacion colosal; aparte la contradiccion que se echa de ver inevitablemente entre la Francia histórica y la Francia presente, entre la memoria y el hecho; este tumulto de medallas y privilegios no me parece extraño, sentada la competencia que es natural en un gran centro comercial y fabril. Pero como este centro comercial y fabril tiene muchos libros escritos, muchas y memorables jornadas políticas, muchas y gigantescas revelaciones sociales: como la existencia de todos los pueblos se reasume en dos grandes soluciones: lo que se escribe y lo que se obra, lo que se recuerda y lo que se siente; encuentro desnivel entre el Paris de tanta medalla y el Paris de tanto recuerdo; entre la solucion de la historia y la solucion de la presente sociedad. La memoria y el sentimiento pugnan y se repelen, á lo menos en mi juicio y en mi conciencia.

En Lóndres veré más medallas, muchas más medallas, y no lo extrañaré ciertamente. Pero estoy seguro de no hallar muchos breves de indulgencias papales, y hé aquí la superioridad de la Inglaterra sobre la Francia: la superioridad lógica, consecuente, de buen sentido: la historia y la máquina que se mueven al par; todo el pueblo inglés dirigido á un fin, más ó menos plausible, pero que no sale jamás de las

condiciones que se ha impuesto: cruel quizá, inmoral acaso; pero lógico.

La indulgencia pontificia en Londres es la indulgencia imperial en París. Aquí hay indulgencias; es bien seguro que en la otra parte del Estrecho no las habrá.

Los franceses tienen grandes títulos ante la opinion del mundo entero; podrán tenerlos todos, menos el de la lógica; esa suprema geometría del albedrío que va midiendo y nivelando progresivamente el ayer y el hoy, la historia y la emoción, la emoción y el hecho.

La Francia, empero, no debe quejarse: alguna parte flaca había de tener, cuando tiene otras sobre las cuales se levanta tan grande, tan rica y tan fuerte.

Sólo en una cosa me parece lógico el pueblo francés: no voy á decir que sólo es lógico en ser voluble, porque esto ya se sabe. Una nación, como un individuo, es siempre lógica; providencial y santamente lógica, en materia de no ahogar su genio; en tender día y noche á que su genio triunfe. ¿Cómo el hombre dado al retiro no ha de buscar la soledad? ¿Cómo el goloso no ha de buscar el plato en que sueña? ¿Cómo un enamorado no ha de pensar en la mujer que ama?

La Francia es voluble, lo ha sido hasta hoy, porque la volubilidad es su talento; la cifra que Dios escribe al pié de cada cuna. Tal vez la educación de la experiencia, un prodigio del estudio y del arte, modifique mañana ese talento y le abra otro camino; pero esto será la empresa de mañana, y yo no hago aquí la biografía de la Francia futura.

El pueblo francés es solamente lógico en aparentar que tiene olvidada á la Inglaterra. Ya he dicho que Paris es un cartel inmenso. Si al arbitrio particular quedara, el mercader parisien pondria anuncios de sus géneros hasta en *la cabeza de un calvo*. ¿Cuántas vidas serian necesarias para leer todos los rótulos y papeles impresos que bullen sin cesar por esta Babel? Sin embargo, (¡Providencia del patriotismo!) no he hallado un solo letrero en que se recomienden los artículos de la industria inglesa, de la primera industria del mundo conocido.

Esta sensatez en materia de consecuencia me maravilla, y me da motivo para decir que el pueblo francés es voluble, hasta el punto de contradecir su propio carácter.

Las enseñas mercantiles é industriales son para mí un objeto de gran distraccion.

Al zapato galante. (Au soulier galant):

A la Sílfide. ¿Quién no habia de creer que se trataba de algun baile? Pues no, la Sílfide es un restaurant, una Sílfide gastronómica, una Sílfide que se engulle cinco ó seis platos por cinco ó seis pesetas.

Al buen pastor. ¿Quién no habia de creer que se trataba de alguna hermandad ó cofradía? Pues tampoco: el buen pastor es un rico almacén de géneros, sito en la calle de San Sulpicio, núm. 21, si no yerra un anuncio que he visto cerca del Panteon.

Entre los objetos curiosos que hemos notado, no puedo menos de hacer mérito de un *baston de Richelieu*, expuesto al público en el pasaje de los Panoramas, en una galería que debe ser la de Feydeau, tienda núm. 6.

Quise conocer su valor en venta, y la señora del establecimiento me dijo que el precio último era mil francos. Si aquel baston es en efecto del memorable cardenal, alma de Luis XIV y de su siglo, del Luis XIV de la política francesa, como varias personas me lo han asegurado, me creo con derecho para decir que la Francia es poco *arqueóloga* y *hasta poco francesa*, si se quiere; cosa extrañísima. ¿Cómo aquel baston, reliquia anticuaria y social, no pasa á uno de los ricos y preciosos Museos de Paris? No por mil francos, no por un millon de francos, consentirian los ingleses que pasara á manos de extranjeros un baston de cualquiera de sus personajes históricos. Si yo no codiciara en este mundo otra cosa que un talego de oro, me consideraria feliz poseyendo un baston de Cromwel, de Milton, Shakspeare, de cualquier Richelieu inglés, ora político ó literario.

A pesar de la reiterada afirmacion de aquella señora, y de las formales aseveraciones de dos franceses, no me atrevo á creer que aquel baston fuera efectivamente de Richelieu. ¿Cómo no habia de recelar la Francia que se lo llevaran los *ingleses*, que es como si dijéramos los moros? ¿Cómo los moros (para Francia) no se lo hubieran llevado ya?

Perdóneme la señora del almacen, perdónenme los dos caballeros parisienses; yo no lo creo; en honra de Francia, no lo debo creer.

A las seis comimos en el *hotel de Madrid* (comer para mí es sentarme á la mesa) y nos dirigimos inmediatamente hácia la Magdalena, palacio griego convertido en templo cristiano.

Desde los altos y espaciosos pórticos de aquel templo, veiamos á un mismo tiempo la calle Real, la hermosa plaza de la Concordia, las antenas y cables de un bergantin surto en el Sena, y uno de los palacios que adornan la otra orilla del rio.

No es una vista pintoresca y expresiva, como las de Génova, como las de Nápoles, como las de Roma, como las de Granada, Córdoba ó Sevilla: no es una belleza italiana, griega, española; no es una naturaleza artística, por decirlo así; un arte naturalmente monumental, pero es una belleza grandiosa.

Avanzamos hasta el principio de la plaza y el espectáculo cobró mayores dimensiones. Hé aquí el boceto.

Dos fuentes riquísimas en escultura y agua, circuidas por una especie de celaje de polvo, porque tal es la impetuosidad con que el agua brota: en medio de las fuentes, un obelisco egipcio colosal: en torno á la plaza, grandes pedestales con las estátuas de las principales ciudades del reino, sembradas todas las distancias por gruesas farolas de bronce: hácia adelante, el Paris de la otra orilla del Sena, con su aspecto feudal, sus palacios que parecen castillos, sus casas y sus árboles corpulentos y verdes: hácia atrás, los dos palacios que limitan lateralmente la calle Real, y en su fondo el gran templo de la Magdalena, circuido de suntuosas columnas estriadas: á la izquierda, el jardin de las Tullerías, dividido por una verja, coronada á intervalos de águilas doradas, entre dos pedestales que sostienen caballos de mármol; luego un surtidor del jardin que arroja el agua á la altura de un cuarto ó quinto piso, formando mil ondulaciones caprichosas á impulsos del viento; despues varias calles de árboles simétricos, á través de otras fuentes, hasta cerrarse el horizonte con la fachada del palacio imperial, corriendo una extension de novecientos á mil pasos: á la derecha, los campos Elíseos, por entre cuya hilera de árboles se dilata la vista, hasta detenerse en el arco triunfal de Napoleon, creacion enorme de la riqueza y del entusiasmo.

Luego que hubimos satisfecho los primeros conatos de admiradora curiosidad, paseando los ojos tardíamente sobre aquel grandioso panorama del arte humano, no del arte francés, digimos á nuestro *necesario fiacre* que nos llevara al arco de la Estrella.

Un coche es aquí un personaje de primera categoría, la gran carta de recomendación y el gran amigo del extranjero.

El buen fiacre cogió el trote camino del arco, á través del aristocrático palacio de la Industria, del aristocrático palacio de la democracia (la democracia tiene un palacio casi enfrente del palacio del Emperador); á través tambien de los *cafés cantantes de estío*, del gracioso castillo de las flores, del jardin *Maville*, del jardin de invierno, del circo de la Emperatriz, y de casas modernas que son las más bellas que he visto.

Despues de correr un espacio de cuatrocientas ó quinientas varas, extension aproximativa de los campos Elíseos, nos encontramos bajo la bóveda central de aquella apoteosis espléndida de Napoleon, el arco del Triunfo. Desde aquel arco descubriamos, á una distancia de un cuarto de legua, el bosque de Bolonia, cuyo camino aparece sembrado de árboles y elegantes quintas, que le comunican un aspecto muy grato, aunque no bastante pintoresco; porque yo entiendo por pintoresco lo que es variado, caprichoso, y sobre todo caprichoso de un modo agreste.

Vemos á la vez el arco del Triunfo, el dilatado bosque de Bolonia, el Obelisco de la Plaza, mientras que nadando sobre la copa de los árboles que pueblan el jardin de las Tullerías, allá, como una nube medio perdida en el horizonte, como el amago de una borrasca, como la aparicion indecisa de una sombra, se levanta trémulamente, segun la ilusion óptica, la torre negra del Palacio Imperial. De manera que

mirábamos, casi simultáneamente, el monumento triunfal levantado á la Francia revolucionaria y conquistadora, el monumento del Egipto usurpado, y el monumento de la segunda Francia imperial: un triunfo, una usurpacion y un misterio: el arco, el obelisco y las Tullerías.

Eran casi las ocho; y apenas podia distinguir el nombre de los generales y batallas del imperio, batallas y nombres escritos en las altas paredes de aquella pirámide.

No soy tan entusiasta de Napoleon como otros muchos. Le admiro más por sus desafueros y sus vicios que por sus virtudes y sus glorias: si viviera le apostrofaria vigorosamente en estas páginas. Estando muerto, siendo historia, le acato. Bajo estas bóvedas colosales, bajo esta colosal inspiracion de un pueblo entusiasta, le venero. Su evocacion es aquí una sombra que me conmueve, que me ilustra, que me moraliza, que hace hervir mi alma bajo la inmensa idea del hombre. Sí, venero á Napoleon bajo este arco, bajo este mausoleo de su ceniza histórica, como no puede menos de venerarse la memoria de los Faraones tiranos en presencia de las pirámides egipcias. Sí, le venero; y el que quiera saber cuán poderoso es el genio artístico embelleciendo la historia social, un genio embelleciendo á otro genio, un siglo embelleciendo á otro siglo, la humanidad embelleciendo al hombre: el que quiera saber de qué modo una piedra halla el camino de nuestro corazon, que venga y contemple este arco.

Eran ya las nueve cuando nos dirigiamos hácia la plaza de la Concordia, con el objeto de seguir la calle de Rívoli hasta la casa de la Ciudad ú hotel de Ville.

Antes de penetrar en la calle, quisimos ver la perspectiva que presentaban los campos Elíseos iluminados, así como la plaza de la Concordia.

¡Espectáculo magnífico por cierto! Desde dentro del jardín de las Tullerías, alcanzábamos a ver en dos filas simétricas los muchos faroles de gas que alumbraban los campos Elíseos, hasta el mismo arco de la Estrella, presentándose a nuestros ojos aquellas dos filas como dos columnas flotantes de fuego. A la izquierda, por entre los árboles, asomaban furtivamente centenares y centenares de luces, unas formando pórticos y fachadas, otras sembradas por entre los árboles del paseo, luces que iluminaban uno de los cafés cantantes de verano. A la derecha se descubrían tres grupos brillantes, que eran otros tantos cafés de canto, en cuyas fachadas había juegos de gas que representaban varios caprichos, entre otros, un águila con las alas abiertas y caídas, como si remedara un lloron.

Excepto la entrada de los emigrados en la plaza del Vaticano, entre un bullicio indefinible de pueblo y millares de hachas encendidas, así como la iluminación instantánea de la cúpula de la gran Basílica en la noche de San Pedro: exceptuadas estas dos ocasiones, repito, no he experimentado nunca un sentimiento en que más participara de esa especie de éxtasis con que adormece nuestro ánimo la percepción de lo maravilloso.

A lo dicho debe juntarse que el tránsito continuo de coches con faroles encendidos por la plaza de la Concordia, causando un desnivel constante entre sus luces y las luces de los campos Elíseos, de la plaza y de los cafés, comunicaba a todo el grupo el aspecto extraño de una hoguera que parece que pasa y que no acaba de pasar,

mientras que al rumor de las fuentes y de los coches, iba unida confusamente la voz de hombres y mujeres que cantaban en los cafés vecinos.

Mi mujer estaba encantada. Tenia razon: aquello parecia un bosque hechicero. ¡Si todo fuera así!

Eran casi las diez, estábamos muy léjos de la calle de Feydeau, nos encontrábamos muy cansados, yo tenia que escribir esta reseña, y determinamos dejar para otro día la visita de la calle de Rívoli, hasta el palacio del ayuntamiento, y si el tiempo lo da, hasta la plaza de la tan célebre *Bastilla*.

Estamos en casa á las diez y media, despues de siete horas de fiacre.

Mi mujer dice que nuestro gran viaje comenzó al llegar á Paris. Tambien tiene razon. Las mujeres tienen razon en muchas cosas.

Yo acabo esta revista cerca de la una, y así doy fin al dia tercero.

=Día cuarto=.

Artículo, recuerdos, pesares.

He empleado toda la mañana en escribir un artículo para *La América*, porque es necesario no descuidar la bolsa, que sufre por aquí tantos ataques rudos. Pero he notado que mientras que escribia, y mientras que me paseaba por la habitacion, el recuerdo de las muestras y rótulos que he visto ayer, me tiene casi completamente preocupado. Sin querer, sin apercibirme, repito á mi mujer varios letreros que me acuden á la memoria, y sin querer tambien aquel recuerdo me

entristece. Esta tristeza que experimento tiene una historia que sería muy larga de contar; muy larga y muy penosa.

¡Cuántas ilusiones nos forjamos! ¡Y qué caras nos cuestan algunas ilusiones! ¡Qué triste es á veces ver la realidad! ¡Ay! Hubo un tiempo en que estuve encantado, y ahora la realidad me desencanta. Hubo un tiempo en que yo volvía los ojos á Paris, como quien espera un milagro.... ¡Qué inocencia!

¡Al Pensamiento! Y me hallo que es una zapatería. ¡Al bello pensamiento! Y me doy de cara con una caja de confites. ¡A la sílfide! Y me encuentro de manos á boca con un *grasiento restaurant*. ¡A la gran industria del siglo! Y es un salon de limpia-botas. ¡Al dulce céfiro! Y es un almacén de quincalla. ¡A la estrella del Mediodía! Y es quizá una tienda de tapones de corcho. ¡Al buen pastor! y es un almacén de baratijas ó una tienda de comestibles.

Esto no me divierte; al contrario, me repugna, me fastidia, casi me sonroja; sí, casi, casi me da vergüenza. Creo que semejantes desatinos son contra el respeto que debe merecernos la opinión pública, contra el decoro que todos debemos á la formalidad, contra la cortesía universal que debe el hombre al buen sentido. ¡Zapato galante! ¿Cómo y en qué? ¿De qué modo puede un zapato tener galantería? ¡Al pensamiento! ¿Quién es un fabricante de calzado para hablarnos del pensamiento? ¿Qué pensamiento puede encerrarse en su zapatería? ¿Ni quién es tampoco un fabricante de confites para hablarnos de pensamientos bellos? ¿Qué sabe él lo que es un pensamiento bello? ¿Qué belleza de pensamiento puede esconderse en sus confituras? ¿Ni qué tiene que ver el céfiro con un almacén de quincalla, ni el poner betún en las botas con la gran industria del siglo,

ni una sifide con una fonda, ni un almacén de tapones de corcho con la estrella del Mediodía, ni una tienda de comestibles, en donde se vende aceite, vinagre y velas de sebo, con el buen pastor, con ese buen Pastor que es una personificación religiosa, un símbolo moral, una especie de poder divino? ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

Los españoles seremos menos cultos; pero somos más circunspectos, más serios, más formales. Seremos africanos, seremos hotentotes, bien; pero no podemos hacer un arte de la humorada de divertir al mundo con chocarrerías. Esta gravedad cómica y esta jovialidad trágica que tienen los franceses para decir los mayores disparates con la esplendidez más pomposa, hasta con cierto engreimiento, hasta con cierta altanería, es una cosa que me subleva y me amargura. Al ver tan pueriles frivolidades, antes que vivir en París, preferiría vivir en una choza, enclavada en el fondo de un bosque, aunque fuese un bosque de la selva Negra.

¡Ay! y quizá la Europa, tal vez el mundo, espera de este pueblo la revolución moral de un principio, la constitución de un pensamiento, la pauta y la fórmula de un sistema! ¡La Europa y el mundo esperan acaso de esta ciudad una idea, una conducta, un código!

¡Ay! Hubo un tiempo en que yo lo esperaba también. ¡No había estado en París!

Si faltando la ayuda del pueblo francés, para esa revolución trascendental, lenta, difícil, concienzuda, prudente, á la vez convencida y demostrada; si faltando la ayuda de París para esa laboriosa transformación, tuvieran todos los pueblos de la tierra que cavar su sepulcro, pueblos de la tierra, pueblos del mundo, empezad á

cavar vuestra sepultura. Esa revolucion no saldrá de aquí. Ignoro si saldrá de los hijos del Cáucaso, de los agrestes y bárbaros Kalmukos; pero creo que no ha de salir de los franceses.

Paris es una vieja que se mira al espejo, se ve el rostro lleno de arrugas y de lacras, y coge compotas, coge menjunges, coge untos, y se adoba y se alisa la cara, como el albañil alisa una pared.

Esta cultura es una tiniebla iluminada por un fuego fátuo; es una sombra herida exteriormente por una luz que viene de abajo, que no viene de arriba, que alumbrá por fuera, que no alumbrá por dentro. Esta cultura es una civilizacion endeble, flaca, postiza, enferma, que quiere engalanarse para que no se vea lo asqueroso de la enfermedad, como los tísicos proyectan viajes y romerías cuando sienten en la garganta la agonía de la muerte. Esta cultura tan decantada, tan brillante, tan coqueta; esta civilizacion tan adornada, tan entrometida, tan jactanciosa, es una púrpura que cubre una llaga; es la sonrisa con que el cortesano oculta el cáncer de sus envidias y de sus odios, la flor desgraciada con que se corona la copa de un veneno. Esta cultura es una civilizacion que vive á expensas de la verdad y del ser de las cosas; de esa verdad que Dios ha puesto en todas partes; la verdad con que el humo sube, con que baja la piedra, con que la luz alumbrá, con que la lava quema, con que la catarata corre, con que el huracan arrebatá; esa verdad que es el gran enigma, el gran principio, la gran ciencia, el dogma sempiterno de la creacion. Esta cultura es una civilizacion que triunfa a costa de la ciencia de Dios, y Dios no puede permitir que este pueblo sea el pueblo de la humanidad. ¡No! no puede ser el maestro del mundo, un pueblo que llama gran industria del siglo á la operacion de lustrar las botas, y céfiro á una tienda de quincalla, y estrella del Norte ó del Mediodía á

un almacén de tapones de corcho, y buen pastor á un despacho de aceite y de vinagre, y sílfide á un mesón, y pensamiento á una zapatería, y bello pensamiento á unos confites.

Blondas exquisitas, exquisitos bordados, jabones transparentes, pomadas perfumosas, untos embrujados para que nazca el pelo, muñecos graciosísimos, preciosos juguetes, cuquerías envidiables; eso, sí: una revolución moral, lenta, constante, trabajosa, concienzuda; un trabajo profundo y difícil; una creación lógica, extensa, trascendental; una cosa grave, formal, seria, eso, no.

¡Cuánto más ha de hacer mi pobre España, esa España que los franceses llaman salvaje; que los franceses han comparado á la Morería! ¡Cuánto más ha de hacer en favor de la humanidad! ¡Cuánto más ha de hacer para que se cumplan en el mundo los ocultos designios de la Providencia! El tiempo lo dirá.

¡Yo esperó de París el mejoramiento político y social! ¡Me arrepiento, señor! Ni el social, ni el político, ni el filosófico, ni el científico, ni el religioso, ni el artístico, ni el literario, ni el industrial, ni el comercial, ninguno, ninguno verdaderamente formulado, ninguno en la alta escala de la ciencia, del derecho y de la moral.

Encantarnos, entusiasmarnos, aturdimos, sí. Hacernos buenos y felices, no.

Hay un calderero, madre,
Que alarma á la vecindad,
Y toda la gente acude
A los porrazos que da.

Este antiguo cantar español viene de molde, en cierto modo, á las cosas de este fabuloso Paris. Es un gran caldero que aturde al mundo, y el mundo atribulado acude á los golpes.

[Ilustración: Arco del Triunfo.]

[Ilustración: La Magdalena.]

=Dia quinto=.

La Magdalena.

A las siete y media de la tarde tuvimos que pedir auxilio al fiacre, y nos dirigimos á la Magdalena. ¡Hermoso edificio! ¡Fábrica suntuosa! Al contemplar aquel enorme grupo, me parece que no estoy en Paris. Creo que me han hecho viajar estando dormido, y que despierto en Grecia. La Magdalena es un fastuoso palacio griego, no un templo cristiano. Un templo es la casa de Dios, destinado á despertar en nuestro espíritu la emocion religiosa. Donde no hallo la emocion religiosa, no hallo el templo, y la Magdalena, ese precioso y espléndido alcázar, no despierta en mi alma aquella emocion casi divina. Contemplándolo, siento el entusiasmo de la admiracion, no la veneracion de la fe: creo ver estátuas de héroes, no efigies de santos: me acuerdo de Alejandro, de César, de Anníbal; no me acuerdo de Dios: me acuerdo de Chipre y de Vénus; no me acuerdo del monte Calvario, ni del Redentor, ni de la Vírgen, ni de la Magdalena: me acuerdo de la gloria; no me acuerdo de la Pasion.

La Magdalena es un *magnífico anacronismo*, un palacio asombroso y una mala basílica; un gran alcázar y una mala iglesia; un gran templo gentil y un mal templo cristiano.

Le estoy viendo delante de mí, le estoy contemplando durante cuatro ó cinco minutos, quiero concentrarme, quiero abstraerme, quiero venerar, quiero que la idea de un ente supremo deje caer sobre mi alma una sombra inmensa; no puedo conseguirlo. Las musas me llaman, la fábula griega me distrae, los bosques de la isla de Calipso me hablan de amor; veo flores, mujeres, altares profanos; huelo perfumes embriagadores; diviso florestas, cuyas sombras parecen ocultar misterios lascivos; oigo á lo léjos un ruido que me intranquiliza, que me seduce; pero que me seduce como nos seduce una maga ó una circe. Cedemos al placer, pero cedemos suspirando: nuestros sentidos están alegres; nuestro corazon está triste. En una palabra, mirando ese rico palacio ateniense, lo veo todo, menos la lágrima de la Magdalena, aquella lágrima escondida y humilde, fervorosa y santa; aquella lágrima que es una poesía más sublime que la más sublime poesía de todos los poetas del mundo; la poesía del Calvario.

¡Cómo la piedra nos enseña también! ¡Qué historia más grande es la arquitectura! El libro puede escribirse de dos modos, en papel y en mármol. La imprenta existió siempre: antes se llamó Fidias; luego se llamó Guttemberg.

Estudiando ese alcázar que me llena de admiración, se comprende la infinita superioridad del Cristianismo sobre todas las religiones del Asia, de la Grecia antigua y de la antigua Roma, no sólo en materia de dogma, de ciencia, de política y de moral, sino hasta en materia de arte. Chateaubriand decía muy bien: el mismo bronce, la ruda

campana, nos inspira cierta melancolía dulce y religiosa, cierto éxtasis indefinible, cuando es intérprete de los sentimientos cristianos.

La poesía cristiana no nos ofusca, no nos arrebatada; nos llama, nos atrae, nos acaricia: no nos seduce; nos persuade; no nos alucina, nos duerme.

La poesía cristiana, el arte cristiano, no es brillante, deslumbrador: es grave, severo, recatado. Es una figura que se cubre á medias con un velo. La parte que vemos, hace que nos enamoremos de ella, y la amamos. La parte que no logramos ver, nos hace adivinar un prodigio, y la adoramos.

El paganismo no hacia más que amar, porque no veía más que formas. El Cristianismo ama y adora al mismo tiempo, porque al mismo tiempo ve cuerpo y alma, formas y prodigios, tierra y cielo, humanidad y Dios.

El arte gentil habla á los sentidos, al corazon y á la fantasía.

El arte cristiano habla al sentimiento, á la conciencia y á la fe.

El arte gentil conoció la poesía del placer.

El arte cristiano conoce y siente la poesía del dolor.

El arte pagano tenia mujeres.

El arte cristiano tiene Marías y Magdalenas.

Bajo el arte asiático y griego, cerramos los ojos y vemos bacanales.

Bajo el arte del Cristianismo, cerramos los ojos y vemos vírgenes.

La gentilidad nos abate; el Cristianismo nos enaltece. Según la feliz expresión de Pascal, el paganismo *nos trae*, el Cristianismo *nos lleva*. El uno viene, el otro va.

Pues volviendo al edificio que tengo delante, nos alucina; no nos llama; pertenece al arte gentil, no al arte cristiano; es una especie de idolatría; no un culto; no una adoración; tendré que decirlo otra vez: es un *brillante anacronismo*. El culto divino no hubiera perdido casi nada, si se hubiera llevado a cabo el pensamiento de Napoleón, que quería convertirlo en templo de la gloria. Como templo de la gloria, admirable; como templo cristiano, no habla a mi inteligencia y a mi fe, por más que me haga latir el corazón.

Aquí, en donde ahora se levanta ese precioso monumento ático, no existían, hace siete siglos, más que prados, pastores y ovejas, ¡Quién lo había de decir entonces!

El edificio que contemplo sucedió a una iglesia, edificada el siglo XV por Carlos VIII, en la cual este príncipe estableció la cofradía de la Magdalena, de donde trae origen el nombre actual de ese monumento. Y la iglesia de Carlos VIII, sucedió a una granja y capilla que en el siglo XII construyó un obispo de París, en donde los cristianos de aquel tiempo orarían indudablemente con más fervor, que los cristianos del siglo XIX oran en ese regio alcázar. En torno a la capilla y a la granja de aquel prelado, se fue formando un barrio populoso, conocido en la historia con el nombre de *ciudad del Obispo, ville-l'Evêque*.

Mucho después, la ciudad del Obispo entró a formar parte de París, y habiéndose verificado la apertura de la calle Real, determinaron construir el actual templo de la Magdalena, enfrente del palacio de

Borbon y de la plaza de Luis XV. Este monarca principió la obra, la cual, atravesando la Revolucion, el Imperio y la Restauracion, llegó á Luis Felipe, que la puso la última piedra.

Nos aproximamos un poco. La entrada es verdaderamente régia, gallarda, arrogante. El gran pórtico del Mediodía, que es el que vemos, está coronado por hermosos frontones triangulares, y adornado de un bajo relieve de 35 á 40 metros de anchura, sobre 7 ú 8 de altura, en el cual se ve á Santa Magdalena echada á los piés del Salvador, teniendo á su derecha la fe, la esperanza y la caridad, y á su izquierda, casi revueltos y confundidos, los siete pecados capitales. Así al lado derecho como al izquierdo, divisamos otras figuras. Las de la derecha deben ser bienaventurados, que guardan las tres virtudes teologales, y las de la izquierda parecen ser figuras de réprobos, imágen de los siete pecados.

Nos acercamos más. La enorme puerta principal, toda de bronce, es un trabajo de mérito notable; una obra maestra. Allí se ven, simbólica y admirablemente explicados los diez mandamientos de la ley escrita, por medio de figuras del antiguo Testamento. Aquella grande historia, escrita en bronce, me ha llenado de asombro, no tanto por su hábil ejecucion, como por su vasta y feliz inteligencia.

Entramos en el templo, y nos hallamos en un espacioso átrio ó vestíbulo, formado por una arcada de 25 á 30 metros de altura, sobre 14 ó 15 de latitud, en donde están las dos capillas del bautismo y del matrimonio. La primera tiene un grupo de mármol que representa el bautismo de Jesucristo; y la segunda, otro grupo que representa las bodas de la Vírgen con San José. Las pilas del agua bendita, obra del

maestro Antonin Moyne, son una verdadera preciosidad á los ojos del arte.

Nos volvimos para dirigir una mirada hácia el fondo del templo, y nuestros ojos aturdidos se perdieron en una sola nave, alta, anchurosa, iluminada, inmensa, llena de valentía, de fuerza y majestad. No es una majestad ingénuo, bíblica, inocente; no es esa majestad sencilla y candorosa que saca su encanto del espíritu; no es una majestad cristiana; es una majestad poderosa, esplendente, fantástica, agorera; una majestad que saca su encanto de la forma; una majestad del arte pagano; pero indudablemente estas formas tienen algo imponente, majestuoso y grande.

Aquellas bóvedas silenciosas, quietas y como amontonadas sobre sí mismas, aquella techumbre formidable que parece estar suspendida por el genio del hombre, no nos trae esperanzas del cielo, no nos trae palabras y consuelos de otra vida mejor, pero nos da una grande idea de la tierra. Aquí todo respira grandeza, atrevimiento, orgullo. Sí, orgullo, porque creaciones tan fastuosas como esta, nos inspiran el sentimiento de la emulacion, casi de la envidia. ¡Cuántos hombres no escalarían la tierra, si pudiesen, para hallar luego un trono en este palacio! Aquí pensamos en el sitio de Troya, en Aquiles y Ulises, en Hector y Eneas; aquí no pensamos en Providencia, ni los ángeles, ni en bienaventuranza. Por este camino vamos á Chipre, no á Jerusalem. ¡Con cuánto talento queria Napoleon convertir esta iglesia en templo de la Gloria!

Nos dirigimos al altar mayor, y este gran monumento me confirmó más en mi juicio. El grupo principal, la exaltacion de la Magdalena, esculpido con la esplendidez y la frescura que el genio audaz de

Marochetti sabe dar á sus obras, representa á nuestro Señor, á la Santa, á los Apóstoles y á los Evangelistas, y alrededor de este grupo cristiano, en torno á este hogar religioso, rodeando esta familia bendita, vemos el arte griego, la poesía mitológica, que nos ofrece una infinidad de personajes, desde el bautismo del rey Clovis, hasta el Concordato de 1802. Constantino, Clovis, Santa Genoveva, Carlomagno, Godofredo, Juana de Arco, reyes, héroes, Napoleon, el cardenal Gonsalvi; razas distintas, gustos diversos, diversos caracteres, civilizaciones contrarias: todo está revuelto y mezclado aquí, como se mezclan en un nicho las cenizas de varios difuntos. Eso no es una exaltación de la Santa; eso es una galería de historia: eso no es un cuadro religioso; es una pintura social: eso no es un altar del Cristianismo; es el trofeo de una nación. Aquí reina la Francia, no el Redentor del mundo; reina el artista, no el sacerdote; reina el hombre, no reina Dios. No comprendo cómo la gente reza aquí. Yo no podría rezar. Frescos brillantes de Ziegler, suelos magníficos de mármol, cielos rasos preciosamente cincelados bajo la dirección de Derre; todo llama y provoca la materia; todo incita nuestros sentidos; todo es contra la poesía del templo, porque todo es contra la poesía del alma; sobre todo, contra la poesía austera y sublime de la Cruz. Si Santa Magdalena se levantara de la tumba, es bien seguro que se persignaría escandalizada de que la adorasen aquí; es bien seguro de que miraría en este templo, lo que un alemán miraba en la Basílica de San Pedro de Roma: UNA DELICIOSA TENTACIÓN.

Salimos de la Magdalena entre alegres y tristes, y á los veinte ó veinticinco pasos nos volvimos, como para dominar el conjunto de aquel alcázar esplendoroso. Su vista es agradable, armoniosa, poética, casi imponente. Mirado por fuera el edificio, tiene algo solemne, porque lo grande tiene también su solemnidad. Su plano

forma un rectángulo de 70 á 80 metros de longitud, sobre 20 á 25 de latitud, mientras que alrededor, sobre un basamento de 50 ó más metros, corre un perístilo ó galería de cincuenta y dos columnas gigantescas entre las cuales se ven muchas estátuas, con el nombre del santo y el del escultor. Esto confirma más y más mi anterior idea. Si ese templo no es una exposicion de bellas artes, ¿á qué viene el nombre del artista? Si es un lugar de veneracion, ¿á quién tenemos que venerar sino al santo? El escultor pone tambien su nombre; es decir, pide su parte de devocion, de culto; reclama tambien su parte de limosna á la fe del creyente. El escultor quiere reinar al lado del héroe de la Iglesia. Esas estátuas representan dos santidades: el santo y el artífice.

El lector debe ser un tanto indulgente conmigo, porque escribo sin preparacion, y sin corregir una palabra de lo que trasmito al papel. Veo una cosa, y sin más antecedentes que verla, digo buenamente lo que se me ocurre, ó lo que siento. Esto tiene el inconveniente del descuido que debe notarse en la obra, pero tiene, en cambio, la ventaja de la ingenuidad más estricta y de la más perfecta exactitud.

De vuelta al hotel, nos encontramos en la puerta á la señora, que nos preguntó, con una sonrisa muy amable, si veniamos de visitar algun monumento. Sí, señora, la contesté. Venimos de la Magdalena.

—*¿Que vous semble-t-il? ¿Qué le parece á usted?* preguntó la señora, avivando un tanto los ojos, y marcando mucho las palabras, con cierta expresion orgullosa.

—Me parece, señora, la contesté, que aquello es un lugar de triunfo y de alegría, no de sacrificio, de meditacion y de recogimiento. Es una Vénus, no una Magdalena; un festin, no una lágrima. Si ese

monumento no fuese tan magnífico, sería menos palacio; pero sería más iglesia.

Diciendo y haciendo, cogí la escalera, y la señora se quedó mirándome, como una persona que piensa y que no acaba de comprender su propio pensamiento.

=Día sexto=.

Calle de Rívoli, casa de la Ciudad, columna de Julio, arco del Triunfo, campos Elíseos.—¿Se vive aquí mejor que en otros puntos?

Luego que se empezaron á encender los faroles en la ciudad, nos dirigimos á la calle de Rívoli.

Figúrese el lector la situación siguiente: puesto en la plaza de la Concordia, frente á la Magdalena, se ven dos palacios: uno es el ministerio de Marina y de las Colonias: el otro corresponde á diferentes particulares, los cuales le dieron la forma de palacio para que formara un grupo simétrico con el de Marina.

Demos ahora la izquierda á la Magdalena, y hallaremos que entre el ministerio de Marina y el jardín de las Tullerías, palacio del mismo nombre y el Louvre, media un espacio de 30 ó 35 pasos, que se extiende hasta la plaza de la Bastilla, en una extensión de media legua poco más ó menos.

Hé aquí, pues, el panorama: hácia la derecha (en primer término) jardín, palacio de las Tullerías, unido al palacio del Louvre: hácia la izquierda, una hilera simétrica de casas de tres y cuatro pisos, aunque

todas con la misma altura, formando arcadas bastante espesas, hasta la verja en que el Louvre concluye.

En segundo término, hileras de casas á derecha é izquierda, simétricas en la forma, no en la direccion; despues un torreón colosal con jardín; luego la casa de la Ciudad con plaza extensa; por último, nuevas casas hasta la calle de San Antonio, la cual se prolonga hasta la plaza de la Bastilla.

Esto es lo que se llama calle de Rívoli. Tiene de 300 á 400 edificios, de 300 á 400 arcos, de cada uno de los cuales pende á la misma altura un farol de gas: está surcada por 76 calles, entre las que cuento la plaza Real, con el palacio Real enfrente, y el bulevar de Sebastopol.

Si á esto se añade que casi todos los pisos bajos son establecimientos de lujo, iluminados con profusion, así como las 76 travesías, no será difícil representarse el panorama que ofrecerá de noche la calle de Rívoli.

Aún despues de ver los campos Elíseos y la plaza de la Concordia, la hermosa galería de Rívoli no puede menos de ofrecer un espectáculo notable, algo penoso, si se quiere, porque nos agobia con la impresion que causa en nuestro ánimo toda obra grandiosa.

Así que salimos á la plaza de la Concordia, divisamos, entre el juego de muchas luces particulares, un surco continuo de fuego, tirado á cordel; á medida que el coche avanzaba, veiamos escaparse, como apariciones fugitivas, la rica y espaciosa calle de Castiglioni, divisando como un relámpago la enorme columna de Vendome; la plaza y la fachada del palacio Real, iluminadas perfectamente, el anchuroso bulevar de Sebastopol, con sus dos hileras de faroles que se van

juntando á medida que la mirada se prolonga, hasta que se pierden en un montecillo de luces trémulas, á una distancia que parece de ocho ó diez millas; el gigantesco torreón negro, con su jardín alrededor, como una azucena sembrada al pié de una roca deforme; el palacio de la Ciudad y su plaza, alumbrada por grandes faroles, la caserna de Napoleon, hasta llegar á la Bastilla, plaza extensa, menos brillante que la de Vendome ó la de las Victorias; pero no menos interesante como teatro histórico. Aquí la escena cambia de aspecto; de un círculo de luz y de bullicio, pasamos á un círculo de meditacion y de melancólica poesía. Hay luces que vienen á reflejarse en nuestros ojos: hay luces también que vienen á reflejarse en nuestra alma. En este sentido, la Bastilla está más alumbrada que los almacenes del Rívoli.

En medio de la plaza distinguimos una gran columna que remata en un globo, sobre el cual asienta sus piés una figura. De cuando en cuando, un reflejo salía de la columna y nos heria confusamente, pareciéndonos descubrir como letras doradas. Así era, en efecto, segun nos informaron varios transeuntes. Aquellas letras perpetúan el nombre de las personas que sufrieren el cautiverio de la Bastilla, de la alta prision de Estado, de aquella Inquisicion de la edad media, de aquel Gólgota religioso y político.

Mis lectores saben que todos los pueblos han tenido *plaza de la Greve*, su horca y su verdugo, su argolla de hierro: la castracion en casi toda el Asia primitiva; la concha del ostracismo en Grecia; el monte Taygeto en Esparta; el monte Calvario en Judea; la roca Tarpeya en la Italia antigua; el Santo Oficio en la Italia moderna; la *Bastilla* en Paris.

El azote del mandarin chino ha viajado mucho por la tierra; puso los piés en Francia, y se llamó Bastilla en el siglo XIII, así como antes se habria llamado de otra manera, porque es claro que las edades anteriores, todas las edades humanas tuvieron tambien su *Bastilla*. Pero otra edad humana vino, la Bastilla desapareció, cayó bajo los golpes de la piqueta revolucionaria, y sobre sus escombros se levantó grande y valerosa la columna de Julio. Al monumento del siglo XIII sucedió el monumento del siglo XVIII: el Capitolio se levantó sobre la roca ensangrentada del monte Tarpeya. La figura que remata ese monumento, es el genio de la Libertad.

Ahí, donde ahora se eleva esa columna como una plegaria se eleva al cielo, estuvieron las jaulas de hierro, construidas en forma de embudo, para que el prisionero no pudiera permanecer sino encorvado. ¡Cosa singular! Á un hombre le pesa emplear dos varas de bronce con el fin de que su cautivo pudiera respirar de pié derecho, cuando la Providencia habia creado para aquel cautivo toda esa inmensidad que flota entre la Bastilla y las estrellas.

Allí fuéron víctimas de la tenebrosa política de Luis XI, Guillermo de Llarancourt, obispo de Verdun, Jaime de Armagnac, duque de Nemours y el conde de Saint-Pol.

Allí fué tambien decapitado Cárlos de Contant, convencido de traicion hácia la Francia.

Allí fué del mismo modo condenado á muerte el conde de Lallytollendal, cuya inocencia se reconoció cuando era ya tarde. Allí, en ese Santo Oficio político de la edad media, gimieron sucesivamente Basompierre, el gran Condé, el famoso Fonquét, su amigo y secretario Palisson, el docto Sacy, el duque de Laurum, marido de la nieta de

Enrique IV, el mariscal de Richelieu, el tristemente célebre marqués de Sade, el cardenal Rohan, el caballero Mazers de Latude, Bruno de la Condamine, y últimamente, un hombre que hizo mucho ruido en el mundo, la gloria y el escándalo, la fábula y la admiración de su siglo; un hombre filósofo, teólogo, estadista, geógrafo, erudito, matemático, novelista, filólogo, poeta; un monstruo de talento y de audacia; el hombre del talento más vario y más indefinible que ha puesto los pies sobre la tierra; ahí estuvo Voltaire. Escribió una sátira contra el regente, y lo encerraron en la Bastilla. Pero me olvidaba de que esa Bastilla cuenta en sus anales un personaje más famoso aún que el mismo Voltaire, para las tradiciones de aquel edificio. Este personaje es el *hombre de la máscara de hierro*, llamado y conocido así, acerca del cual no pudo la historia averiguar nada, mientras que la poesía popular se contentó con divertir al vulgo, inventando cuentos y consejas. El *hombre de la máscara de hierro* es un arcano añadido a los tantos misterios de que fué teatro aquel monumento misterioso.

¡Cuán majestuosa se alza ante mí esa piedra monumental, encarnación ayer de las antiguas castas, encarnación más tarde de la política y del arte modernos!

Aquella piedra se representa en mi fantasía como el gigante desterrado de un siglo, a quien otro siglo da razón en una hora de verdad y de entusiasmo.

¡Quién había de decir a Felipe Augusto y a Luis XI que las ruinas de aquel Santo Oficio habían de servir para la construcción del *punte nuevo*, el más popular, el más *liberalizado* de París! ¡Cuántos senos ocultos tiene la historia de la humanidad!

Nos volvimos á nuestro *fiacre*, y nos vimos de nuevo entrar en la calle de Rívoli, deshaciendo el camino andado. Al llegar al hotel de Ville, nos apeamos y corrimos la vista por la fachada de aquel importante edificio, colocado enfrente de la puerta principal.

El nuevo sitio en que nos encontramos guarda tambien su poesía tétrica, terrible; instructiva y moralizadora como el monumento de Felipe Augusto y de Luis XI, porque no hay poesía inútil, sobre todo cuando es terrible. El sitio en que nos encontramos fué la *Bastilla de otra edad*, menos lógica, en cambio más cruel.

Sobre el mismo suelo en que ahora tenemos los piés, fuéron arrastrados y descuartizados *Ravaillac*, *Cartouche* y *Damiens*; sus miembros palpitantes ensangrentaron este suelo que ahora pisan sus nietos con indiferencia. Aquí tambien rodaron las cabezas de dos mujeres, dos mujeres funestamente célebres, dos envenenadoras: *la Boisin* y *la Brinvilliers*.

Seguimos la calle de Rívoli, subimos por la Magdalena y nos hallamos en el bulevar de este nombre, divisando á poco los bulevares de las Capuchinas, Italianos, Montmartre, Poissonnière y una parte del de San Martin. Esta nueva vista no es tan simétrica y artificial como la de Rívoli; pero es más extensa, más graciosa y más alegre, de más efecto. Aquí hay más expansion, más capricho, más fantasía: es decir, hay más creacion individual.

El Rívoli es una galería del Estado.

Los bulevares son inmensas galerías del pueblo.

Millares y millares de variados tubos y reverberos iluminan las tiendas, los cafés, los hoteles, los casinos: otros tantos millares y millares de

Luces se reflejan en los espejos interiores, que tienen casi todos los establecimientos públicos, produciendo una especie de *vision mágica*; mientras que los faroles de los centenares de carruajes que van y vienen en un oleaje continuo, convierten aquellos espaciosos bulevares en una atmósfera oscilante de luz.

Difícil será hallar en el mundo una ciudad más alumbrada que París. Hay muchos establecimientos que emplean centenares de luces, y tratándose de los *cafés-conciertos*, es tarea no muy fácil el contarlas. Pero de todo eso que se ve, de ese foco brillante que por todas partes aparece, que por todas partes se filtra, que más de una vez se descubre á lo léjos, debe rebajarse una mitad. La mitad es debida al juego teatral de los espejos interiores; debida á la mágia parisiense.

Aquí todo tiende á ser mágico; hasta la bota con que pisamos el lodo inmundo: la misma bota, el mismo zapato, la humildad aplicada al vestido del pié, lleva aquí detrás su cortejo, su galantería; *au soulier galant*. Por eso París, sin dejar de ser una ciudad importantísima, es una ciudad aparente; artísticamente mentirosa, artísticamente exagerada, exageradamente culta.

Llegamos al hotel cerca de las diez, y mi mujer y yo digimos: París es un mónstruo muy bello, sobre todo muy iluminado: su morada seria deliciosa sin coches: con coches, viene á ser un infierno vivo.

Suponiendo que la poblacion avecindada y la flotante suba á millon y medio de almas, que ciertamente no bajará, creo que á cada quince personas podria tocar un carruaje: creo que en París no hay menos de cien mil carruajes de todas matrículas y cataduras. Hablando solamente de los coches públicos, puedo asegurar que he llegado á ver hasta el número once mil y tantos.

¡Feliz yo si hubiera tantas perdices como las de mi plazuela de Herradores, tantos pucheros como mi olla de Madrid, tantas botellas como las de mi clásico manchego!

Voy á terminar este dia con una pregunta: ¿se vive aquí mejor que en otras partes?

Estos grandes centros no son otra cosa que hornos de fundicion social, donde se depuran las creaciones que hacen falta al mundo: no son centros de dicha; son talleres de necesidad. Estas ciudades hacen lo que la mujer cuando nos inspira fuertes pasiones: pasiones que sirven para purgar con fuego la escoria que llevamos en el corazon.

No envidieis esto, hombres sencillos, que pasais la vida girando en torno de vuestra aldea, como da vueltas la paloma alrededor de su nido: el espíritu humano es como el ambiente: siempre se nivela. Dios no ha puesto los goces supremos de la vida en los resplandores de un vidrio, ni en el espacio de una calle, ni en la hermosura de una plaza, de un paseo ó de un arco triunfal. El hombre tiene su monumento en donde tiene su inteligencia, sus creaciones, su familia; donde tiene la patria que le ha dado quien dió astros al cielo. ¿Qué cristal más brillante que el sol? ¿Qué mejor prisma que una estrella? ¿Qué fábrica más espaciosa que vuestros campos? ¿Qué arco triunfal más suntuoso y más magnífico que el firmamento?

En todas partes está el hombre: en todas partes respira Dios. ¿Qué Paris tan grande como Dios y el hombre?

No, no envidieis esto. Yo lo trocaria por vuestros bosques silenciosos, sino tuviese marcada mi tarea de pequeño obrero en estos grandes hornos de fundicion.

En resúmen, el hombre tiene aquí placeres de opinion y de fantasía que vosotros no conoceis; como teneis vosotros goces de calma y de naturaleza que no se conocen aquí. El hombre se aproxima incautamente al horno y se quema; como en la aldea se aproxima imprudentemente al arroyo y se ahoga.

Solo de un modo podriais ser más desgraciados que los habitantes de esta

Babilonia, que me aturde: teniéndoles envidia.

=Dia sétimo=.

Casa de Ciudad, arco del Triunfo, Obelisco.

Mis queridos lectores, ayer os he hablado de las Casas Consistoriales y del arco del Triunfo, y os debo algunas palabras sobre ambos monumentos, representantes de célebres y poderosas tradiciones políticas de este país. El palacio de la Ciudad es el representante de las tradiciones del Municipio; el arco de la Estrella es el representante capital de las tradiciones del Imperio; un gran trofeo representando una grande historia; un coloso representado por otro coloso.

A las cinco comimos en el restaurant del pasaje de los Panoramas; volvimos á casa á las cinco y media, dejo á mis compañera en el hotel, entretenida en escribir á sus amigas de Madrid y Valencia, salgo á la calle, vuelo á la plaza de la Bolsa, tomo un coche, y á las seis menos diez minutos me tiene situado delante de la casa de la Villa.

Apartemos ahora los ojos de ese edificio; volvamos con el pensamiento al siglo XIV, dejándonos atrás quinientos años, y en el

lugar en donde ahora se levanta ese alcázar grandioso, hallaremos una pobre casa, llamada *la casa de la Greve*, ó *la casa de los Pilares*, aludiendo á los pontones de madera que sostenian su mezquina fachada, ó bien la casa de *los Delfines* (de los Príncipes), aludiendo sin duda á que aquel edificio habia pertenecido á los príncipes de Viennois.

[Ilustración: Casas Consistoriales.]

[Ilustración: Plaza de la Concordia.]

Dejemos ahora la humilde casa de los Pilares ó de la Greve, costeemos los bordes solitarios del Sena, y encontraremos, casi fundada sobre las corrientes del rio, una morada más humilde aún. Esa morada oscura, ese castillo viejo y ruinoso, eso que parece más bien la barraca de unos pescadores, es el local de la Municipalidad de Paris: *el locutorio de los paisanos ó del pueblo, le parloir aux bourgeois*. La Municipalidad quiso entonces mejorar de vivienda, y resolvió comprar la casa de la Greve. En efecto, un preboste ó corregidor de los mercaderes, el famoso Estéban Marcel, á quien dedicaremos una página en la reseña histórica de Paris, compró la casa de los Pilares por la cantidad de 2.880 libras, en 7 de Julio de 1357, y á ella se trasladó el Ayuntamiento, ocupando el trono el rey Juan. Pasan doscientos años, la pobre casa de los Pilares no puede con el peso de los infinitos y memorables acontecimientos de que fué teatro durante dos siglos; aquella pobre casa amenaza ruina en el reinado de Francisco I, y el Cabildo de Paris, que habia dejado la barraca del Sena para ocupar la casa de los Delfines, concibe ahora el pensamiento de derribar la antigua casa de los Delfines, para levantar un palacio que corresponda á la importancia de la corporacion y de la

ciudad. Llegó el 15 de Julio de 1533, y Pedro Viole, preboste de los mercaderes, seguido de los síndicos y regidores de la ciudad, pusosolemnemente la primera piedra del futuro palacio, entre el clamoreo de las campanas de San Juan y de Santiago de la Giferia. El edificio se terminó en 1836; bajo Luis Felipe, que debería llamarse en la historia *el rey completador*.

La vista de este alcázar deja en nuestro ánimo una impresion particular, en que influye, menos indudablemente el género de su arquitectura, que el carácter de su historia, el gusto, por decirlo así, de sus recuerdos, la arquitectura de su pasado, esa arquitectura que está más allá de la piedra que vemos.

No es un edificio del renacimiento, ni del feudalismo, y sin embargo, nos parece que tiene algo del feudalismo y del renacimiento; algo del siglo X y del siglo XIV. Tiene lo que debe tener un palacio; no tiene nada de lo que tiene una abadía ó un convento, y sin embargo, menos que la idea de palacio me suministra la idea de una abadía, con su pórtico, sus columnas, sus ventanas, sus torreones y las esbeltas y atrevidas agujas de sus para-rayos, que parecen ser veletas de un templo. Sin dejar de tener la gravedad de la magnitud, el aire espléndido de la grandeza, la magnificencia liberal de la pompa, encontramos en ese alcázar algo festivo, algo risueño, algo popular. Es un noble, un magnate, un monarca, que sin dejar de ser monarca, magnate ó noble, tiene algo del antiguo preboste de los mercaderes. Sin dejar de ser un palacio grandioso, un monumento colosal, tiene algo de la humilde casa de los Pilares, algo de la pobre barraca del Sena, del primitivo *locutorio*; algo de aquello que pasó para la arquitectura, que no ha pasado, que no pasará nunca para el espíritu del hombre; sobre todo, para el espíritu de los pueblos. Hay algo

popular que arranca de ahí, que de ahí se desprende y viene á buscar al espectador.

El palacio del Ayuntamiento forma un extensísimo paralelógramo, flanqueado por dos pabellones intermedios y cuatro pabellones en los ángulos.

Encima de la entrada principal, que da á la plaza, se ve un bajo-relieve, ejecutado en bronce, el cual representa á Enrique IV montado á caballo. El patio está circuido de graciosos pórticos, y exornado por una estatua de Luis XIV, obra de Coysevox, reliquia preciosa para el arte, que la aprecia más que las numerosas estatuas de los hijos célebres de Paris, que decoran el frontis de este opulento alcázar.

En la fachada del Norte, que cae al Sena, se ven doce estatuas alegóricas, y al pié, verde, humilde y gracioso, un jardincito limitado por una verja, la cual lo separa del borde del rio. No es una perspectiva arrebatadora; pero es ingénua, cándida, inocente como los recuerdos de la niñez. Al ver esos hierros, esa verdura y las aguas del Sena, parece que vemos al Paris feudal, y nos acordamos naturalmente de Abelardo y Eloisa.

Tal es el edificio por fuera; visto por dentro, no es un edificio, sino un mundo fascinador. Son notabilísimas la sala de los Arcades, el salon del Emperador, el de la Paz, el de las Cariatides, el del Zodiaco, la galería de piedra, la de las fiestas, adornada con una profusion que excede á todo exagerado encarecimiento, y el salon de las artes. Pero más que todos esos fastuosos salones, más que todas esas ricas exposiciones de la entusiasta imaginacion de un pueblo brillante y fantástico, más que todos esos fatigosos alardes de lujo y de riqueza, hieren y cautivan nuestra atencion tres salas extensísimas, casi

desnudas, silenciosas, solemnes: la sala del trono, con sus doce enormes arañas, destinada primitivamente á las recepciones, á los banquetes y festines, y las dos salas de los *Prebostes*, de esos magistrados del pueblo, de esos reyes de la ciudad, de esos alcaldes absolutos que eran los amos de Paris, como los padres de la edad media eran los amos de su familia, como los señores feudales eran los amos de su feudo y de su castillo. El preboste era el guardian de aquel convento; era el abad de aquella abadía.

La sala del trono, con cierto aire de grave y reposada aristocracia, con la elocuencia imponente, venerable y austera de la antigüedad, con la fantasía lúgubre y poderosa del pasado: y las dos salas de los prebostes, con cierto aire de cordialidad y de franqueza, de barbarie agreste y de recta justicia, con esa mistura de desenfado y de miramiento que veneramos en los antiguos, el desenfado del hombre rudo, y el miramiento religioso del hombre de bien; esas tres salas, que pudieran llamarse *de los cristianos viejos*, nos atraen magnéticamente con dos emociones distintas: la emocion de la historia, y la emocion de la poesía; esa poesía que va unida al origen de todas las cosas, porque la infancia, la niñez, es naturalmente poética; la poesía que tiene la cuna, en donde la madre cria á sus hijos. Aquí pensamos y sentimos; todas esas figuras caen á un mismo tiempo sobre nuestra cabeza y nuestro corazon.

La casa de la Villa como agradecida á sus buenos padres, como si no quisiera divorciarse de la pobre casa de la Greve, y de la húmeda barraca del Sena, como la familia que pone en la sala principal de su casa el retrato de sus mayores, como el hijo que guarda la cuna en que su madre le crió; la casa de la noble villa de Paris (la gratitud y la lealtad son dos virtudes nobilísimas) nos presenta en estos dos

inmensos salones, en estas dos inmensas galerías históricas, los bustos de varios prebostes del pueblo, desde Evreux, que *capitaneó* el cabildo de Paris en 1205, hasta Tradaine, que reinó, por decirlo así, en 1705.

Esta reverencia hácia el pasado, este saludo á nuestros mayores, este gusto de historia y este sentimiento de poesía, son cosas que me encantan en todas partes; en Paris tambien: he pasado un rato delicioso, y no puedo pagar esta deuda del alma, sino dando mi humilde enhorabuena á los creadores de este palacio, y al pueblo que lo guarda, que lo venera y que lo admira.

¡Adios, afortunados mármoles, que nos representais hombres sencillos, valerosos y honrados! ¡Adios, mármoles, que dais testimonio de que existieron en el mundo la barbarie, la valentía, el cumplimiento de la palabra, la lealtad y la buena fe! ¡Adios bustos! ¡Adios prebostes! ¡Adios, cristianos viejos! ¡Adios, vosotros que fuisteis aquí, lo que los antiguos alcaldes fuéron en mi patria! ¡Dios os tenga en su reino, que harto merecen la gloria eterna, los que siendo incultos, supieron ser cristianos!

Hasta aquí he hablado de la historia de la piedra. Ahora tengo que decir dos palabras acerca de la historia del libro.

Ahí, en medio de esa sala del trono, el pueblo de Paris, puesto de rodillas, saludó á Enrique IV y á Luis XIV.

Ahí, en medio de esa sala del trono, en donde Paris arrodillado saludó á Enrique IV y á Luis XIV, se instaló la Comision revolucionaria del memorable 10 de Agosto.

Ahí organizó la rebelion que la hizo triunfar de un monarca, encerrado en las Tullerías.

Ahí, en medio de esa sala del trono, en donde una crisis turbulenta arrancó á un monarca de su palacio, cayó herida y exánime la revolucion con Robespierre en el memorable dia 9 de Thermidor.

Ahí, en ese balcon de la fachada principal, se asomó el general Lafayette, presentando al duque de Orleans, que luego se llamó Luis Felipe.

Ahí, en los tramos de esa magnífica escalera, casi debajo del balcon en que Luis Felipe habia sucedido á otro rey, el movimiento del 48 presentó al tribuno y poeta Lamartine la bandera republicana, esa bandera que sucedió á Luis Felipe, como Luis Felipe habia sucedido á Cárlos X.

Esta plaza, la plaza de la Greve, cuyo nombre hace brotar en nuestra fantasía tantos espectros ensangrentados, sirvió de lugar á las públicas ejecuciones hasta 1830.

Si esas piedras pudiesen decir lo que han visto; si esta tierra pudiese hablar, ¡cuántos crímenes, cuántas agonías, cuantas lágrimas, cuántos gemidos, cuántos arcanos y cuántos y cuán graves remordimientos vendrian á caer sobre la conciencia de Paris!

Me quité el sombrero ante el ilustre y orgulloso sucesor de la casa de los Delfines y de la barraca del Sena, me metí en el coche: *al arco de la Estrella*, grité al cochero, y á los quince ó veinte minutos me encontraba bajo esta pirámide colosal, bajo este enorme catafalco.

Pero me olvidaba de una coincidencia que me hirió de un modo muy raro. Á los trescientos ó cuatrocientos pasos de la casa de la Ciudad, vi un edificio grande, muy grande, negruzco, pesado, macizo, como si estuviese apilado sobre sus cimientos: un palacio lóbrego, que parece más bien una fortaleza, ó una prision de Estado. Era el palacio de las Tullerías. Y dije para mí: no en balde se encuentra este palacio en la misma línea que la casa de la Ciudad; no en balde se hallan en una misma zona geográfica, bajo un meridiano, por decirlo así. Esos dos monumentos históricos y políticos son dos poderes, dos recuerdos, que se miran y se provocan. Las Tullerías son la morada del silencio, de la ceremonia y de la reserva. El palacio del Ayuntamiento es la morada de la discusion, de la franqueza y de la libertad. Esta es la casa de la tradicion; aquella es la casa de la historia. Son dos tronos, en el de aquí se sienta el rey; en el de allí se sienta el pueblo. Aquí reina la Monarquía; allí reina la Francia. Pero vamos al trofeo de Napoleon.

Llego al arco de la Estrella á las siete y cuarto. El sol acaba de ponerse, y brilla el Occidente á las últimas ráfagas del astro del dia, sin embargo de que ya se insinúan las primeras sombras de la noche, formando esa atmósfera vaga é indecisa, medio brillante y medio turbia, en que no sabemos si miramos luces ó sombras. Pero yo habia logrado mi objeto. No queria sino dominar de una mirada aquel maravilloso conjunto; no quería sino recibir la impresion de aquel enorme promontorio, y veo perfectamente hasta los menores detalles.

Este coloso que contemplo es el arco de más magnitud de que habla la historia. Acaso Babilonia, Tebas, Nínive ó Mitilene ofrecieron á la admiracion de aquellos siglos un arco más grande; pero esos monumentos, si existieron, se han perdido para la historia.

Los cimientos de este arco monstruoso, sublimemente monstruoso, tienen cerca de 9 metros de profundidad, según el cochero me asegura, más de 54 de longitud y 27 de latitud. Su elevación raya en 50 metros, sobre una latitud de 44 y un espesor de 22 ó 23. Napoleón puso la primera piedra en 15 de Agosto de 1806, y se terminó en 1832, bajo Luis Felipe.

Las sombras de la noche empiezan á indicarse, dejando en el aire cierto tinte oscuro, como si empañasen el ambiente. En este momento se encienden los faroles de la gran plaza, cuyo centro ocupa este gigantesco panteón histórico, y la luna aparece á poco, entre nubes ligeras, por detrás de los árboles de las Tullerías, de las fuentes y del obelisco de la plaza de la Concordia.

La fachada principal del arco está decorada por dos trofeos simbólicos: el uno representa la partida, y el otro la vuelta del ejército. Otros dos emblemas exornan la fachada opuesta, que mira á Neuilly: la resistencia y la paz.

Entre la imposta del arco principal y el cornisamento, se ven cuatro hermosos bajo-relieves, los cuales figuran las exequias de Marceau, la batalla de Aboukir, dada en 1798, en ocasión en que Murat hace prisionero al bajá de Roumelia; el puente de Arcole, tomado portentosamente por Napoleón en medio del fuego enemigo, y la toma de Alejandría, á fines del siglo XVIII.

Un bajo-relieve de Marochetti, que representa la batalla de Jemmapes, en 1792, orna el frontis lateral del Norte, y otro bajo-relieve, que representa la batalla de Austerlitz, orna la fachada lateral del Mediodía.

Arriba, sobre el friso, como una corona que está ciñendo una cabeza, se ven grupos inmensos, los cuales figuran la ida y la vuelta de los ejércitos franceses. ¡Cuánta belleza!

Palmas, cabezas de Medusa, coronas, famas de Pradier, rótulos, victorias, todo completa la ilusión del triunfo. Así como en la Magdalena no puede pensarse en los santos, aquí no se puede dejar de pensar en los héroes. Si la Magdalena fuese una basílica como este arco es un trofeo, si el espíritu de la religión dominase tanto en aquel alcázar, como el espíritu de la heroicidad y del entusiasmo domina en esta poderosa creación, la Magdalena sería un gran templo.

Penetré en el arco, y escritos sobre las anchurosas paredes y sobre las altísimas bóvedas, divisé los nombres de noventa y tantas victorias, además de las representadas en los bajo-relieves del frontis, de trescientos ochenta y cuatro generales, y de varios cuerpos de división que tomaron parte en las guerras de la Revolución y del primer Imperio.

Este arco prodigioso es la verdadera divinización de Bonaparte. El alma no puede menos de formar una idea muy grande, muy atrevida, muy gigantesca, una idea casi maravillosa, casi fantástica, del hombre que con ese montón de mármoles da las gracias a sus compañeros de lucha, de triunfo y de gloria; porque esa enormísima y espléndida pirámide no es otra cosa que las gracias que da un general a sus fieles y valientes soldados. La gratitud que así se insinúa, podrá no ser muy fervorosa; pero es magnífica.

Yo permanecía embobado leyendo en las paredes y en las bóvedas los nombres memorables de los generales y de las batallas, cuando la

luna se oscurece repentinamente, ocultándose en un celaje espeso, la luz de los faroles de la plaza no penetraba por el arco, y me vi envuelto en sombras, pareciéndome que me encontraba en el fondo de un grande osario. El arco habia dejado de ser un trofeo, para convertirse en un panteon. En este momento la luna se despeja, ilumina la sombra que me rodeaba, y quitándome instantáneamente el punto de vista, me pareció que el arco se movia, y que avanzaba, con todos sus huéspedes y sus combates, hácia la plaza de la Concordia. Yo me creí arrostrado por aquel empuje descomunal, figurándoseme que iba en el vientre de un mónstruo deforme. Sentí escalofrios en toda la espalda, y con los cabellos erizados y un estremecimiento nervioso que no podia evitar, salí á cielo raso. Cien magníficas farolas alumbraban la plaza del arco del Triunfo; están encendidos todos los faroles que se extienden, en dos líneas simétricas, hasta el jardin de las Tullerías; veo á lo léjos tres variados grupos de luces, como si fuesen otras tantas hogueras: eran los tres cafés cantantes de los Campos Elíseos; veo tambien profusamente iluminada la puerta del baile de Mabile, del castillo de las flores.... Esto no es un paraje público, no es un paseo; es un teatro; más que un teatro, una especie de encantamiento. Esta perspectiva es una de esas imaginaciones con que los poetas han idealizado los valles y los bosques de la Normandía; esto es un lago de hadas; una fantasía de Osian, no tan delicada, no tan tierna, no tan expresiva, no tan grata al espíritu; pero brillante, deslumbradora, francesa, parisiense, es decir, dramática.

Subí al coche, y bajamos pausadamente á través de los Campos Elíseos, hasta la plaza de la Concordia. Allí me apeé, y me dirigí hacia las fuentes. La luna caia sobre los borbotones de agua y de espuma, y daba á la nube de agua que las fuentes arrojan, la diafanidad y el brillo del nácar, de la concha ó del cristal, mientas que en medio de las dos

fuentes, emblemático y silencioso, se levantaba el monumento de otras edades, la creación de otra raza, el peregrino de otras religiones, un viajero de otros climas, de climas remotos y poéticos; el obelisco de Loupsor, cerca del Cairo. Al llegar al pie del obelisco, volví los ojos instintivamente como para ver si descubría el arco del Triunfo, lo descubrí en efecto como desde la mar se descubre un monte, y una idea ardiente cruzó como un rayo por mi imaginación. Me figuré que los dos monumentos se miraban; me figuré que dos mundos distintos y contrarios sacudían el polvo de su honda tumba, para pedirse cuentas ante la historia: me figuré ver el Asia y la Europa, Mahoma y Jesucristo, Sesostris y Napoleón. Clavado al pie de aquel trofeo de otras victorias, procuré ver si podía distinguir algún geroglífico, á favor de los rayos de la luna, deseando probar el efecto que produciría en mi inteligencia. Después de empinarme sobre la punta de los pies, y de estirar el cuello; después de esforzar á un mismo tiempo los ojos y la voluntad, alcancé á distinguir una figura, que era una especie de cuadrilátero, emblema tal vez de los cuatro elementos. Pasaron cuatro ó cinco minutos, y no sabía cómo desasirme del encanto que me tenía sujeto á las paredes de aquella mágica columna. Y allí me preguntaba: ¿por qué el obelisco cautiva de tal modo nuestra atención?

Escritores notables son de parecer que el interés que el obelisco nos inspira procede de la circunstancia de ser una columna, compuesta de una sola pieza; más claro, de la circunstancia de ser una maravilla de mármol. Para estos escritores no hay otra razón que la magnitud, la forma, el arte, la arquitectura. Esto explica algo; pero está muy distante de explicarlo todo. No, no es únicamente la arquitectura. ¿Qué arquitectura tiene una cruz? Sin embargo, halle el hombre más indiferente una cruz humilde en medio de un desierto, en el silencio de la soledad; mire aquella cruz que le está diciendo que allí descansan

las cenizas de un hermano suyo, como sus cenizas descansarán mañana en otra parte, y el hombre se destoca, palidece ó reza. Visitemos un valle frondoso, y entre flores verdes y lozanas, encontremos una flor marchita. ¿Qué arquitectura tiene esa pobre flor? Sin embargo, al mirar la flor seca, no podemos menos de suspirar; aquella flor se mústia como se marchita nuestra vida, como se marchitan nuestras ilusiones, nuestros amores, nuestras esperanzas, nuestros sueños, nuestros delirios. Aquella flor seca es la historia de nuestro corazon, un eco que resuena hondamente en nuestra alma. No es una flor del valle; es una memoria, un sentimiento, un vaticinio de la vida; es una poesía triste, una poesía que hace llorar.

El obelisco no nos atrae, no nos llama, no nos interesa, no nos seduce, sino porque es una especie de escritura sagrada, un geroglífico que no comprendemos, un pensamiento que no adivinamos, el símbolo de una creencia, un símbolo de fe, un símbolo de religion. No es el arte, no es la arquitectura, no es la forma, no es la magnitud lo que nos llama en ese monumento emblemático; es la religion, el misterio, el espíritu.

Aquello es un arco; esto es una plegaria.

Aquello es un trofeo; esto es un enigma.

Allí admiro el orgullo de un hombre.

Aquí venero el arcano de una esperanza.

Esto es más que aquello, lo ha sido, lo es, lo será eternamente, porque para la idea de Dios el tiempo es una escala que, no tiene tramos. El geroglífico misterioso de Sesostris, es más que la soberbia fastuosa de Napoleon. Sí, repetia yo interiormente, el obelisco me

atrae más que el arco, porque *esto es más que aquello*, y al pronunciar estas palabras me volví, y alcancé á ver, como una aparición trémula, casi flotante, el suntuoso pórtico de la Magdalena, que parecía nadar sobre sus columnas. Entonces, sin poder resistir á mis ideas, dije en alta voz: *y aquello es más que esto*; la iglesia cristiana es más que el obelisco asiático; la caridad del Redentor del mundo es más que el misterio de Sesostris.

Me dirigí al coche, al mismo tiempo que el cochero avanzaba hácia mí, porque habiéndome oído hablar, se imaginó que le llamaba, ó quizá que estaba maniático ó que me habia vuelto loco.

—*¿Est-ce que vous m'appelez, monsieur? (¿Me llama usted, señor?)*

—*Pas du tout. (No.)*

—*Mais j'ai entendu.... (Es que he oído....)*

—*Je n'ai rien dit. Á l'hôtel des Étrangers! (Nada he dicho; á la fonda de los Extranjeros)*, y me metí en el coche. No habian pasado quince minutos, cuando me apeaba en la calle de Feideau. Mi pobre mujer me esperaba asomada al balcon, significando cierta impaciencia, pagué al cochero y subí la escalera como un relámpago.

—*¿De dónde vienes?*

—*De la casa de la Ciudad y del arco del Triunfo.*

—*¿Y qué traes?*

—*Muchas cosas, muy grandes y muy buenas.*

Mi mujer tomó una friolera y se acostó. Yo empecé á escribir esta desaliñada Revista, que me entretuvo hasta la una y media. Pero no quiero terminar este dia sin dar parte al lector de que tengo una curiosidad, casi un deseo, casi una ilusion: la ilusion de visitar un monumento de Paris; un monumento en que he pensado muchas veces, que he creido ver desde España, porque uno cree ver todo aquello que le hace sentir, y algo ve realmente, puesto que el corazon tiene tambien ojos; un monumento que amo mucho, tanto como si fuera de mi país, aunque los monumentos no tienen países. El arte es como el sol: donde brilla allí reina; tiene por patria todo lo que alumbra.

Al acostarme, vi que mi mujer estaba despierta. ¿Cuándo visitaremos, la dije, el edificio de que te he hablado tantas veces?

—En la semana entrante, contestó mi mujer.

—En la semana entrante, respondí yo; queda convenido.

Hoy es miércoles; de modo que tenemos seis ó siete dias para darnos en cuerpo y alma por esas plazas y calles de Dios, por esos cafés, por esos teatros, por ese bullicioso y reluciente laberinto, á caza de impresiones y curiosidades de sociedad. Despues volveremos á la historia y á la piedra, alternando con cuadros de costumbres, de carácter, de raza, por decirlo así, hasta que logremos formar una idea provechosa de este fabuloso conjunto. Si no hallo el camino de agradar al lector, acháquelo á falta de talento y de habilidad, no á falta de intencion, de deseo y hasta de cariño.

=Dia sétimo=.

Vistas de Paris.

Un amigo viene á buscarnos muy de mañana, y á propuesta suya, hemos empleado casi todo el dia en ver á Paris desde tres puntos diferentes: desde lo alto del arco del Triunfo, desde una orilla del Sena, y desde las alturas de Montmartre.

La vista desde el arco es extensa, varia, pintoresca, rica, grandiosa. Paris entero se ve desde allí, como se distinguen todas las figuras de un panorama bien descrito.

La vista del Sena es más delicada, más graciosa, más elegante. Hay allí algo poético, algo ideal. Una parte de Paris se nos ofrece como si estuviera cimentada sobre los arcos de los puentes; parece un pueblo que vive y se mueve sobre un rio, y esto causa una impresion extraña y agradable.

Por fin, la vista desde las alturas de Montmartre no tiene que ver nada con las otras. Es una perspectiva especial, en que apenas sabemos lo que miramos. Desde aquellas alturas no es Paris, sino el embrion de una ciudad de un millon de almas; una mesa revuelta de veletas, agujas, torreones, cúpulas, campanarios. Al fijarnos en aquel grupo indefinible é interminable, creemos que unas casas se han edificado encima de otras, y que Paris está como hacinado, como arrollado sobre sí mismo. Es un todo revuelto, deforme, confuso, extravagante, casi sublime.

Los tres grabados que acompañan sobre el asunto, dan una idea exactísima de cada una de las situaciones indicadas. Figúrese el lector que está viendo á Paris en miniatura desde las alturas de Montmartre, desde el arco del Triunfo, y desde una orilla del Sena.

[Ilustración: Vista de París desde la cima del arco del Triunfo.]

[Ilustración: Vista de París desde una orilla del Sena.]

=Dias octavo, noveno y décimo=.

Dos dias de encierro.—Provisiones.—Los libros de mi mujer.—Un español.—Compras.—Patriotismo de mi compañera.—Carácter capital de las mujeres.

Llueve á cántaros, y hemos invertido dos dias en asuntos privados. Mi mujer ha dispuesto el equipaje y yo he escrito á mis buenos amigos de España, más un artículo para *La América*, titulado, *filiacion de los partidos en política*.

La cuestion de comida nos preocupa muy sériamente, é ignoro á dónde irémos á parar. Desde que salí de Madrid no he hecho una verdadera digestion, y ya mi estómago principia á volverse contra su sueño. No entienda el lector que somos dados á la gula; no se trata de gozar sino de vivir, y cosa es esta para no ser mirada de cualquier modo.

Buscando recursos contra esta penuria artificial, mi mujer y yo hemos ido al pasaje de los Panoramas, que dista pocos pasos de nuestro hotel, y nos hemos provisto de jamon dulce, salchichon, una caja de sardinas escabechadas, un cestillo de fresas y pan. Un tabernero de la acera de enfrente, el buen *Jeannin*, nos ha enviado dos botellas de vino Macon (á 20 cuartos el cuartillo), y una lechera de la vecindad nos ha hecho el favor de enviar á su niña con un cuartillo de leche de vaca.

Los fiambres no podrán ser el alimento de muchos días, al menos para mí; pero son el recurso de hoy.

Mi mujer está empeñada en que con tres litros de cinta tiene bastante para aderezarse el sombrero. Después de querer la cinta por litros, que es como si dijéramos por azumbres ó por celemines, estoy viendo que cualquier día va á pedir un *metro* de vino.

Esta mañana hice cierta pregunta á un caballero que encontramos cerca de la fuente de Molière, calle de Richelieu; el caballero me contestó que no me comprendía porque era de otras tierras. Esto lo dijo en español. Á mi mujer le pareció que había sacado la lotería.

—¿Es usted español? ¡Bendito sea el cielo! Venga usted acá, hable usted español, hablemos español: apenas vuelva á España, estaré hablando el español durante un mes seguido.

Aquel caballero debía marcharse al día siguiente, y nos dió las señas de su habitación en Barcelona, en el Lóndres de España; un Lóndres tan activo, tan laborioso, tan inteligente, tan moral como Lóndres; tan desgraciado como Barcelona.

Mi mujer estaría aquí todo lo bien que puede estar una mujer lejos del país de sus afecciones, de sus conocimientos y de sus hábitos, cuando comprendiera y hablara el idioma: no hablándolo ni comprendiéndolo, vive mártir ó poco menos. No poder hablar es para la mujer una continua irritación, una perdurable indigestión de palabras y de deseos, una especie de *hidrofobia*. Quien inventó el silencio, no tuvo necesidad de inventar infierno para las mujeres.

Sin embargo, es cosa de la Providencia que no sepa francés, porque si lo supiera, ¿qué dirían los franceses al oírse llamados *animales* á cada momento?

—*Pero, hombre, ¿no ves qué bestias son estas gentes?* Hé aquí una de las frases más indulgentes de mi compañera. Los llama bestias, porque no entiende su idioma.

Hemos empleado una gran parte de la mañana en hacer varias pequeñas compras.

Mi mujer. Compremos ahora un ovillo de hilo.

Yo. Es que yo ignoro cómo se llama el ovillo en francés.

Mi mujer. Pues, compremos trencilla para atar las botas.

Yo. Es que yo ignoro cómo se llama la trencilla en francés.

Mi mujer. Pues compremos siquiera los camiselines.

Yo. Es que ignoro también cómo se llaman los camiselines en francés.

Mi mujer. Llevemos al menos los manguitos.

Yo. Es que ignoro cómo se llaman los manguitos.

En resumidas cuentas, tuvimos que volver al hotel, y tomar una porción de notas del Diccionario. ¡Trencilla, ovillo, manguitos, camiselines! He pasado hoy el estrecho de Magallanes en plena tempestad.

Nuestra venida á Francia me ha hecho comprender un sentimiento que yo no conocía en mi compañera, al menos desarrollado en tan

grande escala. Mi mujer es una patriota acérrima, intransigente, absoluta. No oye hablar de España sin que la sangre se la suba al rostro. ¡Ay del mundo si su voluntad se cumpliera! ¡España pesaria como una cadena de bronce sobre el cuello de la humanidad!

Bien es verdad que el amor á su país, lo que llamamos nuestro país, no es el atributo de una mujer, sino de la mujer, especialmente cuando se ha educado en uno de esos pueblos en donde imperan aún las costumbres del Asia. En el amor ardiente, imaginativo, vaporoso, poético, que la mujer profesa á su tierra natal, hay un algo que pone la naturaleza, y otro algo que ponen la educacion y el hábito.

Evidentemente, la mujer está llamada por la naturaleza á no poder vivir sin una pasion efectiva; su ciencia grande, su gran vida tiene por centro el corazon. Por esto mismo es la destinada á concebirnos en sus entrañas y á darnos su sangre con placer. No bastaba el tierno alimento con que nos nutre. La mision de la madre, esa mision augusta, la más augusta que el cielo encomendó al género humano, no es una tarea mecánica; la tarea autómata de sacar el pecho y llevarlo á la boca del hijo, no: es una tarea de cariño, de efusion, de delicia; es una tarea santamente providencial.

La ley de la mujer es amar, amar desde luego, lo primero que ve, lo primero que oye; porque lo primero que oye y que ve la hace sentir, y en la mujer sentir es amar.

Ve la flor, y ama la flor. Canta un ave, y ama aquel ave. ¿Cómo no se ha de enamorar de su país, cuando se enamora de las flores que ve crecer, de las aves que oye cantar? ¿Cuántas mujeres no han vertido lágrimas amargas bajo la impresion del arrullo tardío y doloroso de una tórtola?

En esta estructura sentimental é imaginativa de la mujer; en este carácter radical y profundo, entra indudablemente la naturaleza. Nuestras madres son por naturaleza afectivas, y como el afecto obra instantáneamente sobre la fantasía, son también por naturaleza fantásticas, pero si la naturaleza pone una parte, la educación y el hábito ponen otra, como antes dije.

La sociedad histórica tiene hasta hoy dos revelaciones capitales: la sociedad egipcia y la sociedad humana; es decir, la sociedad referida á la tradición, y la sociedad referida á la misma sociedad.

Estas dos transiciones históricas están reflejadas en todas las faces de la humanidad; por consecuencia en todas las faces de la mujer.

Mujer asiática y mujer social: mujer religiosa y mujer política.

La mujer sepultada en su casa desde que nace hasta que muere; la mujer á quien se representa como un vacío insondable el espacio que media entre la cuna y el sepulcro; que está acostumbrada á mirar en aquel vacío un ataúd, cuya gasa negra no puede suspender; una madre, una esposa, una hija que tiene el hábito de enamorarse hasta del espejo en que se contempla, hasta de la vajilla en que come, hasta del dedal de su costurero: esa mujer cuyo destino está cifrado en amar lo que ve, y no ve otra cosa que el misterio que la rodea; esa mujer que se habitúa á enamorarse de su propio misterio, no puede menos de ser ardientemente patriótica, porque es ardientemente doméstica. Yo he conocido á una señora que lo guardaba todo en un gran cofre que tenía, como si fuera una reliquia preciosa: hasta la cáscara de los huevos, y más de un vivo podría atestiguar la verdad de este caso. Diga ahora conmigo el lector: ¿qué significación podría tener en la casa de esa señora el nombre humanidad? Ese nombre allí hubiera

sido una palabra peregrina, intrusa, repugnante. ¿Qué sitio del cofre habia de ocupar? La palabra *mundo, humanidad, género humano*, no ocupaba en el cofre sitio alguno: la cáscara de huevo, sí; esta cáscara valia más para la señora que el género humano, que el mundo, que toda abstraccion, que todo idealismo por más universal y grande que fuese.

Hé aquí la mujer asiática; la mujer del primer período histórico; la esclava del marido, el misterio profano de la familia, el perfume quemado en los altares de Faraon.

Pero esa mujer halla abiertas un dia las puertas de su casa; sale á la calle, la permiten salir; habla, piensa, obra; oye pensar, ve hacer; entra en la revolucion de las opiniones y de los derechos; la nueva moral la auxilia; la nueva religion la llama; se asocia, por fin, á la vida pública; por fin, *se asocia*; siente este vínculo, siente la relacion social, como antes sintió el cariño á la aguja con que cosia: comprendiendo y sintiendo la razon que la une á un pueblo, á una raza política, comprende y siente por intuicion lógica las razones que existen para que una raza se asocie á otra raza; para que un pueblo llame hermano á otro pueblo, y de escala en escala, de idea en idea, de emocion en emocion, de regocijo en regocijo, de dignidad en dignidad: ¡sí! de virtud en virtud, de alteza en alteza, en su cerebro y en su corazon se va criando una figura alentada y noble, una síntesis que no es otra cosa, en resúmen, que la idea y el sentimiento de su propio sér, extendido á toda su esfera, á su magnánima nacionalidad; á la nacionalidad de un poder que creó para un mundo un cielo y una tierra.

En toda el Asia, en toda la Turquía de Europa, en Italia, en Grecia, en casi toda España, en Portugal, en la mayor parte de América; en la América tradicional por hábito, aunque sea social por instituciones que no han tenido tiempo de renovar la faz política; en todos esos pueblos enumerados la mujer pertenece al primer período: es egipcia; es la esclava del Faraon que se llama marido; familia, hogar; es la flor que se cria en el jardin para que la huela su amo.

La mujer alemana (en una gran parte de aquel país), la mujer francesa y la de algunos puntos de los Estados-Unidos del Norte americano, pertenecen al período segundo: son el sepulcro de Jesucristo reconquistado por una cruzada que se llama civilizacion, como podria llamarse derecho, justicia, amor, dogma.

En estos pueblos las mujeres son casi hombres: hombres afectuosos, imaginarios, tiernos: hombres como pueden serlo una madre y una hija, porque la naturaleza no puede mentir; pero personalidades humanas, verdaderos poderes en la familia, en la opinion, en el derecho, en las creaciones sociales; *personas de razon*, porque la educacion no puede dejar de enaltecer, libertando al esclavo; porque la libertad es la sancion divina del albedrío; porque el albedrío es la sancion divina del hombre; porque el hombre es la sancion divina de la sociedad; la libertad es el mismo Dios que se filtró en nuestra conciencia: *sed semejantes á mí*, quiere decir *sed libres*. «Si no sois libres, nos dice Dios, ¿con qué virtud me vais á amar?»

Es indecible la complacencia con que estudio á las mujeres de Paris. No conozco la representacion de la mujer inglesa y rusa, y este es uno de los motivos porque más deseo visitar á Lóndres y San Petersburgo. Á una mujer debo toda mi vida, y natural parece desquitarme de

semejante deuda, consagrándola una pequeña parte de aquella vida tan empeñada.

Reasumo este asunto diciendo que mi mujer es muy patriótica, porque es muy doméstica: quiero decir, porque pertenece á la historia asiática. Ve en su país una humanidad más excelente, un Israel profético, y es una Judit que ama su tierra, como Judit amaba su Betulia.

Yo trabajo por hacerla cristiana; pero ella está conforme con ser el enigma escondido en el palacio de Faraon; digo mal, en el palacio de dos Faraones: uno es España.

Probablemente ninguno de los dos serémos muy tiranos con ella.

Nos dirigimos á las Tullerías y al Louvre, atravesamos el inmenso patio de este inmenso alcázar, torcimos á derecha para tomar el Puente Nuevo; á poco estábamos en el muelle de Voltaire, y luego en la famosa calle de la Universidad. Por allí anduvimos á la ventura durante tres cuartos de hora, atravesando calles y callejuelas, como para ver si notábamos esa especie de gusto *clásico* que debe reinar en unos lugares donde manda la ciencia. Efectivamente, hay aquí algo de la vida revuelta del estudiante, y del silencio austero del aula. Yo creía percibir cierto aroma de pensamiento, cierto olor de libro; así se lo dije á mi mujer, la cual movió pomposamente la cabeza, en señal de una negacion monda y lironda, lisa y llana.

—Yo no huelo nada, dijo mi compañera; lo único que huelo es que mis piernas se cansan ya, y que debíamos aproximarnos á las Tullerías para tomar asiento en los sillones imperiales.

—¡Enhorabuena! contesté yo, pero me parece que deberías mostrarte más respetuosa con esta antigüedad científica, porque has de saber que te encuentras en lo que se llama *el barrio latino*, un barrio muy célebre, aunque no sea sino por los muchos grandes hombres que aquí se han formado, que de aquí han salido para ilustrar al mundo, y que pisaron estas mismas piedras que pisamos nosotros en este momento.

—Pues con perdon de esos grandes hombres, contestó mirándome mi mujer, y de las piedras que esos grandes hombres pisaron, te digo y te repito que estoy cansada, y que si no nos vamos á las Tullerías, me tendré que sentar en medio de esta acera.... Al decir esto, se paró como si quisiera dar más fuerza á su argumento, cuando oimos los agudos chillidos de un perro, que salia casi ardiendo de un portal de enfrente. Era un perro de lana; habia entrado sin duda en la cocina, alguna chispa habia saltado de los hornillos, la lana habia prendido fuego, y el pobre animal salia á la calle medio ardiendo y chillando de un modo horrible. El amo le seguia, llevando en la mano derecha un baston ó cosa semejante. El pobre animal retrocedia, avanzaba, ladraba, se mordía á sí mismo, chillaba, gruñía, y cuanto más se meneaba, más se encendia la lana. El amo le llamaba, y queria apagar el fuego, pasando el baston á raíz de la piel; pero el palo le lastimaba las quemaduras, y el perro aturdido hacia ademan de morder al amo, con una rabia y un atolondramiento indefinibles. El amo entonces extendia el palo, como para rechazar al animal, y el infeliz perro, al notar que su amo le amenazaba con el baston.... ¡Oh ejemplo que asombra! ¡Oh virtud que aturde! ¡Oh lealtad que debia dar vergüenza á los hombres! Aquel pobre perro que se quemaba vivo, que se mordía á sí propio, que tenia la rabia del frenesí, al notar que su amo le amenazaba con el palo, pegaba el vientre al suelo y lamia el

extremo del baston. Este ejemplo de abnegacion sublime, de sublime heroicidad, nos enterneci6 de tal modo que nos aproximamos resueltamente; otros vecinos acudieron, y entre todos, en embrion, en tropel, apagamos el fuego con las manos y con los pañuelos del bolsillo. Yo estaba entre aquella gente, y hablaba á todos como si fueran individuos de mi familia. Despues que apagamos el fuego, dije al amo que debia untar las quemaduras con manteca sin sal, y no bien hube acabado de pronunciar estas palabras, cuando una jóven de catorce ó diez y seis años ech6 á escape, y trajo un papel con bastante porcion de manteca. La juventud es tan ardiente como generosa. El amo sujetaba al perro, y á despecho de sus alaridos y convulsiones, le untamos bien todas las quemaduras. Luego, temblando de dolor, entr6 en su casa detras del amo. Una de las mujeres que asistieron al lance, dijo algunas palabras á mi compaÑera, que la contest6 en buen castellano: *no la entiendo á usted*. Aquella mujer que *no comprendió* que mi mujer no la *comprendía*, se me qued6 mirando, como si esperase que yo la explicara el asunto. *Mi señora ha contestado á usted, la dije, que no entiende el francés*. La mujer se qued6 parada, y echaba unos grandes ojazos á mi compaÑera, al mismo tiempo que exclamaba con mucho asombro: *¡Madame ne comprend pas le français! ¡La señora no entiende el francés!* Esto queria decir: ¿esa señora no sabe el francés y está en Francia? ¿Cómo lo va á pasar ignorando la lengua del país? ¿Pero, de dónde viene esa señora que no sabe el francés? Yo que comprendí perfectamente toda la intencion de aquella mirada, y que me sentí algo picado por la *negra honrilla* de mi compaÑera, la dije con un marcado aplomo: *Madame ne comprend pas vôtre langue, ainsi que vous ne comprenez pas la langue de Madame. (Esta señora no comprende la lengua de usted, así como usted no comprende la*

lengua de esta señora.) Y luego añadió: Madame ne comprend pas la langue de votre pays; mais elle comprend une autre langue plus necessaire, plus universelle, plus savante: la langue de la charité. (Esta señora no entiende el lenguaje de este país; pero entiende otro lenguaje más necesario, más universal, más sabio: el lenguaje de la caridad.)

Esta salida convenció á la buena mujer: *oui, monsieur; oui, monsieur*(sí, señor; sí, señor), decia repetidamente, y se fué haciéndonos una reverencia. En efecto, la caridad es una religion que hace á todos los hombres hermanos.

Nos dirigimos al muelle de Voltaire, y á los pocos minutos entrábamos, cogidos del brazo, por el Puente Nuevo. Aquí presenciemos otra escena, de un interés muy superior. Los héroes de la nueva aventura son un campesino, su mujer y un muchacho como de veinte años, poco más ó menos. El matrimonio se dirigia hácia la parte del Luxemburgo, mientras que el jóven caminaba hacia las Tullerías; pero tanto el hombre como la mujer, la mujer particularmente, volvian la cara con frecuencia para mirar al jóven; el jóven la volvia tambien, y en el movimiento tardío y embarazoso de los tres, no era cosa difícil adivinar que aquellas buenas gentes se separaban con dolor. Por fin, la labriega vuelve el semblante, el muchacho lo vuelve al mismo tiempo, sus ojos se encuentran, entre ellos pasó lo que Dios sabe; corre la mujer hácia el jóven, el jóven corre hácia la mujer, se abrazan estrechísimamente y rompen á llorar; pero á llorar de un modo que era capaz de quebrantar las piedras. Nosotros, con el corazon desgarrado al oír aquellos sollozos, nos quedamos estáticos delante de aquel grupo interesantísimo. El labriego aturdido siguió á su mujer, y á los cuatro ó seis pasos de distancia, bajó la cabeza y dejó caer ambos

brazos. Parecía un difunto que se tenía de pié. ¡Qué arte tan sábio es el amor! ¿Qué Rachel, qué actriz del mundo, hubiera corrido como corrió aquella mujer, hubiera dado aquel abrazo como aquella mujer lo dió, y hubiera arrancado á llorar como lloraba la infeliz campesina? ¿Ni qué Talma, ni que Latorre, hubiera bajado la cabeza, y dejado caer los brazos con la ruda y austera poesía con que lo hizo aquel pobre paleta? ¡Ah! Los padres son los grandes actores, los eminentes trágicos, cuando llega la hora solemne de verter lágrimas por sus hijos. Excuso decir á mis lectores que la labriega era la madre, y el labriego el padre del muchacho. A este tocó la suerte de soldado, habia ingresado en caja, se quedaba en Paris, y aquel abrazo, dulce y desgarrador al mismo tiempo, era la despedida. Mi compañera y yo no tuvimos ánimo de presenciar el desenlace, y seguimos nuestro camino, penosamente impresionados de aquella aventura.

—Mira, me dijo mi mujer; este muchacho irá ahora á la guerra; quizá un jefe indiscreto le manda asaltar un castillo, y tal vez muere en aquella empresa temeraria. Y pasará un dia y otro dia, y acaso la madre le guarda la silla en que solia sentarse, y no quiere que nadie ocupe el lugar de la mesa que él ocupaba. Y pasa un mes, y pasa un año; la madre esperará á su hijo, y el hijo no entrará por la puerta de la casa de sus padres, ni se sentará en la silla en que antes se sentaba, ni ocupará el lugar de la mesa que ocupó desde niño. Un hombre extraño le ha mandado morir, y ha muerto. Un hombre extraño ha robado aquel hijo á su madre; á esa madre que lo ha concebido, que lo ha criado, que lo amaba con todas las veras de su corazon, que se estaba mirando en él como en un espejo. La madre sabrá al cabo que su hijo murió en la guerra, y su alma gemirá para siempre en un abismo de perdicion y de amargura. ¡No, no! añadió mi mujer vivamente; los hombres son injustos, haciendo ciertas cosas sin

consultar el voto de las madres. Ninguna guerra se debía emprender, sin oír antes el consejo de una gran asamblea de mujeres. Es bien seguro que de ese modo no habría tantas guerras. Yo dije sonriendo á mi mujer: ¿para qué más guerra que una gran asamblea de mujeres? Luego añadí: tal vez sucederá á ese muchacho lo que tú acabas de decir; pero ¿quién sabe si va á Sebastopol contra la Rusia, y es el primer soldado que clava la bandera en la torre de Malacoff, salvando á Europa en las alturas de Crimea?

—¿Es decir, arguyó mi mujer, que tú estás porque haya guerras en el mundo?

—No, hija mia, respondí yo; yo no estoy porque haya en el mundo guerras injustas, egoistas, tiránicas; pero estoy por las guerras que se hacen en nombre de la civilización, del derecho y de la moral. Y ¿la sangre que se derrama y humedece la tierra? dirás tú. Y ¿el rayo que cae de las nubes y nos devora? digo yo. Ese rayo que nos devora, es indispensable para purgar el aire de los malos miasmas que lo infestan; sin ese rayo destructor, el ambiente nos mataría. Pues bien, la sangre que se vierte en una guerra justa, es indispensable del mismo modo, para que los hombres comprendan lo que están obligados á hacer, para que se guarde la justicia. Aquella sangre es como el agua de salud con que se riega el árbol de la libertad de los pueblos; es el Jordán de ese bautismo; bautismo costoso, pero santo, como es santa la lágrima que aquella buena madre vierte al despedirse de su hijo, por más que aquella lágrima le quemara los ojos y le desgarrara el corazón. Cuando llega la hora en que el hombre debe sufrir, no hay otro recurso que disponer el alma para el sufrimiento, y cuanto más sufrimos, cuantos más dolores experimentamos, más sagrado es nuestro dolor. Sí, amiga mía, la sangre que se vierte en

ciertas batallas, es como el rayo que viene á purgar el ambiente de otro horizonte, el aire de otra atmósfera: es un dolor que debemos sufrir, cuando llega la hora de los dolores; es una lágrima que otra madre derrama por sus hijos. La madre que lloraba en el puente Nuevo, se llama mujer. La madre que llora en los campos de ciertas batallas, se llama moral, se llama historia, se llama destino, se llama Providencia. Y á esto sin duda se refiere San Pablo cuando dice: *la letra con sangre entra*; y cuenta, hija mia, que San Pablo es al mismo tiempo un grande hombre, un gran santo, un gran apóstol, y la inteligencia más práctica y organizadora que ha conocido el mundo.

Conversando así como buenos amigos, llegamos á la esquina de la calle del Acaso (Rue du hasard), y vemos un letrero que dice: *restaurant de Santa Teresa*. Teresa se llamaba mi madre, y la veneracion y el respeto que debo á ese nombre, me decidieron repentinamente. Tiré del brazo á mi compañera, que comprendió luego mi intencion y aprobó mi idea con alegría, porque siente hácia mi buena madre el mismo respeto que yo.

Comimos una sopa, dos platos de carne, uno de pescado, otro de verdura y unas fresas. El criado que debia servir nuestra mesa no estaba allí, y nos sirvió una hija de la casa, con amable y graciosa galantería. Es una jóven blanca, muy blanca, rubia, esbelta, flexible, de mirada apacible é ingénua. Seguramente no es francesa del Norte, debe ser de Tolon: es decir, de un punto que raye con Italia. Es un tipo perfectamente italiano. Tiene la candidez de la juventud, la gracia de una juventud bella, y la seduccion de una actriz. Pegada al mostrador hay una silla, y sentado en la silla hay un hombre, tipo perfectamente parisiense. Con perdon del francés y de mi compañera, digo y declaro que ella me gusta más que él. El buen parisiense no la quita ojo, y la

buena francesa del Mediodía le manda también de cuando en cuando alguna miradilla furtiva, picaresca, como robada. Esto quiere decir que esos dos tipos diferentes, representan un tipo común, íntimo, idéntico; un tipo que conviene á todas las fisonomías, á todas las naciones, á todos los siglos, á todas las razas: el tipo de amantes. ¡Dios los haga buenos casados! Luego que concluimos de comer, llamamos á nuestra linda servidora, pagamos, nos levantamos y nos despedimos, empeñando palabra formal de que iríamos á comer con mucha frecuencia. En esto sale una señora de grande cara, de tez muy morena y vellosa, de pecho enorme, de vientre más enorme aún, pequeña, aplastada, casi roma, de tal manera, que más que mujer parecía una bola, una urca, una abutarda. Se adelantó hácia nosotros, y el vientre caminaba dos ó tres palmos delante de ella. Yo me acordé del célebre soneto de Quevedo que principia:

Erase un hombre á una nariz pegado,

porque, en efecto, la situación era muy semejante; aquí se trata de

Una mujer pegada á una barriga.

El parisiense se levantó, la mujer rechoncha y la niña nos despidieron hasta la puerta, coreando un saludo de doscientas ó trescientas gracias, unas detrás de otras. Las gracias son el género más barato de París. Vale menos que el aire, que el agua y que la luz. ¡Qué baratura de género!

—Pero, señor, me decía mi mujer al salir: ¿puedes tú comprender que esa muchacha tan flexible y graciosa, pueda ser hija de ese fenómeno? ¡Milagros del amor!

Llegamos á casa cerca de oscurecer, y hemos pasado una buena parte de la velada recordando tres cosas: la señora del restaurant, el abrazo del puente Nuevo, y el perro que ardía; aquel animal que se quemaba y lamia el baston de su amo. No lamia la mano del dueño; no lamia sus piés; sino un palo que le lastimaba y que le heria; pero que era el palo con que le castigaba el que le daba de comer. Víctor Hugo ha dicho:

La virtud que en el mundo está en destierro,
Hombre no pudo hacerse ... y se hizo perro.

=Dia duodécimo=.

Bustos de azúcar y de chocolate.—Hombres que no debian comer.—Apuros.—Primer restaurant del pasaje de los Panoramas.—Segundo restaurant.—Vajilla de Luis Felipe.—Francia.—Inglaterra.—Pequeño restaurant de Lóndres.

Empiezo este dia por dos curiosidades que hemos visto ayer, y que nos causaron suma extrañeza. En los escaparates de una confitería en la calle de San Honorato descubrimos un Pio IX de azúcar, y en la esquina del gran hotel del Louvre, hácia la plaza del Palacio Real, un Napoleon de chocolate, montado á caballo.

Digo la verdad, sin embargo de no ser pontífice ni emperador, no me sabria bien que una escultura tan original confiase el secreto de mi fama al chocolate y al azúcar. No faltará lector que crea que me doy á inventar ciertas especies, con el objeto de zaherir la sociedad francesa, halagando así nuestro espíritu nacional. Á esa duda, que yo

me imagino, contesto que si alguno, francés ó español, me prueba que adultero el menor detalle, la minuciosidad que menos signifique, consiento desde luego que se me tenga por una persona deshonorada. Afirmo, bajo mi palabra de honor, que hemos visto aquellos bustos originales en los lugares indicados; el de azúcar, en una de las confiterías de la calle de San Honorato, y el de chocolate, en la esquina del gran hotel del Louvre.

Pero estaban admirablemente ejecutados, se dirá. Sí, por cierto, contesto yo; admirablemente ejecutados; pero lo hábil de la ejecucion no quita al hecho su natural é inevitable extravagancia, porque es una cosa extravagante que el chocolate y el azúcar, objetos puramente privados, artículos puramente domésticos, se vean convertidos en sustancia artística. Es extravagante, es y no puede menos de ser ridículo, que la escultura, el arte divino de Miguel Angel, se nos muestre en un escaparate de confites. Pero, lo tendré que decir mil veces: cuando llega la hora de ganar dinero á trueque de un efecto cómico, los franceses no respetan á emperadores, ni á pontífices, ni á Miguel Angel, ni á nadie del mundo. Creo que si la idea de la eternidad pudiera prestarse á un relumbron, el hombre francés la expondria sin escrúpulo en un escaparate. Estaria bien sitiada, con algun adorno gracioso, herida por algun reflejo brillante, rodeada de algun golpe mágico, eso sí, pero la idea sagrada de la eternidad estaria expuesta al público curioso en los escaparates de un mercader. Tal vez este retrato es algo atrevido; pero bien sabe Dios que es UN RETRATO AL NATURAL.

Vuelvo á la reseña de este dia.

La Providencia hubiera hecho al mundo un bien muy grande, no habiendo dado necesidades materiales á los hombres que se consagran á la vida intelectual, especialmente tratándose de aquellos que son peregrinos en el presente; peregrinos que, con el báculo de la verdad en la mano y una esperanza valerosa en el corazon, cogen hoy espinas que mañana se convierten en flores, y sirven de corona á las generaciones venideras. Estos hombres, estos mártires de la historia, estos santos de la conciencia, estos sacrificios sagrados de donde saca el mundo su fuerza mejor, debian tener bastante con su culto, como el alambique que contiene un fluido eléctrico, tiene bastante con aquel fluido. Estos hombres debian estar dotados de una existencia elemental como la tierra, como el agua, como el aire: debian ser luces á quienes bastara su natural calórico: debian vivir y conservarse por su propia virtud, de la misma manera que la esperanza vive y se conserva por virtud intrínseca y divina del deseo: debian vivir y conservarse en su espíritu, en su esencia, en esa misteriosa infusion de la mente hacedora, como el perfume de una flor vive y se conserva en los poros sutiles de sus tallos.

A más de un escritor debia bastar su oficio, como basta su claustro al monje. ¿Qué son algunos escritores, sino monjes de otro convento, frailes de otra religion? ¡Ay! no está en esto lo penoso de la órden, sino en que son monjes sin claustro.

En efecto, difícilmente se concebirá una situacion más terrible que la del hombre que dedica su vida entera al esclarecimiento y propagacion de una verdad; de una verdad extraña todavía á la civilizacion particular del siglo ó del pueblo en que vive. Todo lo ha puesto en manos de su idea: vigiliias, patrimonio, salud, amor, destino.... ¿Para qué? Para oír en una hora, en un momento, la voz de

una mujer, de una hermana, de una madre: *mira que no tenemos que comer; mira que no podemos pagar al casero; mira que es necesario abandonar esos papeles indigestos, y buscar recursos*, tal vez pedir, quizá sufrir la afrenta de quien vale menos, porque sirve menos, porque está mucho más distante de los altos fines que la vida humana tiene que cumplir en el mundo.

¿Qué se hace? Dejar los papeles (el vulgo de las mujeres los llama *papeluchos*) y buscar dinero; pedirlo; sentir en el rostro el calor tremendo de la vergüenza.

¡Qué poco meditan sobre esto los legisladores que condenan al escritor, como se condena al malhechor ó al vago!

¡Ay! La tierra que pisa ese hombre, el palmo de tierra donde pone su planta, esa piedad que debe á la creacion, está mojada de su sudor y de su sangre. ¿Quereis que á eso se junte la argolla del presidio? ¿Tambien ha de comer la vitualla en el patio inmundo de una cárcel? El que está á su lado es un ratero, un traidor, tal vez un asesino; él es el misionero del alma, el apóstol de la verdad, el astro de la vida, el cáliz de la revelacion; un cáliz donde se custodia una chispa del pensamiento providencial que mide y gobierna el universo: el que está á su lado es un maldiciente, un perjuro, un espía; él es el sacerdocio del porvenir; un siglo grande que no cabe en su siglo; un pueblo muy grande que no cabe en su pueblo; la ley de los hombres que no cabe en la ley de un hombre; él es la victoria que se inmola para hacer bien al hijo de su propio sacrificador.

¡Ay! Pónganse los legisladores la mano sobre su conciencia; mediten un instante dentro del secreto de su corazon; miren por un momento esa cuna donde ahora dormitan sus hijos; esos hijos á quienes aman,

esos hijos que serán hombres á su vez; esos hijos que en su día serán padres; esos hijos á cuya descendencia no ha dado nadie un monton de cenizas para que sobre él deje caer la frente helada; esos hijos que son una cifra infinita en el cálculo de la Providencia: lean los legisladores en ese arcano por un momento, un momento más; no les pido más tiempo que el necesario para ver un cometa que aparece repentinamente en los aires: vuelvan los ojos á esas criaturas que ahora dormitan, esas criaturas que mañana se educarán, que mañana aprenderán moral y ciencia, que aprenderán de este modo á ser hombres en el libro del presidiario; esas criaturas que tarde ó temprano han de recibir el bautismo bajo la concha del escritor que come y vive con el asesino y con el espía.

¡Ay! Todo lo ha puesto en manos de una idea: vigiliias, patrimonio, salud, amor, destino: tambien la libertad; es un preso: tambien la honra; es un infame.

¡Ay! Si un hijo del legislador, uno de esos hijos que ahora duermen bajo la leve gasa que cubre su semblante; si ese niño llega á ser un hombre de sabiduría, de lealtad, de abnegacion; si llegase á ser el propagador de una verdad mayor que su siglo, el conductor de un fluido para el que la vida de hoy no tiene tubo ni alambique; si debiese al destino el don soberano de tener genio; es decir, el don de una virtud suprema, porque no hay genio sin virtud, no hay genio deshonorado, no hay genio infame, porque no existe *el talento de picar, porque la víbora no tiene talento*: si en el testamento de la predestinacion universal, recibiera ese niño aquella manda gloriosa y divina ¿qué diria el legislador, qué diria el padre, cuando supiera que su hijo comia la vitualla del presidio con el espía, con el asesino, con el traidor, con el ratero?

¡Ay! Pongan una mano sobre los latidos de su corazón, y que respondan una vez: ¿es eso justo?

Todo lo dan: ¿han de dar hasta la honra, como la madre que falta de alimento, da al hijo sus lágrimas?

¿Pero por qué hay hombres que propagan ideas mayores que su siglo ó su pueblo?

¡Escrúpulo curioso en verdad! ¿Por qué hay rayos que purgan la atmósfera? ¿Por qué hay volcanes que purgan la tierra? ¿Por qué hay torrentes que se precipitan y corren cubiertos de espuma? ¿Por qué hay tubos que conducen el fluido eléctrico? ¿Por qué hay chispa eléctrica? ¿Qué me decis á mí de todo eso? ¡Preguntádselo á Dios!

No es nuestra ciencia; es una ciencia mucho más alta. Propiamente hablando, es la ciencia.

He dicho algo á mi compañera sobre lo bueno que seria á ciertos hombres el poderse mantener con la virtud espiritual del pensamiento; el vivir de una manera infusa, *por revelacion*, pero mi compañera me responde que en vano doy que hacer á mi fantasía, porque no hay más medio que resignarse á la *calamidad de comer*. Ella dice que el mismo fuego necesita sustancia que lo nutra, que el mismo aire parece ser el alimento de la atmósfera, como la atmósfera parece ser el alimento del espacio. Dice que la chispa escondida dentro del pedernal necesita un golpe para salir; pero yo no puedo consolarme. El pedernal no anda rodando por las aceras de Paris, á caza de un guisado que no tenga harina, y de un trozo de carne que no esté dura y ensangrentada, y de una botella de vino que no esté agrio, amargo, salado, picante, y no sé cuantas cosas más.

He dicho todo esto, porque la cuestión de comer se hace cada día más apremiante y amenazadora. Los fiambres no bastan á un estómago débil como el mio, especialmente cuando está acostumbrado á otro método; el método de una mujer inteligente, cuidadosa y que debe quererme algo, según las muestras.

En fin, la imaginación de la comida (uso la palabra imaginación para quitar á la palabra hambre lo que tiene de bajo y grotesco) nos reasume, nos absorbe, nos tiraniza.

Salimos á la calle con el fin de probar fortuna. Entramos en una galería del pasaje de los Panoramas, y vemos un aviso en que se ofrece dar de almorzar bien (*confortablemente*) por dos francos.

No anduvimos más. Nos sentamos en una mesa del rincón, y á los pocos minutos teníamos dos platos delante y una botella de vino Macon. Un plato es de carne y otro de pescado. La carne está dura, muy dura; el pescado tiene salsa blanca, muy blanca; el vino es amargo, muy amargo. Hice á mi mujer una seña, ella resistía por miramiento á los cuatro francos; pero otra seña la decidió, y salimos como habíamos entrado; digo mal salimos con 82 sueldos menos, pues á los 80 de estatuto tuve que añadir dos de propina; aunque la propina es un estatuto también..

En otra galería del mismo pasaje, nos dimos de cara con otro rótulo que promete tres platos fuertes, vino de Burdeos y sorbete al fin, todo por tres francos.

Subimos al piso principal; al entrar nos dieron una contraseña, y á poco se presenta un garçon con frac negro y corbata blanca. Bajo el influjo de la primera impresión creí hallarme en el memorable

restaurant Champeaux, plaza de la Bolsa, é hice involuntariamente ademán de irme, pero la memoria de los tres francos me detuvo. Nos sirven una buena sopa, un plato de gallina, dos entremeses, una botella de Burdeos inferior; y al llegar á los postres, el elegante garçon entra con una batea llena de primores: porciones de manteca, ruedas delgadas de salchichon, peras, ciruelas, rábanos muy pequeños, dulces y otras curiosidades. Nosotros nos imaginamos ver abiertas las puertas del paraíso terrenal. Mi mujer empezó á proveerse, tomando sin duda revancha de los contratiempos sufridos, cuando el garçon la dice en un tono muy bajo y muy meloso:

—Perdone usted señora: no se pueden tomar más que dos porciones á eleccion. (*Pardon, madame: on ne peut prendre que deux portions au choux.*)

—Ya me parecia, me dijo mi mujer, que esto era demasiada suerte para nosotros.

—Si usted quiere tomar más porciones, añadió el garçon, será aparte....

—¡Gracias! ¡gracias! contestó mi mujer precipitadamente, como si temiera ver un papel de aguas inglesas con 27 francos en medio.

Mi compañera tomó manteca y una fruta del tiempo; yo tomé tres porciones de fruta, dos que tocaban á mi cubierto, y una que me tocaba á mí por no tomar sorbete.

Mi mujer tomó el suyo, pagamos y nos salimos á la calle, y cualquiera hubiera conocido en nuestras caras que estábamos de mejor humor. Pero aquello era caro para la comida normal, y proseguimos nuestras excursiones.

Después de mucho discurrir al azar, *oliendo donde se guisa*, atravesamos una de las galerías del Palacio Real, y en un bazar de porcelana hemos visto un juego de platos, que perteneció á Luis Felipe.

Acerca de la autenticidad no hay duda alguna, puesto que los platos son de lo mejor que se hace en la famosa fábrica de *Sevres*, y tiene en el fondo la corona y nombre de *Luis Felipe*. Esto nos induce á dar crédito á la señora del almacén de los Panoramas, sobre el bastón de Richelieu, puesto que lógico parece que descuide el bastón del cardenal, quien descuida la vajilla de un rey. Se conoce que la nobleza francesa tiene poco gusto tradicional; lo cual quiere decir poco gusto de si misma, poca conciencia de su ejecutoria, poca sensatez. ¿Cómo sería posible que un lord consintiese que decorara el escaparate de un mercader, una vajilla que hubiese servido en la mesa de uno de sus monarcas?

La Francia, siendo inmensamente más grande que la Gran Bretaña por la ley de la naturaleza, no debe entrar en lucha con el pueblo inglés: tiene una desventaja capitalísima; es menos lógica, como ya he dicho, y la lógica es un poder inmenso; sino inmenso, es un formidable poder: La Francia lo tiene; pero la Inglaterra lo tiene mayor. Francia tiene uno; el del país, el poder social. En el Reino Unido hay un millón de lores y de hombres de gobierno ó de empresa: hé aquí un millón de poderes; el privilegio portentoso de una casta política, la cual, pordioseando por todo el mundo conocido, hace que todo el mundo conocido la pida limosna.

La Inglaterra es la especialidad más rara que se ha verificado en la historia, el fenómeno más curioso de estos tiempos fenomenales.

Caerá sin duda, caerá mañana, porque hoy representa lo que representaba el mundo que cayó, el mundo que no pudo menos de caer, que caerá siempre y en todas partes que tenga creaciones análogas; que tenga ídolos sociales que adorar. La casta antigua le llamó mago, por ejemplo; el mago inglés se llama cañon, pólvora, buque, lord, renta, capital; pero de cualquier modo es la antigua casta, el mago persa ó el brahman indio.

Esto caerá, como cayó aquello, reproduciendo las sublimes palabras de Víctor Hugo.

La Inglaterra caerá; pero no caerá sino como cae una masa enorme: caerá como cayó el templo de Belo, como cayó el coloso de Rodas, como cayó el Partenon de Grecia, ó el Capitolio de Italia, como caerán las Pirámides de Egipto; como caen los milagros del hombre.

Comimos en el pequeño restaurant de Lóndres, cerca de la fuente de Molière. Á más de lo que ofrecen por franco y medio, pedí un pichon, el cual me ha costado 9 reales. Advierta el lector que hay pichones por 14 sueldos. Me han llevado 31 por aderezarlo, algo más del 200 por 100. Vaya esta especie AL PARIS MORAL. Mi mujer dice que no volverá más, lo cual quiere decir que no volverémos los dos.

De vuelta hácia casa, hemos presenciado cierto alboroto, acaecido en una taberna de la calle de Richelieu. Dos suizos empezaron á discutir sobre religion. El uno era del canton del Tesino, y defendia el culto católico. El otro era de uno de los cantones protestantes, y defendia el culto reformado. La disputa acabó por tirarse las copas á la cara, y no debieron andar por el aire las copas solamente, sino alguna botella, porque uno de los contrincantes tenia una herida bastante profunda, hácia la quijada derecha.

Recomiendo al jóven que haya de salir de su casa, especialmente de su país, que no olvide el consejo que voy á darle: guárdese muy bien de hablar nunca de su religion y de su patria. Son los dos asuntos que ofrecen un peligro más general y más inevitable. No hay hombre que no esté persuadido de que su Dios y su país son los mejores de la tierra. Disputad con él sobre todo; pero no le toqueis su país y su Dios. ¡De cuántos lances he sido testigo, y cuántas cabezas se han roto, y cuántos hombres han ido al Campo Santo por una imprudencia de este género!

Llegamos á casa y dije á mi mujer:

—Mañana es lunes; mañana principia la semana que aplazaste para la visita del monumento que tanto anhelo visitar. ¿Cuándo lo visitamos? Mi compañera me miró sonriéndose, y con la magnanimidad orgullosa del que otorga una gracia ó concede un perdon, responde á secas:

—Mañana.

—¡Dios te lo pague! contesté yo muy satisfecho.

=Dia décimo tercero=.

Almuerzo.—Coche.—Nuestra Señora de Paris.—Hija deshonrada.—Comida de campo.

Salimos del hotel á las diez y media. Despues de veinte minutos de marcha forzada, nos vemos en la calle de la Grand'Batelière. Hacia el comedio de la calle, encontramos un restaurant de *mediano coturno*, y

allí hemos almorzado, no muy bien, por seis francos y algunos sueldos de propina. Volvimos á caminar á la aventura, y ya cansados, cerca del pasaje de Jouffroi, tomamos un bienhechor *fiacre*.

—¿*Où allons-nous? ¿Á dónde vamos?* Gritó el cochero desde el pescante.

—*A Notre Dame, á Nuestra Señora*, contesté desde dentro, é inmediatamente el carruaje comenzó su marcha.

Hace media hora larga que atravesamos un verdadero laberinto de calles, unas espaciosas y claras, otras húmedas, estrechas y sombrías. Apenas habrá un espectáculo más original, más extraño y curioso, que estudiar una población como París desde la portezuela de un carruaje. Cada calle nueva, cada nueva plaza, cada barrio distinto, cada diferente localidad, se nos presenta como si fuese un lienzo que se va desdoblado de un interminable panorama. Uno espera á cada momento que se concluya; espera salir á cielo raso; espera ver campos, árboles, montañas, llanuras; espera verse libre de aquella red que lo va circuyendo por todas partes, y vienen calles y más calles, callejuelas y más callejuelas, plazas y más plazas, y llega un instante en que nos sentimos fatigado el pecho, y cansada la respiración. No tuve la curiosidad de ver cuánto tardamos en la travesía; pero á mí me pareció sumamente larga. Excuso decir que á mi mujer la pareció infinitamente más larga que á mí, porque no se fija en las cosas con la intención de estudiar y aprender, sino con el ahinco, franca y netamente español, de hacer burla de los franceses, y el aliciente de la murmuración dura poco. La murmuración es como la salsa de la visita; mi mujer no halla en mí una compañera con quien murmurar, y así es que se aburre.

[Ilustración: Frontis de Nuestra Señora.]

[Ilustración: Plaza de la Bastilla.—Columna de Julio.]

Después de torcer millares de esquinas, y cuando ya casi teníamos turbada la vista de tanto mirar á izquierda y derecha, asomamos á una explanada que nos pareció alegre y deliciosa; luego atravesamos un puente; dirigimos precipitadamente una mirada á lo largo del río, iluminado por los rayos de un sol de Junio, llegamos á la márgen opuesta, caminamos unos momentos.... ¡NOTRE DAME! ¡NUESTRA SEÑORA! Gritó el cochero con voz reposada y severa, como si su acento participase de lo venerable del lugar que nos anunciaba. Al oír el anuncio del cochero, experimentamos cierto sentimiento religioso, y otra sensación que difícilmente podría explicarse. Es una sensación parecida al miedo. Cuando nos hallamos al pié de un monumento célebre, de uno de esos monumentos que muchas veces hemos creído ver, que nos ha hecho sentir, que nosotros queremos como si fuera un individuo de nuestra familia, un individuo más grande que los otros, porque nuestra imaginación lo hadivinizado á su manera: cuando sabemos que nos vamos á dar de cara con ese personaje misterioso, con ese ídolo de nuestra fantasía, con esa vaga creación de nuestros recuerdos, parece que nos preocupa la misma idea que embarga nuestro ánimo, en el momento de recibir á un sábio, á un santo, á un apóstol, á un héroe, á un poeta; es decir, á un prodigio. Nuestra admiración es una magia que adoran muchos magos, ó bien es un mago que adora muchas magias, y Nuestra Señora de Paris era para nosotros una especie de hechicería; hechicería sagrada, venerable, augusta, pero hechicería.

—¡Anda! dije á mi mujer, con el mismo tono con que la hubiera dicho: *el mago nos espera*.

Saltamos del carruaje, y nuestra ávida y respetuosa mirada se fijó en el frontis de la gran basílica. Aquella fachada es pintoresca, festiva, graciosa, sin dejar de ser grave, religiosa y solemne. Hay allí ese espíritu aventurero, esa galantería varia y confusa, esa poesía melancólica, apasionada, infantil, inocente, pero arrebatadora, de los edificios de la edad media, ora sea un templo, ora un palacio, ora un castillo, ora una cárcel. Aquella poesía indefinible no es un carácter de este ó del otro estilo arquitectónico; no es una revelacion del arte; sino una revelacion de aquella edad, el arte especial de aquellos siglos; una emocion de aquellos hombres y de aquellos tiempos, una verdadera emocion histórica.

Las treinta y cuatro columnas, altas, delgadas y sencillas, que sostienen la plataforma de esta gran fábrica, dan al edificio una gracia ateniense, fantástica, aérea; parece que nadan por la atmósfera. Aquellas columnas tienen la arrogancia atrevida y la idealidad misteriosa del obelisco.

Yo permanecí algun tiempo, sin moverme, sin poderme mover, como si sintiese agobiada mi alma bajo el peso de tantos recuerdos y tradiciones. En efecto, esa catedral que ahora contemplo, esa masa enorme, quieta, silenciosa, insensible; pero tan elocuente y tan entusiasta en medio de su silencio y de su quietísimo; ese monton de piedras que estoy viendo, es como el testimonio de otra raza, de otro pensamiento, de otro dogma, de otro mundo.

Este lugar, decia yo para mí, formaba parte de la antigua *Cité*. Este magnífico y caprichoso templo sucedió á una iglesia cristiana,

levantada en el siglo IV al primero de los mártires, á San Estéban. Á este San Estéban, á esta humilde y primitiva basílica del cristianismo, único monumento religioso de la *Cité*, unió otra iglesia el rey Childeberto, hijo de Clovis, á instancias del obispo San German, bajo la advocacion de *Nuestra Señora*, de donde trae su origen el nombre actual de esta suntuosa metropolitana de Paris.

Y la iglesia de San Estéban, así como la basílica del hijo de Clovis, habia sucedido á un templo pagano, levantado á Júpiter durante el reinado de Tiberio. Mucho despues, á mediados del siglo XII, un hombre ilustre, un oscuro hijo del pueblo que ganó la mitra á fuerza de talento, de virtudes y de piedad, Mauricio de Sully, concibió el pensamiento de construir la iglesia que ahora admiro. Un solo hombre principió esta obra gigantesca; siete siglos la terminaron.

Aquí han trabajado sucesivamente el Papa Alejandro III, que puso la primera piedra en 1163, Felipe Augusto, el Cardenal de Noailles, Juan de Montaigu, Felipe el Hermoso, San Luis, Luis XIV, Luis Felipe y Napoleon III.

Bajo *La Convencion*, Nuestra Señora de Paris se vió convertida en *templo de la Razon*.

Bajo el Consistorio, la secta de los teofilántropos estableció aquí su culto.

En 1801 tuvo lugar el famoso y raro concilio, á que asistieron ciento veinte *obispos constitucionales*.

Bajo el Consulado, se restableció el culto católico, previos una misa y un *Te Deum*, pomposamente celebrados en presencia de los tres cónsules.

En 1804, el Papa Pio VII puso la corona del Imperio sobre la cabeza del gran Napoleon.

Aquí tiene el lector la historia artística y social de NUESTRA SEÑORA DE PARIS, de este gran libro escrito en piedra.

Pasadas estas primeras impresiones, atravesamos el umbral de la basílica. Necesitaria escribir un año, si tuviese que hacer la descripción de los infinitos y curiosos detalles de escultura que encierra este templo. En este sentido, *Nuestra Señora de Paris* es quizá el monumento más rico y más precioso de la edad media. Tanta estatua, tanto dentellon, tanta columna, tanto relieve, tanto arabesco, tanta profusion de trabajo, le quita belleza, porque le quita sencillez; le quita majestad, porque le quita simetría; pero lo que le quita como arte, se lo da como historia; lo que le quita como iglesia, se lo da como conservatorio ó museo. No es una gran arquitectura; pero es un gran libro.

Ciento veinte pilares sostienen las lujosas bóvedas; hemos contado veintisiete capillas, y admiro los bajo-relieves, en bronce dorado, del altar mayor, un precioso grupo de mármol, que representa el descenso de la cruz, la estatua de la Virgen, la de San Cristóbal, de nueve ó diez metros de altura, y otro grupo de mármol llamado *el voto de Luis XIII*, que representa una cruz de piedra blanquísima, medio cubierta por un paño con una maestría notable; al pié de la cruz aparece sentada la Virgen María, teniendo en sus brazos al niño Jesus. Á cada

lado de la Virgen, se ven las figuras de Luis XIII y Luis XIV, que presentan una corona á la madre del Salvador. La escultura de estos verdaderos monumentos no pertenece á la escuela del edificio, por decirlo así; contradicen la lógica del arte; en una palabra, son otros tantos anacronismos, pero al cabo son preciosísimas creaciones de una civilización santa y grande, creaciones de un arte sublime, de un arte sin segundo, del arte cristiano, y nuestra fantasía, nuestro sentimiento y nuestra inteligencia se ven fascinados por un encanto irresistible. En un paraíso, tan lleno de esperanzas y de armonías, el alma no piensa; se embriaga y duerme.

Hemos admirado también las maderas y el enrejado del coro, los cuadros de Luis de Bologne, de Touvenet, de Hallé, de Coypell y de Felipe de Champagne; los opulentos mausoleos del conde de Harcourt, del cardenal de Belloy, de.... En fin, he admirado tantas cosas, que si las hubiera de decir, sería menester que escribiera un libro, como dije antes. Pero aunque sea de paso, no quiero dejar de hacer mención de una pintura que nos ha impresionado vivamente. No recuerdo en qué sacristía he visto aquel cuadro; pero recuerdo que lo he visto para no olvidarlo jamás. Este cuadro representa al venerable monseñor Affre, al caritativo y valeroso arzobispo de París, herido gravemente por una bala en las barricadas del célebre arrabal de San Antonio, en Junio de 1848, y la bala que se ha extraído de la sangrienta y mortal herida. Hay una verdad tan ingénuo, *tan provocativa*, por decirlo así, en la pintura y un interés tan grande en el asunto, que el espectador no puede menos de quedarse clavado ante aquel lienzo. Aquello es una triple epopeya, una para el arte, otra para la sociedad, otra para la fe.

La gran campana de Nuestra Señora de Paris, la mayor que hay en Francia, pesa treinta mil libras, ó sea mil doscientas arrobas. Como la *Maríade* Sevilla, sólo deja oír su voz grave y solemne en los grandes sucesos, ó en las grandes festividades.

Pero aún no he hablado de una de las curiosidades más notables que se encuentran en este curiosísimo monumento. Me refiero al maderámen de la techumbre, cubierto por mil doscientas treinta y seis planchas de plomo, cuyo peso no baja de cinco mil quintales.

Pero se hacia tarde y la cabeza principiaba á dolerme. Habiamos dado demasiado pasto á la inteligencia, á la imaginacion y al sentimiento; experimentaba irresistiblemente la necesidad de respirar al aire libre, de espaciar la vista por el horizonte, é hice una señal imperativa á mi mujer. Salimos y subimos al coche.

—*A l'hôtel Saint-Antoine, rue Beauregard; al hotel de San Antonio, calle de Buenavista, dije al cochero.*

Al poco tiempo atravesábamos el puente, y mi mujer y yo nos mirábamos sin hablar, como si hubiésemos dado cima á una grande empresa, tan grande, que no nos dejaba ni aún aliento para abrir la boca.

El grupo de la Virgen y del niño Jesus, es una de las cosas que nos han dejado una emocion más agradable y más duradera. Esto no procede únicamente de la maestría de la ejecucion, de la habilidad del artista, sino de otro arte más poderoso, más rico, más maestro, más grande; de un arte que está dentro de aquellas concepciones, y que da vida al mármol y al mismo escultor. En aquellas estátuas hay ese viso de ingenuidad, de candidez, de fervor é inocencia que

encontramos en el Evangelio, en ese libro que tantos cristianos ignoran, que tan pocos cristianos leen, que tan pocos cristianos estudian, que tan pocos cristianos entienden; sobre todo, que tan pocos cristianos practican. En aquellas estatuas se ve algo del carácter más santo y expresivo que conoce la historia; algo del tipo más bello, más noble y generoso que venera el mundo; algo de la Virgen María. La Virgen María quiere decir: candor, pasión y fe: inocencia, dolor y esperanza. La Virgen María lleva en sí la idea y la encarnación de todo un mundo nuevo, es una civilización que vale por todas.

Cuando calculé que ya íbamos a entrar en las calles, me asomé por la portezuela, y dirigí un saludo con la mano a *Nuestra Señora de París*, como quien se despide de un amigo.

Pasamos muchas calles, muchas plazas, muchas travesías, muchas callejuelas, que no parecen de París, y al atravesar la calle del famoso y novelesco Temple, presenciamos, á despecho nuestro, una escena muy fea y muy repugnante. ¡El egoísmo es la más voraz de todas las fieras, el más rastrero de todos los reptiles, el más asqueroso de todos los insectos! Estando vecindado entre los hombres, Dios no tuvo necesidad de crear un infierno para este mundo. Un padre, halagado por ciertas esperanzas de lucro, había vendido la honra de la menor de sus tres hijas. Aquel hombre (no merece que le demos el nombre venerando de padre) aquel hombre egoísta, idiota, cruel, bajaba la cabeza y fumaba su pipa negra. La pobre de su hija, muchacha como de catorce ó quince años, le reconvenía furiosamente en medio de la calle. Estaba pálida como una muerta, desgredada como una loca, trémula y llorosa como una mujer deshonrada. Allí oímos cosas que no

olvidarémos, y de que no podemos dar parte á nuestros benignos lectores.

Llegamos, por fin, á nuestro hotel. Pagué al cochero siete francos, uno de propina, y subimos á nuestra habitacion, que nos pareció el templo de la Paz. ¡Qué silencio tan apacible! ¡Qué dicha!

Repuesto un poco de esa especie de sopor ó letargo que causa en nuestro ánimo la admiracion, principié á meditar sobre lo que habia visto, mientras que mi mujer se ponía un traje de casa. La verdad, me veo turbado; apenas puedo desenredar, si así puede decirse, las primeras ideas y sensaciones. Si en este instante me preguntaran si he visto una iglesia, un alcázar, un panteon ó un baluarte, casi no sabria qué responder.

Efectivamente, *Nuestra Señora de Paris* nos deja una memoria confusa, tan confusa como deliciosa, porque confuso y delicioso es el arte misto que allí impera. Aquel arte no es un monarca, es un tirano, pero un tirano creador y espléndido.

Al ver el monumento de que hablo, sentimos lo que cuando hallamos muchas huellas como amontonadas y confundidas. El rastro confundido no es un rastro; pero la mente lo adivina. El pensamiento tiene tambien sus goces, y aquella adivinacion es el primero de los goces intelectuales.

La suntuosa catedral de Paris no tiene esos techos despejados, claros, altísimos, atrevidos y majestuosos de la catedral gótica: no tiene tampoco esas bóvedas aplanadas, casi chatas, esa atmósfera oscura, ese horizonte misterioso de la mezquita árabe; no tiene la esbeltez, la elegancia, la virilidad, la pompa sencilla y sublime del

palacio griego y toscano. No tiene nada de eso, y todo eso se encuentra allí; si no se encuentra, se conjetura, se presiente, se distingue á lo léjos. Allí se ven mezclados y confundidos el Oriente, la Grecia y la Italia; el palacio, la mezquita y la iglesia. Esto no se ocurre desde luego; pero despues que se reflexiona sobre aquel precioso mosaico, sobre aquella *bellísima barbarie*, sobre aquella *hermosa monstruosidad*, encontramos una especie de mesa revuelta, en que no sabemos qué admirar más, si la belleza de las partes, ó el curioso desórden y la rica y fecunda discordancia del conjunto. Gentilidad, cristiandad, feudalismo, renacimiento, arte moderno, todo está allí, como están los haces de miés en una era, desde Júpiter hasta Childeberto, desde Childeberto hasta Mauricio de Sully, desde Mauricio de Sully hasta San Luis, desde San Luis hasta el actual Napoleon. No perdiéndose Nuestra Señora de Paris, no se pierde una gran parte de la historia y del arte de Francia.

Por último, no debo escatimar al nobilísimo edificio que hemos visitado, ya que somos deudores de tan gratos recuerdos, un elogio que, á mi modo de ver, significa mucho. Despues de estar poetizada *Nuestra Señora de Paris* por el genio de Víctor Hugo, que es un gran genio, *Nuestra Señora de Paris* parece poética.

Hemos resuelto no salir á la calle para comer. Eso de comer á lo transeunte, á lo bohemio, como si dijéramos al salto de mata, nos fastidia y nos entristece. Hemos llamado á la hija de la lechera, y la hemos encargado salchichon, jamon dulce, sardinas de Nantes, una libra de fresas, un panecillo y una botella de vino Macon.

Mientras que la muchacha nos trae los recados, yo escribo esta revista á la manera que se persigna un cura loco.

La chica llama, mi mujer abre, la muchacha entra, deja nuestro avío, se va, mi compañera pasa la llave, y nos quedamos solos. ¡Qué hermosa es la casa en que vivimos! ¡Qué hermosa es la familia! ¡Qué hermoso es el amor! ¡Qué hermosa también es la tranquilidad!

En este sentido, París nos ha hecho un gran regalo. En Madrid nos inquietaba un tanto la policía; aquí vivimos en la más perfecta y envidiable calma.

Lector, si el cofre que tienes en tu casa te produce inquietudes profundas; si el cofre que tienes en tu casa te turba el sueño, créeme, tira el cofre á la calle. Pasa por todo, menos por intranquilizar tu espíritu. La tortura del sentimiento y la violencia ejercida sobre nuestra alma, son las dos tiranías más insoportables de este mundo. Esto nos advierte que hay una gran verdad, un gran secreto, una gran ciencia; esto nos advierte que hay un espíritu, y que ese espíritu, esa exhalación que no se toca, que no se ve, que no se mide, que no se compra ni se vende, es el gran poder de la tierra, el sumo Pontífice de la vida humana.

Sobre la cubierta de mármol blanco de la cómoda, sin mantel, ni servilletas, ni cuchillos, ni tenedores, ni platos, hemos colocado oportunamente el salchichon, el jamon dulce, las sardinas, las fresas, la botella de vino, la de agua y el pan. Aún cuando comemos en casa, esto nos parece una comida de campo. La libertad con que comemos, nos hace creer que nos encontramos en una romería, entre tomillo y alelíos.

Hemos comido opípara y deliciosamente, y aquí doy fin al día décimo tercero, porque sería muy difícil darle mejor final.

=Dia décimo cuarto=.

El sueldo de la paralítica.—Mis humos caballerescos.—

Establecimiento de caldo.—Comida compuesta de tres sopas, de tres platos de carne, de tres legumbres y de tres postres, á franco y medio por persona.—Muñecas que hablan.—Aleluyas.—Almuerzo.—Estéban Lesperut.—Comida.—Soberbia de mi mujer.—Café cantante titulado la Francia Musical.—Teatro de la Gran Opera.—Opera francesa.—Zarzuela española.—Harem europeo.

Salimos muy temprano en busca de algun *restaurant* que nos acomode, bajo el doble aspecto de estómago y bolsillo. Es indudable que lo hay; ¿qué no hay aquí? Sí, lo hay, digo yo á mi mujer; pero mi mujer me contesta: ¿dónde está? De esto se trata.

No distábamos treinta pasos de nuestro hotel, cuando oigo que me llamaban. Era una pobre muy anciana, á quien habian tirado un sueldo desde un balcon. La pobre estaba paralítica, no podia agacharse para recoger la limosna, y con este fin me habia voceado. La señorita que arrojó el sueldo miraba desde el balcon de un piso segundo, como para ver el desenlace de aquella pequeña aventura. Estoy seguro, de que en España no me habria ocurrido el menor escrúpulo en este instante; pero me hallo en país extranjero; esta circunstancia es una voz de alerta que clama siempre en torno nuestro, y me ví asaltado por un sentimiento singular, muy singular en mí. La señorita miraba desde arriba, la pobre esperaba que yo la sirviese, como era justo y natural; pero yo experimenté entonces que en los españoles existe una mezcla de genio aleman y de genio romano; una mezcla de pensamiento y de fantasía, de concentracion y de ligera idealidad, que describe maravillosamente ese temperamento moral que nosotros

llamamos *hidalguía española*. ¡Desdichado de mí! ¡Cuánto me resta que aprender! ¡Cuánto ignoro! Yo no me creía *hidalgo*: no suponía en mí ese espíritu caballeresco que caracteriza un siglo y una raza; el siglo feudal y la raza latina; y ahora me encuentro con que ignoraba lo que sucedía en mí propio. Indudablemente tengo algo de raza y de feudo, y de ello pudiera ser testigo la mendiga. En vez de recoger el sueldo, como ella me suplicaba y como esperaba la señorita del balcon, la dí dos sueldos y proseguí mi marcha, aparentando que no habia comprendido.

Ignoro qué impresion haria en mis espectadoras *mi rebeldía caballeresca*; pero ello es que yo caminaba tan ufano como si hubiera hecho una conquista. Pasada aquella ráfaga de caballerismo, empezó á preocuparme la idea de si habria cometido una falta de caridad, una falta tanto más reprehensible cuanto que la habia cometido con una pobre anciana.

Mi mujer quiso disuadirme diciendo:

—¿De qué puede quejarse? La has dado el doble de lo que ella te pedia.

—No, respondí á mi mujer. Puede quejarse de mi soberbia, de mi soberbia con una vieja paralítica. La he dado el doble; pero el dar no prueba que se da bien, puesto que muchas veces la simple dádiva envuelve una afrenta; á veces se da la deshonra.

Si yo estuviese paralítico, si suplicase á un transeunte que me cogiera un cigarro que se me hubiese caido al suelo, y el transeunte me diera dos cigarros suyos, yo no aceptaria de ningun modo su presente, y le llamaria orgulloso, presumido, insensato tal vez. Yo no le pedia los dos

cigarros que me da, sino un servicio que no me hace, una obligación que no cumple; si tú quieres llamar á esto caridad, es una caridad que no me otorga, que me niega con cierto alarde de virtud; pero al cabo me la niega, y yo vería en su alarde de virtud un alarde de vanidad.

Mi mujer me miraba con cierta maravilla, al observar la seria importancia que yo daba á un accidente tan pasajero; pero yo estaba herido por una especie de remordimiento, y no pude menos de proseguir: si aquella mendiga no hubiese perdido, como el hábito horrible de la miseria, la justa apreciación de su decoro, si no hubiese sacrificado su dignidad al embrutecimiento que sigue siempre al desamparo y á la abyección; si con la sensibilidad de su cuerpo no hubiese perdido la sensibilidad de su conciencia; si aquella infeliz vieja viviese para la vida del espíritu, como vive para la vida del abandono, seguramente hubiera despreciado la donación de mi soberbia, la jactanciosa caridad de mi egoísmo; seguramente hubiera despreciado una limosna que no escucha un ruego natural; que da dos monedas, y camina ufana porque ha sido altanera y cruel. Si la pobre inválida existiese para el sentimiento de lo que es, como existe para el sentimiento de lo que sufre, seguramente me hubiera afrentado.

—No, amiga mía, no: si otra cosa crees, te engañas: al menos, mi corazón me dice que te engañas. Todos somos hermanos, ante la religión que nos llama por boca de un viejo: más hermanos todavía, ante la sublime fraternidad de la desgracia y del dolor.

He hecho mal, muy mal, y me pesa. Yo he debido coger el sueldo, dárselo á la inválida, sin perjuicio de añadir mis dos sueldos, ó lo que me hubiera parecido oportuno. He ofendido á la parálitica, y la pido perdón.

Mi mujer hizo ademán de replicarme, sin duda para tranquilizar mis escrúpulos, porque tiene demasiado sentimiento moral para no comprender que la razón estaba de mi parte; quiso contestarme, repito; pero tuve la suerte de que se me ocurriera una observación, á la cual no resiste nunca una mujer.

—Supon, le dije, que tú no conocieras á tu madre; supon que esa mendiga fuera tu madre, ¿habríamos hecho lo que hicimos?

No, es bien cierto que no. ¿Y con qué derecho exigirías tú que un hombre accediera á las súplicas de tu madre tullida, porque tu madre puede tullirse, cuando tú creyeras que yo he hecho bien no accediendo á las súplicas de aquella inválida, aquella inválida que también puede tener hijos, como tu madre te tuvo á tí; aquella inválida de la cual tú pudiste ser hija?

Mi mujer contestó:

—Es verdad.

Al desembocar en la espaciosa calle de Montmartre, vi un letrero hácia la derecha que decía: *Établissement de bouillon*. (Establecimiento de caldo.)

Esta especie, es decir, el que el caldo diese lugar á que hubiera establecimientos, y establecimientos tan importantes como el que vemos, es un hallazgo que nos asombra. Nos aproximamos, vimos varias frutas y dulces en almíbar que están expuestos en los escaparates; pero echamos de ver que hay jarros de flores á cada lado de la entrada principal, y esta circunstancia, unida á la de ser un punto muy céntrico, nos da mala espina acerca de sus condiciones económicas. No quisiéramos un restaurant tan cerca del

de *Champeaux*, pero allí entra multitud de personas, se titula *Establecimiento de caldo*, y hemos resuelto hacer una nueva experiencia.

No es aún hora de almorzar; seguimos la calle de Montmartre hasta la calle paralela á la de Rousseau, y tiramos por ella hácia la plaza de las Victorias, donde mi mujer tenia que comprar algunas frioleras; si bien no son frioleras para mí, puesto que me ponen en un potro, á causa de ignorar sus nombres en francés. Tambien es cierto que los ignoro en español.

Al subir por la acera derecha de dicha calle, vemos un aviso en que se lee: *en el piso principal de esta casa, se da una comida (un diner), compuesta de tres sopas á eleccion, tres platos de carne, tres de legumbres y dos postres, todo por franco y medio*. El precio nos pareció sumamente arreglado, resolvimos comer allí, tomamos nota de la calle y número de la casa, y caminamos hácia la plaza de las Victorias.

Mi mujer hizo provision de hilos, sedas, agujas y trencillas; nos dirigimos á la Bolsa con el fin de aproximarnos al restaurant de la calle Montmartre, atravesando el pasaje que llaman de Vivienne, nombre que toma de la calle en que está. En este pasaje hemos visto una curiosidad que no ha dejado de impresionarnos. Hay una porcion de muñecas grandes, con un excelente colorido, ojos perfectos, una cabellera naturalísima, y que tienen la facultad de articular varias palabras, merced á un cilindro interior. Á este cilindro se le da movimiento por un resorte que está debajo de la tabla que sirve de base á la muñeca, de modo que el espectador no se aperciba á primera vista del secreto de aquella operacion.

Hay una que dice: *me llamo María y hablo mejor que mi hermana. (Je m'appelle Marie et je parle mieux que ma soeur.)*

Otra dice: *mi abuela me ha dicho que pasaré el próximo estío en el campo. (Ma grand'mère m'a dit que l'été prochain je serais à la champagne.)*

Otra muestra un dechado con la mano derecha, y dice: *este es el premio que he ganado en mi colegio. (Voilà le prix que j'ai remporté dans mon collège.)*

Esta curiosidad que parece tan admirable, tiene sin embargo una explicacion facilísima, si vale creer en lo que se me ha dicho. El cilindro que está en el interior de la muñeca produce la articulacion de las sílabas, como el que está dentro de un organillo produce la articulacion de las notas musicales, dando un sentido perfecto á la composicion.

En el mismo lugar hemos visto unas aleluyas con motivo de los miriñaques. Estas aleluyas son un verdadero drama cómico, y bastarian para demostrar la excelencia del carácter francés, para el ridículo, cuando aquel carácter necesitára de nuevos testimonios. Hay situaciones verdaderamente oportunas, como aquella en que un marido ve á su mujer dentro del miriñaque, y suponiendo que no podria oirle á la distancia que el miriñaque hacia necesaria, la está hablando con una bocina.

Salimos del pasaje, atravesamos luego la plaza de la Bolsa, y á los pocos momentos entrábamos en el *Establecimiento de caldo*, calle de Montmartre, número 43. He dicho que entrábamos, y esto no es exacto en rigor. Pretendiamos entrar; pero nos detuvieron, á fin de

proveernos de unas papeletas, sin las cuales no está permitida la entrada. Yo quise preguntar al *contralor*, que así se llama el empleado que da las targetas, sobre el uso á que las habíamos de destinar; pero los franceses son todos adivinos en el *instante soberano* de hacer un negocio. El contralor comprendió desde luego mis dudas, y se contentó con decirme: *allez, monsieur, allez*. (Vaya usted, señor, vaya usted.) Estas palabras tienen en francés una significacion más eficaz que en castellano, por lo mismo que significan una especialidad francesa. *Allez, monsieur, allez*, quiere decir: *anda, anda, que allá dentro te arreglarán*; ó bien esto otro: *estoy haciendo mi vendimia; ¿no ves, majadero, que tengo un racimo en la mano? No seas impertinente, anda y déjame en paz*.

La palabra *monsieur* (señor) tiene un sentido muy gracioso en la frase citada. Viene á significar una cosa muy parecida á la palabra castellana *tonto*, que de paso sea dicho, es una de las grandes bellezas de que tanto abunda nuestro rico y hermoso idioma. En efecto, el sonido sordo y tardío de este vocablo, suministra la idea exacta de un entendimiento que se despereza, que abre la boca con trabajo, que balbucea un nombre con la lentitud ébria del que se duerme: en el sonido de la palabra *tonto* hay algo parecido al de la de *sapo*, y esta única relacion es más que suficiente para darla una propiedad y una fuerza admirables.

Pues bien, *allez, monsieur, allez*, quiere decir al pié de la letra: *anda, tonto, anda*.

Yo lo comprendí como lo digo; pero este insulto era un secreto de lenguaje; era un insulto que tenia en su abono el genio de una lengua

que hablan en todo el mundo doscientos millones de hombres, y no había otro remedio que bajar la cabeza y andar.

Entramos en el primer salón del establecimiento y nos sentamos cerca de una mesa de mármol, limpia y lustrosa, sin manteles ni servilletas.

En la targeta que nos dieron á la entrada, están notados todos los artículos disponibles en el establecimiento, con el precio de cada uno al margen.

La servilleta es el primero de aquellos artículos, y cuesta un sueldo por cada comida.

Pedimos servilletas y sopa de pasta, llamada aquí *pâte d'Italie* (pasta de Italia) y la criada que nos sirvió, que criadas son todas las que sirven, sacó su lápiz negro, y con el desenfado de un maestro en el oficio, hizo dos rayas en el artículo servilleta, y otras dos en el artículo sopa.

Luego pedimos chuletas de carnero, y volvió á hacer dos marcas en el artículo correspondiente.

Lo mismo sucedió respecto de las demás cosas que pedimos.

Concluido el almuerzo, pregunté á la sirvienta qué debía hacer con aquella targeta tan decorada.

—*Monsieur, allez au comptoir, s'il vous plaît. Señor, sírvase usted ir al mostrador*, y señalaba á un mostrador que estaba á la izquierda de la puerta principal, ocupado por dos señoras sentadas.

Estas señoras eran las oficinistas. Me llegué á la que se hallaba más próxima á nuestra mesa, cogió la targeta sin mirar, sumó con la velocidad del relámpago, y estampó la suma y un sello con tinta

encarnada. La pregunté si allí debía pagar, me contestó afirmativamente y me dió la vuelta de una moneda de diez francos. El almuerzo nos habia costado cinco francos y trece sueldos, próximamente once reales á cada uno, incluso una botella de vino.

Al salir dimos la targeta al contralor, cuyo oficio consiste en darlas en blanco, y recibirlas con el sello encarnado; penetramos á duras penas á través de la gente que entraba, y, quede aquí escrito en gloria de *Duval*, amo del establecimiento, esta comida ha sido la menos repugnante á nuestro gusto, por ser la que menos repugna á la cocina española. Este hallazgo nos alentó con la seguridad de que en Paris no nos moriríamos de hambre por falta de mesa, y resolvimos solemnizarlo yendo á un café cantante, desde las seis hasta las ocho de la noche, y al teatro de la Gran Opera, desde las ocho y media hasta las doce.

Teniamos noticia de tres cafés cantantes: el de la *Francia musical*, hácia el bulevar de la Buena Nueva; el de *Moka*, en la calle de la Luna, y el del *Concierto*, calle de Montmartre.

El más importante es el de la *Francia musical*, exceptuando los tres que hay abiertos en los Campos Elíseos, durante el verano, y adonde no podriamos ir, teniendo pensado asistir á la Opera. Nos hemos decidido por el de la *Francia musical*.

Disponiendo así el plan del dia, nos dirigiamos al paseo del Palacio Real, de donde pasamos á los jardines que decoran los costados de las Tullerías, por la parte del Sena, con el objeto de evitar el calor. Allí nos sentamos; yo no sabia que me sentaba en sillas imperiales, porque luego supe que todos aquellos asientos pertenecian al palacio

y eran gratis. ¡Cosa extraña en Paris, en donde el hombre paga hasta la luz que Dios da de balde al gusano!

Casi tocando con la silla de mi mujer, estaba sentado un viejo militar, de una gran talla, con cabello muy blanco y una de las barbas más venerables que en mi vida he visto. Nos oyó hablar, y nos dirigió en el acto la palabra, con ese aire de jovialidad afectuosa con que tratamos á un individuo de nuestra familia. Hablaba en castellano, de un modo violento; pero que se dejaba comprender.

El anciano que nos dirigió la palabra es un veterano del primer Imperio; hizo en España toda la guerra del año ocho con el grado de capitán. Tiene ochenta y tres años. Su mujer y una hija están en el departamento de Lion, su hija es la directora de correos en una cabeza de partido, y viene á Paris con el fin de buscar empleo á otro hijo que tiene, *á su Hipólito*, antes de morir, hora que cree cercana.

Todo esto nos lo dice en menos de cinco minutos, y nos habla con la misma expansion y el mismo júbilo que si fuéramos, mi mujer *la directora de correos*, y yo su Hipólito.

Estéban Lesperut, así se llama, toca ese grado de lucidez interior, en que el hombre toma la costumbre de amar el pensamiento de la muerte, como si se tratara del último misterio que su destino le ordena descifrar; en que el hombre se ofrece á nuestra fantasía de un modo semejante á la idea de silencio, de espíritu, de historia, de inmortalidad casi, en que el hombre es el canto del tiempo, colocado entre el mundo y Dios, como una estatua está colocada entre el genio de un artífice y los ojos del que la mira.

El buen Lesperut, el cariñoso y honrado Lesperut, abre los ojos con esfuerzo, procura dar vigor á su pupila, sonrie expansivamente, y nos ve y nos escucha con un regocijo que nos tiene encantados.

¡Con qué efusion recitaba las cartas que habia recibido de una Isabel, de quien conservaba recuerdos amorosos! ¡Con qué cordialidad hablaba tambien de una doña Gertrudis, ama de un abogado de Salamanca! Aquel hombre parecia vivir en aquellos instantes con una doble vida.

En Lesperut hemos encontrado un compatriota, un verdadero amigo, un padre. Nos ama como ama el recuerdo de su juventud, de sus proezas, de sus glorias. Ama á los españoles como ama la memoria de su primer emperador. Cuando habla de estos sucesos, habla y llora.

Se acercaba la hora de comer, y tuvimos el sentimiento de abandonar su compañía, no sin prometernos comer juntos al dia siguiente en el restaurant de San Jacobo, calle de Rívoli.

No habian trascurrido diez minutos, cuando nos hallábamos en la casa en donde debiamos comer por franco y medio cada cubierto.

Al entrar volvimos á leer: tres sopas á eleccion, tres platos de carne, tres legumbres y tres postres. Tanta baratura nos aturdia.

Subimos, y la señora del establecimiento nos improvisó una mesa aparte, en una habitacion que estaba á la izquierda, contigua á la estancia destinada á los fumadores. Los dos salones que servian de comedor, estaban llenos de parroquianos.

Esta circunstancia nos confirmó más en la idea de la baratura.

Aquella señora nos sirvió desde luego media botella de vino á cada uno, el pan correspondiente y una sopa de pasta. Luego nos preguntó qué carne queríamos. Nosotros pedimos chuletas de carnero, como para disponer el estómago. Vinieron las chuletas inmediatamente, no parecían malas, y mi mujer dejó escapar una mirada de intencion hácia mí, como si quisiera decirme: *amigo mio, esto es otra cosa; este Paris no es aquel Paris.*

Comimos las chuletas, y quedamos dispuestos para los otros dos platos de carne. Pero ¡pecadores de nosotros! Nos habian servido una sopa: ¿y las otras dos que ofrecia el aviso?

La señora entró á saber qué legumbres queríamos.

¿Y los otros dos platos de carne? ¿Se quedarán donde se quedaron las dos sopas? Vino un doble plato de judías sin salsa, y me preguntó qué postres eran de nuestro gusto.

Pero ¿y las legumbres que faltaban?

Mi mujer no pudo contenerse por más tiempo.

—¿Qué es esto? me dijo. ¿Dónde están las tres sopas, los tres platos de carne y las tres verduras?

Yo me encogí de hombros y esperé.

La señora entró con dos ciruelas casi verdes, y dos plumas. Las plumas equivalen á los palillos que usamos en España, aunque tienen un doble oficio. Ofrecer un plato con plumas, significa lo que significaba el lego cuando nos miraba con el saco de la limosna abierto.

Aquellas plumas eran una sentencia. Resuelta y decididamente, la comida se habia terminado. No habia más.

Segun nuestro modo de ver las cosas, nos habian escamoteado dos sopas, dos platos de carne, dos de legumbres y dos postres, ó sea las dos terceras partes de la comida: ¡otra vez el doscientos por ciento!

Mi mujer queria á todo trance que pidiera alguna explicacion sobre el hecho, haciéndolo cuestion de *energía española*; pero yo miré el asunto de otro modo.

Las explicaciones que me den, dije yo para mi capote, no me valdrán un plato; perderé el tiempo, gastaré saliva, se me indigestará lo poco que he comido, y habré hecho méritos para que me tengan por cafre ó por moro, sobre todo si anda por aquí el Sr. Dumas.

Nada; no hay más recurso que pagar; tener muy presente esta casa, y bajar la escalera.

Llamé á la señora, la dí una moneda de diez francos, me trajo la vuelta, dejé unos sueldos (mi mujer hizo un gesto terrible) y salimos de la habitacion.

Al bajar las primeras escaleras, no pude menos de decir sorprendido á mi compañera:

—¿Así te vienes?

Estaba tan atribulada y tan soberbia, tan *españolamente soberbia*, que se habia dejado el sombrero en una percha del comedor.

A las siete subiamos las espaciosas escaleras del café la *Francia musical*, entre vistosos jarrones de flores y grandes espejos que nos retratan á uno y otro lado.

La concurrencia comenzaba entonces, y tuvimos ocasion de colocarnos enfrente del pequeño teatro que hay en el fondo, cerca de la orquesta, de que formaba parte un negro muy elegante y muy lustroso.

Probablemente aquel negro ganará más que los otros músicos, puesto que es de más efecto dramático.

Una jóven, que ha venido sola, se llega á la orquesta y cruza dos palabras con el director. Despues pasea los ojos ávidamente por la concurrencia, como si se gozase en recibir todas las miradas.

Es una *dama del teatro, una actriz, una artista*.

La compañía consta de tres damas y de tres galanes.

Las damas son: tiple, *carácter ligero* y carácter cómico.

Galanes: tenor, barítono, bufo.

La orquesta preludia y la concurrencia se anima.

Un garçon de frac negro y corbata blanca se acerca á nuestra mesa.

Mi mujer pide un té, y yo una copa de Madera con bizcochos.

La orquesta rompe, se abre la puerta del fondo del teatro, y aparece la jóven que vimos venir sola, presentada por el tenor, el cual la trae cogida de la mano con el mayor refinamiento.

El principio fué muy desgraciado para nosotros.

¿No es esa la jóven que entró aquí sola á presencia de todo el mundo? Pues si aquí vino sola, si sola se iria hasta el fin de la tierra, ¿por qué ese coquetismo de que la acompañe el tenor ante un público que está convencido de que no tiene necesidad alguna de compañía? El público sabe que *aquella dama no se perderá en el camino*: ¿por qué contradecir ese convencimiento que tiene el público, cuando lo tiene con *razon*?

No, señor, se dice: cuando aquella jóven entró en el café, no era dama del teatro. Ahora lo es, y la cultura tributa ese homenaje á la mujer, á la actriz y al público.

Yo no lo creo así. Creo que el arte da belleza, no moral. Creo que la moral nació con la opinion de la mujer, y que es injusto sacrificar la mujer á la artista, cuando la mujer es la grande artista de la naturaleza.

Si la mujer pudo entrar sola en el café, la cantatriz puede salir sola al teatro, porque ambos son hechos sociales que caen igualmente bajo la jurisdiccion de las opiniones.

Más claro, veo en ese refinamiento un coquetismo, una ridiculez, y creo que la ridiculez y la coquetería no son un homenaje tributado al público, ni á la actriz, ni á la mujer.

El tenor se retiró haciendo cortesías exageradas, y ella quedó en la escena inclinada hácia el público, como la red que baja al fondo para rastrear algo.

La actriz no se engañaba; el público aplaudió.

En seguida cantó un aire nacional con bastante voz, con bastante gusto é inteligencia, pero haciendo mohines que destruian en nosotros el efecto del canto.

La prima donna da fin á su papel, se inclina respetuosamente ante el público, el público aplaude otra vez, se abre de nuevo la puerta del fondo, y aparece el tenor, el cual se la llevó como la trajo.

Despues de mediar un entreacto de orquesta, asoma el tenor. Este tenor es un hombre muy alto, delgado, inmóvil, con un gran bigote tan inmóvil como sus piernas.

Cantó con voz llena y poderosa; pero en aquel sonido no habia más que voz.

Sigue al tenor la dama de *carácter ligero*, calificacion que la viene de molde, atendido el continuo movimiento de sus piés.

Es una mujer de veinte y ocho á treinta años, baja, un tanto gruesa, lo que se llama rechoncha, y que no puede estar quieta un instante, como el gorrion que salta sin cesar cuando busca algun cebo á su pico.

Esta mujer me suministra la idea exacta de lo que se llama en Andalucía *un aire respingon*.

Cantó una tonadilla, con su acompañamiento de momos y saltos, saludó al público; es decir, al café, con mucha efusion y cierto gracejo ... nada más.

Hé aquí ahora al galan de carácter ligero. Esto no lo hubiera dicho al verlo salir, porque creí que se habia invertido el orden de la funcion. Creí que aquel hombre era el *carácter cómico*, el bufo, el payaso.

¡Qué gestos! ¡Qué gritos! ¡Qué contorsiones! Pero la puerta del fondo se abre, como sale una bala del cañón. ¿Qué es eso que asoma? ¿Qué es ese bulto que sale corriendo, voceando, con el sombrero calado hasta las orejas, y con un frac cuyas estrechas puntas van golpeando sobre los talones de aquel bulto?

Es el actor cómico. Este actor canta, ladra, ahulla, corre, brinca, salta, se estira, se encoge, se pone de cuclillas, de cuatro piés.... En fin, el hombre que al juzgar de las cosas se deje llevar de las primeras impresiones, no debe venir á los cafés cantantes, sino despues de haber estudiado todas las relaciones de esta sociedad originalísima. Si los ve antes, juzgará mal.

Lo único que puedo decir, es que al presenciar estas escenas tengo dolor de estómago. ¡Tan verdadera, tan filosófica y tan expresiva es la palabra española *estomagar!* ¡Sí, óigalo Francia, esta culta y poderosa Francia! *Estoy estomagado.*

—No, señor, vuelven á decir los franceses.

Hay muchos hechos que no son tanto cuestion de lógica, como de costumbre ó de país. Para no extraviarse en la apreciacion de las manifestaciones sociales de este pueblo, es indispensable saber cómo este pueblo vive. Despues de un dia de diligencia y de trabajo, el hombre francés come y viene al café, como quien asiste á un recreo. No le hableis ahora de nada sério, de nada grave, de nada moral. No le hableis de nada que pueda preocuparle y alterarle la digestion. Para eso tiene diez ó doce horas al dia.

Esto se dice; pero no hallo en todo eso una razon que me convenza. Desde luego opino, y es una opinion muy profunda en mí, una opinion

en que yo fundo el gran axioma de la vida humana: opino, decia, que no veo cuestiones de país ó de costumbre contra las eternas cuestiones de la lógica: desde luego creo que la lógica es el país universal, la única costumbre necesaria. Si sobre la tierra existiese un pueblo que tuviera el poder de trastornar con sus prácticas y costumbres las ideas sustanciales de lo bueno, de lo verdadero, de lo justo, aquel país seria una diablura, una infamia, una apostasía. No, señores franceses; la Francia está dentro del globo, está dentro de la humanidad, está dentro de los fines providenciales, como una pulsacion de mis sienes tiene su causa en mi cerebro, como una idea de mi alma está dentro de mi juicio. No; no hay países morales para contradecir el grandioso decálogo que una razon unánime ha escrito sobre las leyes del universo. Si alguno de vosotros cree que vuestro país tiene ese privilegio trastornador, entienda que el tal privilegio fuera una herejía.

Vosotros os vais al café con el objeto de recrearos. Nada más justo; especialmente despues de muchas horas de aplicacion y de virtud. Pero ¿de qué manera os recreais? ¿Oyendo maullar? ¿Viendo que un hombre se convierte en gato, para que vuestra digestion no se turbe? Pues ¿qué digestion es la vuestra, que sólo se hace bien contemplando que un semejante vuestro se degrada? ¿Creeis por ventura que no es degradacion para un hombre el hacer oficios de lobo, puesto que ese hombre aulla? ¿No ois los aullidos? ¿Eso os recrea? ¿Eso ayuda vuestra digestion, señores franceses?

—¡Así nos recreamos!

—¡Ah! Si no teneis más razon que esa, me callo.

Un hombre ponía candentes unas varas de hierro, las cogía con la necesaria precaución, se acercaba de un modo imprevisto á sus criados, y les quemaba las piernas, los brazos ó el cogote. Los criados saltaban, gritaban, hacían gestos, y aquel hombre se distraía también con aquellos gestos, con aquellos saltos, con aquellos gritos.

—*Así me recreo yo*, podría contestaros aquel hombre.

No os disputo el derecho de divertirlos; sino el derecho de divertirlos contra lo que se debe al decoro, á la moral, al hombre, porque no hubo, ni hay, ni habrá nunca derecho para obrar contra el hombre, contra la moral, contra el decoro; de la misma manera que no hubo, ni hay, ni puede haber luz en el espacio para derramar las tinieblas en nuestra pupila.

Recrearos, sí: recrearos á costa de un semejante vuestro que hace el gato, el perro, el gallo, la gallina, el lobo, hasta el cocodrilo, si cupiera: no, mil veces no. Eso no es recreo, porque no es arte, porque no es humanidad, porque no es ni decencia.

—Si aquí vivieras algún tiempo, le contesta: si aquí perdieras ese gusto extranjero que te presenta como repugnantes los hábitos de esta sociedad, acabarías por asistir á estos espectáculos y por recrearte como nosotros.

Tampoco me convence esta prueba. En una ocasión padecí vigiliias, hasta el punto de estar diez y siete días sin dormir un instante. El médico me aconsejó el ópio; yo me negué, y recuerdo que el médico me decía: si usted se acostumbrara á usar de aquel narcótico, lo usaría al cabo como ahora puede usar de los dátiles, por ejemplo.

Puedo acostumbrarme á los cafés cantantes, como puedo acostumbrarme al ópio, al veneno, á la disolucion. ¿De qué manera?

Relajando mis aptitudes físicas y morales; destruyendo en mi organizacion la ley natural, el dogma de mi sér.

Si hay razon para decir que me acostumbraria á una accion degradada, y que llegaria á gozar en ella, habrá razon tambien para que el bandolero me diga: *vente con nosotros, desecha escrúpulos, no temas. Luego que te acostumbres, nuestra vida errante te hará gozar con los peligros de una hazaña; nuestra cueva te parecerá tan hermosa como un palacio; te crearás un héroe, como nos lo creemos nosotros.*

Si vale raciocinar de esta manera, no hay criterio en el mundo.

Aún considerado únicamente como recreo, como *medio de digestion*, mi estómago se levanta mal humorado, y es un testigo que depone inexorablemente contra un espectáculo semejante.

Sin embargo de que no soy francés, haria cualquiera sacrificio á trueque de lograr que este pueblo no *digiriera alegremente*, que este pueblo no hallara goces al presenciar que un hombre se agacha, se pone en cuatro piés y ladra como un perro.

¡Contradicion inconcebible! Yo comprenderia que esta degradacion no repugnara, cuando la persona degradada fuera un inglés, un cafre, un indio; pero ¿cómo no he de acostumbrarme cuando es un hijo de esta nacionalidad tan celosa de su reputacion?

Digo del payaso de estos cafés cantantes, lo que del verdugo. Para persuadirme de la inconveniencia social de que existan prácticas tales,

me basta saber que hacen de un hombre un oficio infame y burlesco, una sátira.

En nombre de la conciencia humana y del genio de nuestro país, suplico á España que importe en buen hora la costumbre del café cantante; nada más natural que se recree y se civilice oyendo cantar en un café, quien no puede ir al teatro: esto tiene una gran influencia moral, puesto que levanta el sentimiento de la clase trabajadora, y la da decoro, porque la da estimacion de sí misma, y la separa de hábitos viciosos, únicos donde antes hallaba la satisfaccion de ciertos goces, goces que son la recompensa inevitable de muchas horas de fatiga: traiga en buen hora un recreo digno y moralizador; pero de ninguna manera el payaso; de ninguna manera la sátira.

Si tras de lo uno ha de venir lo otro, que se queden ambos allá. Por mi parte, renuncio á ese legado de una civilizacion falsa y ruin, una civilizacion que merece este nombre, como merece el bandolero la calificacion de héroe.

Venga el canto; venga la bella arte; vengan la moralidad y la instruccion de una cultura poderosa; la cultura del sentimiento; que no venga la infamia. Doloroso es que allí quede; pero más doloroso seria que allí se quedara y aquí viniera.

Sentiria un vivo pesar, si viese alguna vez reproducida en mi país esta costumbre degradante.

¡Qué! ¿Juzgas quizá que tu país es más morigerado que Francia?

No; no creo eso. Creo que los españoles de hoy son más dados al crimen que los franceses; creo que en España se cometen muchos más delitos, creo que la ventaja á favor de este pueblo es muy

notable; pero creo, sin embargo, de que en España hay más sentimiento moral, más germen de conciencia, más virilidad y más fortaleza en nuestras acciones. Creo que vería en aquel payaso un artificio servil y grotesco; *un buen humor* que no haría las mejores migas con el respeto que nos debemos por nuestra propia dignidad. Esta es la palabra, á mi modo de ver. Me parece que los españoles somos más *amantes de nuestra dignidad*.

Nuestra tierra está peor cultivada; sí, doy la razón á Francia en este sentido; pero mal cultivada y todo, me parece que si se escarba se encuentra más jugo.

¿Cómo se explica ese fenómeno?

No es este el lugar de la explicación.

Pagamos un franco por el té, otro franco por la pequeña copa de vino de Madera, y otro por los bizcochos, el doble de lo que dichos artículos valían. Yo los hubiera dado con gusto, á no haber mediado *el hombre que ladraba*. Esta memoria me amargará toda la vida el corazón.

A las ocho estábamos en la calle de Lepelletier, ante el teatro de la Grande Opera.

El local en donde se expenden los billetes está lleno, aún no han abierto el despacho, y no hay más remedio que ir á contaduría, sin embargo de que cada asiento nos costará un franco ó dos sobre la tarifa ordinaria.

Esto está dispuesto con intención. Abren el despacho general media hora antes de comenzar el espectáculo, y este tiempo basta

difícilmente para expender los billetes de las localidades baratas. Así sucede que casi todas las localidades de preferencia tienen que buscarse en contaduría, pagando un sobrecargo de cuatro, ocho y hasta diez reales por asiento, lo cual monta á una suma muy respetable en el trascurso de una temporada.

Un jóven saboyano nos guió á contaduría, y nos proveímos de dos asientos de palco principal, únicos que quedaban pareados, mediante once pesetas cada uno.

Penetramos en el teatro, cuyo pórtico no deja de tener cierto aspecto de majestuosa austeridad. Una escalera espaciosa y bien iluminada nos conduce al piso primero. La sala de descanso, aunque provisional y un tanto estrecha, ofrece una vista imponente. Tiene de longitud toda la anchura del teatro, longitud que aparece triple por el juego de espejos en las extremidades; está alumbrada con profusion y decorada con sencillez y gusto.

La presencia repentina de esta gran sala impresiona muy bien.

Los pasillos son anchos, hay tanta luz como si estuviéramos en medio del dia, y todos los contornos exteriores de la escena suponen un interior brillante. La impresion decae en este sentido, y decae mucho. La vista interior del teatro de la Grande Opera, está muy distante de llenar la ilusion de que el extranjero se deja ganar al subir la escalera, al atravesar los pasillos, y al prolongar una ojeada casi respetuosa á lo largo de la brillante sala de descanso.

La gran elevacion del teatro le comunica cierto aire solemne, pero sombrío, patético. Parece más teatro de tragedia que de canto y de baile.

Los patios de nuestros teatros, tan bulliciosos, tan variados, tan bellos, no tienen en este notable edificio un lugar que se le parezca. En vez de butacas, hay banquillos mezquinos y espesos. Las señoras no tienen allí entrada; de modo, que no se alcanza á ver sino un grupo uniforme, silencioso, triste. Parece que aquello está ocupado por un solo hombre; un hombre que se hacina de la misma manera en todas partes.

Los palcos son cortos y profundos, lo cual hace que la concurrencia no se pueda mostrar completamente, comunicando al todo la gracia de la variedad y la grandeza de la muchedumbre. Lo único que produce un efecto verdaderamente teatral, es el anfiteatro, circuido de graciosas barras doradas, con lujosos asientos accesibles á la mirada de los espectadores.

Esto no es decir que el teatro de la Grande Opera no sea un magnífico coliseo, tanto por su extension, como por sus trabajos de pintura, escultura, dorado, y por su excelente y bien servida escena. Lo que digo es, que este magnífico coliseo no se presenta á nuestros ojos tan magnífico como lo habia imaginado nuestra fantasía; como debia serlo, atendida la importancia de una ciudad como Paris.

Este teatro no está á la altura de las Tullerías y del Louvre, del Panteon, de la Magdalena, de Nuestra Señora de Paris, del Luxemburgo, del Cuerpo Legislativo, del Senado, del Arco de la Estrella, de la Bolsa, de las Casas Consistoriales ó del Palacio de la Industria.

No temo decirlo. Esta gran ciudad no tiene un teatro; lo tendrá, el nuevo teatro será tal vez el primero del mundo en riqueza y arte, pero hoy no lo tiene.

Cuando se gira en un espacio grande, todas las distancias parecen pequeñas; acaso mi cálculo se equivoca; pero comparada la idea que tengo del teatro Real de Madrid, con la impresión que este coliseo produce en mi ánimo, el teatro Real se me ofrece más rico, más animado, más hermoso, más deslumbrador: me deja más el gusto de lo que debe ser un teatro.

No hablo de la propiedad y del servicio de la escena. Creo que es muy superior la que aquí miro, no sólo en ornato, sino especialmente en carácter. Aquí cada decoración es lo que debe ser, y no se halla minuciosidad que no esté satisfecha cumplidamente.

Esta noche se repite la ópera *El Profeta*, puesta en escena cincuenta y ocho veces, lo cual supone que ha dado lugar á una entrada por valor de cuatro ó cinco millones de reales.

La poesía es francesa; la música, francesa; los cantantes, franceses.

Es verdad que este espectáculo no tiene el sabor de la ópera italiana. Digo de la poesía, de la música y aún del canto, lo que antes dije de las estatuas; lo que diría de las nubes, de las flores, hasta de los granos de arena. En Italia todo es más bello, porque todo tiene la triple belleza del cielo, de la tierra y de la historia. Sí, Italia es más bella hasta en sus infortunios, en sus ruinas, en sus lágrimas; pero bello es también un pueblo cuya infatigable creación ha sabido dotarse de una escuela que no está en su índole; una escuela en cuya formación ha tenido que lograr del deseo y del trabajo, lo que le negaban la tradición y el genio: bella es esta Francia agrupando á sus hijos bajo el sentimiento generoso de un arte suyo. Yo la aplaudo, la honro, la venero también; yo saludo con entusiasmo esta solemnidad, producto increíble de tantos conatos y tantos esfuerzos, mientras que deploro

que una generacion más poética, más artística, más árabe, fluctúe todavía entre la degradacion del drama y de la ópera. Deploro que España, la Italia del Océano, como la Italia es la España del Mediterráneo, ande todavía á vueltas con esa confusion, con esa algarabía que se llama *zarzuela*.

En este momento viene á mi memoria el teatro de Jovellanos, y ¡cuan mezquino me parece!

No obstante, hay que ser justos. Tengo para mí, como cosa evidente, que la zarzuela es una mezcla impura y hasta repugnante para toda persona que tenga la emocion del arte verdadero; pero si la zarzuela ha de hacer en España lo que el *vaudeville* ha hecho en Francia; si consideramos en ella un medio que ha de conducirnos á la posesion del verdadero arte, tenemos que aceptarla como una elaboracion nacional que ha derribado una antigua taberna, para levantar un nuevo coliseo; una elaboracion que representa ya una gran suma de intereses y de profesiones; una influencia poderosa que comunicará á la muchedumbre un gusto transitorio, el cual la empujará hácia el gusto definitivo: esto es, hácia la *ópera española*. Á este fin deben dirigirse todos los esfuerzos. Si así no sucede, nos sobraré razon para decir que anda por medio la ignorancia ó el egoismo. Entre tanto, más vale algo que nada. El adagio que dice *para poca salud más vale ninguna*, es anti-cristiano, es inmoral.

La ópera *El Profeta* se ha ejecutado, no con esa liberalidad inspirada y espléndida del genio italiano; pero sí con una grande maestría, no sólo en la parte de canto, sino en el servicio de la escena y en las disposiciones dramáticas de los grupos.

En cuanto al libreto, baste decir que es un drama francés: hábil, muy hábil; pero acompañado perfectamente *de sombras chinescas*. Aquí se canta, se baila, se reza, se siega la mies, se recoge y se patina. La operacion de patinar duró arriba de cinco ó seis minutos, y el público unánime aplaudió á toda orquesta. Es verdad que patinaron maravillosamente; pero mientras que corrieron patines, yo vi correr patines; pero no vi la ópera. En resumidas cuentas, la ópera fué acaso lo que menos aplaudió el auditorio.

Soy el primero en reconocer su habilidad singularísima á este arte; pero estoy viendo que tanta habilidad no consiste las más de las veces, sino en causar efectos contra la verdad de las cosas. *Hagamos sentir, despertemos impresiones nuevas, y lo demás salga por el postigo.*

La accion pasa en Holanda; en Holanda hay lagos helados; sobre estos lagos patinan los hijos del país. Pues bien, ensayemos diez ó doce parejas de ambos sexos durante quince ó veinte dias, y demos este nuevo espectáculo al pueblo parisiense. Los patines tienen que ver con la accion que se representa, como yo con el califa de Badgad; pero si la ópera no tiene que ver, tiene que ver la empresa, tiene que ver el público que aplaude á los *patineros y patineras; el público que digiere agradablemente viendo patinar; esto conviene al negocio*, y el arte calla, cede, entra en el club, se hace cómplice. En cambio se hace rico. Es un drama á que conviene este doble título: RICO Y CÓMPLICE.

No niego á la escuela francesa grandes arranques, grandes gérmenes de progreso, intencion deliberada y profunda alguna vez, pero la lógica

y la conciencia, el juicio y la moral, salen generalmente con los tientos en la cabeza.

El lector supondrá que no he venido á la Grande Opera, con el sólo objeto de ver la ópera y el teatro, cuando hay otros objetos dignos de curiosidad y de estudio. Me trae el deseo de conocer, aunque no sea sino á vista de pájaro, la sociedad de alto coturno.

Con este fin estuve muchas veces en la gran sala de descanso, y atravesé otras tantas los pasillos y las avenidas del anfiteatro y palcos principales.

Entre algunos ornatos de un efecto bien comprendido ¡cuántas composturas exageradas y ridículas! ¡Cuántos disfraces! ¡Cuántas máscaras! Recuerdo que una señorita llevaba en la cabeza un aderezo, que difícilmente podría pasar en la cabeza de un caballo de gala.

Es indispensable asistir á estas escenas prácticas de la vida, para aprender, á costa de dolor y de hastío, cuán fecunda y moralizadora es la naturaleza.

Sin quererlo nosotros, ¡con qué evidencia se aprende aquí que los postizos en la mujer hermosa, sólo son buenos para desfigurar su hermosura: que los postizos en la mujer fea, sólo son buenos para añadir un realce nuevo á su fealdad!

¡Con qué lucidez comprendemos aquí que una mujer sencilla no puede ser nunca repugnante, porque no puede repugnarnos una belleza!

¡Pasion desdichada! ¡Cuántas mujeres se arruinan buscando fealdad en el ridículo, mientras que el cielo las da gratis la belleza de la sencillez!

¡Yo siento esta evidencia en medio de este foco deslumbrador, y bendigo al genio providente que hace del tiempo un vaso indestructible, en donde deposita la emanacion divina de su verdad!

Salimos del teatro á las doce y media. Esperamos que la calle de Lepelletier se despejase un poco de los infinitos carruajes que la ocupaban, y yo no podia menos de decirme entre tanto, al mismo tiempo que contemplaba el frontispicio de la Grande Opera: ¡qué poco sabrá más de un espectador las intrigas y los misterios que se disputan las horas del dia y de la noche, bajo la techumbre de esa enorme bóveda!

Ahí, en ese teatro, en ese harem de Europa, se revuelven trescientas ó cuatrocientas bailarinas, redoma donde queda encantada una gran parte de la aristocracia de Paris. ¿Comprendeis de este modo que el director de ese teatro sea uno de los primeros personajes de esta ciudad casi fabulosa?

No puedo decir más.

Llegamos al hotel á la una, y así terminó el dia décimo cuarto.

=Dia décimo quinto=.

Lesperut.—Anatomía de la vejez.—Restaurant de la calle de Montesquieu.—Elemento sajón.—Elemento árabe.—Restaurant de San

Jacobo.—Historia de un magnate francés.—Pesares de Lesperut.—
Proyecto
de visitar á Sevres y Versailles.

Lo primero que hemos hecho al despertamos, ha sido hablar del viejo Lesperut. Su memoria nos preocupa extraordinariamente. Hemos hablado mucho de su aire franco y cariñoso, de la transparencia que creimos ver en su cútis, de una diafanidad especial que está pintada en todo su semblante, como si participara en cierto modo de la inmensidad de la muerte. De idea en idea, de reflexion en reflexion, hemos llegado á hacer casi una anatomía de la vejez.

Cuando proyecté escribir estos apuntes, ofrecí al lector en mi conciencia no ocultarle nada de lo que yo pensase y sintiese. Estas insignificantes reflexiones pertenecen tambien á mis benévolos y queridos lectores.

Yo creia hasta ahora que en la vejez no habia más que un período. El viejo Lesperut me ha enseñado que existen dos, y por señas que son bien diferentes.

En el primer período descubro cuatro caractéres dignos de un estudio curioso y apasionado. ¿Quién no ha visto canas en la cabeza de su padre ó de su abuelo? ¿Quién no ha de tratar con un anciano? Yo puedo decir que en las siguientes consideraciones me ha guiado menos el juicio que la pasion. En la memoria inextinguible de mi padre, amo la memoria de un viejo.

¿Cuáles son los cuatro caractéres de que hablé?

La reserva, la intolerancia, la censura y el egoismo.

La reserva es el producto de los desengaños.

La intolerancia es el resultado inevitable del que ha aprendido; pero que ya no puede aprender, y vuelve los ojos tenazmente hácia lo que aprendió. Sin esto, no sabría nada ó casi nada: ¿cómo ha de conformarse en creer que la vida no ha dejado en sus canas ninguna ciencia, cuando esas canas representan la ciencia de la vida? Sus cabellos blancos y sedosos son oráculos para él. ¿Quién va á persuadir á un oráculo contra sus profecías?

Así como la intolerancia viene del juicio, de la inteligencia, la censura viene del sentimiento. La censura es la intolerancia del corazon, como la intolerancia es la censura del discurso.

El viejo no puede sentir, no puede gozar, y reniega de aquello que ya no puede poseer. Desea, pero desea en balde, y este mismo deseo le hace apóstata de los bienes que está deseando. Es como el amante que ama con tal delirio, que da veneno al propio objeto de su amor.

El viejo no puede gozar; y cree que en el goce no están las condiciones morales y elevadas de la vida; cree que es un sueño, una decepcion, un frenesí: hé aquí el censor perpétuo de la juventud.

El egoismo es el carácter más universal y más profundo de la vejez, porque se refiere á objetos que tocan más inmediatamente su existencia.

La reserva, la intolerancia y la censura se refieren á la opinion extraña: el egoismo asienta su pié sobre el instinto de la conservacion, es como una gota que cae del manantial de la vida.

El viejo observa que la vida se va, y cuanto más lejos la ve, con más ansia la quiere seguir. No le disputeis eso, no disputeis con él para persuadirle de que sus ojos no deben ver, de que su sangre se debe helar, de que sus sienes no deben latir; para persuadirle de que esa creacion cuyas maravillas arrancan una fervorosa y sublime plegaria de su boca trémula, debe desaparecer en un instante ante la aparicion enlutada de un ataud. No le hablais sobre el particular; si le hablais, vereis que el viejo se frota las manos y encoge los hombros en señal de conformidad religiosa; pero si penetráramos en su alma, veriamos que se frota las manos para despertar el calórico, ese calórico que parece ser en los ancianos la esencia íntima del deseo. El viejo aparentará conformarse, os sonreirá, si conviene; pero estad seguros de que en aquel momento os odia; estad seguros de que una sonrisa de hiel vierte una lágrima sobre su corazon.

¡Ay del mundo, si se rociára la cabeza con aquella lágrima!

No le hablais al viejo del sepulcro, por la misma razon que no debeis hablar al niño de la cuna.

Haced de modo que una criatura diga á un viejo: *¿abuelito, qué hará usted en la sepultura?*

¿Abuelito, hacia usted muchas travesuras cuando era niño?

Estudiad la cara del viejo al oir estas dos preguntas, y este estudio nos dirá más que toda la filosofía teórica.

Hay otra razon para que el anciano sea egoista en el primer período.

Vuelve la vista, descubre un gran espacio de tiempo, cree dominarlo, cree poseerlo, en esta posesion está toda su vida, y su vida es suya.

El anciano se juzga amo de ese tiempo que él ha medido, como el geómetra se juzga amo de su compás. El anciano dice en sus adentros: *todo eso es mio*; ¿quién es ninguno de estos recién venidos, de esos forasteros, de esos imberbes, para disputarme la religión de mi memoria, mi memoria que es mi cendal de lágrimas y mi corona de laurel, mi martirio y mi poesía.

Todo eso es mio, el que lo toque es un profano. Sabe que el hablar tiene sus peligros, y calla: hé aquí la reserva. Cree que vivir es saber; él ha vivido; mas está persuadido de que sabe más, y no cesa un punto: hé aquí la intolerancia. Cree también que lo que su Hacedor no le concede, no debe ser bueno en ningún otro hombre; su Hacedor le niega las pasiones activas y fogosas, la voluptuosidad, el deleite, la emulación, la fantasía, y ve en todos los gozos anteriores otros tantos hechos rebeldes. Hé aquí la censura.

Repara que el vaso en que bebe se queda vacío, entonces siente doble sed, y tiene doble prisa en llenarlo. ¿Sería necesario que para conseguirlo se transformara el mundo entero? Pues transfórmese el mundo; pero llénese el vaso. Hé aquí el egoísmo.

Por otra parte, ha pisado más tiempo la tierra, el sol ha herido más tiempo su pupila, las melodías de la naturaleza han halagado más su oído; en una palabra, ha existido más, y ama más la existencia, como á medida que más amamos, más nos acostumbramos á amar lo que sentimos, y nos apasionamos más de este sentimiento, porque la pasión no es otra cosa que un afecto elevado á costumbre. Hé aquí también el egoísmo.

Pero hay otro período en que el viejo tiene la conciencia de que se muere, en que siente morir; conciencia depurada á fuerza de dolor,

como vemos que el humo de una hoguera se va depurando á fuerza de arder: el viejo pierde la sensacion grosera, como el fuego pierde el humo negro, á proporcion que se va quemando la parte leñosa del combustible: su oído se dispone á escuchar otras armonías; la soledad misteriosa y profética del sepulcro hiere su corazon; piensa en esto como se oye una poesía ó un canto á lo léjos, entre las brumas de una noche tranquila: la cara del anciano adquiere una expresion ingénua, inocente, diáfana: su aliento parece ser un soplo más sutil que el aire de la atmósfera, un soplo que sube como el aroma de las flores: mira, y ante sus ojos parece agitarse el velo religioso que nos oculta cómo se vive más allá!

El viejo de este último período, es el ministro de la revelacion y de la calma; la conciencia que se toca y se oye á sí misma: es el ángel de la esperanza que se despide del ángel de la vida, aunque la esperanza es vida tambien. Perdóname, lector, estas fastidiosas digresiones.

Salimos de casa á las diez, y discurriendo casi maquinalmente por la calle de Montesquieu, notamos que entraban y salian muchas personas del número 6. Nos aproximamos, dirigimos hácia el interior del piso bajo una mirada escudriñadora, y desde luego convinimos en que aquel edificio debia ser una iglesia ó bien un teatro. Pero examinando un momento la entrada, vimos que á la derecha del portal habia una mujer partiendo ostras. Decididamente, esto no puede ser ni teatro ni iglesia. Miro á lo alto de la entrada y descubro una enseña con este rótulo: *Establecimiento de caldo*. Yo lo leia y no me parecia prudente creerlo; mi mujer no lo creia tampoco.

Penetramos.... ¿Cuál no fué nuestra admiracion? Véanos el lector en una inmensa sala, cuyo techo está sostenido por delgadas y elegantes

columnas de hierro. Hacia los lados hay dos filas de mesas de granito rojo. En la fila que circuye las paredes del establecimiento, cada mesa está separada por un aparato de madera bruñida, imitando biombos, con el objeto de impedir las corrientes del aire. Cada mesa tiene un mecanismo que provee á los comensales del agua de Selz, composicion que tiene por objeto quitar la crudeza al agua del rio, sin embargo de estar purificada. Enfrente de cada mesa hay un espejo de buen tamaño. En medio de la sala se ven dos torreones, como si fueran pedestales, decorados exteriormente por lozas finas. La parte superior de aquellos pedestales ó torreones está coronada de flores del tiempo, y por una figura de bronce, la cual arroja hácia lo alto un hilo de agua.

Rodéanles una verja circular, por entre cuyos hierros alcanzamos á ver los aparatos de cocina.

En fin, aquellos torreones, lo que nosotros creiamos altares, no son otra cosa que las chimeneas de aquel enorme establecimiento; altares consagrados á otro culto no tan elevado, pero no menos indispensable. Es bien seguro que no hay un templo en todo Paris, que cuente con una cofradía más constante, mas exacta, más fiel.

En los cuatro ángulos de aquel magnífico coliseo, porque coliseo parece, se hallan cuatro escaleras espaciosas, las cuales, conducen al piso principal, en donde hay otro órden de mesas, dispuestas como abajo.

Tiene una puerta grande de entrada, y dos laterales para la salida. Enfrente hay un hombre sentado que da las papeletas; en cada puerta lateral hay otro que las recibe con el sello encarnado, en señal de que la cuenta se ha satisfecho.

A izquierda y derecha están los mostradores de la oficina, y en cada uno dos señoras sentadas para la suma de las papeletas y la impresión del sello.

De manera que el personal del establecimiento consta del jefe, de tres contralores, cuatro señoras oficinistas, diez cocineras, veinticinco criados y multitud de dependientes, hasta el número de ciento diez individuos.

Caben holgadamente en ambos pisos quinientos ó seiscientos comensales, y no bajan de cuatro mil los que componen la parroquia ordinaria, produciendo un ingreso de 25 á 30.000 reales diarios.

El amo de este restaurant increíble, lo es también del de la calle de Montmartre, mencionado ya, y de otros cuatro establecidos en diferentes puntos de París.

Resta saber á mis lectores que el poseedor de esta gran fortuna es un carnicero, el carnicero Duval, y que todo esto le ha venido de la carnicería.

Trabajo cuesta comprender cómo un comercio de esta índole, ha podido darle ganancias para irse creando una renta diaria de 8 á 10.000 reales.

El mismo Duval proyecta actualmente abrir una carnicería, por la parte de la Magdalena, en cuyo decorado y utensilios se gastará sobre un millón. Las vasijas para contener las cabezas de las terneras, serán de plata, y su peso no bajará de veinte arrobas cada una, sólo lo cual supone un valor de veinte mil duros, inclusa la mano de obra.

Bien es verdad que Paris carece de ejemplos análogos. El pasaje de Vero-Dodat, que vale algunos millones de francos, pertenece hoy á la viuda de un salchichero.

Imposible parece que una ciudad tan ideal, tan fantástica, tan exquisitamente poética, haga ricos de tal manera á los vendedores de salchichas y de lenguas de vaca; aunque este vendedor de lenguas de vaca, y aquella vendedora de salchichas, no son vendedores de cualquier modo: son artistas tambien.

Séanlo ó no, yo me guardaria muy bien de tomar esta circunstancia en desdoro del pueblo francés.

Duval es carnicero, y bajará al sepulcro. El ama del pasaje de Vero-Dodat es salchichera, y salchichera se irá á la sepultura. Aquí encuentro yo ese carácter consecuente, austero, honrado y laborioso, que distingue á los pueblos del Norte, á la raza sajona.

Si aquello ocurriera en algunas provincias de España, la salchichera se llamaria *la señora condesa de Vero-Dodat*, y el carnicero *el señor conde de la Cola Bermeja, del asta de ciervo* (por no decir de toro), ú otra cosa por el estilo, y las familias de estos pobres magnates, ni sabrian ser magnates ni salchicheros; no sabrian ser nada, no serian nada, y hé aquí el cero conteniendo en su redondez negativa todas esas cifras sociales.

A los hijos del carnicero sucederia lo que hoy sucede á muchos *hijos de la historia, á muchos hijos de Pelayo* que yo conozco, y de quienes no quisiera acordarme, como no se queria acordar nuestro Cervantes del lugar de la Mancha.

¿Qué era el feudalismo, la gerarquía de los señores, sino la holganza convertida en virtud suprema, en una especie de cánón sagrado?

Y ¿qué razón hay para llamar señor á quien nada útil hace, que para nada sirve, que á nada bueno aspira; que pone un brazo sobre otro brazo, y contempla así la obra universal, que así paga la deuda inmensa que contrajo desde que abrió los ojos á la luz, desde que recibió la caridad de tantos séres? ¿Qué razón hay para llamar virtud á una nulidad, para llamar sabiduría á un idiotismo?

Los españoles serian muy inferiores con su *condesa de Vero-Dodat*, á los franceses con el nombre sencillo y honrado de su *salchichera*.

En muchas provincias de nuestro país no se piensa sino en ganar cinco ó seis mil duros, para comprar un baston de borlas y hacer el doctor, ó el paseante en córtes.

Esta es la verdad, y tengo una sagrada obligacion de no ocultarla á nadie, especialmente á quien el consejo puede aprovechar, á quien tiene tambien obligacion de corregir sus vicios.

Y cuidado, que no soy yo de los que creen que este achaque de nuestro país viene del clima: esto es, de una necesidad de la naturaleza, de una hora mala que nos ha tocado en el reparto del dia providencial, no.

El clima de España no es de tal índole que el español deba abrir la boca y estirar los brazos, como los que moran en la orilla del Ganges; que deba dormirse como el natural de los valles de Cachemira; que deba evaporar su vida entre ópios, mujeres y aromas, como los árabes del Yemen.

Aquel achaque de algunas provincias de nuestro país, no procede tanto del clima, ni del genio de nuestra raza, raza tan activa, tan enérgica, tan creadora; la raza de Aténas y de Roma absorbiendo al mundo; no procede tanto de ese origen, repito, como del cruzamiento de castas diferentes, de sus tradiciones y de sus hábitos.

En nuestro país domina más que en Francia ese idealismo oriental; esa atmósfera vaporosa de los asiáticos, la religion del éxtasis absoluto; orientalismo que unido á nuestro genio por la dominacion morisca y árabe, produjo una casta mestiza, indefinible; más indefinible en España que en pueblo alguno de la Europa: la casta de donde salieron el caballero andante, la dama idolatrada de los torneos, el aventurero de lanza en ristre, el poeta druida, el trovador guerrero, peregrino y apasionado; la casta que empezó á deslindarse en dos grandes períodos de hazañas heróicas y de crueldades terribles; dos períodos representados en primer término por dos hombres muy célebres, el Cardenal Cisneros y D. Juan de Austria.

La famosa batalla de Lepanto no es otra cosa que el deslinde de dos caracteres confundidos; el deslinde entre el genio latino y el genio asiático, entre la Europa y el Oriente.

Pero tengo que dar de mano á otras muchas consideraciones, que acaso no se adaptan á la índole de los cuadros que aquí me propongo bosquejar.

Decia que nuestros conatos de ocio y de caballerismo fantástico no proceden del clima, sino de la mezcla de sangre y del imperio de la costumbre.

Llevar el pueblo catalán a Andalucía, y el pueblo catalán será laborioso; no lo será tanto como viviendo entre peñascos de donde ha de arrancar el pan que come y el vellón que viste; pero será siempre trabajador.

Haced que el pueblo vascongado ocupe la Grecia ó la Italia, y le vereis emprendedor siempre, siempre atareado, siempre moviéndose y realizándose en todas las esferas de su actividad.

¿Por qué? Porque los vascongados y los catalanes, así como los mallorquines, tienen más elemento germánico, más raza scita, más hábitos de aquel elemento, más tradiciones de aquella raza.

Por el contrario, Andalucía, Valencia, Murcia, Alicante, el mismo Aragón, tienen más de ese hombre que se acuesta á lo largo de un diván, que abre la boca para aspirar las brisas de la tarde, que sujeta á veces la respiración porque la ahogan los perfumes, que empaña el aire con las bocanadas voluptuosas de su pipa, ó que se disputa á la experiencia de la vida, cerrando sus ojos entre las ruinas veneradas de un mausoleo, bajo la copa de un ciprés, á la sombra de una palmera.

Los franceses son más sajones; están más depurados de la raza árabe, en cuanto á la industria y al comercio, aunque en cambio han exagerado la voluptuosidad del Oriente en las creaciones del arte.

Los españoles caminan hacia allá, caminan á grandes jornadas, de una manera fabulosa; pero la Francia les lleva un siglo en este viaje. La verdad, en su puesto. Así pago, así paga *un cafre de allende el Pirineo*, el insulto cobarde de un novelista mal educado y aturdido.

Almorzamos bastante bien en el *establecimiento de caldo* de la calle de Montesquieu, y á las seis y media de la tarde entrábamos en el restaurant de San Jacobo, calle del Rívoli, en donde ya nos esperaban el viejo Lesperut y su hijo Hipólito, teniéndonos reservados dos asientos en su mesa. El venerable veterano se levantó inmediatamente que nos vió entrar, y nos alargó una mano trémula; pero que aún conserva el santo calor del cariño.

No habiamos terminado los primeros cumplidos, cuando el viejo tenia los ojos arrasados en lágrimas.

La comida fué mala, muy mala para nuestro gusto; pero una circunstancia la salvó: estaba embellecida por la amistad, por la franqueza decorosa y por la buena fe.

Entre los diferentes sucesos que referimos al anciano, no omitió mi mujer la aventura de los tres platos de carne, de las tres sopas, de las tres legumbres y de los tres postres.

Lesperut nos dijo que no habiamos sufrido engaño alguno, puesto que aquello era una costumbre admitida en Paris.

Aquel aviso significa que los comensales tienen tres platos diferentes, de los cuales pueden elegir el que más les guste.

Lesperut se sonrió luego y añadió con extrema bondad: desde luego se ocurre que no habrá inventado esa costumbre ningun extranjero.

En efecto, la costumbre en cuestion no es ni puede ser otra cosa que una añagaza, inventada por el cálculo nacional para alucinar al hombre no conocedor del país. Yo no puedo suponerme tan inexperto,

que vaya á presumir que sólo yo he sido víctima de aquella argucia.
¡Cuántas aves de paso habrán caído en las mismas redes!

Terminado por fin aquel banquete de familia, Lesperut se empeñó en llevamos al café que da vista al paseo del Palacio Real. Yo abrigaba el mismo proyecto, pero no tuve títulos para disputarle el derecho de agasajarnos. Estaba en su país, en su casa: él era el patron.

Al bajar la escalera del restaurant, el viejo soldado se cogió del brazo de mi mujer, con esa perfecta posesion con que un padre ó un abuelo se coge del brazo de su hija ó de su nieta.

Lejos de causarme inquietud ó embarazo alguno aquella buena fe cordial y expansiva, sentia veneracion y regocijo. Lesperut creia á no dudar que en aquel instante le acompañaba la *administradora de correos*, á quien ama con gran ternura, y no habia motivo para desencantarle de aquella ilusion virtuosa.

Estuvimos en el café hasta las ocho, y despues nos fuimos á sentar en una espaciosa glorieta que hay en medio de aquel paseo animadísimo, arca de la fuente donde los niños echan barquichuelos, ocupacion que es de mi gusto.

El viejo nos contó la siguiente historia, nutrida de detalles y pormenores que yo creo conveniente omitir, en gracia de la brevedad.

Habia ó hay un magnate francés, á quien las adversidades políticas llevaron emigrado á Lóndres. Allí contrajo relaciones con una señora, de la cual tuvo varios hijos, y á quien consumió una fortuna que consistia en diez y ocho ó veinte millones de reales.

Los tiempos mudaron, el emigrado pudo volver á su país, la suerte coronó sus fines, y juzgó llegada la hora de casarse, pero no con la inglesa, no con la madre de sus hijos, que permanecía en su país.

Sabedora la inglesa de los proyectos de su antiguo amante, vuela á Paris, habla con la futura esposa del personaje de esta aventura, la dice que no solicita que el padre de sus hijos les cumpla una promesa que habia empeñado tantas veces, sino que reclama el influjo de ella para que el padre no prive á sus hijos de la fortuna que tenian, y de la que les habia desposeido el antiguo emigrado de Lóndres.

Se ignora lo que hizo la futura esposa del magnate en cuestion; lo que se sabe es que á los pocos dias de esta entrevista, la inglesa recibia una órden de destierro, sin obtener auxilio alguno.

El magnate se casó por fin con la mujer que habia elegido últimamente, y tuvo de ella un hijo. Pero este hijo, por cierta circunstancia que debo callar, no deja satisfechas las aspiraciones de su padre, y hay quien espera que por último repudiará su esposa.

Si esta mujer influyó cruelmente contra la inglesa; si desconoció y afrentó de aquel modo los sagrados derechos de una mujer burlada y de una madre empobrecida; si esto es así (yo no lo afirmo, me guardaria muy bien de afirmarlo); si despues de esto aquella mujer se ve repudiada; si la nueva madre se encuentra defraudada y perdida en su corazon, puede decirse que la maternidad vino á suplir la falta de la ley que no castiga sino los delitos menos horrorosos, los delitos del débil y del pobre. Puede decirse que la maternidad, ese bautismo santo, esa hora divina de la mujer, vino á vengar en una esposa y en una madre el desafuero perpetrado en una madre y en unos hijos.

¡No hay que hacer de la vida un convidado de piedra, porque á lo mejor habla la sombra de D. Gonzalo!

Mi mujer y yo hemos tenido un pesar grave. Á través de la más delicada reserva, entre palabras de consuelo con que el buen Lesperut se anima, hemos penetrado que su hijo Hipólito le ocasiona sinsabores profundos.

¡Pobre viejo! ¿Quién habia de presumir que bajo aquella barba, blanca como la nieve, lustrosa y limpia como el raso, debian ocultarse las penas que causa un hijo desagradecido y volátil?

Desde este momento pierde Hipólito una gran parte de nuestra estima.

Al despedirnos de Lesperut, le manifestamos que no podriamos vernos al dia siguiente, porque habiamos determinado ir á visitar la famosa fábrica de Sevres, pasando desde allí á Versailles, tanto para ver su gran palacio y sus magníficos museos, como para recibir algunas impresiones de una escuela célebre, muy célebre, muy justamente célebre: la escuela *del pintor Vernet*.

Estábamos en el hotel á las doce. Tomamos un poco de salchichon y de jamon en dulce, más una copa de macon por remate. ¡Poder de Dios, qué vino! Ni es ágrío ni amargo, y es amargo y ágrío, y tiene otra cosa que no sé definir.

Apostaria la cabeza á que no fué este vino el que bebió el capitan Gerardo Lobo cuando escribia:

Ahogo despues mis anhelos
En ese licor divino

A quien otros llaman vino,
Porque vino de los cielos.

Siempre que bebo ... no, esto no es beber; es atragantar. Siempre que atraganto una copa, tengo que parodiar por fuerza las últimas palabras de Bruto.

¡Oh virtud, sombra vana, esclava del azar,
Ay del que en tí creyó!
¡Oh vino, hiel mestiza que me haces patear.
Ay del que te bebió!

Lector mio, hasta la vuelta de Sevres y de Versailles.

=Dia décimo séptimo=.

Sevres.—Las dos figuras.—Importancia social y artística de una fábrica de porcelana.—Versalles.—Sus Museos.—La escuela Vernet.—Impresiones varias.—Vuelta á Paris.—Encuentro en los Campos Elíseos.

A las ocho de la mañana estamos en la plaza de la Concordia, con el fin de tomar el ómnibus que á las ocho y media parte para Versailles, haciendo escala en Sevres.

Nos proveemos de dos billetes de interior, ocupamos nuestros asientos, la hora se acerca, los viajeros se dan prisa, la bocina del conductor da la señal, muévase el carruaje y los Campos Elíseos quedan á la derecha.

He dicho carruaje, y en verdad que no es este el nombre que más le cuadra.

El ómnibus que nos conduce es una lancha cañonera, y una tribu que anda dentro de una casa de palo. En el imperial van veinte pasajeros, otros veinte en el interior, dos conductores en el pescante, y uno en la escalera de caracol con que termina el ómnibus, por donde se sube al imperial.

Siendo generalmente llano el camino de Paris á Versailles, la compañía de estos ómnibus ha hecho construir una vía férrea, la que no sólo evita peso á los caballos, sino que facilita extraordinariamente la velocidad.

A la hora y media, minuto más ó menos, estamos en Sevres.

La historia y descripción de la fábrica nacional de porcelana establecida en este punto, haría necesario un tratado completo sobre la materia, tarea que no cabe en el plan que me propuse al escribir estos estudios.

Con tal motivo, advierto á mis lectores, que no me fijo tanto, ora en la historia de los hechos, ora en su importancia privada, como en la influencia social que puedan ejercer, acerca de lo cual juzgo yo por las sensaciones que en mí producen.

Entre los magníficos jarrones, floreros y varios utensilios de vajilla que hemos visto, voy á hacer mencion de dos figuras que pertenecen á otro género.

La primera representa á un viejo sentado en un sillón, y á una jóven de pié, presentándole una jícara de chocolate.

La segunda representa á una jóven sentada como el viejo, y á un jovencito que la ofrece un presente de amor.

Las cuatro figuras tienen tules ó encajes estrechos en los remates de sus vestidos, segun el gusto de la época.

La persona que nos conducia nos preguntó, señalando á los tules que decoraban los remates de aquellos trajes:

—*¿Qué creen ustedes que es esto?*

Yo respondí:

—Creo que es un tul que se ha unido á la porcelana.

Pregunté á mi mujer, y mi mujer creia como yo que era tul.

Nuestro guia se sonrió en señal de triunfo, diciéndonos que no lo habiamos mirado bien.

Nos fijamos más; pero no conseguimos sino ratificarnos en la idea anterior de que aquello era encaje.

Aún á trueque de quebrantar los estatutos de la casa, la persona que nos conducia nos permitió que tocáramos el ribete en que nosotros veiamos positivamente una blonda.

Tocamos; aquel tul no era tul, sino porcelana. Mi mujer y yo permanecemos un poco cortados, puesto que repetidamente hicimos muestras de no creer lo que aseguraba nuestro guia.

Le habiamos desmentido de una manera que le honraba, porque honraba al establecimiento; á veces un mentís es una victoria; pero al cabo le habiamos desmentido.

Vamos ahora al efecto de las figuras.

Al ver al viejo sentado en su poltrona, con la espalda un tanto caída sobre el pecho; con la frente un tanto caída también, como si las canas la agobiasen: al ver sus ojos que de soslayo y furtivamente miran á la muchacha como el milano mira á la tórtola, reflejando de un modo tan característico *la sábia malicia de la experiencia*; al estudiar la cara de aquel hombre, cuya mirada fraudulenta parece pasearse sobre la jóven, no pudiendo adivinar nosotros si se entristece, ó si se extasía devorando un goce que ha muerto en su organización, pero que vive y que palpita en su memoria y en su ansiedad: al mirar aquel corazón que ya no late en aquella vejez; al mirar aquella vejez que late aún en aquel corazón: más todavía; al contemplar las piernas del viejo, cruzada la una sobre la otra, mientras que la derecha parece moverse como si quisiera decirnos: *¡quién habia de pensarlo! ¡Quién habia de pensar que aquellos tiempos pasaran tan pronto!*

Al estudiar también la actitud de la jóven que está de pié á su lado; al estudiar aquel aire confuso y vacilante, como si se hallase cercada por la mirada ávida del viejo, semejante á la cierva que oye gritos por todas partes y no sabe de qué modo huir, ni á qué punto correr: al estudiar el efecto admirable con que inclina la mano derecha que tiene la taza, mientras que la taza se ladea y va á verterse el chocolate; al comprender aquel doble efecto de la mano, doble digo, porque su inclinación procede tanto del peso natural del plato y de la jícara, como de aquella especie de aturdimiento que la atribulaba: al contemplar estas figuras un hombre dotado de la emoción del arte, no puede menos de llegar á la evidencia perfectísima de que ni la escultura ni la pintura harían más.

Vamos al otro grupo.

La jóven está sentada en una silla; pero sentada como se sienta una muchacha que vive menos en sus órganos que en su sentimiento; como se sienta una mujer que todavía no ha amado, y cuya aspiración suprema es amar; como se sienta esa mujer cuando tiene delante al hombre que ama. No se sabe si está sentada en una silla, ó si flota en el aire, como se mece un nido en el árbol, cuando lo agita el viento.

Mira hácia abajo, mientras que con el dedo pulgar y el índice coge un pliegue sutil en su falda. Entreabre y frunce los labios con violencia, como si temiera que se la va á escapar su secreto; y significando de un modo confuso la duda, el rubor y esa fantasía indecisa de un deseo vírgen, de un primer deseo; esa alucinación con que nos seduce la idealidad milagrosa de una esperanza que nunca se ha sentido; la alucinación que nos causa el agujero de un mago, cuando creemos en la magia.

La situación embarazosa y complicada de la jóven, contrasta vivamente con la sinceridad ingénuo y cándida que destella el rostro de su amante.

¡Qué grupos tan portentosamente comprendidos, tan portentosamente ejecutados!

En fin, cualquiera que vuelva los ojos á estas figuras, pronunciará indudablemente las mismas palabras que llevan escritas al pié de cada grupo.

La del viejo dice: *¡si la vejez pudiera!* (Si vieillisse pouvait!)

Y la del jóven: *¡si supiera la juventud!* (Si jeunesse savait!)

Es una moralidad picaresca, punzante, pero oportuna, graciosa, habilísima: la moralidad del pueblo francés; *el golpe mágico del palaustre*.

A su tiempo hablaré á mis lectores de una fábrica de tapicerías, titulada de los Gibelinos, la primera que existe en el mundo.

La fábrica de Sevres es en porcelana lo que los Gibelinos en tapices. El Japon es muy superior por lo precioso de la materia; pero no por lo hábil del trabajo.

Bien, se dirá por alguno: ¿qué significa esa fábrica de Sevres? ¿Qué es? Un horno que funde jarrones, flores y vajillas para los reyes, para los grandes, para los ricos, una fábrica de preseas.

No, amigos míos, no: si así fuese, bien sabe Dios que no hallaría aquí gran cosa que admirar. Los hechos no pueden mirarse de ese modo, de un modo egoísta. La fábrica de Sevres, como la manufactura de los Gibelinos, tiene un sentido mucho más alto, otra clase de elocuencia social.

Estas dos fábricas son dos monumentos que un pueblo entusiasta y creador erige á la industria elevada, inteligente, liberal; esa industria, que arrancando sus obras de la miseria de su precio, de su venalidad, de su tarifa, las hace infinitas como el genio representado por una estátua, y trasmite su última plenitud, su personalismo más trascendente á las tareas del espíritu humano.

Esta industria es el arte, llamado ayer oficio: es el hombre, llamado ayer siervo: es la fantasía y el sentimiento haciéndose amos de la materia, despojándola de sus girones asquerosos, purgándola de la nota de vil que ayer la afeaba.

Pero no sólo es esto. Aquí se comprende de un modo irresistible, aunque no queramos, que luego que las formas nos hieren con la emoción de la belleza, todas son igualmente artísticas. Se comprende de un modo irresistible que no hay más que un arte, porque no hay más que una naturaleza que nos ofrece el original de lo bello, porque no hay más que un corazón para leer aquel original. Sí; aquí se comprende, yo estoy orgulloso de sentirlo, que el arte se desdobra en la palabra, y se llama poesía ó elocuencia; que se desdobra en la voz y en el gesto, y se llama declamación; que se desdobra en el ademán y toma el nombre de pantomima; que se desdobra en la armonía del sonido y es música; que se desdobra en el dibujo y en el color, y se llama pintura; como se desdobra en un mármol, y se llama escultura; como se desdobra en los movimientos del hombre, y se llama baile; como se desdobra en los tapices y en la porcelana, denominándose fábrica de los Gibelinos y fábrica de Sevres.

Yo tenía la noción del arte universal; pero aquella noción es ahora más exacta y más profunda; más universal, más extensa también; porque la toco prácticamente, y la práctica da á las cosas su última extensión.

Tomamos el ómnibus que va á Versalles, y apenas trascurrió hora y media, cuando ya pisábamos el suelo de esta antigua isla de Chipre.

El carruaje hace alto, y al bajar nos vimos enfrente del suntuoso alcázar.

¡Luis XIV, Richelieu, Colbert, salud!

No hablo á vosotras, piedras amontonadas, testigos mudos, á quienes no quiero interrogar, porque antes de veros os había interrogado en mi corazón. No te hablo á tí, Versalles de otros siglos, eden donde han

llorado tantos ojos: no te hablo á tí, gran fantasma de mármol, en que yo leo con ojos inflamados lamentos y amonestaciones de la historia.

Hablo á tres hombres que crearon á Versailles, sacrificando para ello á la Francia, y que son superiores á otros hombres que sacrificaron la Francia y que no crearon á Versailles.

¡Luis XIV, Richelieu, Colbert, salud! Ignoro si vuestras cenizas me oyen; pero unos pobres extranjeros os saludan.

¿Qué podré decir de los museos que encierra este suntuoso palacio?

No sabria por dónde empezar, tendria que transcribir los tres volúmenes que he comprado.

Conténtese el lector con saber que aquí está toda la Francia histórica en lienzo y piedra. No perdiéndose este palacio, no puede perderse la historia del pueblo francés.

Escaleras magníficas, salones espaciosos, retretes adornados con una riqueza y una profusion que sorprenden; una sala que no tiene igual en el mundo, si se exceptúa la gran sala del palacio del Louvre: en una palabra, Versailles fué la grande galantería de uno de los reyes más galantes que ha existido, y este palacio es la galantería maestra de Versailles.

Pero pasemos á estudiar una cosa más bella, más fecunda, más predestinada: la escuela de Vernet, del gran Vernet.

Este pintor se dedicó casi exclusivamente al género de las batallas; pero no de las batallas antiguas que eran como una especie de divinización de la guerra, el sacrificio de la caridad que nos debemos todos, hecho en aras de un señor opulento ó de un tirano. Los cuadros

de Vernet son la escuela social, la escuela del exámen llevada al género que cultivó. Vernet es un grande obrero del alma, que conduce una piedra colosal al edificio en que trabaja toda la historia de cinco siglos.

La pintura, que habia adulado sucesivamente al guerrero, al monarca, al noble, al fraile: la pintura, que durante el trascurso de tantos siglos, habia sido sierva y mendiga, en los pabellones de campaña, en el palacio, en el castillo, en la iglesia, en el claustro, levanta un dia la frente empolvada, mira en torno suyo, comprende la verdad, la escribe en un lienzo, y viene á ser el culto de una nueva razon, de una razon cristiana; viene á ser la voz que abandona el desierto y que clama en el mundo, una imprenta semejante á la de Guttemberg, el espíritu práctico y real de los modernos. Esto hizo Vernet. ¡Cuánto hizo! ¡Cuán superior es su inspiracion! ¡Cuán superior es su filosofía! Sobre todo, ¡cuán superior es su moral!

La Francia será con él desagradecida si no le levanta una estatua, dice un ingeniero amigo mio. Yo no lo creo así, el genio no tiene precision de ninguna especie de idolatría, de ninguna especie de símbolos transitorios.

El genio no tiene precision de un pedazo de piedra, que se rompe, que se cae, que se pulveriza, como se marchita una planta, ó como una hoja es arrebatada por el aire. El genio es la santidad de la conciencia, la historia de Dios. Quede el mármol para la historia de los que tienen vanidad, de los que no tienen bastante con su alma.

¿Qué estatua mejor que esa escuela admirable?

Penetramos en la primer sala de las pinturas de Vernet.

El cuadro en que me fijo representa á un combatiente moribundo. Está pálido, horriblemente pálido; tiene el labio inferior caído, dejando ver una encía amoratada, y cualquiera diría que sus párpados van á cubrir unos ojos turbios. Un amigo lo asiste de rodillas, llevándose una mano á la frente, en señal de desesperación.

En el cuadro que miro, campea, hasta en los menores detalles, la verdad llena, franca y vigorosa que sólo comprenden los grandes maestros.

El segundo cuadro que miro representa á un guerrero joven y entusiasta, el cual enarbola un estandarte en actitud de incitar á la venganza y á la guerra.

Cerca de él, una madre coge á su hijo, le sujeta frenéticamente con el brazo izquierdo, como si pretendiese unirlo á su corazón; y con los ojos ardiendo de ira, con la pupila dilatada y profunda por el dolor y por el espanto, con la cabellera descompuesta, con labio cárdeno, seco y convulsivo, hundiendo la nuca y alzando la frente, como el náufrago que saca la cabeza para que el oleaje no le confunda; la madre, la mujer de la Providencia, amenaza al guerrero con un ademán que trae á nuestra memoria las palabras de Agripa á Octavio: *¡levántate, verdugo!* La madre no le dice *levántate*; le dice *¡calla!*

Este cuadro es de una elocuencia arrebatadora; de una intención sentida, concienzuda y fuerte. No hay espacio alguno entre la vista y la emoción. El sentimiento arrolla al juicio, lo absorbe, lo anonada: el juicio cae de rodillas y adora.

Este cuadro nos impresiona instantáneamente; nos impresiona de un modo profundo, sin que nos dé tiempo de deliberar acerca de si debe impresionarnos ó no, como el esquife que se pone sobre un torrente, no deja tiempo al marinero de echar el áncora.

Esto nos impresiona como el fuego nos quema: sin saberlo nosotros, aún contra nuestra propia voluntad. Ese es el arte; ese es el genio, ese es Vernet. Mientras que yo admiraba los pormenores más minuciosos de este cuadro maestro, mi mujer volvió los ojos al otro lienzo de pared, decorado por una pintura que representa á un hombre muerto, abandonado en un campo de batalla. ¡Qué solemnidad! ¡Qué grandeza! ¡Qué poesía! ¡Qué espíritu!

Aquel monton de carne está allí entre los pliegues de su vestido, como un trapo que se tira al suelo, y que contrae los dobleces á que le obliga su gravedad. Realmente, aquel muerto parece un giron lanzado á la tierra; un giron perdido entre sus mismos pliegues. Allá un árbol seco, allá una piedra negra; el hombre está en medio, está muerto y solo.

¡Qué conocimiento tan profundo, y qué sentido tan delicado! ¡Con qué seguridad se comprende aquí que no hay arte sin ciencia, que no hay imágen sin pensamiento! ¡Con qué evidencia se comprende aquí que no hay poeta sin que sea poeta y filósofo! Al ver aquel cuadro, al ver á un hombre muerto en aquel páramo, no podemos menos de hablar bajo como si estuviésemos en una iglesia.

Se supone que el guerrero del cuadro que examino murió hace algun tiempo, la sangre ha debido descomponerse por el rocío de la noche y la humedad natural de la tierra, y está amoratado, incomparablemente amoratado.

Me parece que si llevo la mano al semblante del muerto, aquel semblante se deshará como si fuera de salvado ó serrín.

Tiene la oreja empedernida y algo vidriosa; este viso cárdeno es mayor por detrás de la misma oreja, y se va extendiendo, aunque más apagado, por entre un cabello claro y flojo, como si aquella carne que se desorganiza no tuviese vigor para sujetar la cabellera.

Mi mujer se cubrió los ojos, y exclamó aterrada: *no quiero ver más, no puedo estar aquí*, y salió precipitadamente de la galería. Yo no pude dejarla sola, exponiéndola á que se extraviara entre la multitud que inunda estos salones, y no me ví con tiempo sino para clavar una mirada y distinguir lo que he descrito.

¡Desdichado de mí! He venido especialmente á Versalles para tener noticias de este nuevo género de pintura, y no he visto más que tres cuadros. Pero ¡qué tres cuadros! ¡Qué tres cantos tan grandes añadidos al inmenso poema del hombre! ¡Qué tres palmas más bellas coronando la frente ensangrentada del ilustre mártir!

Lo repito; el arte que en el trascurso de tantos siglos habia adulado al fuerte, al noble, al rico, al poderoso, vuelve hoy los ojos á un pobre soldado, á un hombre insepulto, á un giron de carne, destinado á servir de alimento á los buitres, y le levanta en esos lienzos un magnífico panteon. ¿Qué mausoleo de ningun magnate de la tierra vale tanto como esa pintura? Cuando vivia aquel pobre soldado, no tenia tal vez en el mundo ni casa, ni abrigo, ni familia; muerto y abandonado en aquel campo de batalla, Horacio Vernet le ha dado un palacio. De un hombre desgraciado ha hecho un héroe; de un infortunio, de una desventura, de un dolor, de aquella lágrima derramada allí, ha hecho Horacio Vernet una solemnidad, una

magnificencia, una gloria. ¡Dios le dará toda la que merece por el bien que hizo al mundo, por el consuelo que da á mi corazón! El pintor deja el mundo, se va por el campo, halla un hombre muerto en un erial, lo coge y lo entierra. El pintor da tierra sagrada al infeliz cristiano que no encontraba una sepultura. Ese cuadro que miro y que venero, ese cuadro imponente y terrible, esa elocuencia fervorosa, esa poesía adorable, esa pintura inmóvil y solemne, esa íntima voz del alma que hace latir mi pecho, es un entierro, una limosna, una caridad, unas exequias. El pintor llora sobre aquel rostro mústio, sobre aquella carne amoratada, sobre aquel corazón helado. Horacio Vernet llora, escribe sus lágrimas en aquel lienzo, y el pobre soldado resucita, el muerto vive, el muerto es una creación inmortal. ¡Y hay quien dice que el arte no influye en los destinos de la vida! ¡Y hay quien dice que el arte de Vernet es un arte gentil, protestante, revolucionario! ¡Pobre gente! Horacio Vernet llora por aquel hombre desamparado; Horacio Vernet le da sepultura, le da tierra sagrada; le hace esa última y suprema piedad; Horacio Vernet da al mundo una lágrima para que la vierta sobre esa tumba, esa tumba que él ha construido en ese cuadro, por que ese cuadro es una sepultura cristiana, la violeta que nace al pie de una cruz, el ciprés que se eleva en medio de una soledad: ¿y á eso llamais gentilidad, protestantismo, revolucion? ¿Enterrar á un cristiano insepulto es revolucion, protestantismo, gentilidad? Llorar por él, y resucitarlo con aquella lágrima de salud, ¿eso es gentil, revolucionario, protestante?

El arte de Horacio Vernet es el arte del infortunio, del dolor; el arte de la Virgen María que llora por su hijo al pie de la cruz. En una palabra; la pintura de Horacio Vernet, es un arte que llora junto á un muerto; es un arte que llora, y el arte que llora no es el arte gentil, ni protestante, ni revolucionario.

El arte gentil ríe. El arte protestante disputa. El arte revolucionario quema. Si algún arte llora en el mundo, desde la creación hasta nuestros días, ese arte es el espíritu del monte Calvario, el arte de un espíritu que redime al hombre a precio de martirio, a precio de llanto.

¡Bien haya el rey que amontonó estas piedras, para que vinieran a servir de alcázar a nuevos reyes! Sí; Luis XIV no es el gran rey de ese palacio; su gran rey es Vernet. Un pintor se ha convertido en un monarca; un pobre soldado insepulto, un pobre cadáver, se ha tornado en héroe. ¿Y creéis que eso ha podido hacerlo la gentilidad? ¡No! Hacer de una desdicha una esperanza, hacer de un dolor una magnificencia, hacer de una lágrima un poder y una gloria, correr el mundo de cabo a cabo, cavar la tierra de polo a polo, rebuscar la historia página por página, escudriñar todo, desde el abismo a las estrellas; yo os digo que si halláis en la creación quien haga eso, será el cristianismo, el arte de la cruz, la lágrima de la Virgen María, como he dicho antes, y no me canso nunca de repetir.

La lágrima fecunda y divina de la Virgen cristiana, ese es aquel soldado muerto, esa es aquella sublime pintura, ese es el arte del Evangelio, ese es el arte del cristianismo.

Hemos almorzado en una fonda de la Plaza por trece francos, visitamos las fuentes, las más ricas del mundo en juegos de aguas, oímos la música militar cerca del estanque que está en último término, nos sentamos haciendo parte de la sociedad elegantísima que inunda esta esplanada; Vernet me llama y me reconcilia con ella; volvimos luego, tomamos el ómnibus, ya divisamos las torres de París: a las seis de la tarde nos apeamos enfrente del palacio de la Industria.

Al bajar del ómnibus, mi mujer y yo nos cruzamos algunas palabras: una de las señoras que esperaban sin duda algún amigo ó algún pariente, se acercó á nosotros y nos preguntó con el mayor afecto si éramos españoles.

Es de Zaragoza, hace cuarenta años que vive en Francia, se llama doña

Antonia, está casada con M. Houzé y vive en Passy, calle Mayor, núm. 38.

Estamos convidados para ir á comer mañana en su jardin.

No puedo más por hoy. ¡Adios, Vernet! ¡Adios, Versailles!

Dia décimo octavo.

Visita de un ingeniero, excursiones históricas, epigramas.

Estamos quietos y tranquilos en nuestra habitacion. La idea de Versailles nos preocupa absolutamente, como si no dejara espacio alguno en nuestras imaginaciones para otra idea ni otro recuerdo. ¡Qué alcázar! ¡Qué museo! ¡Qué salones! ¡Qué lujo! ¡Qué riqueza! nos decimos continuamente mi mujer y yo. Luis XIV no tenia necesidad de otro monumento que Versailles, para que la fama le festejara con el epíteto de uno de los reyes más galantes que conoce la historia.

En este momento sentimos que llaman á la puerta de nuestro cuarto; abro y me doy de cara con un ingeniero español, á quien vi ayer en una de las salas de Horacio Vernet. Sobre la escuela de este gran pintor, dije cuatro palabras en presencia suya; noté que me miraba

con cierta sorpresa y maravilla; nos despedimos, ofreciéndonos mutuamente nuestras habitaciones en Paris, y seguramente no esperaba yo tener hoy el gusto de verme agasajado por su visita.

Le recibí con la franqueza alegre y cariñosa de paisano, porque paisanos son los compatriotas cuando se ven en país extranjero; le supliqué que se sentara; se sentó, y hubo un instante de silencio, ese instante en que cada cual piensa lo que ha de decir, ó sobre qué ha de hablar.

—Usted extrañará, dijo sonriéndose el ingeniero, que haya usado tan pronto del ofrecimiento que tuvo usted la bondad de hacerme de su amistad y de su casa....

—No, señor, contesté interrumpiéndole; tengo bastante con la satisfaccion de ver á usted en nuestra compañía.

Mi hombre inclinó cortesmente la cabeza, en señal de agradecer aquel cumplido mio, y me miró con el encogimiento inevitable del que viene á pedir alguna cosa. Yo le contemplaba de hito en hito, como para comprender sus intenciones, y ver en qué actitud debia esperarle. Hable usted con entera confianza, le dije, y á despecho suyo le cogí el sombrero que tenia en la mano, y se lo coloqué en una silla. Despues aproximé mi asiento al suyo, y le exhorté con una mirada de interés y de afecto.

—Es el caso, dijo animándose nuestro interlocutor, que tengo una viva curiosidad porque usted me explique lo que me dijo ayer en Versailles, sobre la pintura de Horacio Vernet. Yo soy ingeniero; entiendo algo de líneas rectas y de líneas curvas; pero no he estudiado hasta el presente la erudicion del arte, y no alcanzo bien el sentido de ciertas

escuelas. Voy á confesárselo á usted ingénuamente. Todo lo que usted me dijo ayer sobre los cuadros de batallas, me pareció extraño y peregrino, hasta maravilloso, porque en aquellos cuadros veía yo una pintura desembarazada y atrevida, nada más. Horacio Vernet era en mi juicio un maestro de buenos arranques, de osada concepcion, de detalles felices, un poeta social, no un arte nuevo, no una nueva escuela, no una grande trasformacion, no un grande genio, como usted le llama. Esta poca importancia que yo atribuía á Horacio Vernet y á sus cuadros, debe provenir de que yo ignoro las revoluciones por que el arte ha pasado en la historia; debe provenir de que yo ignoro lo que ha sucedido en el mundo, y deseo vivamente que se tome usted la molestia de explicarme el asunto.

—Pues, amigo mio, dije al ingeniero; echando á un lado la humildad soberbia del hipócrita, contesto á usted que ha dicho muy bien. El arte tiene sus antigüedades, su arqueología particular, unida al espíritu de la historia, y es muy natural que no comprenda la importancia de Horacio Vernet, no comprendiendo la profunda significacion histórica de su escuela. Yo he estudiado algo acerca de esto, he aprendido un poco, nada más que un poco, y voy á decírselo á usted sin reserva ni ambages, con la mayor ingenuidad del mundo, segun mi leal saber y entender, como decian tan admirablemente los antiguos.

El mundo, este prodigioso y múltiple espectáculo que nos rodea por todas partes, ha pasado por varios períodos, ha sufrido diferentes cambios; y á cada una de esas mudanzas, á cada una de esas renovaciones, por decirlo así, se ha dado el nombre de civilizacion; de modo, que podrémos decir que ha pasado por varias civilizaciones. Para el objeto que nos ocupa, bastará enumerar los períodos siguientes: período ó civilizacion del Asia; tiempos de Grecia y Roma;

tiempos de Esparta; tiempos cristianos; tiempos feudales; renacimiento; edad moderna.

El Asia idolatró la materia de dos modos: la materia ruda, el monte, el volcan, la serpiente, el cocodrilo; y la materia elemental: la tierra, el aire, el agua y el fuego. La adoracion de la materia ruda es la que se llama fetiquismo, el cual comprende toda la historia de Siria y de Caldea; la adoracion de la materia elemental es lo que se llama sabeismo, el cual comprende la tan famosa civilizacion egipcia.

Los griegos idolatrarón la materia también, pero de otro modo. La materia de los griegos no era la materia natural, la que encontraron en la creacion, la sustancia visible del universo; era una materia que ellos modelaron, era una materia artística. Propiamente hablando, los griegos no idolatrarón la materia como los asiáticos, sino la forma, el contorno, la arquitectura. Aténas idolatró el arte, un arte bello en apariencia, feo en realidad; gracioso y seductor en la superficie, deforme y repugnante en el fondo; lleno por fuera, vacío por dentro. El arte de Grecia es un cuerpo hermoso que no tiene alma, como hay mujeres sumamente bellas que no tienen entendimiento ni corazón. Es un magnífico pedestal, pero sin estatua; un sábio geroglífico, pero sin pirámide; un arcano que no tiene misterios, ó bien un misterio que no tiene arcanos. El arte de Aténas es materialista, grosero, impuro. No importa que Vénus sea disoluta; el secreto está en que sea hermosa. No importa que el demasiado aroma emponzoñe el aire; el secreto está en que se quemé aroma.

Esparta idolatró también; pero de otra manera, con otra intencion: es decir, con otra especie de idolatría. El ídolo espartano es la patria, y como el guardian de la patria era la guerra, el ídolo espartano es

tambien la guerra. No hay individuo, no hay familia, no hay hogar, no hay casa; no hay más que nacion. El hombre se ha sacrificado al país; el fraile se ha sacrificado al convento; el creador se ha sacrificado á la criatura.

El Asia vivia en la fascinacion, Grecia y Roma en la fantasía; Esparta en el comunismo guerrero.

El Asia coge la religion, la ciencia, la moral, la política, el arte, todo, y lo quema en nombre del volcan ó del astro.

La Grecia echa por tierra el ara de aquellos sacrificios, remueve las arenas y las momias del Asia, cierne las cenizas del fuego pasado, coloca en la urna de su genio el polvo del arte, lo amasa á su modo, lo compone, lo crea, y quema todo lo demás en nombre de su hermoso y brillante ídolo.

La Esparta acude, ve que todo arde, que todo se sacrifica allí, alarga una mano atrevida, valerosa, pujante, y aparta sólo la política de aquel gran holocausto.

Materia, forma, patria, hé aquí los tres símbolos de esas tres edades, de esas tres civilizaciones, de esos tres grandes y célebres reinados históricos.

Nace despues en un cielo muy claro, muy limpio, muy sereno, muy apacible; nace, repito, el sol venturoso que alumbra un establo de la humilde Belém; nace el astro puro que vivificó todo el ambiente y toda la tierra; nace el astro que alumbró la venida de Jesus, y el hombre, sin conocerlo ni sentirlo, va penetrando en su racionio, en su conciencia, en su voluntad, en su imaginacion, en su sentimiento, en su creencia, en su trabajo; sin comprenderlo, sin adivinarlo, sin

presumirlo, por virtud de un espíritu que está en la mente de la Providencia, como está el aire en los espacios de la atmósfera, el hombre comenzó á penetrar en todo él, á comunicarse con él mismo en todas sus fuerzas y relaciones; comenzó á conocerse, á conocer al hombre, á conocer la naturaleza, á conocer á Dios. El hombre cristiano vivió para la ciencia, para la moral, para el dogma, para la política, para el arte, para la industria, para el comercio, para el oficio, para todo lo que encontró en el universo; porque ese universo, todo ese cúmulo de poder, de grandeza y de gloria, era la alta ciudadanía que daba Dios al nuevo ciudadano. ¡Mudanza portentosa!

¡Trasformacion inconcebible y adorable! ¡Catástrofe divina! El mundo piensa, cree, elige, discute, imagina, siente, trabaja; calla la sinagoga judía; callan los agüeros paganos; callan los oráculos gentiles; callan los dioses mitológicos; callan los geroglíficos egipcios; los ídolos callan, callan para siempre; muchas sepulturas se abren, muchos muertos asoman.... Otro mundo principia, otro rey manda, otro Dios gobierna.

El Asia, Grecia, Esparta y Roma, dieron al hombre lo que ellas crearon para él.

El cristianismo ha dado al hombre lo que para él ha creado el cielo.

El mundo se creó sustancialmente en el génesis de Moisés.

El mundo se creó espiritualmente en el génesis de Jesus.

El cristianismo es la renovacion moral de la vida; la reconstruccion de la primitiva casa del hombre. Para el espíritu de la moral cristiana, el ciego ve, el sordo oye, corre el tullido, sana el enfermo, el pobre es rico, el pequeño es grande, el ignorante es sábio, el extranjero es

nuestro hermano.... ¿No le parece á usted todo esto inmensamente grande? ¿No le parece á usted inmensa y providencialmente grande, inmensa y santamente providencial, providencial é inmensamente santo?

—Sí, señor, contestó el ingeniero.

—Pues bien, repuse yo, ahí está Horacio Vernet; ahí están los cuadros de Versalles; ahí están aquellas preciosas batallas.

Cada una de las renovaciones que ha operado en el mundo la ley cristiana, tiene sus artífices, sus personajes, sus creadores, sus artistas históricos, si así puede decirse. Uno de esos grandes artistas, de esos creadores, de esos personajes de la historia; uno de esos grandes obreros del gran taller, del taller cristiano, es el modesto, el retirado, el humilde, el glorioso Horacio Vernet. Horacio Vernet es en pintura, lo que San Bernardo en religion, lo que San Agustin en moral, lo que Descartes en filosofía, lo que Bichat en ciencia, lo que Federico de Prusia en política, lo que Guttemberg y Colon en el invento, lo que el Dante en la poesía épica, lo que Petrarca en la poesía lírica, lo que Shakspeare en la dramática, lo que Cervantes en el romance y en la novela, lo que Bellini é Hyden en música, lo que Montgolfier, Vaucauson y Fulton en industria y comercio. Un gran renovador de la humanidad, un poderoso artista de la historia, eso es lo que vimos ayer en Versalles; ese es Horacio Vernet.

Para el pintor del Asia, la pintura era un ídolo.

Para el pintor de Grecia, una Vénus, un héroe, unas bodas.

Para el pintor de Esparta, un guerrero.

Para el pintor feudal, un señor ó un fraile.

Para el pintor del renacimiento, un rey ó un santo.

Para Horacio Vernet es el hombre; el hombre muerto en aquel campo de batalla; aquel hombre puesto boca abajo, solo, abandonado de todo el mundo, sin más testigos que una piedra, una mata y el cielo; aquel hombre muerto para la materia, lleno de vida y de verdad para el arte, para la moral y para el dogma; aquel hombre tan lleno de vida y de belleza, que aún estando difunto, que aún siendo cadáver, parece ser el habitador de aquel desierto, el genio imponente de aquella soledad. Se dice que el arte de Vernet es una escuela puramente social, profana, protestante: ¡No! ¡Mil veces no! Eso sólo puede decirlo la ignorancia, ó el odio, ó la calumnia. La pintura de Horacio Vernet no sólo es un arte atrevido, fecundo, armonioso, patético, ardiente, sino un arte maduro, pensador, ferviente, religioso, religiosísimo. Es el arte sublime de la madre que llora por su hijo, que se va á la guerra; el hijo, que es tal vez aquel hombre muerto en un escampado. La pintura que vimos ayer enVersalles, es el arte de la lágrima cristiana, como he dicho en estos apuntes más de una vez.

—Mas ¿por qué, preguntó el ingeniero, cuenta usted á Colon entre los genios inventores?

—Porque en Colon, respondí yo, lo mismo se halla la ciencia austera y convencida que nos demuestra una verdad, como la afortunada inspiracion del que inventa, como la idealidad poética del que adivina, como la hábil diligencia del que ejecuta, como la valentía del que pelea, como el instinto del que organiza. Colon presiente un nuevo mundo, del mismo modo que mueve el timon de una nave, del mismo modo que desnuda la espada, ó que mira la brújula, ó que conquista

un territorio, ó que enarbola el estandarte de la redencion. Colon es tan sábio como poeta, tan poeta como marinero, tan marinero como inventor, tan inventor como soldado, tan soldado como caudillo; en una palabra, servia tanto para menestral como para príncipe, ó para príncipe como para menestral. Despues de la esperanza que el hombre tiene en Dios, lo más grande del mundo es el genio, y Colon es uno de los genios más grandes de que puede gloriarse el mundo.

—¿Quién cree usted que es más grande, Colon ó Napoleon I?

—Colon, incomparablemente más.

—¿Y entre Colon y Hernan Cortés?

-Colon.

—¿Y entre Colon y Washington?

—Colon.

—¿Y entre Colon y Horacio Vernet?

—Ambos: ambos trabajaron, no para un pueblo, no para su gloria, sino para todos; para el pensamiento cristiano. Conquistaron un mundo, y se lo dieron á la humanidad sin orgullo y sin pompa.

—¿Y qué artífices tiene nuestro país en la renovacion cristiana? ¿Será cosa que España no tenga á nadie en esa segunda humanidad?

—Sí tiene; tiene á San Isidoro de Sevilla, en erudicion; á D. Alonso el Sábio, en leyes; á Santa Teresa de Jesus, en disciplina y en ejemplo; á Juan de Mena, el marqués de Santillana, Garcilaso, Fray Luis de Leon, los Argensolas, Lope de Vega, Quevedo, Góngora, Rioja y

Herrera, en poesía lírica; á Calderon, en poesía dramática; al soldado Alonso de Ercilla, en poesía épica; al autor del *Quijote*, en el romance; á Blasco de Garay, en el invento; al Padre Mariana, en historia; al Padre Isla, en sátira; al Padre Feijóo, en crítica; á Vives, en literatura filosófica; á Campomanes, en organizacion social; á Jovellanos, en economía; á Florez Estrada, en hacienda; y así otros muchos que no recuerdo en este instante.

—¿Comprende usted ahora, pregunté al ingeniero, la importancia de la pintura de Horacio Vernet? ¿Comprende usted ahora la importancia, el carácter profundo y el profundo sentido histórico de ese gran pintor?

—Sí señor, ahora lo comprendo.

A renglon seguido me preguntó cuándo nos veriamos; le ofrecí visitarle; se despidió con un hidalgo y fervoroso apretón de manos, y mi mujer y yo quedamos solos. Mi compañera se vistió en un santi-amen; cátanos en la calle, mi querido lector, á los pocos minutos.

Apenas salimos del portal de la fonda, cuando veo pasar á una jóven muy alambicada, con mucho adobo, mucho menjuge y alguna sobra de eso que llaman colorete, la cual volvía el rostro con mucha frecuencia. Á mí se me ocurrió la siguiente quintilla, sin embargo de no pertenecer *al gremio de los trovadores*.

Vuelves el rostro bruñido;

¿Qué se te perdió, doncella?

Y contestó un atrevido:

«No, nada se la ha perdido,

Es que se ha perdido ella.»

Seguimos hasta la calle de Richelieu, y al doblar á mano derecha, como quien va al boulevard de los Italianos, vemos dos señoras que se apean de un coche. La una es de cierta edad, y va vestida como conviene; la otra es jóven, vivaracha como una ardilla, debe hablar como una cotorra, y lleva un aderezo encarnado con lazos rabiosos, hojuelas doradas y relumbrones. Al ver tanto arrumaco, y tanto perifollo, y tanto ringorrango, y tantos peregiles, como decimos por allá, se me ocurrió otro verso.

Tan compuesta ayer te ví
Que loco me enamoré;
Mas la verdad, hoy no sé
Si fué del traje ó de tí.

Esto debe decirse de todas las jóvenes que, llevadas de la pasión funesta de que las adoren por el vestido, suponen al traje un encanto que es el secreto de la modestia, del recato, de la sencillez y de la virtud. ¿No conocen las jóvenes que una tela no puede inspirarnos amor? ¡Quieren ser ídolos muy ataviados, muy bonitos por fuera! ¡Ay! Ese ídolo es adorado un día, luego se ve que es barro; el idólatra se avergüenza; se retira á escondidas del falso culto, y el dios fingido cae del altar. Esos lazos color de sangre, esas hojuelas relucientes, esos reflejos y esos prismas, son teas engañosas que alumbran en la calle, en la tertulia, en el festin; el interior de la casa, el interior de la familia, el corazón del hombre está á oscuras.

Limpieza, recato, virtud y una flor, una flor sencilla, una flor del campo, una flor pura y olorosa: hé aquí el traje más rico de una jóven; hé aquí la gala más preciosa, la de más efecto, la que más enamora á los hombres sensatos, á los hombres que son capaces de hacer feliz á

una mujer. Si el cielo me hubiera concedido una hija, no me cansaría de repetírselo día y noche. El lujo, el excesivo ornato, el loco deseo de dar al artificio lo que debe ser obra de la naturaleza; más claro, el extravagante y loco deseo de encantar al hombre, presentándose á sus ojos con el ridículo atavío de una muñeca, cuando Dios no ha dado aquel encanto á la muñeca, sino á la mujer, es positivamente lo que ha causado más desgracias en este mundo, y desgracias las más irremediables y lastimosas. Aquella pasión funestísima, aquel prurito inconcebible, ha hecho más víctimas que las pestes, las plagas, las hambres y las guerras. Es un cólera morbo que no se va nunca, que siempre está diezmando la población. Es el vómito negro, ó la fiebre amarilla de las mujeres; la más peligrosa y pestilente de las enfermedades endémicas.

Jóven, en cuyas manos caiga por casualidad este libro, cree lo que te dice un hombre que tiene ya canas, que comprende algo de los achaques de la vida, algo de los achaques de la mujer, y que sin conocerte, desea verdaderamente tu felicidad, como desea la felicidad de todo el mundo: no te dejes llevar de reflejos que lucen por fuera; no ahogues tu alma, no ahogues tu corazón, no ahogues un deseo que te ha dado el que creó el sol y las estrellas; no ahogues el encanto que te ha dado Dios, el encanto que está en tí misma, que va contigo; no ahogues esa virtud divina dentro de una hojuela dorada, de un lazo encarnado, de un prisma azul ó verde. No sacrifiques el brillante que se cria en el cielo y en tu alma, al otro diamante que se cria en el monte, y que puede ser el pago infame que da el vicio á la mujer que pone en olvido sus deberes. Yendo muy compuesta, puede suceder que te mires un día al espejo, y que palidezcas y te sonrojes. Yendo aseada y limpia, limpia de alma y cuerpo, mírate al espejo sin cuidado; mírate cuando quieras; la mirada ingénua de la que obra bien llenará

tu pecho de alegría. No lo olvides por Dios, jóven que leas estos pobres apuntes: limpieza, recato, sencillez, virtud y una flor; deja lo demás al cuidado del cielo; un hombre te amará, te amará de veras, como tú deseas ser amada, y serás venturosa hasta en tus hijos.

Es casi seguro que mis lectores se cansarán de estos sermones indigestos; pero me atrevo á suplicarles indulgencia, en gracia al menos de la buena intencion con que lo hago. ¡Quién sabe si alguna mujer, al ver estas líneas, sale del abismo de la perdicion, del abismo del lujo, de la idolatría de los aderezos, de las joyas y de las galas! ¡Quién sabe si mis fervorosos consejos pueden hacer algun bien en el mundo! El verdadero escritor, el escritor de buena fe y de buen deseo, es tambien un ministro de la moral, un sacerdote de la religion. Mi querido lector, perdóname. Imploro tu indulgencia por mis predicaciones, y vuelvo á predicar cuando quiero excusarme de haber predicado. Hago lo que aquel que se arrepentia de arrepentirse de haberse arrepentido.

Salimos al alegre y hermoso boulevard de los Italianos. ¡Greñas de Sanson! Las fotografías inundan este pueblo, como la langosta inunda los campos. Retratos para medallones, para sortijas, para guardapelos, para tarjetas, para cartas, para todo. Creo que llegará tiempo en que un zapatero ponga su retrato fotografiado en la suela de cada zapato que hace, y en que los aguadores peguen tambien su estampa con engrudo, en el *frontispicio* de la cuba, como medio de identificar la persona. Creo, y lo digo formal, que dentro de poco serán inútiles las cédulas de vecindad, llevando cada cual su fotografía en el bolsillo, ó pegada al pecho á guisa de medalla ó de cruz. El fotógrafo sucederá al agente de policía. Á mí se me ocurre otro verso:

Retrátate, sí, Torcuato;
Basta de hablar: ¡pronto! ¡pronto!
Hoy no se puede ser tonto....
Si no lo dice el retrato.

En una de las esquinas de la calle de Lepelletier, hemos visto un marco con el retrato de un señor muy gordo, cuyo señor, según se dice, cuenta con probabilidades de salir presidente del congreso de diputados. Este buen señor se llama *Monsieur Chou*, que es como si dijéramos en castellano *el señor Col*. Con este motivo (¡maldición!) se me ocurre otro verso. Estoy escandalizado de mí mismo. Nunca me he dado á la poesía, y en cuanto hoy miro veo redondillas castellanas. Vamos al presunto presidente.

Monsieur Col, el hombre grueso,
De presidente saldrá,
Y de este modo tendrá
Verdura todo el Congreso.

A los veinte pasos del retrato del *señor Col*, vimos venir como una procesion de hombres, en el momento de desembocar de la calle de Provenza. Nos emparejamos con la procesion (tal nos parecia á nosotros), pregunté á un tendero que se habia asomado á la puerta, atraido por la novedad, y este hombre me dice que es una sociedad de judíos, la cual celebra no sé qué fiesta religiosa, en solemnidad de la apertura de un ferro-carril, canal, ó cosa semejante. Prosiguiendo yo en mi manía de ver versos en todo, hasta en la fiesta de los judíos, me acordé de un epigrama de D. Narciso Serra, que mis lectores no podrán comprender, sin cuatro palabras que expliquen el caso. Habia en Madrid una empresa ó sociedad dramática, que tocaba su ruina

con la mano, sino con la mano con el bolsillo, (¡cosa tan de moda en las empresas teatrales de Madrid!) y en las boqueadas de la agonía, resuelve celebrar el aniversario de Lope de Vega. Y para que este aniversario causara más rumor en el ánimo público, y acudiera gente al teatro, se anunció en algunos periódicos que se diría una misa por el alma de aquel ilustre ingenio, á cuya misa fuéron invitados varios actores y literatos distinguidos, entre ellos D. Narciso Serra, que dijo á los socios, antes de principiarse la ceremonia:

En esta misa de pega,
Presumo que cada socio
Rezará por su negocio
Más que por Lope de Vega.

Esto digo yo de la sociedad de judíos. Más que del espíritu de Jehová, se acordarán indudablemente del tanto por ciento que se prometen del canal ó del ferro-carril.

Entramos en el célebre restaurant de la Sílfide, nos sentamos, se llega un garçon ... pero basta por hoy, mis queridos lectores. Para mañana tengo un plan oculto. Pienso levantarme muy temprano, y sin que lo sepa mi mujer, me iré al Luxemburgo, visitaré el palacio, pasearé por las alamedas, luego tomaré el ómnibus que va á San Cloud, partiendo del palacio Real y haciendo escala en el arco del Triunfo, y me alargaré hasta el famoso bosque de Bolonia.

=Dia décimo nono=.

Omnibus.—El Paris de acá y el Paris de allá.—Palacio de Luxemburgo.—Sus estátuas, sus paseos.—Mujeres del pueblo que

hacen labores manuales en las glorietas.—Bosque de Bolonia.—
Catelan.—fisonomías diferentes de los garçones de mi hotel.—
Pesares.

Antes de las siete de la mañana estoy situado en una esquina de la calle de Richelieu, dando cara al magnífico bulevar de los Italianos. Espero el ómnibus que va al palacio de Luxemburgo.

Durante once minutos que he permanecido cerca de la esquina, han atravesado el bulevar de los Italianos cuarenta y nueve ómnibus con veinte personas cada uno, diez en el interior y otras diez en el imperial. Suponiendo que en el trascurso de toda la carrera se renueven tres veces los pasajeros, los cuarenta y nueve ómnibus operarian un trasporte de cuatro mil personas próximamente.

Este cálculo no debe parecer exagerado á los lectores, cuando he visto ayer en un periódico semi-oficial, que existen en circulacion cuatrocientos sesenta y tres ómnibus, trescientos sesenta y nueve para las varias carreras de Paris, y noventa y cuatro para los puntos circunvecinos.

Los cuatrocientos sesenta y tres ómnibus de que hablo, han andado por dia ocho mil trescientas diez y seis leguas, ó sea al año tres millones, treinta y tres mil setecientas cuarenta.

Los viajeros trasportados en todas las líneas han subido á más de cuarenta y nueve millones y medio (49.590.421) en 1856, y á más de sesenta millones en 1857 (60.067.147), resultando un exceso de más de diez millones de transeuntes á favor de la última época.

El producto de los ómnibus destinados al servicio especial de Paris, montó en 1857 á treinta y seis millones y medio de reales.

Al fin pasó el ómnibus que va á Luxemburgo por las Tullerías y el Puente Nuevo, y subí al imperial. Me parece que voy sentado sobre la azotea de una pequeña casa ambulante.

A los veinte minutos estábamos en nuestro destino, despues de haber atravesado varias calles estrechas que no se parecen en nada á las anchas y bulliciosas del otro Paris. Note el lector que en Paris hay dos poblaciones distintas, distincion marcada por el curso del rio. Cada orilla es una frontera de aquellos dos países, representantes de dos grandes períodos históricos, de dos grandes razas sociales, si así puede decirse. Hay el Paris de la tradicion, y el Paris de las creaciones modernas: en el primero habitan con predileccion los nobles y los ricos que buscan silencio, despues de haber buscado una buena renta entre el bullicio y la algazara. En el segundo habitan los comerciantes, los banqueros, los cambistas, las gentes de moda, de actualidad, gentes que quieren producir efectos cómicos ó trágicos, y los miles y miles de curiosos y de negociantes extranjeros que este gran centro llama.

Estas dos varias sociedades que se disputan el señorío de Paris, el giron de un mundo que ha caducado ya, y el otro giron de un mundo que no se ha organizado todavía, están simbolizados en dos edificios: *Luxemburgo y la Bolsa*.

Luxemburgo es el monumento del privilegio y de la renta.

La Bolsa es el templo del movimiento, de la creacion y del cambio.

Las Tullerías están situadas entre estos dos mundos antagonistas, como si quisieran participar del recuerdo del uno y de la fuerza del otro, presentándose como un tratado de paz entre ambos.

El Luxemburgo es un palacio inmenso, grave, solitario, majestuoso. Su fábrica se halla en muy buen estado, y no obstante, despierta en nuestro ánimo esos recuerdos señoriales que parecen dormir entre las ruinas negruzcas de un antiguo castillo.

Tiene una espaciosa glorieta, con surtidores, grupos y estatuas, además de un hermoso y bien asistido paseo.

Al examinar las muchas estatuas que siembran estos silenciosos lugares, he notado que la demasiada asistencia, el demasiado esmero y el excesivo aliño de que aquí son objeto todas las cosas, quitan á las concepciones artísticas el encanto del arte, el aura indefinible y deliciosa que lo rodea en otros países. Aquí todo parece lo mismo, porque el cuidado que está en todas partes lo nivela todo, despojando á la obra del hombre de esas variedades de siglo y de lugar que constituyen el gusto maestro de la naturaleza.

Un poco de limo verdoso en una estatua la comunica la sancion venerable del tiempo, el sentimiento inexplicable de la historia; y este espíritu vago y armonioso á la vez, este espíritu que viene á denotarnos el contraste que resulta entre lo transitorio de la piedra humedecida por un poco de limo, y lo eterno de la moral que aquella piedra simboliza; esta vaguedad espontánea, sencilla, verdadera, invisible, que va y viene entre lo que se toca y lo que se adivina, entre el limo y el genio, es precisamente la pincelada que da al arte su sentido más ideal, más bello y más profundo, porque es el sentido

más conforme á la poesía de la creacion, es decir, á la poesía inimitable de la verdad.

No hay naturalidad en estas creaciones; la naturalidad con que la yerba es verde, con que el cielo es azul, con que la estrella nos envia sus luces plateadas. Noto cierto entumecimiento en este arte; es creador, infatigable, jóven; pero parece un jóven tullido; un tullido que no puede moverse sin que la parálisis le arranque un dolor y una queja. No sé si me equivoco; pero esto es lo que me dicta mi sentimiento, ageno á toda preocupacion de envidia, de odio ó de historia. Es un arte magnífico, colosal; pero le falta un no sé qué de arte.

Despues de examinar las estátuas, me interné en el paseo, y vi con mucho gusto á varias familias artesanas haciendo labores manuales, bajo los árboles de las glorietas. Esta costumbre es verdaderamente pintoresca, infantil, encantadora, patriarcal. No he visto en mi vida á esas mujeres, no las he mirado á la cara, y las tengo cariño, porque tengo cariño á las yerbas que tocan, á esta vida que llevan, á este aire que respiran.

Me interné más en los jardines, y me ví solo; no tenia más compañeros que las flores y el rumor indeciso de una leve brisa de verano, y me parecia que distaba de Paris muchas leguas.

¡Cuánto preferiria una gruta aquí al hotel de la calle Feydeau! ¡Cuánto más grata me seria esa casita que estoy viendo, cerca de la estátua del pintor Lessueur!

Ahora me siento enfrente de la estátua. Unos ramos de madre selva se agitan suavemente sobre mi sombrero. ¡Qué bien me encuentro aquí!

Me parece que soy mejor, y que me amo más á mí propio. Á un tiempo oigo el acompasado y casi imperceptible susurro del viento entre las hojas de los árboles, el ruido lejano de agua corriente, el acento festivo de unos niños que juegan, y el clamoreo confuso que nos anuncia la proximidad de una gran poblacion, como el sordo rumor del oleaje nos anuncia la cercanía del Océano.

Me acordé que tenia que volver á Paris, y sentí dos cosas: repugnancia y temor, casi miedo.

Soledad, encanto del triste, encanto de mi corazon, vírgen de mis pesares, vírgen de mi alma; si amas, si esperas algo en este mundo, dame tus amores y tus esperanzas. Si tienes dolores, si tienes misterios, dame tus misterios y tus dolores.

Al poco tiempo subia en un ómnibus que me llevó al Palacio Real, y luego en otro que tenia la carrera de San Club, haciendo escala en el arco de la Estrella. Allí me apeé y seguí hasta el bosque de Bolonia.

El bosque de Bolonia no es un paseo, propiamente hablando: es una selva que tiene leguas de extension: es el desahogo de las gentes de carruaje que van allí, como se va á tomar aires al campo. Se encuentra cascada, lago, isleta en medio con puentes rústicos, de un aspecto gracioso; chinescos, barquillas, circo y muchos espectáculos de varios géneros.

Yo me interné hasta donde logré quedarme solo, sin oir otra cosa que el ruido confuso de los coches y el crugido del látigo.

Me senté un instante sobre la yerba, y me vi halagado por una expansion y un bienestar que no experimentaba desde nuestra llegada á Paris. Me parecia que en aquel momento recobraba la libertad, y

sentia por la luz esa especie de religiosa gratitud que siente el cautivo. Miraba hácia bajo, y veia musgo verde; miraba en torno mio, y veia árboles; miraba á lo alto, y veia cielo. Sentado en una piedra solitaria, á despecho mio, me acude la idea de Andalucía, la idea del país en donde he nacido y me he criado. Hace veintidos años que dejé la casa paterna; volví á los nueve con el deseo de abrazar á mi madre; pero no pude verla; no estaba en el mundo; habia muerto. Á la hora de morir, cinco hijos rodeaban su lecho, uno faltaba. Mi madre diria en su corazon: «¡bien se lo dije! ¡El tiene la culpa; me muero sin verle!» ¡Tenga Dios misericordia de mí!

Mi madre no vivia; pero la Providencia ha dado lágrimas al hombre para lavar con ellas sus pecados, sus olvidos, sus yerros; y lágrimas ardientes y fervorosas humedecieron el sepulcro de la que me dió el sér. ¡Gloria! ¡Sueño terrible! ¡Angel cruel, cuánto has comido de mi alma y de mi cuerpo! ¡Quién lo hubiera sabido! ¡Quién hubiera podido adivinarlo! Los campos en donde pasé mi niñez no me hubieran visto desertar; el Océano no hubiera dejado de oír mi pobre voz; yo hubiera visto morir á mi madre y á mis hermanos. Una humilde choza por vivienda; un saco de paja por lecho; un haz de enea por almohada; una honrada esteva por oficio; pan, agua y salud por alimento; un ramo de tomillo por corona; los bosques, los mares y los cielos por poesía; el Dios que llena al mundo por esperanza; ¿qué más podia apetecer? Tú tenias razon, madre de mi alma; tú me decias bien, madre de mi vida. Te desobedecí, fuí ingrato á tu amor, fuí sordo á tu llanto, y el cielo me castiga por aquella culpa. Pero tú que fuiste tan buena, tan paciente, tan generosa; tú que tanto sufriste, que tanto lloraste, madre de mi vida, madre de mi alma, tú perdonarás á tu hijo.

Apenas me desembarace de ciertos asuntos que me tienen amarrado en Madrid; más claro, apenas logre reunir algún dinero, me iré á Sevilla, mandaré hacer una losa, pasaré á la raya de Portugal, y yo mismo la colocaré en una sepultura, en nombre de todos mis hermanos. Ya tengo hecho el epitafio, el cual pertenece también á mis lectores; hélo aquí.

«FILOMENA, JOAQUINA, NICOLÁS, AMPARO, HERMENEGILDA Y ROQUE, Á SU ADORADA MADRE.»

«Tras estos mármoles fijos
Verá nuestra amante fe,
Que una madre siempre ve
Las lágrimas de sus hijos.»

Lector mio, cuando esta obra se publique, no te parezca cara. No tengo otro sueldo, ni otro patrimonio que mi trabajo personal, mi trabajo de sol á sol como humilde obrero de la inteligencia, y de esta obra he de sacar más de mil duros que habré tenido que gastar para escribirla, y si pudiera ser, para comprar la lápida de mi madre.

Medio enternecido y medio lloroso me levanté de aquella piedra, y empecé á dar vueltas por allí. Miré á todos lados, no había nadie ¡qué felicidad! Hay ciertos instantes en que los hombres me inspiran miedo; ciertos instantes en que el silencio es mi más dulce compañía.

Caminando despues al acaso, encontré una pequeña columna. La piedra es historia también, y me vino en deseo conocer la historia de aquella piedra. Héla aquí tal como ha llegado á mis oídos.

Hubo un francés apellidado *Catelan*, el cual vivía santamente en Provincias. Á este Catelan se ocurrió la idea (cualquiera otra le

hubiera salido mejor) de trillar el camino de Paris, con el objeto de conducir varios presentes al rey de entonces. No me acuerdo en este momento qué rey era; pero desde luego debe suponerse que un rey de antaño debía ser, porque al morirse aquel Catelan, comenzaron á morirse los Catelanes que trillan caminos para hacer presentes.

Púsose en marcha aquel bendito hombre, despues de haberse confesado, porque tambien hubo un tiempo en Francia en que el cristiano tenia que proveerse de la confesion, como del primer artículo del viaje.

Noticioso el monarca de la venida del buen Catelan, ó de los presentes que Catelan traia, ora fuese por Catelan, ora por los presentes, porque la tradicion no aclara este punto, envió un piquete de soldados bajo el mando de un capitan, cuyo piquete tenia por fin el guardar al espléndido provinciano de los bandoleros y asesinos que infestaban á la sazón el bosque de Bolonia. Sépalo el brillante Alejandro Dumas. Hubo tiempo en que los vasallos se confesaban para caminar; tiempo en que los bandoleros y asesinos empedraban el bosque de Bolonia, si el gran novelista me permite la palabra empedrar.

El capitan que mandaba la escolta se situó en los puntos convenientes, el buen viajero se vió libre de los huéspedes habituales del bosque, pero ¡cosa imprevista! no se vió libre del capitan. El capitan de los soldados se puso en lugar de los bandidos, y el pobre Catelan fué robado y muerto.

Mucho tiempo despues tuvo lugar un baile en palacio, y una señora de las asistentes llevaba un objeto de que constaba ser portador el asesinado en el bosque de Bolonia. Dieron principio las sospechas,

luego las pesquisas, por fin se adquirió la evidencia del crimen, el capitán fué ahorcado, y el célebre bosque vió alzarse una piedra en obsequio y honra del fiel vasallo Catelan.

Esto es, punto más, punto menos, lo que acerca de esta columna cuenta la tradicion, y no deja en verdad de ser un consejo provechoso.

Parece imposible que este bosque tan concurrido, tan guardado, el paseo de la alta sociedad de Paris, el refugio y el embeleso de las gentes de coche y librea, haya sido un tiempo guarida de asesinos y de ladrones.

Sin embargo, hoy se invoca aún por cierta escuela la moralidad de aquellos tiempos. Cierta escuela grita aterrada que tocamos ya un período disolvente, que nos precipitamos por instantes en un abismo de perdicion. La escuela á que me refiero dice bien: corremos por instantes á la disolucion.... de dicha escuela.

A las once en punto entraba en el patio del hotel de Feydeau. Los garçones me hicieron un saludo apenas perceptible. Esto quiere decir que no iba bien vestido. En efecto, mi mujer y yo hemos notado repetidas veces, que los saludos son más ó menos afectuosos, más ó menos cumplidos, á proporcion del traje que llevamos. Esto es un motivo curioso de estudio, porque el lector comprenderá sin duda las infinitas gradaciones que deben mediar, desde balbucear los buenos dias á un mendigo, hasta doblar ambas rodillas ante un emperador.

¡Ay! ¡Cuándo y dónde, encontraré un pueblo en la tierra, en que no se me mire al pecho y á los piés, como para ver si llevo cadena y bota de charol; para ver si pueden esperar de mí una *propina*, sino que se me

mire á la frente y á los ojos, para ver si tengo talento y bondad con que hacer un bien á este mundo!

¡Cuánta fe necesita el hombre para que su alma no se cáuterice, al tocar la hiel corrosiva de estas nauseabundas experiencias!

No siento odio; acaso no siento desprecio tampoco, pero siento una profunda lástima, y sobre todo un profundo dolor.

Este es quizá un malvado, un holgazan, un idiota.

—¿Lleva cadena?

-Sí.

—¿Lleva brillantes?

-Sí.

—¿Va en coche?

—Sí.

—¿Se inclinan ante él sus lacayos?

-Sí.

—¿Quién es?

—Un semi-Dios.

Este otro es honrado, caritativo, afectuoso, creador, valiente.

—¿Lleva los bigotes untados con resina á izquierda y derecha, como si fuese pregonando la guerra al gran turco?

—No.

—¿Lleva cadena?

—No.

—¿Lleva brillantes?

-No.

—¿Va en coche?

—No.

—¿Tiene una librea que le idolatre?

-No.

—¿Quién es?

—Nada; un pobre diablo.

Si esto fuese verdad; si esta fuese la ley moral del mundo, si esta hiel que devora fuese el espíritu de la creación ¡qué horrible sería la Omnipotencia del que hizo al hombre! ¡Qué horrible sería la Omnipotencia del que nos creó, para corroer nuestras entrañas con aquella ponzoña!

Afortunadamente no es así; entre aparentes contradicciones, Dios triunfa siempre; entre huracanes y nublados, el sol siempre brilla.

Mi mujer me esperaba con impaciencia; almorzamos en el restaurant de la calle del Banco, y empleé la tarde en escribir para *La América*, el primer artículo sobre la Europa. De este modo dió fin el día vigésimo.

=Dia vigésimo=.

Historias.

¡Pobre Luisa! Así se llama la mujer vestida de negro. Cuando volvimos de almorzar, estuvimos hablando con la lechera, la cual nos reveló secretos que nos afligen profundamente. La jóven que habita uno de los cuartos principales del hotel de enfrente, no es francesa; es de Pisa, una de las más célebres ciudades de Toscana, una de las más bellas ciudades del mundo. A Pisa fué, con el objeto de convalecer de una enfermedad, cierto estudiante del partido de Rodhese, departamento de Lyon; el tal estudiante vió á Luisa, se enamoró de ella, hubo de decírselo, y á ella hubo de parecerla bien: si no bien, no debió parecerla mal, por lo que luego verán mis lectores. Luisa se enamoró tambien, y esto era necesario para que se cumpliese la verdad constante de que las jóvenes se enamoran siempre, casi siempre, de lo que ha de hacerlas desgraciadas. Es un arcano incomprendible de la edad, una sombra que lleva consigo la inocencia. El amante descubre á su familia y á la de la novia, la intencion que abriga de unirse á Luisa, y ambas familias se opusieron abiertamente, en atencion á la poca edad de los novios, puesto que él no tenia veinte años, y ella acababa de cumplir diez y siete. Los novios insistieron en sus propósitos, y no sólo insistieron, sino que se amaron con más ahinco, se amaron con el frenesí de la prohibicion; más claro, se divinizaron en su fantasía, creyéndose héroes de novela, mártires del amor. La generalidad de los padres ignora cuánto influye esto, y con cuánto cuidado se debe evitar. Creen que esas imaginaciones son poesía.... ¡Ah! ellos no saben que la poesía es una de las cosas que más arrastran á la humanidad, uno de los poderes más formidables de la vida, especialmente cuando todavía hemos vivido poco, cuando la

huel de los desengaños no ha acibarado nuestro corazón, cuando nos encontramos en la poesía del que sueña, porque todavía no comprende. Sí; entiéndanlo los padres; la fantasía, la emoción poética, es lo que más seduce a una joven; eso que ellos creen que es un puro romance de ciegos, es la tentación más fascinadora y más irresistible. El sueño del alma es lo que más puede en el hombre y en la mujer, cuando el alma de las mujeres y de los hombres se encuentra en la edad de soñar. El estudiante y esa pobre mujer de enfrente se *poetizaron*, se creyeron víctimas sacrificadas a la violencia, a la tiranía, y no hay poder humano que tenga fuerza contra esa apoteosis de la imaginación. Y cuanto más se sufre, cuanto más se padece, cuanto más se llora, tanto más se ama aquella desventura, aquella pasión, aquella poesía. Cuantos más dolores pasa el mártir, tanto más ama la palma del martirio. Luisa y su amante se habían enamorado con un doble afecto: se habían enamorado de sus personas y de su infortunio; se amaban por lo que se amaban y por lo que sufrían; por lo que sentían y por lo que lloraban; es decir, se amaban como amantes y como héroes. Algunos padres continuarán creyendo que estas verdades son cuentos de bruja, coplas de Calaino; pero los resultados tienen una elocuencia que no miente.

La familia del estudiante le mandó que volviera a Rodhese; pero el estudiante no volvía. Los padres de la novia la prohibieron que se asomara a los balcones con el fin de ver a su amante; pero la novia se asomaba. ¡Poesías! ¡Pura poesía! Bien, contesto yo; serán poesías o lo que ustedes quieran; pero el hecho es que los padres mandaban a la novia que no se asomase, y sin embargo la novia se asomaba; el hecho es que la familia del estudiante le mandaba que se volviese al departamento de Lyon, y sin embargo el estudiante no volvía.

Vista la resistencia del muchacho, sus padres acudieron á la política, á que siempre acuden los padres que no tienen talento, ó que no conocen el corazon humano. El modo, dicen estos padres, de que el pájaro vuelva á la jaula, es hacer de modo que no halle alpiste fuera, y discurrendo así, les parece que se han salvado con un golpe supremo de sabiduría. ¡Qué ignorancia! ¡Qué error! En efecto, el pájaro vuelve á la jaula, cuando fuera de ella no encuentra alpiste; vuelve á la jaula para no morir de hambre; pero no vuelve él; vuelve la necesidad que le obliga; vuelve el hambre que siente; no vuelve el hijo; vuelve el hambre. ¿Y qué? ¿Los padres son padres de esa hambre ó de ese hijo? El pájaro vuelve á la jaula, y en ella permanece encerrado, mientras que no rompe con el pico algun alambre de la prision. Luego que puede huir, huye. Luego que puede tender el vuelo al aire libre, á los rayos del sol, lo hace. Pero ¿hace bien ó mal? No lo sé; no quiero saberlo, ni averiguarlo, ni aun oirlo. Sé que el prisionero ama la libertad; sé que quien está á oscuras ama la luz; sé que quien vive emparedado, desea estirar sus miembros, desea moverse, agitarse, respirar; sé que lo desea fanáticamente, con un ánsia frenética, con un instinto providencial. Los padres que opinan de otro modo están engañados, y mil desgracias que ocurran cada dia, vienen real y positivamente, menos de la liviandad de los hijos, que de aquel engaño de los padres. *¡Quitarles el alpiste, para que vivan encerrados en la jaula!* No; eso no es tener hijos; eso es tener cautivos ó esclavos; eso no es ser padres; eso es ser carceleros. Y ¿qué amor quiere un padre que el hijo le tenga, qué respeto quiere que el hijo le profese, cómo solicita que el hijo le venere y le ame, cuando no se presenta á él como padre, sino como cómitre, como tirano, como carcelero?

Yo suplico á los padres que piensan así, que oigan y que contesten; no que me contesten de palabra, no que me contesten tampoco por

escrito; sino que se respondan á sí propios en su conciencia y en su corazon.

Su hijo es un hombre; un hombre que nace para amar, como para amar nació su padre. Ese hijo ama en virtud de un instinto superior á su voluntad, á sus ideas, á su poder; superior al poder, á las ideas y á la voluntad de todo el mundo. ¿Qué intentan los padres contra ese instinto? No pueden quitar ese instinto del alma de sus hijos, como no pueden remover los montes, ó secarlos mares; ¿qué intentan contra el mar y contra los montes?

El amor viene como vienen las plagas, las tormentas, los huracanes; como la luz cae de los astros; como el aire corre por la atmósfera. ¿Qué intentan los padres contra ese misterio de la vida? ¿Qué quieren hacer para que el ambiente no corra, y el huracan no sople, y la luz no descienda, y el contagio no infeste, y el trueno no estalle? ¿Qué pretenden contra el huracan, contra el contagio, contra el ambiente y contra la luz?

Su hijo ama por un derecho providencial; por un derecho de origen divino. Dios se lo ha dado, él lo tiene porque Dios se lo da: ¿qué intenta el padre contra lo que da Dios? ¿Qué planes concibe contra la Providencia que gobierna á todos, á él tambien? Vengan aquí los padres que así opinan, y que respondan.

Nada más absurdo, más bárbaro, más repugnante, que disputar á un padre el santo derecho del consejo, de la persuasion, de las lágrimas, hasta el enojo, porque muchas veces nos enojamos por lo que queremos, por el bien que ansiamos para los objetos de nuestro amor; pero de ningun modo puede darse á un padre la facultad de que haga un derecho de la violencia, de un abuso, de un atentado. No hay

derecho para hacer lo que no se debe, por la razón de que no hay abusos legítimos, crímenes morales. Una traición, una verdadera traición, no es nunca leal. Nada de violencia, especialmente la violencia que se ejerce sobre una pasión de nuestra alma, una pasión grande, inmensa, divina; sobre todo, en una época de nuestra vida en que la pasión entra por tanto, en que la pasión es casi todo, porque la juventud no es otra cosa que una pasión. Aconsejo á los hijos humildad, respeto, obediencia; más que obediencia; veneración, una veneración profunda y religiosa. Á los padres no se les debe únicamente obedecer, sino venerar; aconsejo á los hijos la veneración; pero no aconsejo á los padres la violencia. El hijo debe obedecer; el padre debe aconsejar y persuadir. ¿No alcanzan el consejo, la persuasión, la súplica, el llanto, el enojo? Pues hagamos alto; encima de la tierra está el cielo; sobre el hombre está Dios. A Dios toca lo que el hombre no puede arreglar, y un hombre es el padre.

Hay tres cosas en este mundo, sobre las cuales no puede ponerse una mano airada; tres cosas que todos debemos reverenciar, porque son un depósito de la Providencia: una idea, una lágrima y un amor. La idea es el ángel del pasado; la lágrima es el ángel del presente, el amor es el ángel del porvenir; sí, del porvenir, porque la esperanza y la fe son los primeros de nuestros amores. Cuando el hombre quiera encender fuego para quemar el mundo, quémelo todo; pero que no arrime la tea á esos tres ángeles.

Pues volviendo á la historia de Pisa, los padres del novio retiraron al hijo el dinero; esto es, quitaron el alpiste al pájaro para que volviera á la jaula. El estudiante encontró manera de hacer que su novia supiese lo ocurrido, porque no hay manera que no encuentren los que se aman; la novia se turba, se turba el novio, ambos se creen perdidos en

sus ilusiones, se ven, se miran.... ¡Ah! No hay alpiste que valga contra estas cosas. Llega un día en que, al amanecer, se abren las puertas de una casa, y una jóven baja la escalera, con un envoltorio en la mano, despeinada, trémula, azarosa, paladeando sin cesar, porque la saliva pegaba sus labios; esa jóven atraviesa furtivamente algunas calles, mira hácia atrás y vuelve á correr, hasta que llega á un punto en donde un hombre la esperaba. Cerca de ellos estaba un coche, la portezuela se abre, ambos suben, el carruaje empieza su marcha.... Todo está perdido; ya no hay remedio. Al día siguiente estaban en Livorno; al otro día en Génova; al tercero en Marsella, al cuarto en Paris. Se hospedan en uno de los muchos hoteles de la calle de Buenavista, de la calle en que estamos nosotros, casi enfrente de nuestro hotel. Nuestros lectores habrán supuesto seguramente que los viajeros de que hablo son Luisa y el estudiante de Rodhese. Con el dinero que ella sacó de la casa paterna, vivieron un mes, al cabo del cual el estudiante la manifestó que iba á su casa, con el fin de reconciliarse con su familia, y volver á Paris, ya para unirse á ella, ya para proseguir sus estudios. Ella lo creyó como era natural, y le dió hasta el último maravedí para el viaje. El amante partió; llegó á Rodhese, se avino con sus padres, y se determinó que fuera á seguir su carrera á Estrasburgo, en donde se halla actualmente. Luisa no ha visto de él una sola letra, y tuvo estas noticias por medio del amo del hotel, que escribió al país para averiguar lo ocurrido. Ella se encuentra sola, en tierra extraña, sin honor, sin medios, sin amigos, sin ayuda, sin esperanza, sin saber qué hacer, ni qué pensar, ni qué discurrir. Dice que no quiere vivir de ese modo, que anhela morirse, que quiere matarse; no duerme, no come, grita como una loca, y todo anuncia un mal desenlace. Entre tanto el novio estudia en Estrasburgo, y acaso hace la córte á otra desgraciada. ¡Qué corazones hay en el mundo!

¿Qué hace esa mujer? Nos preguntaba la lechera. ¿Cómo vuelve á la casa que ella abandonó? ¿Cómo vuelve al pueblo que ella escandalizó con su locura? ¿Cómo escribe á sus padres, á quienes ha causado tanta afrenta y tanto dolor? Y si va á su casa, y si la familia le hace la caridad de abrirla sus brazos, ¿cómo resiste esa pobre jóven la mirada terrible de su madre? ¿Qué ha de responder á su madre, cuando las dos se queden solas?

¡Ay! ¡cuántos males causa en este mundo la falta de prudencia! Si la familia, en vez de repudiarla y de extrañarla de su cariño; si en vez de reprenderla y de afrentarla por aquellos amores; si en vez de acercarla al amante, porque al amante se acercaba todo lo que se desviaba de su familia; si en vez de esto, la hubiera atraído con paciencia, la hubiera exhortado con consejos, con cariño, con persuasión, con lágrimas, con súplicas, si era menester; si un hombre prudente hubiera dado un plazo á sus esperanzas; la hubiera alentado, la hubiera tocado el corazón, ¿estaría ahora esa jóven en Paris llamando á la muerte, desamparada, sola, perdida? No; yo juro por mi alma que no. Perdóneme el lector este arranque ... no sé de qué: quizá es orgullo, quizá es vanidad, acaso es una ridícula jactancia; pero me parece que si yo hubiera sido el padre, el tío, el hermano, el amigo siquiera, de esa infeliz mujer, esa mujer estaría en su casa. Tal vez suspiraría por su amante; tal vez lloraría; pero estaría en su casa; estaría al lado de sus padres, tendría tranquila su conciencia, limpia su honra, y entero un corazón que ahora está desgarrado. Tal vez llorara en Pisa; pero ¡qué diferencia entre aquellas lágrimas, y las que ahora vierte en Paris! Mas el golpe está dado, y un momento basta para emponzoñar la existencia de una mujer.

En este momento se asoma al balcon, mi compañera la ve y me llama. Es muy blanca y tiene el cabello casi rubio. Hay en su fisonomía esa mezcla de expresion ardiente y melancólica, triste y apasionada, que es la gran belleza del tipo italiano. Mira con cierto frenesí á uno y otro lado de la calle, como si esperase á alguna persona. ¡Pobre Luisa! El estudiante está en Estrasburgo; es inútil que mires; no viene. ¡Cuánta amargura debe hervir en el alma de esa mujer! Parece que cruza y confunde sus miradas, como si una idea agujerease su cerebro, y se pasa la mano por la frente con mucha frecuencia. Es bien seguro que está sudando de congoja; es seguro que algun vértigo la amenaza.

—Esa mujer va á cometer un disparate, exclamó vivamente mi compañera, y yo no esperé más. Bajo en el acto, me voy á casa de la lechera de la vecindad, la llamo la atencion sobre el estado de Luisa, y la buena Madama Fonteral deja inmediatamente su quehacer, me mira de un modo cariñoso y benévolo:

—*¿Que voulez-vous que je fasse? (¿Qué quiere usted que haga?)*

—Quiero, la contesté, que se pase usted al hotel de enfrente ahora mismo, que entregue usted estos veinte francos al amo de la fonda, en pago de los quince dias de alquiler que Luisa le debe, que dé usted estos otros cuatro napoleones á Luisa para que atienda á sus necesidades, que averigüe el nombre y domicilio de los padres del estudiante de Estrasburgo, y que procure saber de la jóven si tiene algun tio, algun hermano, alguna persona de respeto á quien acudir, trayéndome la nota de los nombres y del punto de residencia. Haga usted de modo que ella ignore quién la suministra este insignificante recurso, y quién la hace estas preguntas, á fin de que tenga algo que la distraiga del pensamiento que la domina, y que acabará por volverla

loca. Dígala usted que no se desespere, que no se apure, que no se aflija. Dígala usted que el arrepentimiento y el dolor hacen con las heridas de nuestra alma, lo que el bálsamo con las heridas de nuestro cuerpo.

Madama Fonteral, moviendo afirmativamente la cabeza en señal de contento y de aprobacion, echó á escape, mientras que yo me volvia á mi cuarto. Cuando llegué, Luisa no estaba en el balcón, y mi mujer me dijo que temía una desgracia. Eran más de las once, y tuvimos precision de salir para almorzar. Almorzamos en un restaurant del boulevard de la Buena Nueva, á los cincuenta pasos de nuestra fonda, y nos volvimos para ver qué noticias nos daba Madama Ponteral. Esta pobre mujer habia subido a nuestra habitacion, y habiendo sabido que habiamos salido con el objeto de almorzar, nos estaba esperando en la puerta de su casa. Así que nos vió, entró en el portal de nuestra fonda, y subimos juntos.

—¿Qué hay, mi buena señora Fonteral? la pregunté.

—Tome usted dos notas. En esta va el nombre del padre del estudiante, y el pueblo de Rodhese, en donde vive. En esta otra hallará usted el nombre y apellido de una hermana de Luisa; casada en la misma ciudad en que está su familia, y á quien sus padres aman en extremo. La he dado el dinero que usted me entregó, la he dicho que están pagados los quince dias de alquiler, la he exhortado á que se arrepienta, á que olvide ese amor funesto, y á que espere en la misericordia de Dios.

—¿Y cómo está? la preguntó con impaciencia mi mujer.

—Quedó más tranquila, mucho más tranquila, y diciendo esto desapareció, dejándome las notas.

No quise perder tiempo. Aunque en mal francés, escribí una carta al padre del muchacho, y aunque en mal italiano también, escribí otra carta á la hermana de Luisa, pintando en ambas el abandono, la desesperacion y el peligro en que se veía esta desgraciada.

Se las traduje á mi mujer, que las creyó del caso, las cierro, pongo el sobre respectivo, y á los pocos minutos atravesábamos la calle de Buenavista, con el fin de echarlas al correo. Llegamos á la Plaza de la Bolsa, y las echamos en una estafeta que hay allí. Mi mujer echó la que iba dirigida á la hermana, y yo la que iba dirigida al padre del chico, como si creyéramos que podía ejercer alguna influencia la electricidad particular de cada sexo. Al arrojar las cartas por el buzón, mi mujer y yo exclamamos al mismo tiempo:

—*¡Dios las lleve por buen, camino!* Ignoro lo que sucederá; pero algo debe valer el buen deseo con que obramos, para conseguir la ayuda del cielo.

A diez pasos de la estafeta tomamos un coche, y al cuarto de hora nos encontrábamos en San Sulpicio. Este es uno de los seis ó siete edificios que han despertado en mí la emoción poética, sin embargo de que entran por centenares los monumentos suntuosos que tiene Paris. Al ver esta iglesia, me parece que estoy en el campo; creo como oler romero ó tomillo. Penetramos, y bajo estas bóvedas encuentro lo que no encontré en la Magdalena; lo que no hallé tampoco en el Panteón, espléndida creación ateniense. Reina aquí cierto espíritu vago y silencioso, que nos reconcilia con la idea de Dios. Aquí nos acordamos naturalmente de la piedad, y parece que

oramos, aún cuando no digamos ninguna oracion. Voy á decirlo, sin temor de que muchos se escandalicen: este San Sulpicio, con sus ventanas, sus columnas, sus torreones y sus veletas, que parecen aspas de un molino de viento; este San Sulpicio, con su gran pórtico; su nave extensa, desnuda, callada, sombría; su coro aislado; su majestuoso altar mayor; su oculta capilla de la Vírgen, iluminada por una luz confusa, indecisa, misteriosa, y sus enormes conchas venecianas que sirven de pilas; este San Sulpicio, vuelvo á decir, es más iglesia, más templo cristiano, que la Magdalena y el Panteon.

Esto nos demuestra que el arte religioso, tanto en arquitectura como en escultura, como en poesía, como en música, como en canto, en todo, tiene un carácter que no es posible equivocar ni confundir. El hombre no comprende la esencia de Dios, porque no comprende ninguna esencia. Presiente algo, adivina algo; pero no lo puede explicar; sobre todo, no puede reflejar su pensamiento en una imágen; es decir, no puede darnos la nocion artística de aquel pensamiento, porque no hay nocion artística sin figura, sin símil, y no hay figuras que nos representen lo que no se toca, lo que no se oye, lo que no se ve. Donde no hay imágenes no hay arte, porque no hay fantasía, y el hombre no halla imágenes para representarnos la inmensidad, por lo mismo que el hombre vive en el espacio, el cual no es inmenso. El arte, pues, es nulo para representarnos netamente la idea de Dios; ese Dios es más grande que toda figura, que todo símil, que toda poesía, que toda creacion humana. El arte no tiene otro recurso que llegarse á la ciencia, que pedirle sus pensamientos, sus conjeturas, sus arcanos; no tiene otro recurso que llegarse á la fe, para que le inspire con sus creencias y sus esperanzas, y copiar en el libro, en el edificio y en la estátua, las esperanzas de aquella fe, y los arcanos de aquella ciencia.

Esperanza y misterio, hé aquí el carácter esencial, el sentido íntimo, el alma del arte religioso.

No sé matemáticamente lo que espero, pero sé que espero. Fuera de aquí, fuera de este horizonte indefinible, no hay epopeya para el arte de la religion.

Viene el arte griego, y lo llena todo de luz, lo hace todo brillante, espléndido, provocador, casi lascivo. No; eso es el altar de una Vénus, el festin de unas bodas, una romería, un teatro. Ahí todo se toca, todo se ve, todo se concibe, todo se adivina. Esa no es la casa de Dios, porque ese Dios es la sombra augusta del universo, el augusto arcano de la vida, el portento que ninguna mente puede explicar, el abismo que ninguna sonda puede medir, y aquel festín griego, aquellas bodas, aquella alegría, no trae á mi imaginacion la idea del abismo, del portento, del arcano, de la sombra, de aquellas tinieblas sublimes; no trae á mi pensamiento la idea de Dios, el rumor vago, indefinible, poético y armonioso del espíritu universal. Ese arte, tan excelente para las formas, es absolutamente nulo, no sirve, para la metafísica religiosa del espíritu.

Y no tenemos más que concentrarnos por un instante, para comprender lucidamente la verdad de esta teoría.

Cuando nuestra vista no alcanza un objeto, ve sombra; es decir, no ve, porque el no ver consiste en no ver luz, y el no ver luz no es otra cosa que ver tinieblas.

Esto mismo sucede á nuestra alma, cuando no comprende un pensamiento. El pensamiento que no comprende, se la presenta oscuro, vacilante, sombrío, tenebroso. El horizonte de la sombra

comienza en donde termina el horizonte de la luz, como sucede á nuestros ojos.

Nuestra alma no comprende, no se demuestra, no se explica matemáticamente la esencia de Dios, se encuentra sin la luz del día en esa atmósfera inconmensurable, y viene la sombra de la noche; huye la evidencia y se da de cara con el misterio. Y este misterio y aquella sombra vienen á explicarle, lo que no han podido explicarle aquella luz y aquella evidencia. De modo, que en el arte de la religión, hace la sombra lo que hace la luz en el arte gentil; en el arte del espíritu, hace el misterio lo que en el arte de la forma hace la evidencia. Lo que allí es alegría, es aquí tristeza. Lo que allí es dolor, es aquí placer. Allí se ríe cuando aquí se llora, y allí se llora cuando aquí se ríe.

Por esto sucede que no me gusta oír en una iglesia la música de Donizetti, ni de Bellini, ni de Verdi. Á una iglesia no vamos á buscar el sentimiento de lo apasionado, de lo marcial, de lo atrevido, de lo voluptuoso, sino el sentimiento de lo solemne, de lo majestuoso, de lo augusto; más claro, el sentimiento de lo sublime, la emoción del patético, porque la idea de una suprema causa es el patético por excelencia. En una iglesia no quiero encontrarme al amante, al poeta, al caudillo, sino á mi creador. No me gusta encontrar allí mi genealogía humana; para eso iría al teatro; quiero encontrar mi genealogía divina, porque para eso voy á la iglesia. Y ahora me explico por qué me gusta más, cuando estoy en un templo, la música del Norte, la música germana. Y me explico también, por qué dos versos de la poesía inglesa, de la poesía sajona, de la poesía scita, esto es, de la poesía del Septentrion, me gustan más, muchísimo más,

que todo lo que ha dicho la poesía italiana, incluso la majestuosa poesía del Dante, acerca de un principio supremo.

Al describir la formación del mundo, pinta un poeta inglés al supremo Hacedor ocupado en aquella portentosa tarea, y dice que da fin á la creación, *poniendo alrededor de su trono la majestad de la sombra.*

Y pone alrededor del trono excelso
La augusta majestad de las tinieblas.

Esto es poesía religiosa; estos dos versos valen más, en este sentido, que toda la divina comedia del Dante. Eso no es hablar ni del mundo, ni del hombre; eso es hablar de Dios, de un Dios grande, inmenso, prodigioso, guardado por un velo, recatado por una nube, porque se habla de un Dios incomprendible por su grandeza, por su excelcitud, por su gloria, por su maravilla, por su poder; un Dios que no es tan Dios por lo que de él se sabe, como por todo lo que se ignora; un Dios que es menos Dios por su magnificencia que por sus arcanos; menos por la luz que hierve en la esfera del astro, que por la sombra que pone el poeta alrededor de su trono, aquella sombra que es el arte infinito de la eternidad.

La fábula es magnífica, porque es brillante.

Nuestro Dios es magnífico, porque es sombrío; es brillante, porque tiene alrededor de su trono la majestad de las tinieblas. No brilla para nuestros ojos, sino para otros ojos que hay más adentro, mucho más adentro; unos ojos que ven más allá, y que siempre ven, porque cuando no ven una luz, ven una sombra: cuando no ven, adivinan, creen y esperan.

En fin, ahora comprendo con seguridad, por qué este San Sulpicio me gusta más que el Panteon y la Magdalena, como arquitectura religiosa, como arte cristiano, como teología, como espíritu. Aquí hallo ese horizonte vago, indefinible, oscuro, patético, solemne, augusto, que está en armonía con el pensamiento de Dios, con aquella creacion austera, imponente y sublime, con aquellas tinieblas majestuosas de que rodea el poeta al excelso trono.

Hemos comido en el restaurant de Santa Teresa, en donde despedimos al cochero; luego hemos paseado por el jardin del palacio Real, nos sentamos durante hora y media, haciendo tertulia al venerable Lesperut, y volvemos á casa despues de las once.

—¿Qué hará Luisa? dijo mi compañera, al entrar en la calle de Buenavista.

—Acordarse del estudiante de Estrasburgo, contesté yo.

—Es verdad, repuso mi mujer; pero la lechera nos aseguró que estaba más tranquila.

—¡Ah! El volcan no aparece cuando no arroja lava; pero cuando no la vomita, la lava arde dentro. ¿Cómo quieres que olvide en una hora, el recuerdo más poderoso de su vida, la emocion más profunda de su existencia? Si el estudiante se presentase á ella, jurándola amor y fidelidad, Pisa, Paris, Francia, Italia, el universo entero, desaparecería ante los ojos de esa desdichada.

Pero, en fin, como dijo uno de nuestros antiguos trovadores:

El dolor hay que sufrir,
Pues plugo á Dios decretar

Que cause pena llorar
Para que agrade reir.

Para mañana tenemos un plan nuevo.

=Dia vigésimo primero=.

Noticias de España.—Recogida *del Cristianismo y el Progreso*,—Reflexiones.—La mujer vestida de negro.—Restaurant de Vefour.—Mr. Guizot.—Un ataque imprevisto.—Banco de Francia.

Mi querido lector, aquí nos tienes con el moco caído á mi mujer y á mí. Hemos recibido cartas de España, y con ellas la infausta nueva de que el gobierno ha mandado recoger una obra mia, una obra de mi particular cariño, en la cual fundaba por ahora todas mis esperanzas de subsistencia, porque en ella habia invertido todos mis recursos. En un dia, en una hora, he perdido diez años de estudio (diez años que me cuestan el sacrificio de mi salud) sin contar dos mil duros en que consistian mis penosísimos ahorros, y sobre quince mil reales con que me ayudaron algunos excelentes amigos. ¡Vuelta á empezar! ¡Cómo ha de ser!

La obra de que hablo es el CRISTIANISMO Y EL PROGRESO.

Mi mujer calla; pero me mira con un aire que quiere decir: ¿no te lo dije? ¿Quién te obliga á meterte á redentor, cuando no eres el Mesías prometido? Yo callaba, pero miraba á mi compañera con una expresion que equivalia á la siguiente: mujer, no hables de lo que no comprendes; no hables de un asunto que es tan superior á tu

inteligencia y á tu sentimiento. Hay muchas cosas que parecen errores de nuestra conducta, y que son verdades de conciencia, inspiraciones inevitables de un deseo virtuoso, sobre las cuales debe correrse un velo de misterio y de veneracion. Si los hombres no salieran del círculo en que obran como hijos, como padres y como esposos; si no salieran de la familia; si no pisaran los umbrales del mundo; si no les agitara ese algo grande, inmenso, providencial, con que nos llama el pensamiento de la ciencia, del arte, de la moral, de la religion; si ese espíritu heróico no moviera al hombre; si esa especie de fiebre sagrada no diera calor á nuestra sangre; en fin, si ese algo celeste é incomprendible no nos gobernara á despecho nuestro ¿qué seria de la vida humana? ¿Qué seria del mundo? Arrancad del alma del hombre aquel pensamiento, y la historia será un cadáver, y la tierra será un erial; más que un erial, más que un desierto, más que un páramo: será una sepultura; la sepultura de aquel difunto. Arrancad del alma del hombre ese llamamiento indefinible, esa última y suprema expresion de la vida, esa prodigiosísima escala de Jacob que une la tierra al cielo; esa escala por donde subimos á la cúspide de todo lo creado; esa cúspide desde la cual comprendemos y miramos á Dios; arrancad eso de la humanidad, y Babilonia no tendrá su Semíramis, ni el pueblo Israelita su Moisés, ni la India su Buddha, ni la China su gran Confucio, ni la Persia su venerable Zoroastro; quitad eso, y Leonidas no acude á las Termópilas, ni corre Temístocles á Salamina, ni el noble y virtuoso Arístides se hace eterno en Platea, ni el humilde poeta Simónides, solo, con la frente caida y los ojos húmedos, escribe en el campo, sobre una piedra tosca, las siguientes palabras que oyó temblando toda la tierra: *caminante, ve á decir á Esparta, que hemos muerto aquí por obedecer sus santas leyes*: quitad eso, expulsad ese huésped del mundo, y la Italia latina no tendrá un Scébola en la tienda de Pórcena,

ni un Scipion en Africa, ni un Ciceron en la tribuna, ni un Régulo en el Senado, ni un Julio César en todas partes. Haced que se apague esa voz con que nos llama el mundo, á nombre de la Providencia, y la Suiza no adorará el polvo de su Guillermo Tell, ni la Inglaterra nos hablará de Cromwel, ni la Francia pronunciará respetuosa el nombre querido de su Juana de Arcos, ni la libre y valiente España saludará entusiasta los manes sangrientos de un Padilla; los manes sangrientos tambien de una mujer que me estremece el alma; una mujer tan valerosa, tan cristiana, tan tierna y tan ferviente; una mujer tan noble y tan hermosa; una mujer que vale tanto como una nacion; Mariana Pineda. Arrancad del hombre la fe invisible que palpita en el corazon de esa mujer inmensa, de ese dia de gloria y de infortunio para nuestro país, y Galileo no dirá al mundo escandalizado que *él siente que la tierra se mueve bajo sus piés*; ni la ardiente mirada de Copérnico, surcando el éter, como el águila surca el espacio, volará á la esfera celeste y robará á los astros su ciencia y sus prodigios: ni un hombre colosal, fabulosamente colosal, colosalmente grande y atrevido, medirá la extension de los mares y de la tierra con el infalible compás de su genio, ni su milagrosa voluntad domará las olas del Océano desde una frágil caravela; ni un poeta sencillo; ni un romancero oscuro, ni un pobre manco, pondrá la mano sobre el papel, entre las sombras de una cárcel, para admirar al universo con el primer libro que han escrito los hombres: Miguel de Cervantes Saavedra no hubiera escrito su ingenioso Hidalgo. En fin, quitad eso, arrancad al mundo la sublime corona del mártir, y un monte de Judea no presenciará, en un dia nublado y misterioso, la redencion de la humanidad á costa de pasion, de suspiros y de agonía; á costa de un madero empapado en sangre; á costa del primer sacrificio de la tierra. Quitad eso, y el monte Calvario no verá al Nazareno pendiente de una

cruz, y á la Virgen María pendiente de los clavos del Nazareno. Arrancad esa sangre y esas lágrimas sacratísimas del alma del hombre, y le arrancareis casi toda su alma. Verdad, verdad santa, pobre diosa destinada á sufrir y llorar por todos nosotros; destinada á sacrificarse por todos los hombres, y á recibir en cambio la burla y el insulto de los mismos que tú redimes con tus dolores; tú que has sido quemada en tantas hogueras; tú, que con la cabellera tendida por la espalda, vestida de luto y con los ojos húmedos y encendidos, subiste tantas veces la escalera infame de tantos cadalsos; tú, envenenada en Sócrates; crucificada en Jesucristo; ajusticiada en la doncella de Orleans; cargada de hierros en Colon; muerta de miseria en Cervantes; pobre diosa, vive y llora, llora y triunfa, porque tú triunfas aún cuando lloras! Te envenenan en Sócrates, pero te haces inmortal en su filosofía; te crucifican en Jesus, pero trescientos millones de hombres caen de rodillas ante el Evangelio; te ajustician en Juana de Arcos, ó en Mariana de Pineda, pero la fe de esas dos víctimas ilustres te da una corona; te matan de miseria en Cervantes, pero llenas el mundo con su Quijote; te cargan de cadenas en Colon, pero los oleajes y las brisas del Océano aturdido, nos traen vagamente el rumor y el saludo de cien millones de criaturas. Te escarnecieron en Colon; pero ahí tienes esas Américas. Te escarnecieron en el poeta, pero ahí tienes su inmensa poesía. ¡Verdad! ¡oh verdad adorable! ¡vive y llora! ¡llora y triunfa! ¿Qué importa que un hombre tan pequeño como yo, sea un poco de aloe quemado en tu altar? ¿Qué importa que un hombre tan pequeño se sacrifique por una creacion tan grande? ¿Qué importa que un pedazo de piedra se deshaga, bajo el peso de una fábrica tan colosal? ¡Adelante! Un gobierno me quita el

CRISTIANISMO Y EL PROGRESO; Dios, que es más providente, más

justo, más caritativo y más grande que todos los gobiernos reunidos, me abrirá camino por otro lado.

Esta duda desola á mi mujer.

—¿Qué harémos? me dice.

—No te aflijas, le contesto yo. El gobierno no me puede quitar ser escritor público, ni puede impedir que haya muchos hombres que sepan leer en el continente y en las Américas. No te apures. Vístete y vamos. En último término, nadie puede evitar que yo acabe como Licurgo.

—¿Qué sucedió á Licurgo? pregunta mi mujer.

—Se murió de hambre.

Mientras que mi mujer se disponía para salir, abrí las maderas de uno de los balcones de nuestra habitacion, y me asomé, como si quisiera distraerme de la amarga memoria de la recogida del CRISTIANISMO Y EL PROGRESO, porque ha de saber el lector que el valor de la obra no bajaba un maravedí de seis mil duros. ¡Cuántas viglias, cuántos trabajos y cuántos dolores de cabeza, no van envueltos en esa suma, una suma casi fabulosa para un escritor español! Paciencia y barajar, como se dice en nuestro país. Estoy asomado al balcon, y al inclinar la vista un poco hácia la izquierda, casi frente por frente, á través de los vidrios de un balcon principal, veo una mujer vestida de luto, jóven, muy blanca, más blanca de lo que realmente es, porque va vestida de negro. El corazon tiene indudablemente su fluido eléctrico, y sólo así se explica el que yo me sintiese atraido, invenciblemente atraido, por una corriente magnética. Esto de la corriente magnética es un cálculo mio; pero algo ha de ser, y yo echo las cargas al magnetismo. Me fijé

más, y aquella mujer me pareció de un aire distinguido: es decir, me pareció lo que se llama generalmente una señorita. Me fijé más aún, me fijé con el tenaz ahinco de una curiosidad entre novelesca y compasiva, entre parisiense y cristiana, y llegué á distinguir que aquella mujer tenia apoyado el codo derecho sobre uno de los quicios de las maderas, mientras que dejaba caer el rostro hácia adelante con un descuido tal, que su aliento empañaba los cristales. Miraba fijamente hácia un punto, miraba sin pestañear, como miran las momias ó los esqueletos. Esto quiere decir que no miraba á ninguna parte, lo cual quiere decir tambien que una idea poderosa tenia embargada su imaginacion. Hay ciertas pasiones que, sin quitarnos el movimiento, nos ponen enteramente paráliticos. Estirando mucho la retórica, tal vez podria decirse que son parálisis del corazon. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que aquella mujer está preocupada, está triste, muy triste. Algo llora, ó algo espera. Yo, adelantando el discurso, como sucede en tales casos, creí leer en aquel bulto negro una historia de amores y de penas, aunque historia de penas debe ser siendo historia de amores. El amor es sin duda alguna lo que cuesta más penas en este mundo. Yo llamé á mi mujer, que se ponía ya el sombrero, y la dije lo que habia observado. Mi mujer miró; pero no es ningun lince en materia de vista, y no distinguió á la jóven que estaba detrás de los cristales. Ambos convinimos en que preguntariamos á la mujer que nos traía la leche por la mañana, á fin de adquirir las noticias posibles sobre esta aventura. ¡Gracias á Dios! ¡Gracias á Dios, lectores míos, que algo nos llama, que algo nos liga, que algo nos atrae y nos interesa, en esta ciudad en donde somos dos postizos! Indudablemente, ¡cosa extraordinaria! sin embargo de ser Paris una ciudad tan iluminada, tan brillante, tan prodigiosamente espléndida, sin embargo de ser un *coquetismo* tan fastuoso y

deslumbrador, no nos inspira poéticamente, como nos inspira cualquier ciudad de España, de Italia, de Suiza, de Grecia, de Oriente; como nos inspiran también los caseríos del Norte, dejándonos ver entre rocas y nieves sus chozas húmedas, cubiertas de limo verdoso, que como si fueran peñascos negros, parecen estar incrustadas en las laderas de un monte sombrío, ó quizá en los bordes de un abismo insondable. Digo que Paris (perdóneme el brillante novelista Dumas) no nos inspira esas bellas quimeras, con que la fantasía nos arrebatara en otros países, y esto deberá proceder de que en donde todo es artístico, no tiene inspiración el arte. En donde todo es magia, no tiene oficio el mago. Por esto tal vez me siento como despegado de esta preciosísima ciudad, de este preciosísimo dige. Ando por deseo y por necesidad de saber; no por la esperanza poética de sentir. Se mueve mi cabeza, están parados mi fantasía y mi corazón. Todo lo que veo por aquí, me lo voy explicando á mi manera, y el hombre no adora lo que es capaz de explicar y de comprender. El hombre no adora sino misterios, y si misterios hallo por estas tierras, no son misterios muy adorables. Así sucede que mi curiosidad por ver las cosas de Paris se va resfriando, á medida que me convengo de que esto es un teatro en que todos se proponen engañar culta y graciosamente. Lo digo sin rebozo; seré un africano bravío, un hombre montaraz; pero casi, casi me va fastidiando este enorme bazar de sonrisas, de genuflexiones, de perdones, de gracias: esta exposición universal de exageraciones y de bicocas. Pero no digo bien; me fastidiaba antes; ahora no. La pena que creo ver escondida en aquel bulto negro, la lágrima que me parece adivinar á través de aquellas vidrieras, me reconcilia con toda esta magnífica farsa.

—Vamos, me dijo mi mujer.

—Vamos, contesté yo, y nos dimos á bajar la escalera. La mujer que vende la leche, está tres puertas más abajo de nuestro hotel. Luego que nos vimos en la calle, miré hácia el balcon de nuestra incógnita. El bulto negro, aquel bulto que parecia un sudario puesto de pié, estaba allí inmoble. ¡Pobre mujer! ¿Qué la sucederá? Esto exclamaba yo interiormente, cuando llegamos á la puerta de la lechería, y ambos entramos sin decirnos palabra, como llevados por un sentimiento comun. Yo hice á la patrona de la casa varias preguntas sobre la jóven, con todo el sigilo y refinamiento que me acudió; pero ¡triste de mi! no me valió aquella diplomacia.

—¡Qué curiosos sois los extranjeros! dijo sonriéndose madama Fonteral, que así se llamaba la lechera. Luego añadió, dando á la aventura la importancia de un cuento: hace cosa de dos meses y medio que esa jóven vino á ocupar uno de los pisos principales de ese hotel, en compañía de un mancebo muy guapo (d'un brave garçon) que parecia ser su marido ó su hermano. Pero desde algunas semanas á esta parte, la veo siempre sola; el hermano ó el marido no parece nunca por el hotel, y la pobre señorita (mademoiselle) está muy triste.

—No tengais cuidado, añadió vivamente frotándose las manos, y como anticipándose á mis intenciones; yo hablaré con mi vecina la dueña del hotel, y todo lo sabremos.

Agradecí lo mejor que supe su benévola oferta á la buena madama Fonteral, y emprendimos nuestro camino hácia el restaurant que nos acomodara. Estos detalles anteriores son necesarios para que sepan los lectores todo lo ocurrido en la aventura de Luisa. Estábamos cerca del Palacio Real, y aún no nos habiamos decidido. Entonces hice alto,

y detuve á mi preocupada compañera; preocupada, no tanto por la jóven vestida de negro, como por la recogida del CRISTIANISMO.

—Mira, la dije, nosotros somos españoles, y es necesario que no olvidemos los usos y costumbres de nuestra tierra. El gobierno nos ha recogido la obra; nos ha secuestrado seis mil duros. Pues á donde va el mar, que vayan las arenas. Hoy almorzarémos en el célebre restaurant *Vefour*, que pasa por ser el primero de Paris, y de este modo tomamos revancha de la cicatería del gobierno.

—Cuando más apurados, más gala, contestó mi mujer entre amostazada y risueña, y me impulsó con su brazo hácia adelante.

A los tres minutos nos hallábamos á la puerta del famoso restaurant *Vefour*, que ocupa casi el centro de la fachada Norte del Palacio Real, al lado de los *Hermanos Provenzales*, que tienen tambien un restaurant de primera tijera. Sin embargo, *Vefour* pasa, como si dijéramos, por el príncipe de los fondistas de Paris. Es aquí lo que es en Madrid la fonda del Cisne ó la casa de Lhardy. Subimos con el posible coquetismo la anchurosa y elegante escalera del célebre fondista, del héroe *Vefour* (la fama es en Paris una verdadera heroicidad) y cátanos á poco en el primer piso. Entramos.... ¡Dios nos asista! Si no hubiera sabido que me encontraba en una fonda, es seguro que me hubiera quitado el sombrero. La sala principal es una pieza régia, y podria servir perfectamente para salon de embajadores. Dicho sea en honor de la verdad; la primera impresion es fascinadora. En mi vida he visto un comedor que se le parezca. Pero pasada la primera impresion, herido una vez el sentimiento de lo maravilloso, que tanto puede y que tanto influye en la imaginacion del hombre, sucede con esto lo que con los aromas. Un poco de perfume

embalsama el aire, parece que nos suaviza el pulmón, que refrigera nuestra sangre y que da aliento á nuestro espíritu. Pero luego que el perfume es demasiado, luego que carga ya el ambiente, ahoga. Un poco de magnificencia, un fausto con cierta sencillez y elegancia, gusta; pero inmediatamente que se prodiga; inmediatamente que la cosa es más magnífica, más opulenta, más fastuosa de lo oportuno, parece que se agobia la fantasía; parece que sentimos un peso sobre la cabeza; cierto peso que nos oprime y que nos obliga á suspirar. El salón en que estamos ocupa todo el cuerpo del edificio, de Norte á Sur. Tiene balcones á la calle y al patio del Palacio Real, un patio que es todo un lindísimo paseo, con árboles, glorietas y fuentes, y cuya extensión excede acaso á la de la Plaza Mayor de Madrid. El pavimento de la sala es casi transparente; las paredes están tapizadas de un rico papel de terciopelo, con cenefas doradas; en el techo, altísimo, abovedado, majestuoso, campean alegremente cien brillantes figuras pintadas al fresco.

Volví una mirada furtiva al ajuar de la fonda, y la ilusión era perfecta. Sillas de tapicería de terciopelo encarnado, como el papel, mesas lustrosas, manteles blanquísimos, platos de china, vajilla de plata, *garçons* de corbata blanca y frac negro.... ¡*Champeaux!* ¡*Champeaux!* Esta fué la terrible palabra que acudió á mi magín, haciéndome temblar. Mi mujer me oprimía del brazo, como si quisiera decirme que nos fuéramos, y viendo que yo me resistía, me dice en voz muy baja:

—Esto va á ser la segunda parte de Champeaux, más lastimosa y trágica todavía.

Yo la apreté su brazo con el mio, queriéndola significar que ya sabia que me hallaba en una maroma, y que procuraria equilibrarme para no caerme. Nos sentamos en el ángulo de la izquierda, casi tocando la ventana que da vistas al paseo del Palacio Real. Dirigimos una mirada diplomática á los paseantes, á las glorietas, á las flores, á las fuentes, y en aquel momento nos creiamos duques ó grandes de España. ¡Sólo que el bolsillo estaba asustado!

Un emperegilado garçon que, desde nuestra entrada nos habia seguido la pista á la conveniente distancia de respeto, se aproxima por fin á nuestra mesa.

—*¿Qu'est-ce que vous voulez, monsieur?* (¿Qué manda usted, señor?)

—*Attendez, s'il vous plaît.* (Sírvase usted esperar un poco) le contesté yo en tono distraido y ceremonial. Aquello era una especie de banquete de Estado, y era preciso no echarlo á perder. Me saco los guantes con mucha pausa, digo unas palabras á mi mujer sobre la gravedad y circunspeccion que debe guardar en estas alturas, mi mujer se quita el sombrero con el mayor aplomo.... El garçon esperaba muy complacido. Nuestra prosopopeya le impresionó perfectamente, y no podia suceder de otro modo. Nuestra estudiada coquetería es un *género* de este país, un afeitte de este tocador; era otra especie de restaurant Vefour, en una palabra, era un relumbron, y por fuerza tenia que gustar en el pueblo de los relumbrones.

—Decididamente, exclamaria el mozo para su sayo: este es algun embajador de la república de la *Plata*, ó cosa así.

Mi mujer, sin volver la cabeza (estaba de espaldas al criado), le alargó el sombrero; yo le dí el mio y el baston, y mientras que el mozo iba á colocar dichos objetos, mi mujer y yo nos miramos y nos sonreimos. ¡Ancha es Castilla! ¡Hoy nos tocó! ¡Hoy somos marqueses!

—Escucha, dije muy aprisa á mi mujer, de manera que el mozo, que ya volvia, no pudiese oirme. No muestres maravilla delante del garçon, por nada de lo que aquí veas, aunque sea un elefante vestido de mona. Si él conoce que esto nos asombra, se lo dirá al amo, y el amo nos planta en la cuenta diez ó doce francos por el asombro. Aquí se paga todo objeto de fantasía; la admiracion tambien. ¡Gravedad y palabras entrecortadas y confusas, de tal modo que nosotros mismos no nos entendamos!

Mi mujer soltó una carcajada española de más y mejor, y el mozo que estaba inclinado hácia nosotros, se puso derecho como un huso.

—¡Garçon!

—¡Monsieur!

—*Portez-nous deux couverts de six francs chaque, s'il vous plaît.*—
Sírvase usted traernos dos cubiertos de á seis francos cada uno. Esto se lo dije ahuecando mucho la voz, casi balbuceando las palabras, y mirando distraida y desdeñosamente hácia el paseo del Palacio Real. El garçon hizo un movimiento de cabeza, y desapareció como un rehilete.

—¡Por Dios, no te rias! dije á mi mujer que ya empezaba á fruncir los labios.

A poco vuelve el mozo con los preparativos, seguido de otro mozo que traía los entremeses, y de un tercer mozo que traía también no sé qué cosa. Me dirigieron varias preguntas, me invadieron de varios modos, me hablaron de diferentes frutas, vinos y licores; pero yo me parapeté acérrimamente, y no había santos del cielo que me sacasen de mis aspilleras. *¡Merci! ¡Merci!* contestaba yo á diestro y siniestro á todo lo que me proponían.

—*¿Voulez-vous Champagne? ¿Quiere usted vino de Champagne?*

—*¡Merci!*

—*¿Rhin?*

—*¡Merci!*

—*¿Château-amer?*

—*¡Merci!*

—*¿Voulez-vous?...*

—*¡Merci!*

Mucha pulcritud, mucho hacer que hacemos, platos muy bonitos, mucha salsa, mucho adobo, muchos requilorios; pero ... hemos almorzado muy medianamente. Á todo este almuerzo, hubiéramos preferido á no dudar un plato de callos de los ventorrillos de Madrid. ¡Lógica portentosa del temperamento y del carácter! *El lavar la cara, el disfrazarlo todo, el dar á todo un contorno exterior que agrade á los sentidos, la mogiganga parisiense, el inexorable palaustre*, ha entrado aquí hasta en la cocina, como dije en otro lugar.

Engañar con bellas apariencias; engañar de modo que el engañado se vaya contento; organizar *ese* engaño agradable, hasta el punto de convertirlo en arte, en ciencia, en moral, en historia, en industria, en comercio, en oficio, en costumbre, en trato social, en todo, absoluta y estrictamente en todo, hasta en política, hasta en religion: hacer de ese engaño ingenioso todo un poder, un poder grande, dominador, universal; hacer de un engaño casi un genio, un genio que se pasea en triunfo por todo el globo; hé aquí el maravilloso secreto de esta curiosa é indescriptible sociedad.

A pesar de mi resistencia á todos los asaltos del mozo, me cogió un par de francos con una chuchería, más uno de propina por las reverencias que nos hizo. El almuerzo nos cuesta cerca de tres duros, y si me hago de miel, no baja un ochavo de tres onzas.

Ya de pié, preguntó al garçon, que podria ser hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, si recordaba algun convite célebre, dado en aquel establecimiento.

—He conocido varios, me contestó; pero el más lujoso fué el que dió, á poco de abrirse el restaurant, un embajador ruso á todo el cuerpo diplomático extranjero. Cada cubierto salió por más de mil francos (doscientos napoleones), y pasaban de ochenta los convidados. Entre los diferentes vinos que se sirvieron era uno de ellos de una casa de Alemania, única en el mundo que lo tiene, cuya botella valia quinientos francos.

—¡Sopla! exclamé yo, mirando á mi mujer. Pues si ha tenido algunos convites como ese, bien puede el tal Vefour tener el riñon, bien cubierto.

—*Au revoir, garçon.* Hasta la vista, mozo.

—*Au revoir, monsieur et madame.* Hasta la vista, caballero y señora.

Y mi mujer me decía en voz baja:

—Sí, como tenga que esperarnos, bien tendrá tiempo de echarse en remojo.

Bajamos sonriéndonos la brillante escalera, y hémos otra vez en la calle, camino del paseo del Palacio Real. Al incorporarnos á un obrero que venia hácia nosotros con su mujer, oigo que aquel hombre la dice:

—*¡Parbleu! Si tu savais qui est celui-lá. ¡Voto al chápíro! Si tú supieras quién es aquel.*

Me volví como un rayo para ver á quién señalaba, y en efecto vi que miraba á un caballero que iba por la acera de enfrente. Cuando yo me volví, el caballero pasaba ya, de modo que no pude verle sino de espaldas. Era más bien bajo, algo grueso, casi rechoncho, de patillas negras muy largas. Digo muy largas, porque le sobresalian á uno y otro lado, de tal modo, que alcancé á vérselas, aunque me cogia de espaldas, como he dicho. Me quedé parado, observándole, calculé, y por instinto resolví que debía ser M. Guizot. Me llevo al menestral, contra el deseo de mi mujer que me tiraba fuertemente del brazo, y le suplico que tenga la bondad de decirme quién era el sujeto en cuestion. El menestral me dió las noticias que deseaba con la mayor amabilidad.

M. Guizot me perdone. ¡Pobre M. Guizot! El personaje de que se trataba era un prestidigitador, que tenia un teatro ó cosa parecida, en los alrededores del Odeon. ¡Confundí á M. Guizot con un titiritero! Si lo

supiera M. Thiers, y fuera ahora ministro, apostaría una oreja á que me regalaba el gran cordon de la Legion de Honor, y veinte cordones que tuviera á mano.

Dimos una vuelta por el paseo del Palacio Real, alargándonos hasta las Tullerías. Recorrimos la parte del Louvre en donde soliamos sentarnos con Lesperut, creyendo hallarle allí; pero no le vemos por ninguna parte. Hace pocos dias nos dijo que tenia un aneurisma en el corazon, que sentia morirse por instantes, y el no encontrarle aquí nos da escozores sobre su suerte. Creemos que si estuviera capaz de salir á la calle, no dejaria de asistir á la cita diaria. Recordamos que vive en la calle de *Gît-le-coeur*, pero no se nos ocurre el número. Nos volvemos desconsolados, y cuando hablaba todavía con mi mujer acerca de lo que podria suceder á nuestro buen amigo, me doy de cara con una persona muy allegada al Viejo Lesperut. El sujeto en cuestion nos dió noticias de él, y convinimos en que esta noche nos veriamos en el paseo del Palacio Real, cerca de una glorieta donde soliamos sentarnos. La conversacion entre los dos (entre la persona muy allegada á Lesperut y yo), tomó luego un sesgo entera y desgraciadamente distinto. Aquel sujeto no era digno del venerable anciano, cuyo nombre ofendia en aquel momento. Voy á decirlo con pesar; pero el lector debe saber cuanto me sucede punto por punto. Si algun encanto encuentra el lector cuando lea estos apuntes, sepa que ese encanto consiste en la ingenuidad casi infantil con que cuento lo que me ocurre.

La persona á quien nos encontramos, el sujeto muy allegado al noble y bondadoso Lesperut, acaba de abusar de nuestra amistad y de nuestro cariño. Si el honrado viejo lo supiera, sufriria un disgusto de muerte; pero, de seguro, no lo sabrá. Mi atribulado y afligido bolsillo

lleva otro asalto algo mayor que el de Vefour; algo mayor también que el otro asalto del inolvidable Champeaux. Con estos asaltos, y con la recogida del CRISTIANISMO Y DEL PROGRESO, vive Dios que no dejaré de echar luz.

La persona allegada á Lesperut partió, y nosotros seguimos por la calle de Rívoli, á coger la Plaza de Vendome.

—¿Cuánto te ha pedido? me pregunta con grande y justa sorpresa mi mujer.

—Nada, contestó inmediatamente. No me hables sobre el particular. Figúrate que ha sido una nube de verano; ya pasó.

Ahora nos dirigimos al Banco, con el fin de cobrar un billete de mil francos, y es el tercero que va de marcha. He hecho mentalmente el balance de mis fondos, y resulta que en el trascurso de dos meses, algo menos, he gastado sobre dos mil reales con que llegué á Paris, más dos billetes de á mil francos, sin contar cerca de cien duros que nos costó el viaje. De modo que desde nuestra salida de Madrid, hemos gastado, sobre seiscientos duros, la mitad exacta del capital que destinamos á la expedicion. Luego que gastemos diez mil reales, tendremos que acudir al refrán castellano de *á tu casa, grulla, aunque sea con un pié*. He dicho diez mil reales, porque los dos que quedan, deben servir para el viaje. ¡Ay de mí, si por una casualidad nos robaran, ó perdiéramos el dinero! ¡Ay de mí, si mi mujer se viese sin dinero para volver á España, á su querida, á su adorada España! Si el nombre de España fuese masculino, casi, casi debería yo tener celos. Mi mujer ama su nacion con un fervor que raya en fanatismo. Probablemente lo diré en más de un pasaje de estos apuntes, porque

es una pasión tan grande que no puede menos de causarme extrañeza.

Llegamos al Banco, atravesamos unos pasillos, penetramos en el salón donde se paga ... ¡Santísimo Sacramento! ¡Esto no es un Banco; esto es un mar de oro. Pero perdóname, lector: me es imposible terminar hoy la larga reseña de este día. Encomendándome á tu indulgencia, te envío á mañana.

Día vigésimo segundo

Banco de Francia.—Consideraciones.—Comida,—Ocurrencia graciosa de un menestral.—Flor marchita.

Pues como ayer decía, el Banco de Francia era un mar de oro. En mi vida he visto tanta moneda junta. Bien que tratándose de tal cúmulo de metal, más fácil que verlo es soñarlo. Estaban haciendo la recaudación de quinientos millones de francos para el establecimiento de Bancos agrícolas, según me han dicho. Ignoro si allí había los dos mil millones de reales á que subía la recaudación; ignoro si en aquellas piras de oro se habían vertido seis mil doscientos cincuenta talegas de onzas; pero si no había este número, había tantas, que bastaban para asombrar al cristiano de más espíritu. Un hombre avariento pasaría allí el tormento de Tántalo; yo no pasé tormento alguno, sin embargo de que ... la verdad, algunos deseillos me andaban escociendo por dentro. Siempre que vinieran por buen camino, de buena gana daría un pellizco á esos provocativos montones. Y eso que aborrezco, ó me hago la ilusión de aborrecer el *precioso metal*. Y me sucede que cuanto menos tengo, más le odio;

de manera que lo odio sin duda ... porque no lo tengo. Lo que odio es no tener. ¡En cuántas cosas nos sucede lo mismo! Esto es capaz de una ampliación tan extensa, que casi viene á ser un sistema social.

Sí, lector mio, estúdiate á tí propio, sondea tu conciencia y tu corazón, y verás cuántas veces odiamos una cosa, porque no la tenemos. Luego que la tenemos, la amamos.

Yo cobré mi billete, los mil francos me parecían una bicocha en presencia de tanto metal, y me quedé estático mirando al coloso. El dinero es el coloso de nuestro siglo. Huyó la casta, y vino el billete. ¡Misterio terrible! decía yo para mí. Ese promontorio de metal amarillo no es la gloria, ni la heroicidad, ni el talento, ni la ciencia, ni el arte, ni la fe, ni la honra, ni la virtud, ni el vestido, ni el alimento, y con él se compra el alimento, el vestido, la virtud, la honra, el arte, la ciencia, el talento, hasta la heroicidad, hasta la gloria. Con ese metal que no piensa, que no siente, que no quiere, que no obra, con esa inteligencia idiota, con ese brazo inerte y tullido, con esos montones de oro se allanan montes, se ciegan golfos, se toman ciudades, se destronan reyes, se conquistan naciones, se queman imperios, se trastorna el mundo. ¡Cuántas transformaciones no podrían operarse, en el orden físico y moral, con esa pirámide de monedas, con ese metal sordo, mudo, ciego, inanimado; con ese espantoso misterio, amontonado ahí!

¡Oh Dios mio! ¡Qué bien has hecho en morar arriba; ahí donde no llega la mirada del telescopio; ahí donde no puede entrar ni la ciencia del sabio; ahí donde únicamente tienen entrada la virtud y la fe! De otro modo, Dios mio; si la mirada del telescopio pudiera penetrar en tu morada augusta, ese promontorio que tengo delante pondría andamios á través de la atmósfera, escalaría el cielo, y querría

sentarse en tu trono inmortal. Pero no puede ser; tú eres más poderoso y más grande, infinita y santamente más grande y poderoso que el dinero, y tu eterna mano le marca un límite, como ha puesto una playa al mar.

Mucho puedes, promontorio terrible; mucho podeis, montones de oro que deslumbráis mi vista; yo mismo conozco cuán fascinador es vuestro poder; pero el orbe no os pertenece, la creación no es vuestra, la armonía del universo, la verdad del hombre, el dogma incontrastable de la vida, el misterio de todo, el vuestro también, no está encerrado ahí. Sobre vosotros corre una catarata que todo lo inunda; á vosotros también. Sobre vosotros hay un espíritu que os llama idiotas cuando sois injustos, á vosotros, montones de oro, que ofuscáis mi vista, á vosotros, que me teneis estático, como si contemplara un prodigio. Tú, metal terrible, compras la sublime Concepción de Murillo, pero no la pintas; compras el Quijote, pero no lo escribes; compras el pensamiento de Santa Teresa, pero no lo creas, ni lo juzgas. Compras la chispa eléctrica, pero no sientes su calor divino; compras la flor sencilla y perfumada; pero no sientes su divino aroma. ¡Gime, tirano de mi siglo, gime! Sobre tí está Dios, Dios te aprisiona, como aprisiona las tempestades del Océano. Dios te ha puesto por barrera un espíritu, como ha puesto al Océano una playa.

Salimos del Banco, y notamos que el restaurant Vefour no ha dejado nuestros estómagos muy satisfechos.

Caminando al azar, como para sentir esa emoción vaga con que nos sorprende una ciudad que no se conoce, llegamos á la calle de los Pequeños Campos, y en una de sus travesías vimos un figon, que aquí tiene el nombre de *rotisserie*. En estos bodegones suele comer

gente de poco pelo; pero la comida es de sustancia. Ya porque queríamos comer un buen asado, (*roti*), ya también porque queríamos experimentar el contraste á que da lugar este figon, comparado al vaporoso restaurant Vefour, resolvimos entrar, y entramos en efecto. La presencia de una señora con sombrero y vestido de seda, y la de un varon con sombrero de jipijapa, frac y guante, no dejó de causar cierta sensacion en las gentes que allí comian; pero al poco tiempo cada cual atendió á su plato, y nosotros quedamos libres de miradas y gestos.

Las mesas están mondas y lirondas; pero son de piedra roqueña, y no ofrecen nada que pueda repugnar. Las banquetas que sirven de sillas, no tienen más inconveniente que el ser más duras que el pié de Perico. En fin, nos sentamos....

—¿Qué gritos son esos? me dice mi mujer. Efectivamente, los mozos del establecimiento gritaban como unos energúmenos; pero un gritar rabioso, descompasado, que lastimaba las orejas. Aquella gritería descomunal era el resultado de una costumbre del establecimiento. En el momento en que el mozo oía lo que cada comensal le encargaba, lo anunciaba gritando desafortadamente como era necesario para que le oyese el cocinero, á una distancia de cuarenta ó cincuenta pasos. De modo que si pedían á un tiempo de comer varios comensales, los respectivos mozos gritaban á la vez; aquellos gritos se confundían y formaban un guirigay y un clamoreo que nos atolondraba.

Un mozo se llegó á nuestra mesa. Pedí dos chuletas de carnero.

—*¡Deux côtelettes de mouton!* gritó el mozo con una bizzarria de voz tal, que mi mujer estuvo á pique de dar un respingo. A poco estaban allí las dos chuletas, una racion de pan y una botella de vino Macon.

Luego pedí una ración de vaca á la moda, y el mozo grita como antes: *¡un beuf à la mode!* Una ración de vaca al natural, y el mozo proseguía: *¡un beuf nature!* Y una ración de habichuelas para mi mujer; y el bendito mozo continuaba con voz metálica y *desquebrajada*: *¡des haricots verts!*

Al propio tiempo, semejante al centinela casi continuo que se oye en una muralla ó en un campamento, se oía por todo aquel local el rumor múltiple y confuso de diez ó doce mozos que gritaban simultáneamente lo que los comensales pedían: *¡Un roti! ¡Des prunes! ¡Un bouillon! ¡Des alberges! ¡Du gibier! ¡Des abricots! ¡Des pommes de terres!* etc. *Un asado, ciruelas, un caldo, melocotones, caza, albaricoques, patatas,* y así otras varias cosas; pero todo esto mezclado y como en tropel.

Aquello era á la vez comida y concierto vocal, sólo que la música hubiera podido suprimirse, sin profanar el polvo de Bellini.

El almuerzo nos ha costado lo siguiente: doce sueldos las dos chuletas; diez la ración de vaca á la moda, y la otra ración al natural; doce la botella de vino, dos el pan, cuatro las habichuelas, y cuatro de propina: total, cuarenta y cuatro sueldos, ó sea ocho reales y pico. ¡Qué diferencia entre este figon negro y ruin, y el espléndido restaurant de Vefour! Sin embargo, hemos comido mucho mejor por la sétima parte de dinero, sin contar el canto.

Durante nuestra expedición de este día, nos acordamos varias veces de la jóven vestida de negro, y apretamos el paso hácia nuestro hotel, ya con el fin de ver si podíamos lograr algunas noticias, ya también porque el día declinaba y el frío comenzaba á molestarnos.

Llegado que hubimos á nuestra calle, nuestra primera diligencia fué mirar al balcon de la incógnita; pero notamos con sentimiento que no habia nadie. Entramos luego en la lechería ... todo nuestro gozo se cayó en un pozo. La patrona habia ido á San Club, y no venia hasta el dia siguiente por la tarde. Era necesario esperar veinticuatro horas.

Al salir de la casa volvimos á mirar al balcon; nada; ni un ruido, ni un movimiento. Aquello parecia un sepulcro. Sólo vimos una maceta con una flor marchita. ¡Agüero fatal! Las mujeres dichosas riegan las flores, y las flores están verdes y frescas. Aquella flor mústia del balcon es el vestido negro de aquella mujer, ó el vestido negro de la mujer es la flor mústia del balcon. El infortunio es lo que tiene en este mundo concordancias más peregrinas, y algo de verdad debe haber en la correspondencia que encuentro entre el luto del traje y el luto de la flor. Subimos á nuestra habitacion y abrimos las maderas de uno de los balcones, como para expiar los movimientos de nuestra misteriosa desconocida. Repetidas veces nos asomamos; pero fué inútil; nadie parecia en el balcon, ni nada tampoco se descubria á través de los vidrios. Así estuvimos más de hora y media. Entrada ya la noche, divisamos en la habitacion de la mujer vestida de negro el fulgor de una luz, que pasaba de una estancia á otra. Entonces cerramos las maderas, y mi mujer y yo exclamamos casi al mismo tiempo: hasta mañana.

No faltará lector que extrañe una curiosidad tan pertinaz y tan impaciente; pero debo decir en nuestro abono, que la curiosidad es aquí todo nuestro oficio, amen de que media una mujer, una mujer jóven, vestida de luto, sola, triste: una mujer que tiene flores mústias en su balcon; una mujer cerca de la cual debe caminar alguna sombra; una mujer que ha de ser desgraciada. ¡Ojalá que pudiéramos nosotros

evitar su desgracia! ¡Ojalá que pudiéramos hacer su dicha! ¡Ojalá que pudiéramos hacer que estuviese verde y lozana la flor marchita de ese solitario balcon!

No tengais cuidado, mis queridos lectores. Mi curiosidad, mi impaciencia por esa pobre desconocida, es una impaciencia afectuosa y cristiana.

Mi mujer leyó un rato, y se acostó. Yo escribo hasta las tres de la mañana, aunque no quiero terminar, con perdon de mis párpados que se cierran, sin dar cuenta al lector de un chiste agudísimo que oí en el figon, á uno de los menestrales que allí comian.

A nuestra izquierda, habia una mesa rodeada de obreros, que sin duda acababan de comer. Ya de sobremesa, pasaban el rato en acertar charadas ó adivinaciones. Uno preguntó: ¿cuál es la cosa que más se pega? Este decia que era la resina; aquel que el alquitran; el uno que la cola; el otro que el aceite, el de más allá, que la trementina; el que le sigue, que la pez, y así cada cual decia su cosa. No, gritó uno con mucha fuerza; con resuelta seguridad; casi, casi con inspiracion. Nadie ha acertado, y diciendo esto, daba fuertes golpes sobre la mesa. Todos los comensales que nos pudimos enterar del juego, teniamos la cara vuelta, y esperábamos, con creciente curiosidad, ver en qué paraba el acertijo.

—Señores, dijo solemnemente el obrero que tenia la palabra, lo que más se pega en este mundo es el dinero.

Una carcajada espontánea y unánime, una general aclamacion de risas y de bravos, contestó á la ocurrencia del menestral. En efecto, es un chiste verdaderamente ingenioso, salado, de buena ley.

=Dia vigésimo tercero al trigésimo=.

Versos.—Asesinato de la calle del Duque de Alba.—Mataderos públicos.—Monte-Pio.—Hospicios y hospitales.—Locos del Sena.—Movimiento de la poblacion.—Casamientos.—Caja de ahorros.—Caja de descuentos.—Presupuesto de Paris.—Consumos.—Aduana.—Sociedades mercantiles. —Ferro-carriles.—Correos.—Presupuesto general.—Comercio.—Deuda pública.—Estadística de Inglaterra.—Palacio Real.—Bolsa. —Tullerías.—Louvre.—Luxemburgo.—Inválidos.—Panteon.—Luisa.

Han pasado ocho dias, y tengo tantas cosas que decir, que no sé por donde comenzar. Mi ida á Sevilla, en un término más ó menos próximo, es cosa resuelta, y por una elaboracion de la fantasía, independiente de la voluntad, he compuesto á mi tierra natal unos malos versos.

Sé muy bien, sé y conozco perfectamente que no debo al cielo el don de poeta; sé que no se agita en mi alma ese divino espíritu, esa especie de delirio sagrado. Al insertar en estos apuntes aquellos versos, no los ofrezco como una gala de imaginacion, ni como una muestra de poesía, (¡Dios me libre de tan necio orgullo!) sino como un testimonio de mi cariño á la hermosa ciudad, en donde me cupo la ventura de nacer. Además de los versos á Sevilla, he escrito un entremés casero para el album de una amiga nuestra de Madrid, la cual ha escrito á mi compañera, exigiéndola el cumplimiento de la palabra que mi mujer la dió, hace más de un año. Mi compañera me puso asedio, y los lectores que sean casados, comprenderán que quiero decir: ha sido necesario ceder.

En estos ocho días hemos recibido cartas de España, en que se nos habla de un asesinato cometido en la persona de un prestamista, que vivía en la calle del Duque de Alba, esquina á la de los Estudios. Los asesinos son una mujer, llamada Manuela Bernaola, y tres hombres, llamados Ignacio Cabezudo, el Feo y el Pequeño. Con este motivo, he leído los periódicos de Madrid, y he encontrado noticias tan extrañas sobre aquel crimen horroroso, que no he podido menos de escribir á un amigo, con el fin de que adquiriera los más datos posibles y me los remita. Presumo que la historia oculta de dicho atentado no debe carecer de cierto interés, tengo una fundada confianza en la capacidad y diligencia del amigo, á quien pido informes sobre el hecho, y casi ofrezco á mis lectores algunos detalles curiosos.

En la semana transcurrida, en esos ocho días de huelga, hemos empleado las vacaciones en visitar el palacio Real, la Bolsa, las Tullerías y el Louvre, el palacio de Luxemburgo, los Inválidos, el Panteon; hemos visto también, no sin un grande asombro, los mataderos públicos; el Monte-Pio, algunos hospicios y hospitales, el establecimiento de los locos del Sena; hemos adquirido noticias sobre el movimiento de la población; sobre los casamientos que han tenido lugar en este año; sobre el estado y operaciones de la Caja de ahorros y de la de descuentos, y sobre el fabuloso presupuesto de esta ciudad; sobre sus increíbles consumos; sobre el movimiento de su aduana; sobre las sociedades mercantiles existentes en todo el imperio; sobre ferro-carriles, renta de correos, presupuesto general del Estado, comercio, deuda pública y otros detalles estadísticos. Á fin de poder apreciar la importancia de este orden de cosas, he tenido que adquirir algunas noticias sobre la Estadística de Inglaterra, y me parece que mis lectores no llevarán á mal el tener idea de estos verdaderos prodigios europeos. Por fin, en todo el tiempo transcurrido

desde mi última revista, la pobre Luisa no ha dejado de vivir en nuestra memoria y en nuestro corazón; lo cual quiere decir que no ha dejado de vivir con nosotros, como si fuese nuestra hermana, ó nuestra amiga de la niñez. ¡Qué poco se figurará esa pobre mujer, que dos extranjeros piensan en ella, como si se tratara de un individuo de su propia familia! Pero mi mujer y yo nos preguntamos muy á menudo: ¿no sabrá Luisa el vivo interés que nos inspira su desgracia? ¿No la habrá dicho nada madama Fonteral? No puedo persuadirme de semejante cosa. Dejaría madama Fonteral de ser mujer. Acaso no hubiera dicho nada, ó al menos hubiera dicho poco, si no la hubiésemos encargado sigilo; pero no hablar sobre el asunto, cuando la encarecimos el secreto; no decir nada del secreto que se la fia; no revelar aquel misterio de que ella se enamora; no llevarse el dedo á la boca, imponiendo silencio á Luisa; no cogerla del brazo; no llevarla aparte; no mirar con aire aturdido á uno y otro lado como para ver si es oída de alguno; no cuchichear al oído de aquella pobre jóven; no descubrirla todo lo que nosotros la habíamos suplicado que ocultara; renunciar al placer supremo de *esapatética pantomima*, decididamente, lectores míos, eso no lo ha hecho madama Fonteral; eso no lo hace ninguna mujer; eso sería un milagro, y el milagro no es el genio de nuestro siglo, sobre todo, no es la gracia especial de las mujeres de París.

Al hablarnos madama Fonteral de la entrevista que con Luisa tuvo, nos aseguró, poniéndose el dedo índice á través de los labios, que nada la había revelado acerca de nosotros. Yo dije para mí: esto significa que se lo ha dicho todo, desde la a hasta la z.

Al día siguiente, Luisa se asoma al balcón. ¿Qué hace? Mira con ansiedad. ¿A dónde mira? Á uno de los balcones de nuestro hotel, á

uno de los balcones de nuestra estancia; nos mira á nosotros.
¡Cuitada madama Fonteral! ¡Cuitado de mí! Recibo la mirada tímida y vacilante de la pobre Luisa, y aquella timidez recatada, aquella medrosa vacilacion, me imponen casi miedo. No sé qué hay en aquellos ojos, en aquella mirada, en aquella terrible confesion de sus dolores, en aquel llanto mudo de su conciencia, no sé qué hay allí; pero lo cierto es que yo no puedo resistir aquella mirada indecisa y ansiosa. Luisa mira desde su balcon, y mi mujer y yo nos retiramos, porque á mi mujer le sucede lo propio que á mí: no tiene valor para sufrir con calma aquel triste saludo de un corazon despedazado, no tiene valor para contestar á Luisa con una mirada de compasion y de inteligencia, que querria decir: ¡pobre mujer! ya sé tu desgracia, tu martirio, tu culpa, tu deshonra.

Para comunicar á mis lectores el gran cúmulo de noticias que en estos ocho dias he adquirido, seguiré el órden del sumario.

Empezarémos por los versos: dice el adagio que el mal camino conviene andarlo pronto.

I.

Oye, Sevilla hermosa, este gemido
Del hijo ingrato que á tu orilla viene:
Enfermo tiene el cuerpo y dolorido,
Enferma y dolorida su alma tiene.

Como en los bordes de la antigua llaga
Un bálsamo se vierte que da vida,
Deja que evoque una memoria vaga
Triste recuerdo de una edad querida.

Aquí mecido en ignorada cuna
Halagó mi niñez aura lasciva,
Al tibio rayo de tu blanca luna,
Al soplo amante de tu luz nativa.

Pobre aquí, niño y sin saber qué es gloria,
Contemplaba quizá los cielos tersos,
Y era rico y felice con tu historia
Y la esperanza de mis pobres versos.

El pecho se me oprime cuando miro
De remoto fanal fúlgida llama,
Y lleva el Bétis mi primer suspiro
Al golfo azul que encadenado brama.

Y blanco y puro como el puro armiño
Un ángel soñó aquí mi fantasía,
Un ángel que he buscado ... ¡Pobre niño!
Un ángel que en el mundo no existía.

Nace el hombre á la luz; el bien no halla,
Y en inventarlo con afan se empeña,
Y al fin encuentra el bien porque batalla,
Halla la dicha al fin ... cuando la sueña.

Azucenas de amor, divina palma,
Florestas que soñé, prados y flores,
Ya que la vida os marchitó en mi alma,
De corona servid á mis dolores.

Yo ví al ángel vagar entre verdura
Poniendo flores en su leve falda,

Y despues esconderse en la espesura
Suelto el cabello por su rica espalda.

Me llamaba quizá; yo le seguia;
Mas sin duda en el bosque se ocultaba,
Y luego más allá me aparecia
Y así del pobre niño se burlaba,

Aquí soñé festines y placeres,
Y el rumor de palmeras solitarias,
Y el suspiro de célicas mujeres,
Y tumbas, y osamentas y plegarias.

¡Gloria! ¡Vision cruel! ¡Cruel martirio!
Relámpago que alumbra y deja ciego,
Cardo silvestre bajo hermoso lirio,
Sol que da luz para quemarnos luego.

Por tí pierdo ¡oh rigor! mi fe sencilla,
Por tí me abraso en insondable anhelo,
Por tí dejé mi plácida Sevilla
Y una santa mujer que está en el cielo.

Madre mia, perdon! Mústia la frente,
A ti vuélvome al fin, madre piadosa:
Mírame aquí, poeta penitente
Ceñida el arpa de marchita rosa.

Pero, si, tu verás mi afan prolijo
Aunque á mi estrella tu piedad no cuadre:
Me acusáras tal vez si fueras hijo;
Tú me perdonarás siendo mi madre.

Por tí ¡oh gloria! perdido mi reposo
Y encomendando á Dios la suerte mia,
Del Atlántico mar tempestuoso
A las playas itálicas corria.

Y á lo léjos ví un monte ennegrecido,
Y en la falda del monte vi una roca,
Y un nombre colosal hiere mi oído
Pronunciándolo trémulo mi boca.

¡Roma! Vedla; entre estátuas blanquecinas
Muestra la majestad de su pasado.
¡Tambien tienen su pompa las ruinas!
¡Tambien tiene el silencio su reinado!

¡Roma! ¡Silencio! inmóvil, pavorosa,
Anuncia su altivez en su tristura:
Nadie la ha dado el hoyo en que reposa;
Ella se abrió su propia sepultura.

Vedla reinar en la llanura extensa
Donde Dios entre mármoles la abisma:
Antes del mundo fué la tumba inmensa,
Ahora es la inmensa tumba de sí misma.

II.

Deja que evoque una memoria vaga
Triste recuerdo de una edad querida,
Como en los bordes de la antigua llaga
Un bálsamo se vierte que da vida.

No vengo aquí á buscar flores y aromas;
No demando, Sevilla, tus placeres,
Ni el ardiente arrullar de tus palomas,
Que palomas de amor son tus mujeres.

Cuando á mi sino terrenal sucumba,
Dame una cruz y una silvestre palma;
Dame una cruz y una escondida tumba,
Dame una cruz, Sevilla de mi alma.

Vamos ahora al entremés casero, escrito para el album de nuestra amiga.

ENTREMÉS CASERO.

ESCENA PRIMERA.

LA MADRE Y SU HIJA ROSA.

LA HIJA. Me muero y no sé de qué;
Ya es inútil la cautela....

LA MADRE. Eso dije yo á tu abuela
Que en gloria de Dios esté.

LA HIJA. Parece que estoy maldita!
¿Quién mi desventura labra?

LA MADRE. Con esa misma palabra
Asusté yo á tu abuelita.

LA HIJA. Paso las noches en vela....

Mamá, te burlas de mí?

LA MADRE. Cuando me quejaba así

También se burló tu abuela.

LA HIJA. No como ni duermo ya:

¿Que es esta pena prolija?

LA MADRE. Cuando tengas una hija

Ella te lo explicará.

ESCENA II.

ROSA Y SU HIJA PAULINA.

LA HIJA. ¡Madre, horrible enfermedad!

Di, qué dolencia me aflige?

LA MADRE. Lo propio á tu abuela dije

Cuando tenía tu edad.

LA HIJA. No paro noche ni día;

El apetito pasó....

LA MADRE. Tampoco comía yo

Cuando tus años tenía.

LA HIJA. Quién me causa tales daños?

Porque hasta el sueño perdí....

LA MADRE, Bah! yo tampoco dormí

Cuando tenía tus años.

LA HIJA. Yo no sé qué afán me incita....

¿Quién causa este padecer?

LA MADRE. Oye; ¿lo quieres saber?

Vete á hablar con tu abuelita.

ESCENA III.

PAULINA, SU ABUELA.

PAULINA. Abuela, Dios guarde á usted.

ABUELA. Muchacha, tú por aquí?

PAULINA. Hemos de hablar.

ABUELA. Sobre qué?

PAULINA. ¿Sobre qué? ¡Triste de mí!

No sé qué fuego me sube,
Se me oprime el corazón....

ABUELA. Huy! huy! la misma canción

Que yo con tu abuela tuve.

PAULINA. La paciencia se me acaba.

¿Se ríe de mi agonía?

ABUELA. También tu abuela reía

Cuando yo así me quejaba.

PAULINA. Por Dios, venga usted acá:

¿Qué es esto que así me inquieta?

ABUELA. Cuando tengas una nieta ...
Tu nieta te lo dirá.

PAULINA. Mi madre al mirar mi tédio,
Me mandó hablar con usted....

ABUELA. Pues, chica, á tu madre vé
Que ella sabe ya el remedio.

*No te apesares, Paulina;
Trás esta viene otra edad:
El tiempo es la enfermedad
Y el tiempo es la medicina*

Pasemos á la visita de los establecimientos públicos, luego seguirán las curiosidades estadísticas, y terminaremos este largo día con la noticia de los monumentos más notables.

Los mataderos nos han dejado atónitos. Para que el lector se forme una idea del incalculable movimiento que allí debe haber, de la sangre que allí se debe derramar, bastará decir que de allí han salido en el año pasado sobre ciento veintisiete millones de libras de carne. La carne de vaca, de ternera, de cerdo y de cabrito, entró en esta cifra por ciento trece millones de libras, ó sea cuatro millones y medio de arrobas. ¿Cuántas cabezas de ganado supone aquel guarismo monstruoso? Si el matar á los animales fuera realmente una culpa, como creían no pocos filósofos de la antigüedad, los mataderos de Paris serían una herejía tan grande, que bastaran ellos solos para que se condenara irremisiblemente toda la Europa. En fin, sepan, también mis lectores, que esta municipalidad recibe de los mataderos y de los

mercados una contribucion anual que no baja de veinte millones de reales.

En el Monte-Pio se han empeñado un millon trescientos mil objetos, y se han renovado trescientas cuarenta mil papeletas, cuyas operaciones suponen un total de más de millon y medio de artículos.

Los empeños han importado noventa y seis millones, y las renovaciones cerca de treinta y tres, de modo que la cifra total de las operaciones no baja de ciento veintinueve, a ciento treinta millones de reales.

Se han vendido setenta y seis mil objetos, por valor de cinco millones. Los sueldos y honorarios de los empleados importan anualmente de cincuenta y cinco á sesenta mil duros.

En cuanto á los hospicios y hospitales, nos han asegurado personas fidedignas y autorizadas, que las familias indigentes han sido veintinueve mil seiscientas, compuestas de más de setenta mil individuos.

El Hospicio de expósitos y huérfanos ha recibido tres mil novecientas cuarenta y tres criaturas, de las cuales han muerto setecientas ochenta y ocho.

Se han gastado en los hospitales, en el año anterior, sobre sesenta y seis millones de reales, en cuya suma entran los artículos siguientes por las partidas que voy á notar.

Pan; seis millones, ciento noventa mil, setecientos sesenta y cuatro reales.

Vino; cinco millones, veinte mil, cuatrocientos.

Carne; seis millones, ochocientos trece mil, ochocientos veintiocho.

Comestibles; cinco millones, setecientos ochenta y nueve mil, cuarenta y cuatro.

Leña y carbon; tres millones, treinta y nueve mil, setecientos setenta y seis.

Resulta que en los cinco artículos anteriores se ha gastado bastante más de un millon de duros, ó sea veinticuatro millones de reales.

Los establecimientos de locos ofrecen una estadística sorprendente.

En 1º de Enero de 1856 existian, en los dos asilos del Sena, tres mil trescientos cuarenta y un locos. Además, entraron en el año mil quinientos ochenta y nueve, de modo que componían un total de muy cerca de cinco mil, ó sea una especie de pequeña ciudad.

En el mismo año salieron de aquellos dos asilos ochocientos cuarenta y nueve, y murieron quinientos setenta y cinco. Quedó, pues, reducida aquella poblacion á tres mil, quinientos seis.

El estudio de esta materia no deja de tener sus curiosidades instructivas, por más que sean tristes y dolorosas, tales como la influencia de las profesiones en el desarrollo de la locura. A medida que se estudia este fenómeno terrible, este, terrible inconveniente de la razón, este negro ocaso del pensamiento, se va comprendiendo que la locura pertenece tanto á la medicina, como á la filosofía y á la moral. El ejercicio, los hábitos, las profesiones y el género de vida; es decir, la conducta, influye más tal vez que la disposicion constitucional de los órganos cerebrales. Me he informado minuciosamente acerca de esto, y he conseguido averiguar que las industrias manufactureras

son las profesiones que han pagado al extravío mental mayor contingente; pero en una proporción que asusta.

Luego siguen las profesiones mercenarias; ó sean criados y dependientes de todas clases.

Después las profesiones liberales, como la poesía, la pintura, la escultura, la música la declamación, la plástica y otras.

Después las profesiones mercantiles.

Luego las gentes que no tienen profesión.

Por fin, las ocupaciones agrícolas. Estas son las menos castigadas por aquel espantoso azote, en la proporción que vamos á ver.

Las profesiones industriales representan un 37 por ciento.

Los oficios mercenarios un 19

Las profesiones liberales un 9

El comercio un 7

Gentes sin profesión un 3

La industria agrícola un 1-1/2

De modo que las ocupaciones que pagan un tributo más caro á la locura son la fábrica, la servidumbre y el ingenio; después viene el comercio, luego la vagancia; por fin, la industria de los campos.

El movimiento de la población de esta ciudad, nos ofrece también algunas extrañas singularidades.

Han nacido en 1856 treinta y ocho mil criaturas; veintiseis mil legítimas, y doce mil de otras procedencias. Han muerto veintinueve

mil setecientas cuarenta y tres; resultando un aumento de más de ocho mil.

Se han contraído doce mil cuatrocientos noventa y tres matrimonios, en la forma siguiente:

Entre solteros; diez mil ciento setenta y siete.

Entre viudos y solteras; mil doscientos sesenta y ocho.

Entre solteros y viudas; quinientos noventa y siete.

Entre viudos y viudas; cuatrocientos cincuenta y uno.

Resulta que la cifra menor es la de los viudos y viudas. Quizás se han acordado de lo que dice cierto adagio: *pan con pan, comida de tontos*.

En la *Caja de ahorros* se han verificado doscientas cuarenta y ocho mil, ciento veintidos imposiciones, hechas por doscientos veintiun mil imponentes. La Caja ha recibido ciento diez millones; y ha devuelto sobre ciento quince, habiéndose operado un movimiento total de doscientos veinticinco millones, durante el referido año de 1856. En 31 de Diciembre del mismo año, debía ciento ochenta y tres millones, á doscientos veintiun mil trescientos setenta y nueve imponentes.

Las operaciones de la *Caja de descuentos* se han verificado sobre setecientos veintidos mil, doscientos sesenta y cinco efectos, por un valor de dos mil quinientos millones de reales próximamente.

El presupuesto municipal de Paris es mayor que el de algunas naciones de cierta importancia.

La concesion de privilegios produjo á la villa en 1856 la enorme suma de ciento ochenta y seis millones de reales, cifra que representa tres presupuestos como el de toda la Suiza. Para que se comprenda lo maravilloso de este hecho, sepa el lector que el Austria, toda el Austria, una poblacion de treinta y cinco á cuarenta millones de almas, no recaudó en el mismo año por aquel concepto, más de veintiseis millones de reales, ó sea menos de una sétima parte que la sola ciudad de Paris.

En fin, los ingresos montaron á doscientos ochenta y cuatro millones. Es muy probable que en el año presente no bajen de trescientos millones, poco menos de lo que pagaba al Erario nuestro país, durante el régimen absoluto.

En el presupuesto de gastos hallamos las partidas siguientes:

Instruccion primaria. 6 millones.

Empedrado. 15

Beneficencia. 32

Policía. 51

Rédito y amortizacion de la deuda municipal. 64

La policía cuesta á Paris más de siete mil duros diarios.

Los consumos ofrecen resultados no menos admirables. Esta ciudad consumió en 1856 los artículos y cantidades siguientes:

Vinos; siete millones, trescientas mil arrobas.

Alcohol y aguardiente; quinientas treinta y nueve mil; idem.

Barniz, cincuenta y tres mil, idem.

Frutas en conserva; ciento ochenta mil, idem.

Vinagres; ciento cincuenta y nueve mil, idem.

Cerveza; dos millones, treinta y tres mil, idem.

De esta cerveza, se ha fabricado en Paris un millon, doscientas diez y siete mil arrobas.

Aceites; ochocientas cincuenta y cuatro mil, idem.

Comestibles. Carnes de todas clases; ciento cuarenta y tres millones de libras.

Queso fresco; tres millones y medio de libras.

Sal; catorce millones, seiscientas mil setecientas, idem.

Uvas; siete millones, idem.

Manteca; seis millones y medio, idem.

Huevos; ciento cuarenta mil arrobas.

Volatería y caza; cien mil idem.

Combustibles. Leña; cuatrocientos setenta y dos mil piés cúbicos.

Carbon vegetal; veintitres millones de arrobas.

Carbon de tierra; veinticuatro millones, idem.

Materiales. Cal; dos millones y medio, idem.

Yeso; veinticuatro, idem.

Baldosas; cinco millones y medio. (Unidades,)

Ladrillos; diez y seis millones, idem.

Alfarería; ocho millones de metros cúbicos.

Forraje; ocho millones y medio de haces.

Heno; quince millones, idem.

Cebada; ciento sesenta y cuatro mil fanegas.

Avena; dos y medio millones de idem.

Cera blanca; ciento treinta y seis mil libras.

Amarilla; ciento noventa mil, idem.

El importe de las ventas por mayor, verificadas en los mercados, presentan los siguientes guarismos.

Pescado de agua dulce, cerca de 4 millones de reales.

De mar 36 idem.

Ostras, cerca de 8

Volatería y caza 68

Manteca 73

Huevos 35

Estos solos artículos suponen un movimiento comercial de doscientos veinticuatro millones de reales.

Las declaraciones que se han hecho en la Aduana de esta ciudad, en el año indicado, suben á ciento diez y seis mil, quinientas noventa y siete. El número de bultos ha sido el de doscientos doce mil, setecientos treinta y ocho.

El valor de las mercancías ha montado á casi mil millones (novecientos ochenta y cuatro), cifra á que asciende el comercio general de muchos países.

Esto me ha dado la curiosidad de conocer el comercio general y especial de Francia, y las noticias que da la estadística oficial, no han podido menos de asombrarme.

El importe del comercio general, en 1856, subió á más de cinco mil millones de francos 5.399

El comercio especial representó un valor de cerca de cuatro mil millones de aquella moneda 3.883

9.282

Hallamos, pues, que el comercio general y especial de Francia, en dicho año, representa una suma de más de treinta mil millones. No quiero presentar la cifra de nuestro comercio, porque, á pesar de sus progresos rapidísimos y sorprendentes, ofrece un resultado muy desconsolador, muy aflictivo, muy penoso.

En el floreciente comercio francés la Europa figura por un valor de 3.571 millones de francos.

La América por 1.207

Las colonias francesas por 368

El África por 133

Y el Asia por 120

Las siete naciones con que Francia ha hecho un comercio más importante, son las siguientes:

Inglaterra. 763

Estados-Unidos. 660

Bélgica. 447

Suiza. 399

Zollverein (Union aduanera alemana). 261

España. 246

Cerdeña. 220

El comercio francés ha presentado setecientas sesenta quiebras, y se han disuelto ochocientas catorce sociedades.

El número de estas sociedades en 1856, era el de mil cuatrocientas seis, con los fondos siguientes:

Sociedades colectivas. 93 millones de reales.

Comanditarias ordinarias. 168

Idem por acciones. 7.712

Total. 7.973

En los ingresos del Estado hallamos las siguientes partidas:

Contribuciones directas. 1.700 millones de reales.

Idem indirectas. 1.600

Timbre y registro. 1.400

Aduanas y sales. 868

Estos cuatro guarismos montan á más de cinco mil quinientos millones.

El presupuesto general sube á muy cerca de siete mil millones de reales.

En la série de gastos nos llaman la atención cinco cifras.

Intereses y amortización de la Deuda pública. 2.088 millones.

Ministerio de la Guerra. 1.384

De Marina. 532

Correos. 155

Emperador y cuerpos colegisladores. 154

Al ver que la renta de Correos costaba á la nación sobre ciento cincuenta y cinco millones de reales al año, he querido tener noticias acerca del producto de aquella renta, y he hallado que en 1856 circularon más de doscientos cincuenta y tres millones de cartas, cuyo franqueo produjo al Estado un ingreso de ciento noventa y dos millones. El total de los ingresos subió á doscientos veinticuatro millones.

No quiero dejar de hacer mención de una partida que he encontrado en el presupuesto de gastos, y que me ha hecho suspirar. La instrucción es aquí atendida con una suma de ochenta millones próximamente. ¿Cuánto dedica nuestro Gobierno á la instrucción

pública? No quiero decirlo; tengo bastante con la amargura que siento en mi alma; no quiero añadir á la amargura otra cosa peor.

Los ferro-carriles presentan el resultado que voy á notar:

Leguas en explotacion. 1.492

Productos. 1.244 millones.

Vayamos ahora al Reino-Unido, atravesemos el Estrecho de la Mancha, y este órden de cosas nos parecerá tal vez pequeño.

Las aduanas y las sales produjeron al Estado francés. 868 millones.

Las aduanas solamente produjeron al Tesoro inglés, en 1857. 1.300

Los intereses y amortizacion de los setenta y cinco mil millones de la Deuda pública, importaron. 2.755 millones. El ejército y marina. 4.074

El cuerpo civil. 650 Los gastos de Hacienda. 420 ————— 7.899 ———

Estas cuatro partidas representan una suma bastante mayor que el presupuesto de toda la Francia.

Una singularidad he notado entre el presupuesto de ambas naciones.

Francia destina á obras públicas doscientos cincuenta y seis millones, mientras que la Inglaterra no destina arriba de noventa millones.

Francia destina a la instruccion pública ochenta millones, como ya dije, mientras que el Reino-Unido destina muy cerca de ciento, ó sea novecientas noventa y seis libras esterlinas.

Las cartas circuladas han sido en número de cuatrocientos setenta y ocho millones, ciento veinticinco millones más que en Francia. La renta de este ramo subió en 1856 á doscientos ochenta y siete millones, sesenta y tres millones más que en el imperio francés, á pesar de la diferencia en el precio del franqueo y certificado.

Los licores espirituosos han dado al Tesoro del Reino-Unido una renta de. 1.125 millones de reales.

La cerveza ha producido al Estado. 650

La moneda acuñada sube á. 447 millones de reales.

Los metales y minerales extraídos y fundidos en 1855, presentan la siguiente curiosa estadística:

El carbon representa un valor de. 1.472 millones.

El hierro. 1.064

Otros metales y minerales. 1.264

3.800

Se emplearon en operaciones metalúrgicas doscientos noventa y cinco mil hombres, y cerca de nueve mil mujeres.

La Inglaterra ha extraído de la Australia, desde 1851 á 1855, ó sea en el trascurso de cuatro años, cuarenta y un millones de libras esterlinas, que vienen á representar próximamente una cifra de cuatro mil millones.

Para que se conciba una idea de su fabuloso comercio, baste saber que ha enviado á los Estados-Unidos mercancías por valor de. 2.200 millones. A la India. 1.048 A las ciudades libres de Alemania. 1.012 A la Australia. 982 A Francia. 640

La Compañía de Indias, ese coloso comercial, ese portento de la asociacion mercantil, en Inglaterra, esa maravilla del mundo moderno, ha vendido en 1856 cerca de seis millones de libras de ópio de Patua y Benarés, percibiendo una suma de más de trescientos cincuenta millones de reales.

El valor de los billetes del Banco de Lóndres, puestos en circulacion en dicho año, fué el siguiente:

Billetes de quinientos reales. 610 millones. De mil. 390 De dos mil á diez mil. 570 De veinte á cien mil. 430 ——— 2.000 ———

El movimiento de todos los Bancos ingleses, en la época indicada, representa una cifra de muy cerca de treinta y nueve millones de libras esterlinas, ó sea tres mil novecientos millones de reales, repartida del modo siguiente:

Banco de Lóndres. 20.062.041 libras esterlinas.

De Irlanda. 7.425.740

De Escocia. 4.444.702

Bancos particulares. 3.355.971

Por acciones. 8.113.886

—————
Total. 39.9022.340
—————

Basta de guarismos. La aritmética, no crea el lector que la desdeño; pero no es lo que está más en armonía con mis aficiones, y siento que mi alma se anega en el oleaje continuo de tanto millon. No obstante, me he detenido en la anterior reseña más de lo que pensaba, atendida la índole de estos apuntes, porque la estadística tiene en nuestro siglo una influencia incalculable. Esta influencia es mucho mayor de lo que nosotros creemos, sin embargo de ser nosotros los que la atribuimos y la damos el influjo que ejerce. En esto, así como en otras muchas cosas, nos acontece lo que á aquel que se entrega al sueño. El es el que se duerme, y él es quien menos sabe que se duerme en efecto. La estadística hoy no es solamente un ramo de ciencia, una simple materia de administracion, un punto de historia, una especie de erudicion social, sino una regla de gobierno, un consejo de Estado, un código, una constitucion. Observemos de dónde proceden casi todas las revoluciones, casi todas las turbulencias, la mayor parte de los conflictos en las sociedades modernas, y en todas esas complicaciones y tumultos hallarémos algun origen económico, algo administrativo, algo que dice relacion al Tesoro público, á la Hacienda, al Erario; hallarémos algo estadístico. ¿Cuántas caidas de gabinetes no han sido producidas por un empréstito? ¿Cuántos tumultos no han tenido por causa una contribucion? ¿A cuántas crisis gubernamentales no han dado lugar los presupuestos? ¿Cuántos gobiernos no han perdido, y pierden el poder todos los dias, bajo el peso de una bancarota? En fin, baste decir que una mera crisis monetaria, la crisis ocurrida no ha mucho, produjo la modificacion de importantísimos gabinetes europeos. La estadística entró en los consejos constitucionales, fué llamada y oida como un personaje de la nacion, como un gran poder del Estado; la estadística, la aritmética social, el nuevo magnate, expulsó á unos

hombres, y llamó á otros para que ocuparan las sillas del gobierno. Esto es asombroso; esto no se cree antes de pensar y de ver con cuidado lo que sucede; pero sucede realmente; es una verdad; una verdad que anda por todo el mundo; una verdad que reconstruye, por decirlo así, el sistema de todos los pueblos, aun el de aquellos pueblos que muestran más tenacidad en hacer del tiempo presente un centinela del tiempo pasado. ¿No veis movimiento en la India, en el mismo Japon, aun en el propio imperio Chino? ¿No veis que ese Japon abre sus puertos á las naves de ciertas naciones, profanando el misterio tradicional que la religion atribuye al legado de Sinto, á su oculto y divino *Dian*? ¿No veis agitarse la atmósfera en la China, en ese vastísimo imperio, en ese inmenso hogar de centenares de millones de criaturas? ¿No advertís como cierto vaiven, cierta oleada, en el ambiente de ese pueblo, convertido, hace miles y miles de años, en un guardian que contempla con ojos desencajados la urna veneranda de sus tradiciones? ¿No hallais algo extraño, sumamente extraño, en esa China, en esa segunda humanidad, en esos hombres cubiertos de polvo; el polvo que ha debido dejar detrás de sí la pisada autómeta de tantos siglos? Sí, lector, allí hay un espíritu nuevo, una nueva palanca, un viento de otros climas. Pues el espíritu que agita á ese imperio fabuloso, esa palanca que lo remueve, ese huracan que lo airea y lo empuja, el arquitecto milagroso que echa por tierra su enorme muralla, el mago invisible que lo hechiza, ¿lo oyes lector mio? ese formidable poder que aturde á los chinos; ese huésped irresistible que les obliga á tolerar otras religiones; que les obliga á conceder la libertad de cultos, aunque al oirlo se estremezca la tumba de su sagrado Fé; eso que allí se mueve, que por allí anda, eso que allí reina, es la estadística; la Economía política; la administracion, las matemáticas sociales; el gobierno de nuestros dias. Quitad á Luis

Napoleon los siete mil millones de presupuesto nacional. ¿Qué sería? Nada. ¿Qué haría? Nada. ¿Estaría en el trono? No. ¿Caería de ese trono, como cae el rayo de las nubes? Sí. Quitad á la Inglaterra su organizacion administrativa; su particular régimen económico; su espíritu estadístico, si así puede decirse; quitadla eso, y la quitareis su importancia, su genio, su poder; la quitareis el ser Inglaterra. Ni trono, ni Cámaras, ni Parlamento, ni meetings; nada bastará. India, Australia, California, todo será inútil. Quitadla su ley y su Banco; su libro y su oro, su ciencia y sus metales, y rezad un Padre nuestro por su alma.

La Economía política, el libro estadístico, hace hoy lo que hacian en otro tiempo la fuerza, la conquista, la tradicion, la herencia y la casta. La estadística es la nueva *casta social*, la nueva sangre de la política, la nueva sangre de los gobiernos. Hoy reina el número, como antes imperaban la guerra, la teología y el pergamino.

La historia del gobierno humano debe dividirse actualmente de otra manera que se ha hecho hasta aquí. Aquella division debe hoy hacerse del siguiente modo, ó de un modo análogo.

Primero: gobiernos conquistadores; la fuerza.

Segundo: gobiernos teologales; la religion.

Tercero: gobiernos tradicionales; la casta.

Cuarto: gobiernos históricos; la herencia.

Quinto: gobiernos sociales; la estadística.

Pitt en Inglaterra, Sully y Colbert en Francia, Campomanes, Florida Blanca, Jovellanos y Florez Estrada en nuestro país, son dignísimos representantes de la nueva historia social.

Y este es el lugar de decir que, desde fines del siglo pasado, se han verificado dos grandes movimientos en la marcha del mundo; han tenido lugar dos nuevos y trascendentales juicios en el espíritu de los fastos humanos, en ese espíritu que gobernaria la vida del hombre, aunque aquellos fastos no estuvieran escritos en papel; aquel espíritu anterior y providencial, ley eterna de todos los tiempos, eterna moral de todos los pueblos y de todas las razas, del cual el libro histórico no es más que un signo, como el cuerpo no es otra cosa que un signo del alma; aquel espíritu que se reviste de la forma de la literatura, de la imprenta, como nuestro ánimo se reviste de ojos y de frente, por ejemplo: es un ángel vestido de bruto.

Digo que en ese espíritu que domina al hombre, que gobierna la vida, como si fuese el interminable reinado de la historia, están germinando dos ideas profundas y poderosas, desde fines del siglo pasado hasta nuestros días. Aquellas dos ideas se enseñorean hoy de todas las formas, de todos los poderes, de todos los entendimientos, en una palabra, se enseñorean de todas las revoluciones que se operan en la razón del mundo.

Las dos ideas de que hablo son: la estadística y la fisiología: la estadística, explicando la sociedad; la fisiología explicando al hombre. ¡Quién había de decir á nuestros antiguos filósofos que la fisiología es espiritualista á su manera!

Véase con cuidado lo que pasa en el mundo de hoy, y se hallará tal vez que la grande lucha, el gran trabajo de nuestro siglo, no es más que el resultado del natural antagonismo que existe entre las ciencias tradicionales y ese genio de la historia, ese nuevo espíritu que se ha despertado en el alma del hombre; más claro, entre las ciencias

escolásticas por una parte, y las matemáticas y la física por otra. Digo, matemáticas, porque la estadística no es otra cosa que las matemáticas aplicadas al régimen social.

Esas dos ciencias, esas dos geometrías, la interna y la externa, la humana y la social: esas dos creaciones casi fabulosas que llenan el globo desde fines del siglo pasado, marcan hoy la medida de la civilización de los pueblos; son la manecilla de metal que mide las horas del mundo en ese reloj oculto y misterioso. La fisiología y la estadística son actualmente lo que eran antes la astronomía, la teología y aún la magia. Hoy no es más civilizada la nación que más sabe y que más disputa, sino la que más analiza y más demuestra. Casi puede decirse que la física de hoy, equivale á la metafísica de ayer.

Pasó el tiempo de la palabra.

Estamos en el tiempo de la prueba.

Pasó el tiempo de la opinión.

Estamos en el tiempo del experimento.

Pasó el tiempo del puro raciocinio, del criterio teórico; pasó el tiempo medio caballeresco y medio fantástico, en que la ciencia convencía al mundo y lo gobernaba ocultamente, empeñando *palabras de honor*.

Estamos en el tiempo del criterio práctico, del criterio de aplicación, del análisis geométrico de la prueba real, casi física; en un tiempo en que el compás explica la idea; en que un pedazo de materia explica un pensamiento, como el alambre explica la electricidad, como el plomo

explica la imprenta, como la brújula marca el polo Norte; en un tiempo que no cree en las *palabras de honor que da la ciencia*.

Pasaron los tiempos de Platon y Aristóteles.

Estamos en los tiempos de Colon, Guttemberg, de Bichat, de Vaucauson, de Montgolfier y de Fulton. Pasó la dialéctica, pasó el silogismo, y vino el instrumento, vino la máquina.

Este gran fenómeno, el más peregrino y trascendental que se ha realizado en la historia, tiene una razon profunda, una profunda psicología. Toda la civilizacion asiática, como la judía, como la griega, como la romana, como la feudal, pretendian explicar el cuerpo por el alma, la materia por el espíritu, la criatura por el criador. Y pasan siglos y más siglos, pasan espectros y más espectros, sombras y más sombras, y por honrar al Criador se ahorcaba en un cadalso á la criatura; y por redimir al espíritu se ponía en un tormento la materia; y por salvar el alma se encendian hogueras al cuerpo. El hombre era quemado, como quien tributa un culto á Dios. Así servian y adoraban á Dios las castas antiguas, las antiguas civilizaciones, ese algo histórico que ha venido reinando en el mundo hasta el siglo XIV de la era cristiana; ese algo no definido todavía; esa casta revuelta y confusa, que se ha denominado de muchos modos, pero que en realidad no es otra cosa que la ley de la contradiccion, la ley de la Persia, un mundo de luz, representado por *Ormuzd*, y un mundo de tinieblas representado por *Ahriman*: decir, una gloria, explicando un infierno; un Dios explicando á un diablo. El alma era Dios, era el ídolo, y se le quemaban perfumes; el cuerpo era el diablo, y se le apedreaba, cuando no se le achicharraba vivo.

Estudiado con imparcialidad y reposo este intrincado asunto, hallaremos que el mundo antiguo, la humanidad hasta el siglo XIV, no es más ni menos que un orden de cosas creado por la ley de la contradicción, por la ley de las castas, la ley de arriba declarando pária á la ley de abajo; la ley de un espíritu y de una materia, considerados como poderes antagonistas; como fuerzas radicales contrarias; la ley terrible que convertía al hombre en enemigo del hombre y de Dios. Que este enemigo se llamara sudra en la India, hebreo en Egipto, hierodul en Capadocia, esclavo en Grecia y Roma, ilota en Esparta, siervo ó hereje en la edad media, poco importa: la filosofía de la historia es la misma. Es una idea que se ha revelado bajo distintas formas; es un vidrio que ha reflejado la luz de varios modos, como un libro tiene varias páginas, como una tormenta tiene varias nubes, como la escama de las serpientes tiene varias pintas. Repito que el mundo, hasta el siglo XIV de nuestra era, venía del Asia; y que el Asia venía de la ley de la contradicción; esa ley abolida por el Evangelio; ese mónstruo ahogado por la sangre vertida en la cruz; esa fosa de la humanidad cegada por el mártir del monte Calvario. ¡Mundo pagano, mundo gentil, no luches, basta! Si algo te queda dentro del valladar que Dios ha puesto al hombre, si alguna gloria te está reservada por el pensamiento de la Providencia, no hallarás esa gloria, ese día luminoso no brillará en el cielo para tí, sino volviendo tu inteligencia y tu corazón al monte Calvario. No luches, no huyas, no leas, no esperes, no mires atrás ni adelante; ponte de rodillas ante un crucifijo. Muda de fe, y adora. Más claro, ten fe, porque lo que tú tienes ahora no es fe; lo que tú haces ahora no es creer, es soñar. Ten fe, repito, y te salvarás, como se ha salvado la humanidad cristiana.

El mundo moderno mudó enteramente de pensamiento y de conducta. En vez de explicar la criatura por el criador, la materia por el espíritu,

el cuerpo por el alma, el hombre por la sociedad, tiende á explicar la sociedad por el hombre, el alma por el cuerpo, el espíritu por la materia, el criador por la criatura, arrojando del mundo una metafísica simbólica, poética, oriental; una especie de augurio pagano, una adivinacion, egipcia que, ó no explica nada, ó explica todos los absurdos y monstruosidades que la mente de un loco puede concebir; todos esos absurdos y monstruosidades que han venido reinando en la historia de la humanidad.

Antes sucedia que por el misterio del geroglífico, querian explicar las figuras del mismo geroglífico, de donde resultaba que no conocian ni las figuras, ni el misterio, ni modo ni esencia, ni cuerpo ni alma, ni criatura ni criador. Partian de lo que ignoraban, para llegar á lo que no sabian. Eran dos ignorancias obstinadas y supersticiosas, creando todo un mundo; el mundo en que debia vivir el hombre, el sér que piensa y siente, el sér que raciocina y ama, el sér que crea tambien, la hechura más noble, la concepcion más sábia de la suma sabiduría, el poder más grande que dió á luz el Todopoderoso; el único poder creado, capaz de conciencia, capaz de convencerse, capaz de arrepentirse, capaz de bajar la cabeza y suspirar; el hombre, la criatura que llora y que espera. Y luego hay cristianos, hoy, en nuestro siglo, pasados mil ochocientos sesenta y tres años de la Cruz; hay cristianos, repito (¡parece mentira!) que profesan la ley de la contradiccion, la ley de un alma divinizada y de un cuerpo quemado; la ley de los tormentos y de las hogueras; la ley de la horca y del cuchillo; la ley de Tiberio que llenó de gemidos las tinieblas sagradas de las catacumbas; la ley de Pilatos, que hizo caer á Jesucristo bajo la carga de un madero. Y al hablar de cristianos que profesan hoy aquella ley bárbara, no me refiero á hombres vulgares, sino á personas ilustradas y fervorosas. Yo no puedo expresar cuánto me

amarga esa inconcebible y lastimosa contradicción. No se comprende cómo esos hombres viven en el mundo, ni cómo han leído la historia.

El espíritu moderno, el mundo cristiano, hizo lo contrario de lo que hacia el mundo venido del Asia. Para adivinar el misterio del geroglífico, partió de las figuras: para adivinar el geroglífico, que estaba dentro, partió del geroglífico que estaba fuera; para adivinar lo que no veía, partió de un hecho que estaba viendo; y de esta manera consiguió que si no veía lo de dentro, veía al menos lo de fuera; algo veía. Acaso no logre conocer el espíritu, pero conoce la materia; tal vez no conozca á su criador, pero conoce la criatura; tal vez no logre explicarse la sociedad humana, pero se explica al hombre. Ya que no la esencia, conocerá el modo; ya que no logre adivinar ese algo infuso, esa cifra divina, esa última duda, esa duda suprema y venerable de que parece circuirse el espíritu providencial, logrará siquiera conocer lo que se ha revelado, lo que obra en la naturaleza, lo que Dios ha escrito en esa segunda teología, lo que Dios promete en esa segunda religion. Antes no se veía lo visible; no se realizaba lo realizable. Hoy, sí. Este es el gran carácter del cristianismo sobre la civilización gentil y pagana. El hombre cristiano se cree autorizado, se cree con poderes, se cree hasta con fuero, para ver lo que puede verse; dejó de quemar al que manifestaba que veía lo que no se había visto antes; dejó de fabricar tormentos, de aparejar cadalsos y de encender hogueras al altísimo y venerando ministerio de la razón humana; al ministerio de pensar y de decir lo que se había pensado; al ministerio de medir, y de hacer patente lo que se había medido, y esto, esto solo explica la incalculable superioridad del mundo moderno sobre el mundo antiguo, la incalculable superioridad del hombre cristiano sobre el hombre de las regiones gentiles y paganas. *La ley de la humanidad*, puesta en lugar de la ley de la contradicción; la ley

de Dios y la del hombre, puesta en lugar de la ley del diablo y de la del hereje, esto lo explica todo. Sin este dato, sin esta observacion, sin hallar en las fastos humanos ese fin adorable, esa providencia que triunfa, sin que nadie vea los laureles del triunfo; sin que las cosas se miren así por la razon y por la fe, unidas y hermanadas, no es posible encontrar la filosofía de la historia. La historia será un acaso horrible, un fatalismo ciego y cruel, un *pandemonium*, como la denominan los escépticos, los ateos del hombre y de Dios. Dicen bien esos desdichados. La historia es un *pandemonium* para los que no creen en la providencia y en la humanidad, como la razon es un delirio para el loco, como la ciencia es una algarabia para el ignorante, como la luz es una tiniebla para el ciego. Más digo y opino lo que quiera esa pobre gente, la historia ha sido, es y será siempre la Biblia social, una segunda revelacion, una infalible geometría del progreso humano.

He dicho antes que hoy no se considera más civilizada la nacion que más sabe y que más disputa, sino la que más analiza y más demuestra. Esta verdad no admite duda en mi juicio. La Italia, por ejemplo, es más teóloga, más metafísica, más ontológicamente sábia que la Inglaterra; sin embargo, la Inglaterra es hoy un pueblo más civilizado, inmensamente más civilizado que la Italia. Esto quiere decir que ha analizado más en estudios estadísticos y fisiológicos, que es más sábia en la ciencia del hombre, y en la ciencia de la sociedad, porque hoy se llama ciencia lo que antes se llamaba herejía, y se llama fárrago lo que antes se llamaba ciencia.

Cada escuela podrá traducir este hecho á su modo, dejándose llevar de sus recuerdos, de sus aficiones ó de sus intereses; pero la existencia de aquel hecho, tan capitalmente trascendental, es indisputable.

Voy á decir ahora dos palabras sobre los monumentos citados en el sumario de este día, dando principio por *el palacio de la Bolsa*.

Nada tengo que oponer acerca de la magnificencia del edificio. Es un verdadero palacio. Tiene efectivamente ese aspecto grave y majestuoso, esa gallardía reposada, casi circunspecta, de aquel género de arquitectura. Su historia, considerado como edificio, esto es, su historia de piedra, es muy breve. Considerado como una institucion social, como *juego público*, aquella historia es algo más larga y más difícil.

La Bolsa de hoy ocupa el espacio que ocupó en otro tiempo el convento de las hijas de Santo Tomás. ¡Qué cambios tan curiosos y tan elocuentes! Principió este palacio el primer imperio, y lo terminó Cárlos X. Presenta un paralelógramo de setenta y un metros de longitud, sobre cuarenta y dos de latitud, si no mienten los informes que nos dan, informes que considero exactos. Al menos no desmienten la impresion que aquí se recibe. Circuye al suntuoso edificio una gran galería de setenta columnas de un metro de espesor y diez de altura, sostenidas por un basamento de tres metros de elevacion. Un sólido cornisamento y un elegante ático coronan las setenta columnas, de órden corintio, las cuales nos hacen sentir la doble emocion de la majestad y de la fuerza.

Quisimos penetrar, pero los guardas del edificio, herederos históricos de la gravedad monacal, nos prohibieron la entrada con cara de priores, enviándonos al estanco de la Hacienda pública, en donde debiamos proveernos de una especie de credencial, mediante la *limosna* de dos francos, uno por cabeza. He dicho limosna, porque esta rara contribucion, esta curiosa prevision del Erario francés, me

huele al saco del convento. Yo me volví á mi mujer, y la dije en nuestro idioma: aquí se ha verificado una trasmigracion casi portentosa. El franco que nos piden, se escapó sigilosamente del convento de las hijas de Santo Tomás, y se escondió en el palacio de la Bolsa.

—¿Qué franco nos piden? Preguntó mi mujer con picante curiosidad. (Para las mujeres es picante todo lo que tire á dar dinero.)

—Ese bedel, conserje ó lo que sea, contesté á mi compañera, me dice que vayamos al estanco, en donde nos darán un billete, cuya presentacion es indispensable para visitar el edificio. El billete en cuestion nos costará un franco á cada uno.

Mi mujer agrió el gesto de un modo visible.

Esta conversacion pasaba en presencia del conserje, que nos miraba con estrañeza, y que permanecia de pié, custodiando imperiosamente la entrada, como si se tratase de guardar las manzanas de oro en el jardin de las Hespérides.

Mi mujer y yo nos dirigimos á un estanco, que hay á pocos pasos del edificio. Al bajar la magnífica escalinata de la *Bolsa*, mi mujer me tira del brazo, en señal de llamarme la atencion, y me dice:

—Llévame á la fonda; yo me quedaré allí, mientras que tú vienes á visitar ese palacio. Me remorderia la conciencia, continuó mi compañera con más animacion, si los franceses me cogieran un franco por visitar la *Bolsa*.

—Ese franco que piden, contesté yo, no tiene nada de particular; al contrario, es una gabela natural, y lógica. Se trata de la *Bolsa*, y por simpatía, atacan la bolsa de los curiosos.

—Te lo voy á decir francamente, repuso mi mujer, y apretó el paso, como si lo que me iba á decir la espolease. «Yo creí que Paris era un pueblo de suma caballerosidad, y de sumo idealismo. Yo creia en España que en Paris se hacian muchas cosas por galanura, por etiqueta, por urbanidad, por espíritu de civilidad y de hidalguía. Pero, amigo mio, estoy viendo que me engañaba de una manera lastimosa. Esto es mucho peor que Madrid. Aquí no podemos llevarnos las manos á la cabeza, aquí no se puede decir el Padre nuestro, aquí no se puede ni rezar, sin tener que hacer frente al dichoso franco. Odio esta palabra, ¡Qué sujeto tan descortés! ¡Qué persona tan atribulada y tan agresiva! Franco le llaman, y en verdad que le han dado con el nombre, pues tan franco es, que se mete por todas partes como trasquilado por iglesia. ¿Quieres que te diga la verdad? Segun voy viendo, esto es una batalla continúa, en que los combatientes no abrigan otra idea que apoderarse del botin de los enemigos; una guerra que se hace, una lucha que se traba, únicamente por coger el botin. Ni más ni menos, ni menos ni más. Los combatientes son los hijos de este país. Los enemigos son los extranjeros. En España, en el mismo Madrid, el dinero es una gran necesidad. En Paris es una gran plaga, una gran peste; en fin, es una guerra, con todos los peligros, con todos los sustos, con todas las calamidades y las desdichas de una guerra. Mira, añadió resueltamente mi mujer; déjame en la fonda; no quiero dar un franco por ver ese edificio; por una peseta está cavando un español todo el dia en el campo....»

Sin embargo dé estos sermones de mi compañera, yo me dirigí al estanco, con el fin de comprar el documento que el conserje me reclamaba. Mi mujer lo notó, y se detuvo á despecho mio.

—No te empeñes, porque no voy. No quiero pagar el derecho de ser extranjera. Aguantaré que me traten como enemiga, en lo que yo no puedo evitar; pero á sabiendas, no.

—Bien, la contesté yo; tú dices que no quieres dar un franco por esa visita. Enhorabuena, no lo des; pero yo quiero darlo; no es cosa tuya, sino mia, y no debes tener remordimiento alguno. Iba á replicar; pero la llevé hácia adelante con el brazo, y esto la persuadió mucho más que si la hubiera predicado un sermón. No sé el por qué, mas tengo por cosa evidente que á las mujeres las convence más un ademán que veinte palabras.

Por santa obediencia se resignó á entrar en el estanco, y no pude menos de soltar la risa, cuando observé la cara de vinagre que mi mujer puso al ver los dos francos en el mostrador.

—¡Lástima de dinero! dijo furtivamente, y nos dirigimos á la Bolsa.

Buena escalera, excelentes pasillos, galerías espaciosas, hermosas balaustradas, salas magníficas.... Repito que nada tengo que tachar á la arquitectura del edificio, aunque desde luego se echa de ver que no fué construido para que sirviera de palacio. Volviendo ahora los ojos á su oficio social, si así puede decirse, principio por no estar conforme con el nombre de *Bolsa*, aplicado al cambio oficial, cambio importado en Francia por el hacendista escocés Law, á fines del siglo XVII.

La palabra *Bolsa*, no sólo es impropia, sino escasa, ruin, grosera, hasta ridícula, para darnos la idea de un lugar en que se verifican

operaciones mercantiles de cierta monta. No comprendo cómo los negociantes que se dedican á aquel juego público, llevan en paciencia que se les designe con el apellido de *Bolsistas*. Me parece que en este nombre hay algo que se rie de la persona que lo lleva, como si dijéramos *bolsillistas*, *faldriqueristas*, *taleguistas*, ó palabras por este jaez. Yo deploro (en este sentido ¡tengo tanto que deplorar!) deploro, decia, que los españoles, dominados por un espíritu de imitacion incalificable, desnaturalizando una de las lenguas más bellas y más ricas del mundo, malversando el depósito que muchos siglos y muchas glorias les han confiado, hayan mendigado de los franceses la palabra *Bolsa*, condenando tan irreflexiva como injustamente los nombres castizos de *lonja* y casa de contratacion. En lugar de *Bolsa*, que nada significa, ó significa una ridiculez, porque ridículo es todo despropósito ¿qué razon hay para que no pudiera decirse *lonja del cambio*? Pero ahora caigo en que esto no bastaba; era indispensable ponerse á la moda; era indispensable llamar la atencion con una cuquería de nuestros vecinos; era indispensable engalanarse con una palabra parisiense, como los payasos se visten de siete colores, para que les sigan los chiquillos, ó como se enjaeza un caballo, para venderlo bien en la feria. Era indispensable el relumbron, el palaustre, y atravesó los Pirineos la palabra *Bolsa*. No sólo hay servilismo en política; hay servilismo tambien en conducta, y esas limosnas que el pueblo español recibe de Francia; esas caridades que le implora, cuando tantas podria hacer, cuando tantas ha hecho á esa misma nacion que nos manda hoy con sus monerías; esas limosnas vergonzantes que á Francia pide, es un servilismo de nuestra época; y no solamente es un servilismo, sino una sandez. ¿Qué se diria del que fuese á buscar falsas doraduras á país extraño, olvidando el oro, el oro fino, que tiene en su país? Pues eso es cabalmente lo que debe

decirse de los españoles, que van á Francia para traerse la grotesca palabra *Bolsa*, arrinconando, para que crie moho, la palabra lonja; término propio, lógico, natural, en relacion perfecta con las tradiciones de nuestro idioma; con su pensamiento y con su melodía; es decir, en perfecta relacion con su etimología, con su filosofía y con su esthética.

Nuestra nacion no sufriria que el pueblo francés pusiera el pié en un palmo de nuestro territorio, y consiente á las mil maravillas una invasion completa en otro sentido; una invasion más peligrosa, porque nos conquista ocultamente, por dentro, en el interior de nuestras casas, en el interior de nuestras viviendas, en lo más íntimo, en lo más profundo que tiene el hombre: en la palabra. La palabra es lo último que pierden los pueblos, porque esa palabra es á un mismo tiempo su ciencia, su poesía, su amor: la palabra es el espíritu que sobrevive á la libertad, á los usos, á las costumbres, á las leyes. Se quema un código, mil códigos: no se quema la lengua en que están escritos. La palabra y la historia son los dos genios que van al frente en todas las exequias, son los manes eternos que velan sin cesar sobre la tumba de las generaciones. Pasó el Lacio, pasó el pueblo latino; pero queda una sombra de aquello; queda una huella que no se borra, un alma que no muere, una ceniza que no se enfria, un sepulcro que no se cierra; queda un cadáver que no se consume; sobre el polvo, sobre las ruinas, sobre la soledad y el silencio de los cadáveres que se extinguieron, queda un cadáver que no se extingue, que no se extinguirá, mientras que la tierra sienta el calor de las plantas del hombre: pasó el pueblo latino; pero nos queda la latinidad. Pasó el pueblo; no pasó la palabra. Pasó el cometa, no pasó su rastro. Pasó la tormenta, no pasó el celaje.

Los españoles no sufrirían que nos conquistaran un solo palmo de territorio; que nos invadiesen un grano de arena, y van á Francia para que nos conquisten en el idioma, para que nos invadan en nuestro espíritu, en la tierra de Dios, porque es la tierra del pensamiento. Hablar es pensar, y el que trastorna lo que hablo, trastorna necesariamente lo que pienso. Sí á mí me dijeran: ¿qué es lo que quieres para apoderarte de una nación, para mandarla, para ser su amo? yo contestaría: quiero ante todo apoderarme de su lengua, mandar en su palabra, ser amo de ese libro en que están escritos los nombres de Dios, padre, madre, hijo, hermano, amigo, patria, luz, amor, espacio. Más, mucho más que de su territorio, desearía apoderarme de lo que está dentro del territorio, de lo que está dentro de las ciudades, de lo que está dentro de las casas, dentro de la familia, dentro del individuo; de esa sombra que le acompaña, de ese centinela invisible que le custodia, de ese misterioso y terrible poder que le defiende; la palabra, la inteligencia. Mandando en la lengua, mando en el alma; mandando en la boca, mando en la frente, y este es el gran terreno que hay que invadir, esta es la gran conquista que hay que hacer, este es el gran pueblo que hay que conquistar. Sin saberlo nosotros, sin apercibirnos siquiera, sin soñarlo, los franceses nos están invadiendo; los franceses nos ametrallan, en una guerra en que se lucha sin disparar tiros. Los soldados de esa campaña particularísima, son las palabras; la palabra *Bolsa* es uno de los tantos y tantos combatientes de ese ejército numeroso, de ese ejército irresistible, de ese ejército que acabaría por conquistarnos, si no llegase un día en que el pueblo español, aplicando, no el oído de fuera, sino el oído de dentro, no aplicando la oreja, sino la mente, oyese ruido en el interior de su casa, oyese disparos en el territorio de su inteligencia. Ese día llegará. España comprenderá al cabo que el

pensamiento tiene sus estados tambien; comprenderá que su idioma es su pensamiento, y defenderá las fronteras de su inteligencia, como defenderia las fronteras de su territorio.

Entre tanto, yo expulso de mi casa la palabra *Bolsa*, como rechazaria á todo el que quisiera arrojarme de mi país. Llegará una hora en que España se vuelva á España; yo me he vuelto ya hace algunos dias, aún permaneciendo en Paris.

Pero no es la palabra *Bolsa* el solo punto en que no estoy conforme, al estudiar el edificio de que se trata. Tampoco estoy conforme, con que la *Bolsa* tenga un palacio, conque haya un palacio que se llame el palacio de la *Bolsa*. Esto me parece tan indiscreto, tan extravagante, tan ridículo, como el que hubiese un palacio que se denominara *el palacio del bolsillo, el palacio de la faldriquera ó del talego*. Entre bolsa y palacio no hay relacion posible, en el órden lógico, por más que nos echemos á soñar relaciones. No sólo no hay analogía entre aquellas palabras; no sólo carecen del más lejano parentesco, sino que se nos entra por los ojos su discrepancia, su evidente contradiccion, y no pueden unirse objetos y atributos que se repugnan, que se contradicen, que se zahieren. Si esto valiera, podriamos decir: *el palacio del hambre, el alcázar de la mendicidad*, y admitida esta nueva manera de discurrir, deberia mandarse construir una gran jaula para encerrar al mundo. No estoy conforme con el palacio de la Bolsa, como no lo estoy con el palacio de la Industria, ni con otros muchos palacios que por aquí bullen, despertando en mi alma recuerdos penosísimos, tristes y lamentables contradicciones. ¡Palacio de la Industria! ¡Y el industrial no tiene dónde vivir! ¡Y el obrero tiene que ir á buscar una vivienda más allá del recinto de la ciudad, á Batiñoles! Es un magnate que tiene un alcázar, y ha de andar buscando un asilo

de zoca en molondra. Es un mendigo á quien se ha levantado un palacio; pero que no ha dejado de ser mendigo, ¡Vanos alardes! ¡Estéril pompa! ¡Pobre magnificencia! Aquí se hacen muchas cosas por el solo gusto de hacer; se dicen muchas cosas por el solo gusto de decir: hay ostentacion, aparato; no hay intencion, no hay propósito, no hay ese íntimo y fervoroso trabajo de la conciencia, que precede á todo deseo, á toda aspiracion, sobre todo cuando es una aspiracion madura y sensata. Aquí hay muchos principios sin fines. No encuentro en Francia ese pensamiento anterior, circunspecto, convencido, inflexible, que hallo en los trabajos de los alemanes; ese bellissimo sentimiento, esa fantasía aromática, esa seductora inspiracion de los italianos; ese cálculo fijo, inflexible, tenaz, callado, sigiloso, tal vez traidor, pero lógico, convencido, sábio, de los ingleses; esa rusticidad hospitalaria, generosa y fiel; esa barbarie honrada, creyente, leal y valerosa; esa liga de lo salvaje y de lo hidalgo; esa mistura indefinible del soldado, del poeta, del pastor y del caballero; ese algo latino, scita y árabe; ese carácter en que han entrado Régulo, Attila y Saladino; esa especialidad, única en el mundo (como la palabra hidalguía) que distingue á los españoles. No digo que sea buena, ni que sea mala; digo que es única, y admito el reto que para probar lo contrario se me haga. No hallo eso aquí. Me parece hallar prisa, aturdimiento, indeliberacion, exterioridad, lujo, boato: púrpura por fuera; por dentro es otra cosa. Es una gran botella que se destapa. Mucho ruido, mucho hervidero, mucha espuma; á poco pasa todo aquel estrépito, y la botella queda medio vacía. No parece sino que esta ciudad siente que la vida se le va de las manos, y corre detrás frenéticamente, como para cogerla por los cabellos.

En cualquiera otra parte del globo, un palacio es un edificio que sirve de morada á los reyes, á los pontífices, á los magnates, á los

poderosos, á las grandes corporaciones del Estado, como un Congreso ó una Asamblea. Aquí, no. Aquí es un palacio el depósito de la Industria, la casa de cambio, el banco, la casa de moneda; sin embargo de que ni la casa de moneda, ni el banco, ni la industria, son altos cuerpos del Estado, ni poderosos, ni magnates, ni reyes, ni pontífices. Aquí toma el nombre fastuoso de palacio, lo que en otros países se llama simplemente casa, lonja, depósito, alhóndiga, almudín, ó cosa semejante. Y aquel nombre fastuoso, esa régia estirpe con que se decora á la arquitectura (¡ni las piedras están á salvo del genio francés!) viene de la tendencia general que ha creado tantas y tantas formas en esta Babilonia del Occidente; formas colosales algunas de ellas; que ha creado tantos y tantos intereses, respetables no pocos, porque no hay delirio que no tenga algo sublime, y el delirio de los franceses ha sido afortunado: aquel prurito de idealizarlo todo, de hacerlo todo régio, como si hubiese dejado de ser belleza la eterna belleza de la sencillez; la inagotable, la majestuosa, la imponente, la sin igual belleza de la verdad; la belleza de una ligera nube que atraviesa el cielo solitaria: aquella pasión, vuelvo á decir, viene de ese espíritu mitológico, fantástico, visionario casi, que tiene ciegos á los franceses, con que los franceses quieren cegar á todo el mundo. No es lo doloroso que ellos lo quieran, porque cada cual realiza su genio como puede: lo doloroso es que lo quieran y lo consigan. Dejarán de conseguirlo mañana, porque la doradura no brilla siempre como el oro, porque el hervidero de la cerveza no dura siempre: pero hoy lo consiguen, porque las doraduras deslumbran, porque el ruido de la botella de cerveza aturde. Hoy lo consiguen; esta es la verdad.

Y penetrando más en el asunto de la Bolsa, con la cabeza destocada y pidiendo perdón á las personas á quienes pueda lastimar, sin que en

ello pueda tener parte mi deseo, porque mi deseo más deliberado es no herir á nadie, digo que no estoy tampoco conforme con ese cambio, con ese negocio, con ese juego que se llama Bolsa, tal como hoy se encuentra establecido y organizado. Acepto todo juego lícito, como distraccion; como oficio social, como carrera, como profesion, como jornal de todos los dias, no lo acepto. Harto se me alcanza que esta opinion escandalizará á no pocos lectores; adivino que se me llamará extravagante; enhorabuena; digo y repito en alta voz que no lo acepto. Jugar para pasar honestamente el rato, sí. Jugar para vivir jugando; para dar á un juego nuestra vida; para desplumarnos dándonos las manos y sonriéndonos; para hacer en un dia una fortuna injustificada, á costa del prójimo insensato; jugar para que tantos comerciantes dignos y honrados se quemen el cerebro con una pistola, eso no. Podrán contestarme lo que quieran; yo no llevo la contra á nadie; á nadie desmiento; pero digo que no.

Y el que quiera tener ideas de la *Bolsa*; el que quiera saber lo que es ese juego, ese juego que hace muy poco se llamaba *agiotaje*, que venga á las dos de la tarde, y sea testigo de lo que pasa en el interior de este local. Voy á decir lo que yo propio he visto, lo que yo por mí mismo he presenciado, lo que acabo de ver y de presenciar, y ¡ojalá que no lo hubiera visto ni presenciado!

Suena la hora de la cotizacion de fondos, y muchas gentes llegan, se apiñan, se hostilizan, se estrujan. Todos se ponen de puntillas, los cuellos se estiran, las barbas asoman, los rostros se encienden, los ojos se inflaman.... ¡Madre de Dios! Eso no es un pregon, ni una gritería; es un ahullido interminable, un galimatías infernal. Eso no es un cambio, un negocio, un comercio; eso es un frenesí, un rapto, una

calentura. Reconozco la existencia de la calentura y del frenesí como enfermedad; no la reconozco como negociacion.

La Francia gana una batalla en Cochinchina, y los fondos suben. La misma Francia sufre un descalabro en Sebastopol, y los fondos bajan. Y el francés, el hombre que ha nacido en este pueblo, el hijo de esta madre, ve á su madre caida, y si la *Bolsa* lo requiere, vuelve la espalda y la vende por tres ochavos. El caido se levanta luego, gana una victoria en los campos de Italia, suena el cañon que anuncia el triunfo de Solferino, y el francés que hace poco vendió á la Francia por tres ochavos, se vuelve ahora y la ofrece un talego lleno de oro. No se lo da á la Francia, sino á su juego, á su albur, á su egoismo. Ese es un juego que negocia con la fortuna y con la desgracia de su país; con el honor y con las glorias de su patria. No admito que se jueguen las lágrimas de una nacion; no puedo admitir que se juegue con los conflictos de los hombres. No puedo admitir que se juegue con el espíritu que busca un amparo bajo una corona de laurel, una corona empapada tal vez en sangre, una sangre vertida quizá por un hermano del que juega con aquella corona. ¡Tambien ha de ser un oficio del hombre el jugar la palma del mártir! ¿Qué dejan al mundo, qué dejan á la vida, si no le dejan esa palma! ¡Comercien en buenhora con la materia; comercien con todo lo del mundo; pero que dejen al alma del hombre la metafísica poética de un laurel, la metafísica poética de una gloria!

Dije y vuelvo á decir que eso no es comercio; esa no es la inteligencia que une á las naciones, que funde las razas, que establece la unidad del globo, la unidad del hombre, la unidad de la naturaleza, la inmutable y santa unidad de Dios. Eso no es el comercio, el conquistador universal, el universal revolucionario, encargado por la

Providencia de llevar, entre sus mercancías, el espíritu de tolerancia y civilización á todos los países. Jugar no es comerciar; comerciar, no jugar, debe ser el oficio del comerciante. Si su nuevo oficio consiste en un juego, lo natural es que deje el nombre de comerciante, y tome el nombre de *jugador*. Si aceptan el nombre, si se avienen á recibir el nuevo bautismo, *con su pan se lo coman*. Un hijo mio no tomaría seguramente tal profesión, al menos si mi hijo oyera la voz de su padre.

Ni estoy conforme con la palabra *Bolsa*, ni con que la Bolsa tenga un palacio, ni con el juego que en el palacio se verifica.

En este momento entra en mi habitación D. Francisco Javier de Mendoza, que ha llegado hace poco de Venezuela, y á quien conocí en casa de D. José Segundo Florez. El lector me permitirá que dedique dos líneas á estos dos nuevos personajes, que honrarán las páginas de mis humildísimos apuntes.

Floreza es un hombre metódico, reposado, silencioso, observador, profundo: es un hombre de estudio, un hombre de letras, como si dijéramos un sábio antiguo; pero con la ciencia de los modernos.

Javier de Mendoza habla con soltura, con elegancia, con pasión. Se apasiona de todo lo que reputa bueno, y está apasionado de la palabra: habla mucho y bien, discurre más que habla; imagina más que discurre; calcula y proyecta más que imagina. El solo digiere mucho más con su pensamiento, que veinte personas con el estómago. Llega al punto á donde se dirige antes de partir. Tal es la fuerza con que su alma mide el espacio que le separa del objeto que busca. Aquel espacio desaparece, lo devora, y antes de marchar hácia su pensamiento, se encuentra á su lado. Este hombre es uno de los

caractéres más extensos que yo conozco. Hay en él cierta mezcla de galán y de literato, de soldado y de artista, de diplomático y de banquero. Es un gran taller, una gran oficina, en que cada uno de esos personajes trabaja, sin que los obreros se incomoden.

Hablando de opiniones políticas, dice que él quiere la igualdad de la riqueza y de los goces, no de la miseria y del martirio. Es demócrata, pero quiere ir en coche. Tiene la democracia del sentimiento, y la aristocracia del carruaje.

Si aspirara á que lo empleasen, su primer empleo seria una cartera de ministro, ó una embajada de primer orden.

Si tuviese el don del colorido, si sintiese mejor la forma artística, seria un genio; aún sin esas dotes, es un buen talento.

Pues he leído á mi amigo Javier de Mendoza lo referente al palacio de la *Bolsa*, y al juego público denominado así, y ha convenido en la impropiedad de aquella palabra, y en la impropiedad del nombre de *palacio*, aplicado á dicho edificio. Por lo que hace al juego, ha convenido conmigo también; pero me ha hecho notar que mis opiniones acerca de este punto causarán escándalo entre ciertas gentes, pudiendo hacer daño á la publicación de mi obra.

Pues aunque mi obra se hunda, y á mí me quemén, contesté, digo y repito que no estoy conforme sino con las cosas cristianas, y me parece que aquel juego no es cristiano. En medio de mis desventuras (que han sido infinitas) debo al cielo la dicha suma de tener valor para decir á todo el mundo la verdad de un modo decoroso, y la digo siempre, aunque me costara subir al cadalso.

Deportando despues amigablemente sobre el carácter de esta maravillosa ciudad, hemos convenido en que no extrañaríamos que el mejor dia se levantara aquí un edificio suntuoso, con el título de PALACIO DEL MERCADO. Tal es la comezon que tienen los franceses por *relucir*, que no nos causaria sorpresa ciertamente que dieran un palacio á los conejos y á las perdices; á la manteca y á los huevos; á las coles, á las patatas y á los rábanos.

Se dirá que decimos esto con intencion de satirizar á este país. No seré yo el que niegue que haya en nosotros algo de esa malicia picaresca, con que se zahiere una cosa ridícula; algo tal vez de ese sabor áspero que siente el español, cuando cata un manjar de nuestros vecinos; puede que haya eso en nosotros, sin que nosotros lo sepamos, como sin saberlo nosotros nos pican los mosquitos durante el sueño; pero esto no quita que en lo que decimos haya un gran fondo de verdad.

Vayamos ahora al Palacio Real, cuya historia es más breve y galante. Sepa el lector que durante el trascurso de algunos siglos, ese palacio fué el centro espléndido de la coquetería parisiense. En ese jardin que estoy viendo, la astuta cortesana se ofrecia á los espectadores con el traje muy escotado, luciendo la espalda y el pecho, como si quisiese hacer gala de la riqueza de sus incentivos, tambien de la riqueza su pudor. Digo riqueza de pudor, porque si el que da mucho debe ser rico, aquellas cortesanas debian ser muy ricas de decoro. Pero siendo el Palacio Real uno de los grandes prodigios de la monarquía absoluta, claro es que al pasar aquel régimen, debió perder no poco de su antiguo esplendor. En espacio es en lo que menos ha perdido, y tres calles se han hecho á expensas de sus encantadores jardines; las calles de Valois, de Beaujolais y de Montpensier.

Nada quiero decir de la arquitectura del Palacio, porque los grabados que acompañarán á la obra, darán una idea más exacta que todas las descripciones que yo pudiera hacer, y paso á su reseña histórica.

Richelieu, el cardenal más galanteador que la historia conoce; el brazo derecho de uno de los reyes más galanteadores que la historia conoce también; el gran ministro del gran Luis XIV; aquel cardenal más grande que aquel rey; Richelieu, el prelado poeta, el poeta hacendista, el hacendista político, el político filósofo, el filósofo magnate, levantó de pié el Palacio Real. Después, hubo de acudirle la memoria de los grandes tesoros de que era deudor al pródigo cariño de sus reyes; aquellos tesoros debieron hurgarle en la conciencia, se sintió herido; en una palabra, tuvo remordimiento, y dejó el palacio á Luis XIII, que no pudo tomar posesión.

¡Cuántos secretos debe encerrar ese montón de piedras! ¡Qué historia tan curiosa se pudiera escribir, si la mente del hombre fuera capaz de arrancar al olvido aquellos secretos! Pero no digo bien; muchas de las cosas que han presenciado esas paredes y esos pavimentos, no podrían escribirse, porque hay en este mundo muchos arcanos que no pueden contarse.

Ese palacio fué el local más célebre, la casa favorita de la aristocracia del siglo XVII y XVIII; el monumento de los festines, de la galantería, del amor; una especie de templo ateniense, uno de aquellos templos griegos que se consagraban á la hermosura, un trono en donde se sentaba como reina la diosa Vénus.

En ese palacio había un teatro, el más brillante de toda la Francia, en el cual cabían holgadamente tres mil personas; había una capilla, cuyos ornamentos eran de oro macizo; una biblioteca magnífica; ricas

colecciones de pinturas, é infinitos retratos de hombres ilustres, de tal manera que aquellos salones parecian más bien un campo santo histórico. El palacio del Cardenal representaba el consorcio extraño de la cortesanía, de la religion, de la ciencia y del arte: alcázar, iglesia, teatro, pinturas y libros.

Ana de Austria, reina de Francia y regente del reino, habitó el palacio de Richelieu con sus dos hijos, á mediados del siglo XVII en 1643, y en el mismo palacio tuvieron lugar las espléndidas bodas de su hija con el duque de Orleans, hermano de Luis XIV, cuyo monarca lo cedió despues á su hermano el duque, á título de infantazgo.

Ese mismo palacio sirvió de morada al regente, hijo del duque de Orleans, y el alcázar fué menos alcázar que tálamo. Los libros y los retratos de hombres ilustres, la ciencia y el arte, dieron lugar á los brindis y á las orgias. Richelieu abrió paso á un príncipe, tristemente famoso.

Vino Luis Felipe, vinieron las libertades modernas, y tendiendo á nivelarlo todo, el Palacio Real tuvo que caer, porque el Palacio Real no era otra cosa que un gran desnivel de las antiguas aristocracias.

Hoy, una gran parte del fastuoso alcázar del siglo XVII, se ha convertido en un bazar inmenso. Esta inesperada y maravillosa trasformacion, presenta el espectáculo interesantísimo de una casta que conquista á otra casta, de un fausto que sucede á otro fausto, de una pompa que se pone en lugar de otra pompa. Ese gran bazar es el comerciante, puesto en lugar del cortesano.

El que viva en el Palacio Real, no tiene precision de salir de allí para proveerse de todas las cosas de la vida, desde el panecillo que cuesta

un sueldo, hasta la sortija que vale diez mil duros. Aquello no es un edificio; es una gran exposicion; una ciudad; un pueblo.

Tres personajes que llenan la historia de la humanidad, han pisado en un mismo siglo las escaleras de ese alcázar: Richelieu, Luis XIV y Pedro el Grande.

El Palacio Real ha tenido sucesivamente los nombres que voy á anotar.

Presten atencion mis lectores.

En sus primeros tiempos, se llamó:

Palacio de Richelieu y Palacio del Cardenal.

Bajo Ana de Austria, Palacio Real.

Bajo la revolucion, Palacio de la Igualdad.

Despues de la revolucion de Febrero, Palacio Nacional.

Ultimamente, Palacio Real.

Ha servido de alcázar, de tribunado, de Bolsa, de tribunal de comercio, y actualmente de Palacio y bazar.

Vamos al Luxemburgo, cuya historia es más breve todavía, aunque no menos curiosa y picante. Digo picante, porque en todas las creaciones de esta sociedad, hay algo que sorprende, que asombra; pero que asombra y que sorprende, con una sorpresa y con un asombro que tienen un no sé qué que provoca á la risa. Los franceses tienen un patético particular: es mitad patético y mitad ironía: una criatura que llora y rie á un mismo tiempo.

En todos los países del mundo, las instituciones, los sistemas, las leyes, asisten al entierro de generaciones y generaciones. Aquí una generación asiste al entierro de muchas leyes, de muchos sistemas, de muchas y encontradas instituciones. Esta veleidad infatigable está reflejada en casi todos los edificios públicos, en el Luxemburgo también, y por esto dije que tiene una historia curiosa y picante.

Roberto Harlay de Sancy construyó un edificio, en el terreno que hoy se llama Jardin de Luxemburgo, hacia el año de 1550, y probablemente aquella fábrica se denominaría Hotel de Harlay.

Trascurridos treinta y tres años, en 1583, Piney de Luxemburgo, duque opulento de aquella edad, compró y ensanchó el Hotel de Harlay, conociéndose desde entonces con el nombre de Palacio de Luxemburgo.

Trascurren veintinueve años, María de Médicis lo compra al Duque por veinte mil libras, levanta un edificio suntuoso, el que ha llegado á nuestros días, llamándose en aquella fecha Palacio de Médicis.

La reina María hizo donación del Palacio al duque de Orleans, su segundo hijo, y entonces se llamó Palacio de Orleans.

Después lo compra la duquesa de Montpensier, Ana María Luisa, la heroína de la Fronda, por quinientas mil libras.

Luego pasa á manos de la duquesa de Guisa y de Alençon, en 1672.

Más tarde, á fines del mismo siglo XVII, en 1694, fué propiedad de Luis XIV.

Posteriormente Luis XVI se lo regaló al conde de Provenza, que reinó después con el nombre de Luis XVIII.

Por último, vinieron los tiempos revolucionarios, y el antiguo palacio de Luxemburgo, el heredero de tantos reyes, de tantas intrigas, de tantos misterios y de tantos conflictos, pasó a ser una finca nacional.

Bajo la Convención, se convirtió en prisión de Estado, a la cual fueron conducidos Hebert, Danton, y otros célebres personajes, incluso Robespierre.

Bajo el Directorio, el gobierno habitó el palacio de Luxemburgo, y a las tinieblas de la cárcel sucede el brillo de un alcázar deslumbrador, en donde Barrás, el aristócrata republicano Barrás, hizo alarde de todo el fausto y de todas las dilapidaciones de la regencia. Entonces el palacio de María de Médicis, tomó el nombre de Palacio Directorial.

Viene el 18 de Brumario, y el Palacio Directorial se convierte en Palacio de los Cónsules, habitándole Napoleón, hasta que fijó su morada en las Tullerías. Entonces tomó la nueva denominación de Palacio del Consulado.

Bajo el imperio, el Palacio de los Cónsules se torna en palacio de los Senadores, y a la sazón se denomina Palacio del Senado.

Después de la revolución de Febrero, que echó por tierra a Luis Felipe, el Palacio de Luxemburgo abrió sus puertas a Luis Blanc, que explicó allí el socialismo a los obreros.

De modo que ha sido alternativamente Palacio de la Monarquía, del Directorio, del Consulado, del Senado, cárcel y cátedra socialista.

Visitemos ahora el cuartel de Inválidos.

No lo debo ocultar. Al coger la pluma para describir este grande osario de la guerra, experimento cierta emoci3n de religiosidad, cierta intencion solemne, cierta unci3n hist3rica, si as3 puede decirse.

El actual cuartel de los Inválidos fué obra del gran rey. Así llama Francia á Luis XIV.

Las ciento treinta y tres ventanas que decoran su fachada principal, dan al edificio un aspecto grave, reposado, claustral, respetuoso. Así debia ser la fachada del palacio de la Caridad.

El conjunto del edificio comprende un espacio de treinta y cinco á cuarenta mil varas. Tiene tres pabellones, uno central y dos laterales, y cuatro pisos de elevacion. Puede alojar á cinco mil hombres.

La puerta principal da á un buen vestíbulo, circuido de columnas jónicas, que sostienen un grande arco, orlado de trofeos militares. Este vestíbulo conduce al patio que se llama *de honor*, cuya longitud no bajará de ciento cuarenta á ciento cincuenta varas, sobre setenta de latitud. Es un patio régio, verdaderamente aristocrático; pero de una aristocracia tranquila, desnuda, humilde; la aristocracia de la extension y de la sencillez; casi una aristocracia del cristianismo. El grupo de caballos que exorna cada uno de los cuatro ángulos, da al patio en cuestion no poca fuerza y majestad.

Antes de hablar de las cosas grandes que hay dentro, diré dos palabras de una cosa muy bella que hay fuera, en lo alto del edificio, recibiendo la luz del sol y de las estrellas. Aludo á la media naranja de los Inválidos. Esta media naranja con sus tres cúpulas, una de las cuales, la de los Bienaventurados, tiene un diámetro de veinte á veinte

y cinco varas; con su pórtico, con sus estatuas, con su columnata circular, con sus doce ángulos dorados, con sus trofeos brillantes, con su rica veleta, es una de las creaciones artísticas más acabadas que yo he visto. Al ver la cúpula de los Inválidos, experimento lo que experimenté cuando ví por primera vez la sublime Concepcion de Murillo. Parece que hay algo que está nadando sobre nosotros, que nos coge por los cabellos y nos lleva hácia arriba. Esa arquitectura, como aquel cuadro, tiene un espíritu que nos enaltece, que nos eleva, y esto me convence de que no hay arte en donde no hay esa belleza íntima, impalpable, invisible, espiritual; esa exhalacion, esa chispa, esa esencia, ese poco de aroma sutilísimo que se quema en el interior de nuestra alma. No; no hay belleza sin metafísica; no hay arte sin espíritu; no hay flor aromática sin aroma. El arte, el arte verdadero, el arte profundo y caritativo de aquella Concepcion y de esa cúpula, es un Dios que habla al mundo por boca del hombre. Cuando se hallan creaciones semejantes, el arte se convierte en una especie de revelacion, y se le adora. Sí; yo adoro esa cúpula; yo adoro la pintura que se custodia en un palacio que veo desde aquí. Puesto delante de la Concepcion, yo adoro á Murillo. Puesto delante de la cúpula de los Inválidos, adoro á Mansard, sea ó no sea francés. Si Mansard fuese la Francia entera, yo adoraria toda la Francia.

Mansard fué el arquitecto de Versalles, uno de los mayores héroes que contribuyeron á la grandeza y á la gloria de Luis XIV. Sin embargo, creo que más que el alcázar de Versalles, vale la cúpula de los Inválidos. Creo que Mansard es más grande, mucho más grande, en esa cúpula que en aquel alcázar.

Cuando aparto los ojos de esa media naranja, siento pesar. Es esbelta, atrevida, grandiosa. Parece que es capaz de fe y de

esperanza; parece que cree en Dios. Esto hará reír á mis lectores, pero es la expresión genuina de lo que siento. ¡Salud, Mansard!

Indicado lo bello que hay fuera, vamos á lo grande que hay dentro.

Ya nos tiene el lector recorriendo este grande cementerio de muertos que andan. Á pesar de tantos trofeos y de tanto esplendor, aquí se respira la idea de la muerte. Por eso el cuartel de los Inválidos es el edificio más imponente, más grande de París. No es el más grande por el conjunto de la piedra, por el arte de la arquitectura, sino por el sentido del establecimiento, por la índole de la institución. Este cuartel es la casa cristiana de lo que unos llaman heroicidad, de lo que otros llaman barbarie; pero de todos modos, es casa cristiana, porque la caridad es tan vecina de todos los países, que lo mismo puede ejercerse con los héroes que con los bárbaros. Además, hay otra circunstancia que favorece más la idea de que visitamos un cementerio, de que asistimos á un cortejo fúnebre. Al ver tantos cañones, tantos grupos de naciones vencidas, tantas banderas, tantos trofeos, parece que vemos pasar delante de nosotros una procesion de esqueletos ensangrentados. Pero, en fin, el hombre que ahí duerme; el hombre enterrado en esa tumba que vamos á ver; ese hombre que quería trastornar el siglo XVIII y el siglo XIX; que los trastornó hasta cierto punto, como una tempestad trastorna la atmósfera; el cautivo de Santa Elena, que habló tantas veces por boca de esas culebrinas, habló también más de una vez por boca de la inteligencia; estos cañones anunciaron un pensamiento, y el pensamiento es un conquistador de tan alta estirpe, que hay que perdonarle muchas faltas. Más valen los errores de la inteligencia que los aciertos de la ignorancia, porque detrás de la primera siempre queda un rastro luminoso, como detrás de un astro queda su disco,

mientras que detrás de la segunda queda algo oscuro, como detrás de una tormenta queda siempre un celaje.

Penetremos ahora en la capilla de San Gerónimo. No hay nadie. Un silencio profundo reina en la iglesia, que fué el sepulcro provisional de Napoleon, cuando trageron sus cenizas de Santa Elena, en 15 de Diciembre de 1840, entre la salva del *agradecido* cañon de Inválidos, y una pompa, y un regocijo, de que apenas se encontrarán ejemplos en la historia del mundo. Acerca, de ese regocijo y de esa pompa, algo se pudiera decir. ¡Qué calamidad la del pueblo francés! Adorar hoy para quemar mañana; quemar ayer para adorar hoy. Pero estamos en la capilla de San Gerónimo, en lo que fué tumba de un cautivo, un cautivo que ese pueblo adora, y ante la sagrada veneracion que un pueblo profesa á un gran cadáver, debo callar.

A través del sarcófago provisional, en que se depositaron los restos de Bonaparte, se puso la espada que el muerto habia legado al general Bertran, y el sombrero que llevaba en Eylau, dado por el mismo al baron Gros.

Seguimos hácia el fondo. Detrás del altar mayor, hay una escalera de mármol, que conduce á una cripta, ó bóveda subterránea, en donde se custodia una sepultura. Bajamos por aquella escalera, hasta llegar á la puerta de la cripta. Esta puerta es de bronce, y está como guardada por dos figuras colosales, que representan el poder civil y el poder militar. Aquellas estátuas inmóviles y silenciosas, parecen dos testigos del otro mundo. En la parte superior de la puerta de bronce, se leen estas palabras:

«Deseo que mi polvo repose cerca de los bordes del Sena, en medio de ese pueblo francés, que yo he amado tanto.» Estas palabras son del mismo Napoleon.

La puerta se abre, y penetramos en un vestíbulo que encierra los sepulcros de Bertrand y Duroc. Luego pasamos á la sepultura de Bonaparte.

Napoleon, en el arco del Triunfo, es un canto.

En la capilla de San Gerónimo, es una plegaria.

En esta sepultura es una sombra.

Doce figuras colosales rodean las cenizas del Emperador. Este enorme grupo parece ser como un jurado de la historia. La tumba es de granito y pórfido, sin ornamento alguno. Este es el mejor ornamento. Aquella desnudez es grande, solemne, religiosa. El espíritu que nos domina al mirar la cúpula, el espíritu que hay allí, ha bajado á este panteon, y ha enterrado ahí un poco de polvo, sin otro ornato ni otra esplendidez que el polvo mismo.

¿Qué ornamento mayor puede darse á un sepulcro que la ceniza que contiene? ¿Qué mayor monumento puede darse al mar, que el inmenso líquido que inunda sus playas?

Esto me parece muy bien. Salgo complacidísimo. Esta bóveda, este subterráneo, esta sepultura escondida, no olvidada, es un digno sepulcro de Napoleon. Es la caridad noble, sencilla, humilde y fervorosa que debe tributarse al genio. Si alguna pompa, si algun fausto, si alguna esplendidez debe haber aquí, está ahí dentro, entre

las cenizas de ese hombre, entre los arcanos de esa memoria. La historia, no la piedra, es el panteon de los grandes hombres.

Pasamos luego á una especie de cueva, que está enfrente de la puerta de entrada. Una sola lámpara alumbrá este recinto. Entre una atmósfera indecisa de luz y de sombra, distingo un objeto, tendido á lo largo. Es una espada de Bonaparte: la espada de Austerlitz.

Dije que Napoleon, en el arco del Triunfo, era un canto; en la capilla de San Gerónimo, una plegaria; en la cripta, una sombra. En esta cueva, en esta cueva casi sublime, es una vision. ¡Qué elocuencia tan irresistible tienen las sombras! ¡Qué patético tan elevado tiene la oscuridad!

Al ver aquella espada, alumbrada á medias por aquella lámpara fija, cuya luz no tiene otra oscilacion que la que la produce nuestro aliento; al ver aquel testigo mudo de tanto estruendo, de tantas luchas, de tanto heroismo, de tanto entusiasmo; de tanta crueldad y de tanta gloria, el corazon se oprime, y apenas podemos respirar.

Al ver esa lámpara, á la luz de ese fuego sombrío, parece que vemos á Napoleon, sentado en la arena de su destierro, con el codo apoyado sobre una roca, con la frente puesta sobre una mano, contemplando la inmensidad del mar, que lo separaba de aquel mundo que él habia concebido, de la otra inmensidad que él habia soñado. Si la Inglaterra entera hubiese podido caber en el corazon de aquel hombre, la Inglaterra entera se hubiese quemado. Del fuego que ardia en aquel corazon, brotó una chispa, y esa chispa quemó una página de la historia del pueblo inglés. Napoleon es una página quemada de aquella historia.

Al juzgar el pasado en los libros, la conducta de la Gran Bretaña se nos presenta como una crueldad; juzgando aquí, aquella conducta es un remordimiento; un remordimiento para esa nación, que no se puede definir; misionera hoy, pirata mañana, siempre temible, formidable siempre.

Visto Napoleón en esta pobre cueva, puede decirse que es más grande muerto que vivo.

Al salir, di al inválido que me acompañaba una moneda de veinte francos. No la quiso. Le insté; no la quiso. Volví á instarle, casi le supliqué; no la quiso. Esto no se encomia con palabras. Aquel viejo soldado (¡cuántas veces habrá llorado por su Emperador!) tiene conciencia de la morada en que vive; tiene conciencia de lo que vale la tumba que guarda. El creerá que el Napoleón que allí tiene, vale mucho más que los cuatro napoleones que yo le daba, y cree muy bien. ¡Salud al viejo, al noble, al digno veterano!

Durante la revolución, el cuartel de los Inválidos tomó el nombre de Templo de la Humanidad.

Bajo el imperio, se denominó Templo de Marte.

Ir de la humanidad á Marte, es como ir de la Virgen á las Sibilas, ó del Evangelio á la fábula. Aquí el monte Olimpo se puso sobre el monte Calvario, el alfanje sobre la cruz. De este modo la veleidat febril de los franceses ha estampado su huella, hasta en ese gran monumento, que basta y sobra para la honra de una nación, y de una nación grande. He aguardado á decir esto en la calle, léjos de la tumba de Napoleón, léjos de la capilla de San Gerónimo.

Pero, mi querido lector, ahora me acuerdo que, al hablar del palacio de

Luxemburgo, he omitido un detalle que pertenece á estos apuntes.

Cerca de aquel palacio, se ve un edificio algo sombrío, casi oscuro; una casa que parece un castillo feudal, cuyo nombre le cuadra perfectamente, no tanto por lo negrozco de sus piedras, como por lo que tiene de misterioso, de galante y de aventurero. Lo mandó edificar el poderoso cardenal de Richelieu, que fijó en él su residencia, hasta que terminaron el Palacio Real. Posteriormente, esas paredes silenciosas dieron alojamiento á un huésped más ilustre aún.

Bonaparte, elevado á primer Cónsul, habitó ese palacio durante seis meses. Fué su morada el entresuelo de la derecha, entrando por la calle de Vaugirard. En aquel entresuelo habia una puerta secreta, la cual daba paso á una escalera misteriosa. Por aquella escalera se subia al piso principal, en cuyo piso vivia una mujer hermosa, muy hermosa y muy desgraciada, porque el llanto es el aura que la mujer respira en los alcázares, como si Dios quisiese castigar el vicio del fausto. Á dicha mujer podian aplicarse los versos siguientes de un célebre poeta italiano:

Una cautiva que nombrarte temo,
Cautiva con el nombre de señora;
Una mujer bellísima en extremo
Porque es muy bella la mujer que llora.

Habia resuelto no nombrarla, para no profanar un sepulcro lleno de misterios y de dolores; pero no quiero dejar á los lectores con esa intranquila curiosidad. Aquella mujer era Josefina.

La visita de los Inválidos me deja sin aliento para emprender la descripción de Santa Genoveva. Esta descripción será la tarea de otro día, porque no debo ser mezquino con un monumento tan espléndido. La historia de su origen es una página bellísima de la historia del hombre, y necesito reposarme un poco. Cuando el objeto que tiene que mirarse está muy alto, hay que pararse para levantar la cabeza. Permítame el lector que yo alce la frente procurando dominar con los ojos del alma la cúpula grandiosa de ese magnífico panteón, y luego le diré lo que mi pobre pensamiento ha podido ver y adivinar.

Hoy terminaré con algunas curiosidades. He leído en un periódico, que una casa noble de Madrid ha dado un banquete, cuyos manjares y aderezos han sido encargados á esta ciudad. El convite se da en la corte de España, y la corte de Francia envía los platos. ¿Cómo se llama esto? ¿Qué nombre debe dársele? He pensado durante más de cinco minutos sobre el particular, y no se me ocurre cómo bautizar al recién nacido, ¿Es antojo, rareza, extravagancia, ridiculez, lujo, pompa, locura, dilapidación? No; no es nada de eso separadamente; lo es todo junto, con más otra cosa que no se puede definir, que acaso no se puede imaginar.

Cada cual se gasta el dinero como quiere, se dirá por algunos moralistas á la violeta. Yo contesto que cuando cualquiera gasta su dinero de una manera loca, tiene que avenirse á sufrir la nota de locura, como cuando lo gasta en vestirse de un modo ridículo, tiene que sufrir que se burlen de su ridiculez. Yo contesto que nadie es dueño de su dinero, ni de un grano de arena, ni de la hoja seca de un árbol, ni del aliento de su boca, para hacer despropósitos y sandeces; nadie es dueño de nada para abusar, porque nadie tiene el poder de cometer absurdos. Nadie, absolutamente nadie, ni ricos, ni reyes, ni

pontífices, ni emperadores, ni sultanes, son dueños de una cosa para contradecir el dogma de la moral y de la razón, para usurpar á la Providencia el sublime misterio con que gobierna el mundo. Ante la idea del deber no hay más que una alcurnia; la alcurnia de lo bueno, de lo discreto, de lo justo, y ante esa alcurnia de la conciencia universal, nadie es personaje para dar banquetes extravagantes y risibles, haciendo gala de un orgullo tonto. *¡Gasta su dinero! ¡Su dinero es suyo!* Esto responden siempre los adoradores del señorío feudal. *¡Argumentación peregrina!* Según esa filosofía, también el que abusa de la fuerza podría decir: *¡es mi fuerza!* Y el que abusa de su entendimiento, podría decir: *¡es mi entendimiento!* Y el que abusa con su avaricia, podría decir: *¡es mi avaricia!* Y el asesino que abusa de un puñal, podría decir del mismo modo: *¡es mi puñal!* *¡No, mil veces no!* Los ricos no son dueños de su dinero, el dinero no es suyo, para dilapidarlo, como nadie es dueño de un cuchillo para asesinar, ni del entendimiento para argumentar falsamente, ni de la fuerza para oprimir al débil, ni de la avaricia para dejar secas las entrañas del pobre.

¡Es mio! Eso no significa nada, cuando se obra contra la ley sagrada del deber. También la hipocresía es del hipócrita, y la maldad es del malvado, y el adulterio es del adúltero, y las traiciones son del traidor.

¡Es mio! No, no es tuyo, para levantarte contra Dios, contra la creación y contra el hombre. Para eso no tenemos nada; para eso todos somos mendigos.

¡Qué desocupada tendrá la cabeza esa familia noble de Madrid, que da un convite, y encarga á Paris los aderezos y los manjares! ¡Qué poco tendrá en que pensar! ¡Pobre gente! Esa familia creería que iba á

dar una campanada de buen tono en el mundo, que iba á immortalizarse con un escándalo de alta escuela, y no sabe que un escritor oscuro y desgraciado le tiene lástima. ¡Cuánto más valdria que los miles de duros dilapidados en ese festin, se hubieran empleado en enjugar las lágrimas que circundarán aquella fastuosa vivienda, lágrimas que habrán visto aquel convite con espanto!

Paso á otra curiosidad. Cuando de regreso á la fonda, cruzábamos la esquina de nuestra calle, nos dimos de cara con Luisa. Como que la mirada de los tres fué un relámpago, no pude adivinar la emoci3n que la habia causado nuestra presencia. No me atrevo á decir que adivino aquella emoci3n, porque los secretos del alma son muy difíciles de adivinar. Distábamos ya de la esquina quince ó veinte pasos, y aunque estábamos segurísimos de que no podiamos verla, volvimos el rostro. Otro tanto habrá hecho Luisa.

Al pasar tocando con nosotros, su vestido rozó instantáneamente por mi pantalon, y sentí un estremecimiento convulsivo. Si yo fuese jóven y soltero, llegaria á enamorarme frenéticamente de esa mujer; esa mujer podria tiranizarme. Siendo viejo y casado, cuando apenas me queda otro resto de vida que la esencia divina de la voluntad, amando como amo á mi mujer, casi me siento apasionado de nuestra vecina, menos por su belleza que por su infortunio. Á medida que vivo y que observo, me voy convenciendo de que la poesía más irresistible es la del dolor.

Paso á la tercera curiosidad. En la calle de Lepelletier vive un ruso, el cual tira todos los dias á la calle media talega de napoleones. El buen señor pasa media hora arrojando puñados á los transeuntes; muchachos, menestrales y mujeres del pueblo se agolpan á coger las

monedas; al verlos reunidos en un punto, arroja un puñado en otra dirección; todos corren, se chocan, se apiñan, gritan, riñen, pelean, exclaman, se insultan, se agarran, y el ruso se divierte. Yo ignoraba que en Rusia se divertían de este modo.

Algun lector tendrá deseo de preguntarme: y ¿qué te parece más risible, la costumbre de ese hijo del polo, ó el convite francés de la familia de Madrid? Creo que el convite de la familia de Madrid es una dilapidación imbecil, una plétora de vanidad y de tontería. Creo que la costumbre de tirar diariamente á la calle media talega, es una diversión no vista, un entretenimiento díscolo, una limosna bárbara, rusa, vecina del Cáucaso; pero al fin y al cabo es una limosna, y muchos infelices comen con aquella manía. Triste es, muy triste, que un hombre medio loco socorra á semejantes suyos, divirtiéndose á costa de la miseria de su prójimo; pero es muy triste todavía que se despilfarren miles y miles de onzas de oro, encargando manjares y bicocas á Paris, cuando España es la tierra de los manjares.

Lo del ruso es más extraordinario.

Lo de la familia de Madrid es más necio.

El ruso se divierte á sí mismo.

La familia de Madrid divierte á todo el mundo.

El ruso nos prueba que tiene mucho oro.

La familia de Madrid hace ver que tiene muchos humos en la cabeza.

Si todo el mundo estuviese compuesto de rusos, como el de la calle de Lepelletier, y de familias, como la del convite de Madrid, la humanidad ofrecería seguramente un espectáculo muy curioso.

Vamos á la última novedad. Los periódicos anuncian la llegada á Paris de un banquero español muy célebre; el más célebre de nuestro país, quizá el más célebre de todo el mundo: D. José Salamanca. Un amigo me dice que debo hacer un paralelo entre Salamanca y el judío Rothschild, y me ha parecido muy bien la idea.

El dia de mañana comprenderá la visita de Santa Genoveva, y la comparacion entre aquellos dos grandes ídolos de nuestros tiempos.

=Dia trigésimo primero=.

Santa Genoveva.—Rothschild.—Salamanca.—Invitacion.—Nuevas curiosidades.

La historia del Panteon nos espera. Estamos en el siglo quinto de la era cristiana. El célebre Pelagio difunde por toda Inglaterra su herejía, la cual amenaza turbar las verdades fundamentales de la Iglesia católica. San German de Augerre y San Loujo de Troyes parten en el acto para la Gran Bretaña, con el pensamiento de combatir el famoso cisma, pasando por Nauterre, pequeña ciudad que se halla á pocas leguas de Paris. A la llegada de los dos santos, toda la ciudad se reunió en la plaza, como para oír y admirar la palabra de aquellos virtuosos varones. San German habla á la multitud, y en medio del profundo silencio y de la profunda veneracion con que le escuchaban, se oyen sollozos.

San German calla, las gentes se miran, se interrogan, buscan.... La que lloraba era una muchacha de Nauterre.

El santo se abre paso á través de la multitud, se aproxima á la jóven, que aún no podia contener las lágrimas, y la pregunta:

—¿Por qué lloras?

La pobre muchacha que se ve cerca de aquel gran santo, que oye su pregunta, temblaba y lloraba al mismo tiempo, y con mucha prisa, tal vez con vergüenza, se enjugaba las lágrimas; pero sin poder dejar de llorar.

—¿Qué tienes, hija mía? volvió á decirla el piadoso viajero, dando más dulzura á su palabra y á su ademan. La muchacha, con el rostro encendido, llorando todavía á despecho suyo, balbuceó:

—Quiero ser monja.

—¿Sabes, repuso San German, los sacrificios, las virtudes, el olvido y la fe que te reclama el estado á que aspiras?

—Yo no sé nada, contestó la muchacha, turbada aún. No sé más, sino que deseo vivir para mi Salvador. Y diciendo esto, se puso de rodillas, y besó la mano á San German.

El santo le dió su bendicion, y una medalla de metal, en que estaba esculpida la efigie de Cristo.

Los misioneros parten, Nanterre los saluda con gritos de fervor, y la muchacha quedó allí. Es probable que allí viviera oscuramente durante algun tiempo; pero no estaba sola. La fe es una grande y poderosa compañera. Por fin, la muchacha en cuestion deja su pueblo, su casa y su familia, buscando una familia, una casa y un pueblo más grande. Inútil es decir que los halló: el genio lo halla todo.

Pasan algunos años. El rey de los Hunos, el azote de Dios, el formidable Atila, se dirige á Paris. Aterrorizada la ciudad, al tener noticia de que llegaba el Neron del Norte, todo el mundo se disponia á salir, dejando sus casas en manos del saqueo, de la profanacion y de la barbarie. He dicho todo el mundo, y esto no es exacto. Una mujer, una mujer sola, débil, desconocida, pobre, descalza, con un cordon á la cintura, con los cabellos sueltos por la espalda, con los ojos inflamados, con la mano derecha suspendida, mostrando una medalla de cobre, recorria las calles de Paris, apostrofando á unos, consolando á otros, exhortando y animando á todos.

—*¡No temais, no temais! El cielo vela por la ciudad.*

Esto gritaba aquella mujer, y luego corria, y volvia á gritar, y corria nuevamente, y en todas partes se encontraba.

No hay medio posible: ó es una santa, ó una loca.

Paris se detiene, cobra fe, prepara la defensa, espera al salvaje conquistador. Atila no tomó la ciudad.

Despues de Atila viene Meroveo, y pone á Paris estrecho sitio. El hambre diezmaba á los sitiados que se contemplaban unos á otros silenciosamente, y en sus rostros escuálidos se veia escrita la terrible sentencia: ó entregarse ó morir.

Una mujer recorre las murallas.

—Que me sigan doce guerreros de vosotros, grita, y doce guerreros la siguen.

Aquella mujer encuentra víveres en las ciudades de Arsi y de Troyes,
y
Meroveo no tomó á Paris.

Pasan cuatro siglos. Los normandos asedian la ciudad. En el momento en que el enemigo daba el asalto, el ataud que contenia el polvo de una mujer, recorre en procesion las murallas. Al mirar entre ellos aquel ataud, los parisienses gritan de entusiasmo y de júbilo, como si viesen venir en su auxilio á un ejército numeroso y triunfante. Los normandos no tomaron tampoco á Paris.

La mujer que salvó á los parisienses de Atila y Meroveo con su palabra y con su fe; la que los salvó de los normandos con su ataud; aquella mujer que salvó á un pueblo con un puñado de cenizas, cuyo polvo fué más poderoso y más valiente que la pica de los guerreros, era una muchacha llamada Genoveva; la misma muchacha que rompió á llorar, oyendo la voz de San German de Augerre; la misma á quien dió el santo la medalla de cobre con la efigie del Salvador; una muchacha á quien Nauterre llama hija, á quien la Iglesia llama santa, á quien Paris llama Patrona, á quien yo llamo un nobilísimo carácter histórico.

De la reseña que acabo de hacer, viene ese monumento que visitamos.

El rey Clovis, cediendo á las instancias de Santa Genoveva y de la reina Clotilde, levantó una iglesia, dedicada á San Pedro y San Pablo, en el monte llamado Lucotitius, que dominaba al antiguo Paris.

En aquella iglesia fuéron sepultados los restos de la Santa, á quien Paris debió tres veces su salvacion, y la fe y la gratitud que inspiraba

aquel nombre, hizo olvidar la primitiva advocacion de los santos apóstoles. La veneracion pública dió al templo de Clovis el nombre de Santa Genoveva. Vienen los normandos en el año 887, y la iglesia de Santa Genoveva fué presa de las llamas. En el siglo XII se reconstruyó; pero en el XIV amenazaba ya ruina, y hasta el XVIII no vió Paris alzarse ese magnífico monumento. Lo principió Luis XV, y hago mérito de esta circunstancia, porque quien da su nombre á un monumento de tal tamaño, tiene positivamente derecho á que la posteridad no lo olvide.

Cuando se desemboca á la plaza del Panteon, la fachada de aquel gigantesco edificio viene á cautivar deliciosamente el ánimo del que lo contempla. Un monumento como el que tengo delante, se contempla, no se mira. Compónese aquella preciosa fachada de una galería y de un gran pórtico, imitacion del Panteon romano. Tiene veintidos columnas estriadas de orden corintio, de veinte metros de elevacion, y dos de diámetro, sosteniendo un fronton triangular de una longitud de treinta y tres metros, sobre una latitud de siete si son exactos, como creo, los informes que aquí nos dan. El arte ateniense tiene el genio de hacer que el mármol sea casi aéreo, casi vaporoso, y eso se nota aquí. Parece que esas columnas y ese enorme fronton se mueven, parece que se disponen á partir, á dejar la tierra, como cuando un pájaro levanta la cabeza y agita las alas, en actitud de querer volar.

El plan general de ese atrevido monumento, de esa altísima concepcion, representa una cruz latina. La componen cuatro naves, poderosamente dominadas por una sola cúpula, que se alza en el centro. Todo el edificio comprende un espacio de ciento trece metros de longitud, ochenta y cinco de latitud, y ochenta y tres de altura.

La linterna circular, rodeada de doce columnas, que corona elegantemente todo el edificio, estará a una altura de ciento cuarenta á ciento cincuenta metros.

Para ir desde la planta baja á lo alto de la cúpula, hay que subir cuatrocientos setenta y cinco escalones.

Cuando llegamos á una gran baranda de hierro que circuye lo alto de la cúpula, el ingeniero que me acompañaba (ya mis lectores le conocen), se empeñó en que yo tenia que asomarme, echando fuera una buena parte del cuerpo, á fin de dominar el enorme cóncavo de la media naranja, y las lejanas naves y paredes del monumento. Yo experimentaba que mi cabeza se deprimia por instantes; sentia que una mano de bronce me aplastaba la frente; ya me creia rodando por aquellas extensas y horribles bóvedas; horribles me parecian á mí, pues miraba en ellas el vacío lóbrego y misterioso de una sepultura. En fin, á despecho mio, arrostrando con cierta vergüenza la nota de cobarde, con que queria picarme el compañero, eché á huir hácia la escalera, casi dando chillidos y con los cabellos erizados. En mi vida me he creido más fuera del mundo. Me parecia que era propiedad de un mago, de un duende, de una bruja.

El ingeniero que me vió huir, echa detrás de mí como un rayo y me coge por los hombros, cuando yo no habia ganado todavía la escalera. Aquí fuéron mis grandes apuros; sudaba como un pollo; balbuceaba palabras interrumpidas, porque no podia hablar, y Dios sabe el esfuerzo que tuve que hacer sobre mi convulsion nerviosa, para no gritar pidiendo auxilio, como si me viera rodeado de asesinos ó de ladrones. ¡Qué sábía ha sido mi mujer! decia yo para mí. ¡Cuándo me veré en donde está ella! Mi mujer no quiso subir, y esperaba abajo. El

ingeniero me coge por los hombros, tira hácia atrás, casi me arrastra, y como quien maneja un cadáver, me lleva á la baranda, me inclina el cuerpo, me baja la cabeza y me obliga á mirar, mientras que mis manos estaban asidas fuertemente á los hierros. ¡Es un espectáculo maravilloso! exclamaba con cierto frenesí de artista, un frenesí que le hacia muchísimo favor, que le honraba en extremo; pero que yo no podia comprender, mucho menos que comprender, venerar; y mucho menos que venerar, aplaudir. Yo dejé caer la cabeza sobre la baranda como un muerto, cerraba los ojos como para no desvanecerme; pero era inútil. Todo rodaba; todo me circuía dando vueltas en una confusion diabólica. No sé si porque ví algo al cerrar los ojos, ó por una adivinacion incomprendible del fluido eléctrico que me volvía loco: más claro, no sé si porque ví algo con mis ojos ó con mi gran miedo, me parecia estar mirando aquella formidable concavidad, al mismo tiempo que me imaginaba dando vuelcos por aquella region, muy maravillosa, muy sorprendente; pero muy vacía. ¡Dios le pague al buen ingeniero la excelente intencion con que obraba; pero se acabó el ir con él á la visita de ningun monumento que tenga más de un piso! Yo no puedo significar lo que padecí, las crueles angustias que pasé, las extravagantes y monstruosas visiones que se apoderaron de mi imaginacion. El ingeniero, que arrebatado del entusiasmo de su noble oficio, no veia que yo estaba medio difunto, me preguntó con aire orgulloso qué me parecia. Yo me apresuré á manifestarle que me habia parecido asombroso, que estaba lleno de admiracion y de regocijo, que no lo olvidaria en mi vida (era la verdad), y diciendo esto, y estudiando sus ademanes, me dirigia á la escalera. Luego que bajé el primer tramo, dí un suspiro, y saltaba los escalones de dos en dos, temeroso sin duda de que el ingeniero viniera á cogerme segunda vez. ¡Oiga usted! ¡Venga usted aca! me gritaba desde arriba. ¡Verá usted

un grupo magnífico! Yo saltaba antes los escalones de dos en dos; ahora los saltaba de tres en tres, contestándole al mismo tiempo: sí, señor, un grupo muy magnífico, allá voy, espéreme usted, y miraba hácia bajo, para ver si faltaba mucha escalera. Creí no llegar; hasta sospeché que habia equivocado el camino y que marchaba hácia las nubes. Por fin llegué, por fin pisé tierra, por fin ví á mi mujer que ya estaba impaciente, y que me pareció sumamente hermosa. Me figuré que veia una divinidad.

El ingeniero estuvo por allá una media hora. Entre tanto, en union de mi compañera, visité el interior espléndido de esto que no sé cómo denominar: si necrópolo ó templo, si protesta ó fe, si reliquia ó profanacion, si monte Calvario ó Roca Tarpeya.

Frescos brillantes, fastuosos, casi lascivos; apoteosis de Bonaparte, hombres ilustres de la república y del imperio; Fenelon, Malesherbes, Mirabeau, Voltaire, Rousseau, Lafayette, Carnot, Manuel, Monge, Laplace, David, Bichat, Lagrange: es decir, allí está todo lo que debe estar en un arco de triunfo, en una academia, en un teatro, en un cementerio, en un museo, en un alcázar: no hay nada de lo que debe haber en una iglesia: victorias, apoteosis griegas, pinturas romanas, la libertad, el genio, el valor, la ciencia, la historia; guerreros, teólogos, protestantes, cismáticos, realistas, republicanos, poetas, cirujanos, matemáticos, críticos, filósofos, inventores; todo eso he visto allí: no he visto un santo. Sin embargo, esto que visitamos, esto que vemos, este resplandor que nos ofusca, que nos fascina, es un templo católico. En un templo católico están Voltaire, Rousseau, Diderot y otros compañeros de la Enciclopedia: no están Bossuet, Bourdaloue, Flechier, Masillon. Ya lo he dicho en otro lugar de estos apuntes, pero hay cosas tan raras y originales, que no basta decirlas una vez.

Este edificio, como la Magdalena, es una cosa santa sin santidad: es una santidad á la fuerza, mandada guardar y cumplir como ley de Estado, á la manera del Jehovah hebreo. Todo es Dios en esta irreverente iglesia, menos Dios: todo es iglesia, menos la iglesia. Los franceses deben estar muy satisfechos de esto, porque, realmente, esto es muy francés.

Muchos franceses creen (yo lo he oído) que el Panteon parisiense es de un mérito superior á la Basílica Romana. Me parece que esta opinion es una lisonja con que se adula el espíritu nacional. Al comparar estas dos grandes páginas de la historia del arte, no debemos remontarnos á la poesía de los templos, porque el Panteon no lo es. Hablarémos de los edificios; es decir, de la piedra.

Santa Genoveva, obra de un solo hombre, realizacion de un solo pensamiento, tiene más unidad, más simetría, más orden.

El Vaticano, en donde cada siglo pone muchas estátuas, tiene infinitamente más fecundidad, más grandeza, más galanura, más esplendidez.

En el Panteon hallamos más escuela, más regularidad: si se quiere, más sabiduría.

En el Vaticano admiramos más arte, más creacion, más genio.

Si el Panteon es un edificio, el Vaticano es un monumento.

Si el Panteon es un monumento, el Vaticano es una maravilla.

En Santa Genoveva reina Soufflot: el puritanismo aleman.

En la Basílica de San Pedro, reina Miguel Angel: la magnificencia italiana.

En Santa Genoveva se admira al hombre.

En el Vaticano se admira á Dios.

En la catedral de Sevilla y de Toledo, se le adora.

Childerico dió a la primera iglesia la denominacion de San Pedro y San Pablo.

La veneracion pública borró el nombre de San Pedro y San Pablo, para llamar al nuevo edificio Santa Genoveva.

La Asamblea constituyente borró el nombre de Santa Genoveva, para denominarlo el Panteon, despojándolo del culto católico.

Napoleon I no le volvió el nombre de la santa; pero le devolvió su culto.

La restauracion borra el nombre de Panteon, para llamarlo nuevamente Santa Genoveva.

La revolucion de Luis Felipe vuelve á borrar el nombre de Santa Genoveva, para darle el de Panteon.

Napoleon III, en 1852, vuelve á borrar la advocacion revolucionaria de Panteon, para darle el nombre religioso de Santa Genoveva.

Mañana ú otro dia volverá á llamársele Panteon, para volverle á llamar luego Santa Genoveva, Panteon despues, y Santa Genoveva más

tarde, hasta que por fin venga al suelo, quedando para siempre la memoria confusa y revuelta de Santa Genoveva y de Panteon.

Si se pudieran averiguar todas las veces que el pueblo francés ha dicho hoy ¡muera! á lo mismo que ayer dijo ¡viva!, es seguro que se formaria la historia más curiosa del universo. No debe negarse que en todos los países suceden mil extravagancias; pero lo que es extravagancia en otras partes, es aquí consecuencia. El prurito, el frenesí, casi la locura de *variar*, es lo único que en Francia no *varia*: lo único estable es lo voluble. Un ¡viva! equivale aquí á una escalera que conduce irremisiblemente al patíbulo. No tengo la ambicion de ser victoreado en ningun pueblo de la tierra; menos que en ningun otro, en este devorador Paris. No estoy tan mal con mi pescuezo.

Otro dia bajaré al subterráneo, en donde se custodian las cenizas de Voltaire, Rousseau, Diderot, y algunos otros personajes célebres. No bajo hoy, ya porque los novecientos cincuenta escalones que he bajado y subido, han quitado á mis piernas el gusto de subir y bajar; ya tambien porque llevo un compañero sospechoso. El ingeniero que me acompaña tiene una frenética aficion á todas las cosas de la antigüedad; es un arqueólogo furibundo, y estoy cierto que si bajo con él al Panteon, me obligará á meter la cabeza por todo nicho, sepultura, grieta, rendija, escondrijo y recobeco que vaya encontrando. Si hubiese un abismo por allí, es seguró, tambien que me obligaria á meter las narices en el abismo, como me obligó á mirar la cúpula desde la baranda de hierro, á la altura de un décimo piso. La verdad, dicho sea sin ofender á nadie, no tengo ninguna comezon por ser héroe ni en las profundidades, ni en las alturas.

Salimos del templo, atravesamos la plaza, cruzamos luego por San Sulpicio, y á los cuatro minutos nos vemos en el muelle de Voltaire. Pasamos uno de los puentes, y véanos el lector en la otra orilla del Sena, en el momento en que uno de los vapores que van á Versailles se dispone para partir.

La orilla del río presenta un espectáculo animado, extraño, pintoresco, delicioso. Unos salen, otros entran, todos corren; se agolpan; se apiñan; las marras del buque se sueltan; el humo asoma; las ruedas se mueven; el agua salta convertida en espuma; el vapor parte. Al clamoreo festivo de la despedida, sucede un silencio general. El tuique se desliza sobre aquella corriente azulosa, como una culebra sobre el musgo de un prado verde. No bien habia partido, cuando llega una pobre señora con dos criaturas. Tiene los labios entreabiertos, la boca seca; los ojos dilatados; la frente sudosa é hinchadas las narices, efecto de cansancio. La infeliz madre, al mirar que el vapor se alejaba, se quedó inmóvil, con un niño en los brazos y el otro cogido de la mano, sin saber lo que la pasaba. Es seguro que tenia el aliento suspendido.

Luego exclamó: *¡que je suis malheureuse! ¡J'arrive tard toujours!*
(¡Qué desgraciada soy! Siempre llego tarde.)

Después de estar en la misma actitud dos ó tres minutos, hizo un ademán de forzosa resignación, y se volvió con sus dos niños.

Nosotros permanecemos en el muelle, hasta que el buque desapareció. Ver un vapor en medio de una ciudad populosísima, como si nos hallásemos en las márgenes del Océano, es un panorama que me tiene encantado.

Luego que ya no divisamos el buque, nos dirigimos á la plaza de la Concordia, con ánimo de tomar el ómnibus que viene del arco de la Estrella. Á los pocos pasos que dimos, nos encontramos con un hombre que estaba sentado sobre el muelle, inmediato á una cuerda que iba á sumergirse en el rio. Al ingeniero le faltó tiempo para preguntarle qué significaba aquella cuerda. El hombre contestó que era una máquina, dentro de la cual se bajaba al fondo del rio, pudiendo ir sentado con la mayor comodidad, y llevar los ojos abiertos. Desde la, máquina en cuestion se veia el fondo del Sena, la diafanidad de las aguas, los barquichuelos que pasaban por encima, y otras curiosidades á este tenor. Nuestro ingeniero hizo una exclamacion de alegría. Se conoce que habia ido á Paris en busca de lances estupendos, y la cuerda realizaba una de sus soñadas maravillas. Inmediatamente me coge por los hombros, y se empeña en que habia de bajar con él al fondo del rio, á una profundidad de diez ó doce varas. Yo me quedó mirándole entre amostazado y risueño: por fin le dije: pero, hombre, ¿usted se ha formado el propósito de que yo no salga entero de Paris? ¿Cómo quiere usted que vaya á rastrear el fondo del Sena, incrustado en una máquina de vidrio? ¿Y si casualmente se rompe un cristal, y la máquina se llena de agua y me ahogo? Espere usted que me haya convertido en cangrejo, y entonces bajaremos juntos.

—No, señor; no, señor; exclamaba con mucha prisa, como si la ocasion se le escapara de las manos, y sin soltar mis hombros. Es necesario probar la máquina. ¿Qué se diria de nosotros en Madrid, cuando se supiera que no habiamos bajado por miedo?

—Déjeme usted por el amor de Dios, le contestaba yo sonriendo. Madrid puede decir lo que tenga por conveniente; pero yo no estoy en

el caso de hacer el buzo, para dar un buen rato á las tertulias de Madrid....

—Nada, nada, repetia, y apretándome más fuertemente, previno al hombre que subiera la máquina.

Al notar mi mujer que el hombre tiraba de la cuerda, me cogió del brazo con resolucion, diciendo al ingeniero.

—Usted puede bajar, si gusta; lo que es mi marido no se mete ahí, y tiró de mí valerosamente hácia la plaza de la Concordia. Mi hombre no se atrevió á habérselas con una señora, y tuvo que capitular, bien á pesar suyo. Si mi mujer no se convierte en casa de asilo, me coge y me empaqueta en la máquina de cristal, como me llevó casi en vilo á colocarme sobre la baranda del Panteon.

—Noto, le dije, al par que caminábamos hácia la Concordia, que la arqueología de usted tiene instintos atroces. Seria menester, amigo mio, que diese usted más humanidad á sus caballerescos antojos.

—No son antojos caballerescos; son quimeras artísticas.

—Pues seria menester que tuviese usted quimeras artísticas más amables.

En esto llegamos á la Plaza, cerca de cuyo muelle hay una fragata, surta en el rio, como ya he dicho en otro lugar de, estos apuntes.

—¿Una fragata? exclamó el ingeniero. Pues vamos allá.

Creo que si le muestran en Paris el purgatorio, se mete dentro con medias y ligas.

Fué preciso ceder. Vimos la fragata, y tomamos encima de cubierta, debajo de un elegante toldo, varios refrescos que pedimos. Esto es otra cosa que la máquina de vidrio, y que la baranda de Santa Genoveva.

Salimos de allí, cruzamos la Plaza, llega el ómnibus, montamos en él, y á los veinte minutos nos hallábamos en la puerta de nuestra fonda. El ingeniero no quiso subir, porque tenia que continuar sus excursiones. ¡Todavía no estaba satisfecho, cuando yo tendré que hacer cama por la batahola del Panteon! Al separarse de nosotros, exclamé para mi colete: ese hombre ha equivocado el oficio; ha nacido para hacer piruetas en la maroma.

Vamos á la comparacion entre Rothschild y Salamanca. No voy á hacer una pintura, sino un boceto, al mismo tiempo concebido y ejecutado. No debo ocultar que lo escribo con miedo; pero la buena fe me salva.

La Europa presenció, no ha mucho, un congreso de soberanos. En ese congreso entra Rothschild, y todos los reyes se levantan y se destocan, menos el de Holanda, que era el único que no le debía. Despues de esto, acaso no seria temerario decir que aquellos reyes se destocaron ante su rey, lo cual significa que el dinero es el rey de los reyes de nuestro siglo, porque claro es que aquellos soberanos no acataban en Rothschild otra teología, otra heroicidad, otra ciencia, otro arte, que el dinero. Ese es Rothschild; una especie de rey universal, un gran monarca de nuestros tiempos, ante quien los monarcas dinásticos se destocan.

Hay un rico, muy rico, inmensamente rico, que ha sabido enriquecerse más. Hay un hombre, una familia, que hereda un gran tesoro, que

sabe ponerlo á buenas ganancias, que sabe acrecentarlo, hasta reunir la suma fabulosa de miles de millones de reales, asombrando al mundo con un prodigio de que no hay ejemplo en la historia de la humanidad: ese es el judío Rothschild.

Salamanca hizo con su fortuna lo que Dios con el universo: la sacó de la nada.

Muy entrado el presente siglo, hay en Granada un estudiante que va al café, y habla de onzas de oro; va al billar, y habla de onzas de oro; y habla de onzas de oro á su patrona, á sus compañeros, á todo el mundo. Sin embargo, el estudiante es pobre. ¡Cuántas veces se vería en aprieto para pagar su modesto pupilage! ¡Cuántas veces esquivaría atravesar la puerta del sastre! ¡Cuántas veces huiría de la calle del zapatero! El buen escolar de Granada no tenía las onzas de oro en su bolsillo; las tenía en su imaginación; no las tiene, las ve; quizá no las ve; las adivina. De cualquier modo, las onzas, de oro están allí; ya saldrán cuando llegue la hora. En el alma de aquel estudiante hay una geometría oculta, una química incomprensible, una especie de magia. Cuando la sazón llegue, asomará el geómetra, saldrá el químico, aparecerá el mago.

El estudiante se licencia en leyes; nuestro licenciado se casa; el casado se hace juez; el juez no tiene lo que necesita para vivir; pero no recibe de nadie un maravedí por sus legítimos derechos; abandona el juzgado; el cesante, viene á Madrid; se hace banquero, el banquero se hace diputado, el diputado se hace ministro. Cae el ministro, cae con estrépito, más que con estrépito, con escándalo (un hombre del desarrollo de Salamanca no admite medias tintas); cae *furiosamente*, como suele decirse, todo el mundo le vuelve la espalda, su nombre

atemoriza, su firma se rechaza, sus letras se protestan, y tiene que huir. Está arruinado, desacreditado, y proscrito: tres ruinas pesan á un mismo tiempo sobre el comerciante. La ruina del dinero, la ruina del nombre, y la ruina de la libertad. ¡Está perdido! decía todo el mundo. Y él contestaba en su interior: ¡no, no estoy perdido! ¡Ya no vuelve á España! volvan á decir, aún las personas que le tocaban más de cerca. Y él contestaba en sus adentros: ¡sí vuelvo á España!

Efectivamente volvió. Antes disponia de quinientos millones: ahora, de mil. ¿Cómo lo hizo? Á esta pregunta contesto yo con otra pregunta: ¿cómo hizo Galileo para hallar modo de pesar el aire? Pues como Galileo pesaba el ambiente atmosférico, pesa D. José Salamanca los negocios: Como Galileo arreglaba su ciencia, arregla D. José Salamanca la suya.

Estalla una revolucion; los revolucionarios invaden la casa del banquero, y la queman. El banquero huye; el banquero emigra. Á poco vuelve de la emigracion. ¿De qué manera vuelve? Antes disponia de mil millones; ahora dispone de dos mil. Infinitas líneas de ferro-carriles en España, todas las de Italia, todas las del vecino Portugal; banquero en Madrid, banquero en Paris, banquero en Lisboa, banquero en Roma, banquero en Lóndres, banquero en todas partes. Pierde en Italia treinta y cinco millones, gasta quince ó veinte millones todos los años en sus atenciones particulares, mil y mil compromisos enormes pesan sobre su caja, y cuando todo el mundo lo cree más apurado, compra terrenos y levanta planos para hacer un barrio magnífico, el más magnífico de Madrid, por la espalda de su palacio, cuya obra no debe costarle menos de mil trescientos á mil cuatrocientos millones. Cuando todo el mundo lo cree embarazado por aquella pérdida, una pérdida tan enorme, dice á Manzanedo que él llevará la Puerta del Sol

á lo que es hoy Plaza de Toros; y si vive, es bien seguro que la llevará. Y es casi seguro que no dejará de vivir, porque hombres de semejante estrella no mueren hasta que dejan acabados sus planes. Sí; llegará un día, en que el terreno que se llama hoy Plaza de Toros, será un centro mas rico, más brillante, de una vista más deslumbradora que la actual Puerta del Sol. Llegará un día en que los coches de la nobleza inundarán el nuevo barrio, para hacer sus compras en los iluminados bazares y en los inmensos almacenes del nuevo Madrid. *Vivir por ver.*

Estudiante, abogado, juez, diputado, ministro, tribuno, empresario, capitalista, caballero, galan, magnate, casi pintor sin saber pintar; casi poeta sin saber hacer versos; siempre privado, aún habiendo perdido la privanza; siempre en pié, aún, cuando esté caído: ese es D. José Salamanca.

Al judío Rothschild se le pregunta: ¿cuánto tienes? Y él contesta: tanto millones.

A Salamanca se le pregunta: ¿cuánto tienes? Mira en torno suyo, hojea sus libros; y acaso responde: *no tengo nada*. Luego se concentra, registra su interior, busca en su fantasía, la encuentra sembrada de minas preciosas, halla riquezas inagotables, y responde: *lo tengo todo*. Es un hombre que lo tiene todo, no teniendo nada. Sin un maravedí, es un banquero como Rothschild.

Imaginar en Salamanca equivale á fundir barras de oro. Idear es hacer dinero. No tiene entendimiento como los demás. Su entendimiento es una fábrica de moneda, de billetes y talones de Banco. Salamanca camina por donde camina todo el mundo; nadie oye nada; él oye ruido bajo sus piés; se baja; escarba con el dedo, y halla un tesoro. Adivina

donde hay tesoros, como Colon adivinó la América. No sé si es espíritu lo que en él obra tales maravillas; no sé si es magnetismo, sonambulismo, electricidad ó cosa parecida; pero lo cierto es que hay en aquel hombre un instinto maravilloso, unas matemáticas que nadie le ha enseñado; unas matemáticas que vienen de Dios. Si pudiera reunirse todo lo que ha gastado y perdido, me atrevo á decir que se formaria un depósito mayor que el que tiene en sus cavas el Banco de Londres. Yo conozco una lonja en Madrid, cuyo dueño se ha enriquecido con los licores que ha despachado para la casa de Salamanca. Lo que ha consumido en tabaco, bastaria para dotar liberalmente á cien familias necesitadas. Diez mil duros da anualmente á su señora, para que pueda satisfacer sus caritativas inclinaciones. Pero ¿es él quien da esos diez mil duros á los menesterosos? No, no es él. Esto importa mucho para describir religiosamente el carácter propio del personaje que nos ocupa. No es él. El no los da á los pobres, sino á su señora, para que su señora tenga la piadosa satisfaccion de darlos á los pobres; Cada cual se entiende, y D. José Salamanca es un hombre que se entiende siempre á las mil maravillas.

Sentados los ligeros datos anteriores, preguntaremos: ¿quién es más grande, Rothschild ó Salamanca?

La cuestion está reducida á lo siguiente: ¿qué tiene más mérito, reunir mil no teniendo nada, ó juntar un millon teniendo mil?

Me parece que para partir de los mil y llegar al millon, no se necesita otra cosa que comerciar.

Creo que para partir de la nada y llegar á mil, es indispensable crear.

El primero cambia.

El segundo elabora.

El uno tiene capital, cálculo, diligencia y fortuna.

El otro tiene genio.

Al primero todo se lo da el hombre.

Al segundo, se lo da Dios.

La compañía de Rothschild es un centro inmenso de acción.

Salamanca es su acción misma.

Rothschild es una casa, una sociedad.

Salamanca es él.

Rothschild envía a las Californias buques llenos de plata, y se los traen llenos de oro.

Salamanca no tiene que salir de su escritorio, para explotar las minas de las Californias; para Salamanca son Californias todos los países; las Californias van consigo.

Salamanca sería el carácter más extenso, uno de los genios más grandes del siglo XIX, que es el siglo más grande que registra la historia del mundo, si no le faltasen dos cosas.

—¿Le faltan dos cosas? preguntará el lector.

—Sí; a ese carácter prodigioso faltan dos cualidades capitalísimas.

—¿Cuáles son?

—Las siguientes; y cuidado que cuando yo censuro, tengo derecho á que se me crea, porque al tachar un vicio, siento dolor. La censura que cae de mi humilde pluma, es una flor mística que mi alma deposita en la urna sagrada de la verdad. Oiga D. José Salamanca la verdad; esa verdad que se le ha escondido en las biografías que se le han dedicado; oiga la verdad de unos apuntes, que no van dedicados á Salamanca, sino á la opinion de mi país, á la probidad de mi conciencia, y si pudiera ser, al espíritu de la historia. Oiga la verdad que imprime en estas líneas un oscuro y pobre escritor, que no tiene en el mundo otro caudal, ni otra esperanza, ni otro consuelo, que la religion de su penoso y elevado oficio; oficio que él estima tanto como D. José Salamanca su fausto y sus millones. Oiga una vez la leccion severa de la moral, quien ha recibido tantas veces las caricias adulatoras de la fortuna.

D. José Salamanca tiene el sentimiento de la naturaleza; lo tiene realmente, y esto no puede menos de suceder, cuando tiene, en alto grado, el sentimiento de la forma. D. José Salamanca es artista sin saberlo. Por eso ama la luz, los campos, los árboles, las flores, los perfumes, los rios: por eso sus quintas son las más poéticas que hay en España. Esto no procede únicamente de que disponga de muchos millones; de más millones disponia Cárlos III, y en las obras de Cárlos III no hay el orientalismo que en las creaciones de Salamanca. Es cuestion de dinero y de gusto; es cuestion de oro y de fantasía. D. José Salamanca tiene fantasía, tiene gusto; pero es una fantasía exterior, sensual; es un gusto que apenas pasa de la sensacion, que no halla pasto suficiente en las emociones más elevadas del sentimiento. D. José Salamanca es un idealista que no se contenta

con la idealidad; es un artista que no se contenta con el arte; es un poeta que no tiene bastante con la alta y verdadera poesía.

En una palabra, ama la naturaleza, porque la naturaleza convida á sus sentidos con un placer más: placer de los sentidos; este es el sentimiento particular de Salamanca. Si la naturaleza no fuera un gran goce, un gran disfrute, el primero y más rico de los festines, la primera y más seductora de las beldades, D. José Salamanca no la amaría.

Pero ¿en que consiste este raro fenómeno? No es raro. Consiste en que D. José Salamanca no sabe amar con el amor de la imaginación, con el amor del pensamiento, con el amor purísimo de la fe; don José Salamanca no puede amar con ese rescoldo suave que siente el alma, cuando contemplamos un cuadro sublime, como cuando vemos en un cielo azul, casi mojadas por la lluvia de la tempestad, las franjas encendidas del arco iris. Consiste en que D. José Salamanca ama especialmente con los sentidos, de una manera casi voluptuosa.

Tiene también el sentimiento de la vida; por eso se rodea de una opulencia y de unos placeres que los demás ricos no saben adquirir; tal vez los codician; pero ni los sabrían tener; por eso idealiza cuanto le circuye, con una pompa y una imaginación que deslumbran. En las cosas de Salamanca, hay lo que antes se llama galanura, hidalguía, gentileza. Es como si dijéramos el fabuloso Montecristo de nuestra edad. Sí, tiene el sentimiento de la vida; pero no lo tiene en relación con Dios y con el hombre, sino en relación con sus deleites. Su voluntad, lo que él desea, lo que él quiere, no es servir al hombre ni á Dios, sino para lograr que Dios y el hombre le sirvan á él. Sirve á Dios y á la humanidad ¿quién lo duda? sin anhelarlo en el fondo de su conciencia, sin cifrar en ello una grande ilusión de su vida, aun cuando lo hiciera sin comprenderlo, D. José Salamanca sería de todos modos

un aventajadísimo obrero de la civilización de un siglo, un laboriosísimo menestral de la historia: sirve á la humanidad y á Dios, todo genio sirve, dejaría de ser genio si no sirviera; pero su primera intención no es servir, sino ser servido. Hace con la vida lo que hace con la naturaleza.

Tiene el sentimiento de la fama; pero no de la fama espiritual, imaginativa, apasionada, fervorosa: no el sentimiento de ese ángel que mueve sus alas sobre la silenciosa cavidad de un sepulcro; no el sentimiento que se exhala en el corazón de los héroes, de los mártires, de los sábios; no ese sentimiento que es una de las más supremas jerarquías del alma; esa emoción vaga, melancólica, indefinible, que brota en el espíritu del hombre, como nace una violeta al pie de una cruz. Para D. José Salamanca significa poco la fama moral, metafísica, póstuma; la fama que viene después, como después del vivo viene el muerto, como después del muerto vienen sus cenizas. D. José Salamanca busca siempre la fama real, sensible, presente, bulliciosa; la fama que se oiga, que se vea, que se toque; esa fama que equivale al crédito; ese crédito que es un gran capital, un gran fondo, un grande y universal gerente. D. José Salamanca es un esclavo de la opinión pública, para hacerse dueño del público. Quema incienso á la sociedad, para que la sociedad se lo quemara á él. Adora á un ídolo, á fin de que ese ídolo agradecido se convierta en idólatra suyo. Por eso es generoso á su manera; es generoso efectivamente, espléndido y hospitalario; da como nadie, porque da como gana, y nadie gana como él; da, no se lo niego, no debo negárselo; pero da con su cuenta y razón. Dará siempre, en buen hora; pero cuando el público lo ve, da con alarde; más que con alarde, con gala, con orgullo, con engrimiento. De esta manera, si no recibe de aquel á quien da, consigue recibir de la opinión pública, que le

llama héroe y personaje por aquella limosna astuta; limosna buena, porque al cabo hay algo en ella de caridad; limosna astuta, porque es una caridad ingeniosa, casi mercantil. La generosidad de Salamanca es, en más de un caso, una mercancía que vende al público, para que el público le compre á él otra mercancía por un precio mayor; es un comercio hábil, habilísimo; este comercio necesita una táctica tan maestra, que casi, casi, tiene tanto mérito como la generosidad misma. D. José Salamanca compra con monedas que los demás banqueros no conocen; compra y vende mercancías que no conocen los demás mercaderes, y en esto consiste que los demás ricos, los muy ricos, parezcan muy pobres comparados á Salamanca. La cuestion, la ruidosísima cuestion de generosidad, es muchas veces para el personaje de que me ocupo, un juego de Bolsa, que nadie comprende como él, porque nadie tiene su talento. Hace con la fama lo que hace con la vida.

D. José Salamanca es el Dios, la naturaleza y la humanidad de sí mismo: una iglesia en que no se rezan oraciones mentales: un rito en que no se conoce el culto interno. Culto interno; hé aquí lo único que le falta para ser muy grande, pues para ser muy grande, hay que ser grande por fuera y por dentro; y ese hombre que revoca tan bien su fachada; ese atrevido artista que sabe derramar tanto hechizo en el frontis de su palacio, vive muchas veces en un interior mezquino y estrecho. ¡Ah! si esa privilegiada fantasía que lo idealiza todo, comprendiera por un momento la idealidad; si esa razon fecunda y ardorosa que en todo piensa, rindiese un homenaje al pensamiento; si ese orientalismo que quema tanta mirra á la materia, guardase un aroma para el espíritu; si esa brujería que hace un Dios de todas las bellezas sensuales, comprendiese á Dios en la lágrima solitaria que vierte la virtud entre cuatro paredes negras; si Salamanca fuese capaz

de exhalar un suspiro, al cual no fuese unida una memoria impura; si fuese capaz de una hora de silencio y de dolor en el íntimo santuario del alma, si fuese capaz de ese culto interno, D. José Salamanca sería indudablemente el carácter más general, y acaso el más bello de su nación y de su siglo. Pero vuelvo á decir que le faltan dos cosas: honrar el pensamiento por ser pensamiento; honrar la virtud por ser virtud.

Reasumamos lo dicho sobre ambos personajes. Un hombre que hereda dos mil millones de reales, y que hoy cuenta con cuatro mil: un coloso de oro, de empresas, de fortuna, de crédito; un semi-Dios de nuestra época; ese es Rothschild.

Un hombre de facciones expansivas y despejadas, de ademán suelto; de trato festivo, casi epigramático; de palabra fácil, aguda, algunas veces armoniosa; de carácter sencillo en apariencia, doble en el fondo; ingénuo para los demás; trascendental para sus fines; liberal para todos; más liberal para sí mismo; ojo de águila; suspicacia de mercader; galantería de cortesano; pompa de noble, boato de banquero; esplendidez de favorito, magnificencia de monarca; griego en la fantasía; asiático en el gusto; sibarita en sus aficiones, en sus hábitos, en sus placeres; sobre todo, negociante en sus cálculos inspirados, vastísimos, fecundos, inagotables, geométricos; negociante en su increíble actividad, en su audacia maravillosa; mago, hechicero, adivino, zahorí y alquimista, en materia de sacar oro de los carbones, ese es D. José Salamanca.

Aún con las faltas que le hallo, y que no he debido disimular porque hablo á la conciencia de un pueblo; aún con defectos capitales, que lo hacen temible, D. José Salamanca tiene tanto genio, su fama es tan

brillante, tan provocativa, tan espléndida; sus vicios y virtudes se ponen un traje tan nuevo, tan magnífico, tan fascinador, que su nombre es hoy de los que más suenan en el mundo, de los más conocidos en Europa, el más popular de nuestro país.

No hace mucho dijo en las Córtes, que es verdad que él se había enriquecido; pero también lo era que había dotado á España de ferrocarriles.

Sus enemigos dirán lo que quieran; yo podré hallarle todos los defectos que me plazca, cada cual dirá, lo que le parezca; pero la nación debe estarle reconocida, y se lo está. En este sentido, yo también se lo estoy. ¡Qué curioso sería escribir una biografía, cogiendo el hilo de aquella existencia tan movible y tan ávida, y seguir hilando hasta dar con el fin de la revueltísima madeja! Si Salamanca viviese encerrado en una cueva; si tuviese por palacio un desierto; si á su sombra llevase atadas las dificultades y las amarguras del proscrito yo no tendría ningún reparo en escribir su vida, que es sin disputa la más fecunda en episodios extraordinarios que conoce nuestro país en el siglo presente; pero no quiero nada con hombres tan ricos. Por lo menos se creería que pensaba adularle, y soy muy avaro de mi pobreza.

Un amigo á quien he leído estos apuntes, me dice:

—¿Si Salamanca enviase á usted diez mil duros, usted qué haría?

—Devolverse los.

Hemos sido invitados para concurrir á una tertulia de alto copete, que tiene lugar en la calle Vivienne. Mi mujer ha dicho que no; yo he dicho que sí. Esta vez espero triunfar.

Voy á concluir este dia con algunas curiosidades.

Hemos ido á un gran establecimiento público, en que dan de comer por dos sueldos, ó sea por muy poco más de tres cuartos. La comida consiste en un trozo de pan y un plato de patatas guisadas con bastante curiosidad. Al ver allí, colocada en extensas filas, aquella numerosa y callada congregacion, acude á nuestra mente la idea de la sopa monacal. Sin embargo, estoy más por estos conventos sociales, que por aquellas caridades frailunas.

Otra curiosidad. Todo Paris repite la contestacion que ha dado un niño en los exámenes de moral. El maestro le preguntó qué era la gratitud. El examinando no se acordaba de la definicion del libro, y despues de titubear un momento, como cediendo á una inspiracion, con acento seguro y altanero, dijo: la gratitud *es la memoria del corazon*.

Una asamblea, mil asambleas de filósofos, de sábios, de poetas y oradores, reunidas al efecto, no hubieran acertado positivamente con una respuesta tan profunda, tan graciosa, tan viva, tan moral y tan bella. El niño en cuestion ha hecho su fortuna, y la merece. La criatura que consigue, con cuatro palabras, alarmar á una ciudad como Paris, menos que criatura es un personaje en pequeño. ¡Dios le dé tanta suerte, y tantas expresiones felices, como es admirable, sabia y poética su definicion de la gratitud!

Otra curiosidad. Hemos visitado una calle célebre, muy célebre, en la historia oculta de esta ciudad: la calle de Chantres. En esta calle habia, hace algunos siglos, una casa pequeña, baja y húmeda: esta casa presenció los amores de Abelardo y Eloisa. Mi mujer, que tan desdeñosa se muestra con todas las cosas de Paris, ha visitado aquel lugar histórico con el mas afectuoso interés. Esto procede de que

Abelardo y Eloisa, antes que á la historia de un país, tocan á la historia del corazon, que es la historia más universal del género humano. Al dejar la calle en cuestion, dirigimos un triste saludo á los desgraciados amantes.

Última curiosidad de este dia. Cerca de la Plaza de la Concordia, hemos visto á la Emperatriz y al Príncipe. Observamos que de la parte de las Tullerías bajaba un carruaje, en cuyo torno se agrupaban los transeuntes, nos aproximamos y no tardamos en distinguir á nuestra paisana, que venia, sola con su hijo. La antigua condesa de Teba es una fisonomía delicada, noble, bella y majestuosa. Indudablemente es uno de esos tipos privilegiados, capaces de inspirar una pasion profunda. Pero me parece que aquella mujer no vive contenta; me parece qué no es feliz. Detrás de aquellos ojos dulces y apacibles, detrás de aquel cútis blanquísimo, de aquellas sutilísimas venas azules, de-aquel bello contorno; más allá del magnífico carruaje que la conduce como en triunfo; más allá de las galas y de las pedrerías que adornan su traje; más allá de los torreones de aquel suntuoso palacio de donde acaba de salir, me parece que veo cierto espíritu de resignacion y de melancolía. Detrás de esos velos brillantes, me parece que alcanzo á distinguir un misterio, y casi tengo por seguro que ese misterio es una pena. Detrás del tinte de la cara, vislumbro yo un tinte que no puedo explicar; aunque en mi conciencia lo sé definir. Esto ha hecho que la Emperatriz me haya parecido más hermosa, porque no hay belleza sin algo triste, porque tal vez en un algo triste consiste la grande y verdadera belleza. La madre miraba á su hijo; luego, saludaba y se sonreia; pero ¡ay! aquella sonrisa venia á decirme que tambien los palacios ocultan lágrimas; que tambien las joyas atavian pechos doloridos, como luces brillantes alumbran la cara de un muerto.

Una cosa muy rara he notado, á propósito de la Emperatriz, y acerca de la cual hemos hablado varias veces mi mujer y yo. En Paris todo el mundo tiene sus historias, sus anécdotas, su chismografía. En un pueblo tan fabuloso, natural es que todo personaje tenga su fábula. He hablado con muchos franceses de todas gerarquías; he hablado con muchas francesas que hablan de todo; (las mujeres en Francia son como en todas partes;) he provocado la conversacion de la Emperatriz; he procurado esforzar el asunto; en vano. Nadie nos ha dicho una sola palabra de la esposa del Emperador. Ni una aventura, ni una limosna, ni un dicho agudo, ni un ademan, ni un gesto. Por lo que mi mujer y yo hemos observado, sin tener más datos que nuestra experiencia personal, podemos decir que la antigua condesa de Teba es aquí un cadáver. ¿Tendrá esto su explicacion en que la condesa de Toba es española? No lo sé; no quiero atribuir esa ruindad, esa estrechez, á la nacion francesa; pero es evidente que algo hay aquí.

Volviendo á la persona de la Emperatriz, he notado tambien que la mujer perjudica á la reina, y que la reina perjudica á la mujer. Se ven dos sujetos, y el uno quita encanto al otro. Parece que una mujer tan bella no necesita ser Emperatriz; y que una Emperatriz tan hermosa, no saca su diadema más que de su hermosura; de donde resulta que no es completa la ilusion de la reina, ni la ilusion de la mujer. La Emperatriz seria más Emperatriz con menos belleza; y la mujer seria más mujer con menos atavíos imperiales.

Si yo tuviese una diplomacia y una cortesania que no tengo que no quiero tener, es casi seguro que veria á la esposa de Napoleon, y que a través del alabastro de su semblante, divisaria las sombras que dan vueltas alrededor de su alma; porque, no hay duda, en ese cielo hay nubes. Cuento con un medio, un medio facilísimo, infalible, de abrimme

paso hasta nuestra paisana; nuestra paisana me recibiría; no se me esconde que esta entrevista sería tal vez la única página interesante de estos desaliñados apuntes; pero aquel palacio negruzco, casi agorero, me infunde temor, tanto temor, que no me acude ánimo ni para describirlo. Algun día lo describiré; pero hoy me es imposible; porque me inspira miedo, real y verdaderamente miedo.

Vivienda de prodigios y de asombro Donde vive agobiada la memoria,

Como el gigante á quien oprime el hombro El peso horrible de su horrible historia.

El coche de la Emperatriz desapareció entre los árboles de los Campos

Elíseos; nosotros montamos en el ómnibus que va á la Plaza de la Bastilla, y á los quince minutos nos encontrábamos en nuestra fonda.

Un amigo que nos acompañaba me preguntó con mucho interés durante el camino:

—¿Morirá en París la Emperatriz Eugenia?

—Yo dije: no lo sé.

Mañana volverémos á la misma plaza de donde venimos; á la Plaza de la Concordia, y diré á mis lectores varios secretos de la revuelta historia de París.

=Día trigésimo segundo=.

Visita.—El Brigadier Rotalde.—El Panteon.—Café cantante de los Campos

Elíseos.—Tertulia.—Una madre como hay muchas.—Curiosidades.

Madama Fonteral viene á vernos antes de las ocho de la mañana. La pobre lechera entra en nuestra estancia con cierto aire de aturdimiento, casi de confusion.

—¿Qué sucede, mi buena señora Fonteral? la pregunté.

—Luisa está en cama; Luisa está enferma.

Esta noticia nos desconcertó á mi mujer y á mí.

—¿Qué tiene? preguntamos aun mismo tiempo mi mujer y yo.

—No sé lo que tiene; es decir, no lo sé y lo sé; lo sé; pero no sé decirlo. Está muy mala; tiene los ojos desencajados; su frente arde; creo que se muere; tendré que ir á llamar á un médico ...

—¡Qué médico ni qué ocho cuartos! Ustedes lo arreglan siempre todo con los médicos. El médico no puede volverla su amante; no puede volverla su honra; no puede volverla su familia. El médico no puede echar tierra en el abismo, en cuyas tenebrosas cavidades yerra perdido el corazon de esa mujer. Ustedes no ven más que la medicina del cuerpo: y la mayor parte de las dolencias no se curan sino con la medicina, del alma. No es cuestion de botica, madama Fonteral; es cuestion de prudencia y de amor al prógimo. El verdadero médico de Luisa es la amistad y el sacrificio. Tome usted 20 francos, y pague usted otros quince dias al amo de la fonda, para que la trate con cariño, ya que con dinero hay que ganar cariño en un pueblo que se llama cristiano. Tome usted otros 20 francos y déselos usted á la

enferma, ó reténgalos usted misma, á fin de que Luisa tenga la asistencia que su estado reclama. Vaya usted volando, y dígala usted que no se abata, que no se aflija, que no se desespere; dígala usted que no está sola; que no está abandonada, que hay ojos que la miran; que hay corazones que la compadecen; que hay enfermeros que velan por ella á la cabecera de su cama. Dígala usted que tenga generosidad, abnegacion; la abnegacion del verdadero arrepentimiento. Dígala usted que hay un deber, el último entre todos los de la vida; el supremo entre todos los grandes deberes; el que nos imponen nuestras culpas; el deber de llorar y de pedir que nos perdonen; el deber de esperar la ventura y la dicha por el merecimiento de la humildad y del dolor. En fin, dígala usted que se levante de la cama, y que se tranquilice; que irá á su casa, que irá á Pisa, que su familia la perdonará, y que si hay virtud en su corazon, si hay vida en su conciencia, si hay calor en su alma, todavía puede ser feliz. Vaya usted volando; en la inteligencia de que si usted no la dice todo eso, ó si no se lo dice bien, Luisa se muere.

Madama Fonteral se echó á temblar, y me miraba como aquel que pide compasion.

—Vaya usted corriendo! añadió mi mujer con mucha prisa.

—*Maladroite que je suis* (¡Torpe de mí!) exclamó la buena mujer, y se dirigió á la escalera apresuradamente volviendo la cara y saludándonos con la mano.

Inmediatamente que quedamos solos, me preguntó mi compañera:

—¿Qué piensas hacer?

—Pienso ver á los españoles y americanos que aquí conozco, y reunir la suma necesaria para que Luisa vuelva á su país. Estando en Pisa, una lágrima y un perdon lo salvan todo. Es una llaga que sólo se cura con aquel bálsamo; ¿Crees que hago bien ó mal? Pregunté á mi mujer, mirándola con atencion, como para adivinar sus intenciones.

Mi mujer contestó:

—Creo que haces muy bien.

En el Hotel de Bilbao, de que hice mencion al principio de estos apuntes, he tenido, la satisfaccion de conocer al brigadier Rotalde, tan excelente caballero como buen pintor. Viene de la Habana, y teniendo que permanecer pocos dias en Paris, hemos acordado visitar hoy el Panteon, y tomar luego una botella de cerveza en un café cantante de los Campos Elíseos. Para mañana queda aplazada la visita del Louvre, en donde podremos admirar la sublime Asuncion de Murillo, que es el sueño dorado del brigadier, y que yo no dejo de desear.

—A estilo de campaña, exclamó el brigadier artista. Lo que ha de hacerse luego, hágase ahora.

Y pronunciando estas palabras, abria la portezuela de un carruaje público que estaba enfrente de la fonda, invitándome á que subiera. Subo en efecto, sube él, el cochero levanta el látigo, y véanos el lector rodando, por las calles de esta moderna Nínive. Al pasar por el Mercado Nuevo, nos apeamos, recorrimos una de sus espaciosas galerías, vimos camarones, compramos por valor de un franco de esta *fruta marítima*, tornamos al coche, y en el momento de montar, levantamos los ojos, y vimos á una jóven como de diez y ocho á veinte años, que, sentada en el balcon de un piso segundo, se entretenia en

dar muchos besos al pico de un loro. El afán de aquella muchacha no dejó de causarnos cierta impresión, y apenas nos sentamos en el carruaje, dije yo al brigadier:

A un loro; Julia Amengual
Da de besos un tesoro.
Y á esto dice Don Pascual
Qué á falta de otro animal
Pasa el rato con su loro.

EL brigadier, por un efecto de hidalga galantería, celebró mucho estos malos versos, y comiendo y conversando como buenos amigos, llegamos á Santa Genoveva. Después de visitar el monumento que ya conocen mis lectores, aunque muy superficialmente, manifestamos, al conserje nuestro, deseo de visitar el Panteón. Advertida el lector que yo no he andado esta vez por la linterna circular ni por la cúpula, ni he subido un solo escalón, sino que he esperado á pié firme en la planta baja, contemplando una pintura al fresco, copia no muy feliz de Rafael de Urbino. Temí que el brigadier tuviera algún antojo, parecido á los invasores antojos del travieso ingeniero. Vuelto el brigadier, tratamos de bajar á la capilla subterránea, como ya dije; pero se ofrecía una dificultad. El conserje nos manifestó que teníamos que esperar algún tiempo.

El brigadier, que á su despejo natural, une la impaciencia del soldado, preguntó al conserje por qué razón teníamos que esperar el tiempo que decía.

El conserje le contestó que debían reunirse doce personas para bajar á la capilla.

Esto picó la desembarazada curiosidad de mi compañero, que volvió á replicar á nuestro guía:

—Pero ¿por qué razon tienen que juntarse doce personas, para bajar á la capilla subterránea? ¿Es esta costumbre, por ventura, una ritualidad del establecimiento, ó como si dijéramos un estatuto de esta iglesia?

—*Non, monsieur*, (no, señor) murmuró el conserje, y bajó la cabeza, pareciendo que rezaba entre dientes. El brigadier me echó una mirada, como para decirme, si yo comprendia; yo echó otra mirada al brigadier, como si quisiera contestarle que no entendia una jota de aquella rara pantomima, y ambos miramos al conserje, el cual tenia vueltos los ojos hácia la puerta principal, en significacion sin duda de que no queria responder. Pero mi compañero, que no es hombre que se acorbarda ante la distraccion estudiada de un conserje, volvió á llamarle la atencion de un modo resuelto, tan resuelto, que nuestro guía conoció que estaba en el caso de capitular. Los conserjes son gente en extremo conocedora.

—Entendámonos, si á usted le parece, le dijo el brigadier con ademán suelto y apremiante. ¿Hay alguna ordenanza de este cabildo, por la cual se manda que hayan de ser doce personas las que bajen siempre al Panteon?

—No, señor, no hay tal ordenanza; pero hay la costumbre de que cada persona que baje al Panteon, tiene que pagar. 25 céntimos (un real de nuestra moneda), y como yo no abro las puertas de aquel lugar por menos de tres francos, tengo que esperar que se reunan doce personas....

—¡Enhorabuena! exclamó el brigadier. Nosotros daremos á usted los tres francos, y todos los francos que sean menester, sin necesidad de esperar á nadie. Con que ¡á la capilla!

Ante una oratoria tan elocuente, nuestro guia inclina la cabeza, coge unas llaves, hace señas á tres caballeros y dos señoras que aguardaban, entra por una puerta lateral, abre otra, baja una escalera, y todos empezamos á bajar tras él, despues de abrir paso á las dos señoras, qué parecian ser personas muy distinguidas. Luego supimos casualmente que eran escocesas.

Estamos á siete ú ocho varas de profundidad. Hay poca luz. Los techos son bajos, abovedados, y no ofrecen nada de grande, de majestuoso, de imponente, ni de magnífico. Al contrario, despues de admirar el monumento de arriba, el monumento de abajo parece ruin; mejor dicho, no parece monumento, porque no hay monumentos ruines. Sin embargo de que la oscuridad habla tanto á mi corazon; sin embargo de que no hay para mí una poesía tan grande como un sepulcro; sin embargo de que un ciprés me llama mucho más la atencion que unas pirámides, declaro con pena que he recibido una ingrata impresion. Esto dista infinito de ser lo que yo me habia figurado, lo que todo el mundo se figura y debe figurarse, cuando sabe que una Asamblea Constituyente decreta que tome el nombre de Panteon, lo que la creencia y la gratitud de todo un pueblo llamaban antes Sta. Genoveva. Yo creía, como yo creian los demás, que el Panteon era un monumento más grande que la iglesia, puesto que la iglesia habia desalojado su primer puesto, para cederlo al Panteon. La Asamblea Constituyente debió darle el sér antes de darle el nombre, porque de otro modo es un nombre sin sér. Lo declaró poema sin darle poesía; lo declaró tiniebla sin darle sombra, y esto es gana de

hablar. Ya dije que en Francia se hacen muchas cosas, infinitas cosas, por ganas de hacer, como se dicen otras por ganas de decir, como se piensan otras por ganas de pensar.

Creo que he dado con la expresion: esta capilla subterránea es una tiniebla que no tiene sombra, ó bien una sombra que no tiene tiniebla.

Estamos en el sepulcro de Voltaire, de este gran revolucionario, de este gran invasor, de este gran rey, como le apellidaba tan admirablemente Federico de Prusia. Esto no es una tumba histórica; no es tampoco un sepulcro; no es ni una sepultura. Es un escondrijo con cuatro paredes; un cachivache con una estatua, un hoyo, una losa, y un epitafio. Esta especie de zaquizami dista tanto de estar á la altura de Voltaire, como la capilla subterránea de estar á la altura del nombre de Panteon.

La estatua de Voltaire se celebra mucho por los franceses. A mí no me gusta. Esto procederá indudablemente de que no lo entiendo; pero para mí no es cuestion de filosofía, sino de gusto. Creo que el gusto es la gran escuela de las artes, y no me gusta ese mármol que miro, porque ahí Voltaire no parece un hombre de talento, sino una inteligencia maliciosa. Las arrugas de ese semblante, lo hundido de esas sienas, lo agudo de esos pómulos, lo contraido de esos labios, lo furtivo de esa mirada, significan, malicia, perspicacia, argucia; no significan un entendimiento liberal, extenso, vario, rico, fecundo, inagotable; me significan el entendimiento de un Voltaire. Voltaire en esa piedra es más bien un hombre de chispa, no un hombre de genio. Los que comprendan algo, aunque no sea sino por instinto, por barrunto siquiera, acerca de lo que es *genio* y de lo que es *chispa*, podrán explicarse el por qué no me gusta esa estatua que estoy

viendo. Digo de esa estatua lo que antes dije del subterráneo. El subterráneo no es monumento, porque no hay monumentos ruines, del mismo modo que esa estatua no es estatua para mí, porqué no hay estatuas que se ven con disgusto.

Yo murmuré sobre el particular algunas palabras al oído del brigadier; el conserje hubo de apercibirse, y empezó á explicarme las maravillas de aquella piedra, como si quisiese tomar á empresa el persuadirme, en honra del difunto cuyas cenizas nos escuchaban.

Yo dije al conserje: eso que se ve en esa piedra, es la estatua de la malicia; la malicia es el talento de la ignorancia, y Voltaire, el jefe de la Enciclopedia, el primer revolucionario de su siglo, el Robespierre literario del mundo, la admiracion y el susto de la historia, Voltaire, señor conserje, es algo más que un ignorante.

El conserje hizo un gesto agridulce.

La inscripcion del sepulcro dice:

Ses manes sont ici; son génie est partout. (Sus manes están aquí; su genio está en todas partes.)

Yo, al estilo francés, pido mil perdones al poeta que escribió este epitafio. No creo que el genio de Voltaire esté en todas partes, porque aquí no está.

Mirado en este mezquino chirivital aquel enorme personaje histórico, parece pequeño, muy pequeño; muy escaso, muy pobre. El rey es aquí un pordiosero que nos pide limosna. Voltaire habla más, infinitamente más, que todo esto. Es una cuna sin sepulcro, un Oriente que no halló su ocaso.

Luego vimos la tumba de Rousseau. Es menos tumba todavía que la de Voltaire. Sobre la pared de su sepultura tiene pintada una mano que empuña una antorcha, en significacion de que su inteligencia lo alumbró todo. Digo de esta antorcha lo que dije del epitafio de su ilustre vecino. La inteligencia de Rousseau lo alumbrará todo, menos el lecho, en que reposa.

Luego visitamos ligeramente los sepulcros del arquitecto del edificio, Soufflot, de Bougainville, del mariscal Lannes, y de siete ú ocho generales y senadores del primer imperio. Entre aquellos sepulcros vimos como escombros ó tierra removida.

—¿Qué es esto? preguntamos á nuestro guia.

—Ahí, contestó este, estuvieron los restos de Mirabeau y de Marat.

—¿No están ahora?

—No, señor.

—¿Quién desalojó sus cenizas de este asilo sagrado?

—La Convencion Nacional.

—¿Por qué?

El conserje movió la cabeza. Todos nos echamos á reir. Los franceses son los únicos hombres del globo que hacen cosas, las cuales obligan á que los cristianos se rian en el momento de visitar un Panteon. Ya dije, no há mucho, que el patético de los franceses hace á un mismo tiempo llorar y reir, y lo que nos acaba de pasar es una prueba incontestable de que no los he calumniado. Es un patético que juega con las cenizas de los hombres. Al hablar de la *Bolsa* dije que ni las

piedras están á salvo del genio francés; ahora debo añadir que no está seguro ni el polvo del que ha muerto hace muchos siglos.

Atravesamos un pasillo oscuro, muy oscuro, tenebroso. Aquí principia á ser esto Panteon. El Panteon principia en donde el Panteon concluye. Despues entramos en una gruta, en donde se percibe confusamente alguna claridad. Cualquier sepulcro que sé pusiera aquí, seria positivamente más sepulcro que las covachas que hemos visitado.

El conserje se detuvo y calló. Todos nos detuvimos y callamos. El conserje permanece mudo, todos enmudecimos del mismo modo. Nadie respira, no se oye ni una mosca. ¿Qué significa esto? Á través de la escasa luz que allí habia, todos queriamos mirarnos mútuamente á las caras, como para ver qué gestos hacíamos ó qué nos parecia aquel silencioso entremés. De pronto, como un rayo cae de las nubes, como el tañido arranca del golpe que el badajo da en una campana, se oye un estruendo agudo, agudísimo, formidable; un estruendo que viene á caer encima de nosotros, que parece aplastarnos. Todos creimos que el Panteon se hundia, y que la cúpula, y las naves, y los techos, y las columnas, aquella enorme masa revuelta y confundida, se desplomaba sobre nuestras cabezas. Las dos señoras arrojaron un chillido que nos heló la sangre; yo creí que la tierra faltaba á mis piés, y me agarré frenéticamente á los hombros del brigadier Rotalde.

Sin que nosotros pudiéramos verlo, porque no habia la necesaria claridad, el conserje cogió un gran tambor que tenia oculto en uno de aquellos rincones, y sacudió en él un fuerte golpe, que aumentado increíblemente por un notable efecto acústico de aquellas bóvedas, produjo el estrépito de que he hecho mencion.

Luego que nos enteramos de la causa de aquel aparente terremoto, nos tranquilizamos, y nos dispusimos á saborear el extraño chiste de aquel espectáculo.

El conserjé, despues de hacer varias evoluciones con el tambor, bajó la voz todo lo que pudo, y con un acento apenas perceptible, decia: ¿Qué quieres? ¿quién eres? ¿qué buscas aquí? Y á lo léjos, muy á lo léjos, como un aviso del otro mundo, con la expresion automática de un hecho mecánico, repetia el eco casi apagado: ¿qué quieres? ¿quién eres? ¿qué buscas aquí? Aquel acento ténue, sutilísimo, se iba haciendo cada vez más remoto, hasta que parecia perderse entre los escombros de aquellos sepulcros, como, el acento de un moribundo parece perderse entre los misterios de la eternidad. Las señoras chillaban furtivamente á despecho suyo, y habia hombre allí á quien se erizaban los cabellos. En aquel lugar se experimenta una emocion en que entran á la vez la sorpresa, la curiosidad, el asombro y la maravilla. Hay algo de arte, de religion y de fanatismo.

A los pocos minutos estabamos arriba. Nos despedimos de nuestros *subterráneos* compañeros, no sin haber dado un napoleon al conserje, y al mismo tiempo, que atravesamos la espléndida nave de Santa Genoveva, el brigadier me dice:

—¿Qué le parece á usted?

—Es una cueva, le contesté; no es un Panteon. Son hoyos, no son tumbas. No nos preocupa la idea de la muerte, sino la idea de un cautiverio. No hay espíritu allí, no hay providencia; todo es humano, ni aun humano; todo es francés.

Esta iglesia, añadí, es un templo sin Dios.

Aquel Panteon es un panteon sin sepulcros.

Pasan tres horas, que hemos empleado en comer, el brigadier en su fonda de Bilbao, yo en el restaurant de las Columnas con mi compañera. Allí presenciarnos una disputa de que daré cuenta otro dia. Antes de ir á las Columnas, escribí tres cartas á mis buenos y excelentes amigos de Reus. Mis lectores ignoran, como no puedo menos de suceder, la grande y justísima estimacion que profeso á esa ciudad, la cual ha sido uno de los pueblos de España que ha prestado una hospitalidad más generosa á mis pobres escritos, así políticos como literarios y filosóficos. Despues, en circunstancias muy difíciles para mí; en momentos de tribulacion y de amargura; en esos momentos trabajosos en que el hombre conoce si tiene algun amigo, la ciudad de Reus, la noble, la honrada, la laboriosa, la liberal ciudad de Reus, ha entrado siempre por las puertas de mi casa, trayéndome ánimo y consuelo. ¡Dios querrá que sea tan feliz como lo merece por sus sacrificios, por sus deseos, por su cultura y por sus virtudes! Acepta, pueblo á quien amo sin haberte visto; acepta este saludo que te envia un hombre humilde, como prenda de eterno cariño y de lealísima gratitud.

Verificada la comida, volví á nuestra fonda con mí mujer, la dejé allí ocupada en escribir á su familia, y yo me dirigí inmediatamente al boulevard de los Italianos, en donde está la fonda Bilbaina. El brigadier me esperaba ya, ocupando su puesto en la carretela, acompañado de otro amigo. Llego, monto, me siento, y el coche arranca. No habian pasado nueve minutos cuando nos encontramos, cerca de la barrera que circuye á uno de los cafés cantantes de los Campos Elíseos. Entramos, nos apoderamos de una mesa, se agolpan los mozos (los mozos de los cafés cantantes son lince), y pedimos cerveza con

bizcochos, unos bizcochos particulares que hacen en Paris. Principia á oscurecer, aunque hace rato que se han encendido los faroles; miles de luces oscilan en todas partes á impulsos del viento; no hay árbol, ni arbusto, ni columna, ni espacio de barrera, en donde no aparezca un resplandor. En este momento se enciende, la elegante lucerna del teatro, entre cien mecheros de gas que ya lucian, y entre cien guirlandas de flores que decoran el techo y las paredes de la escena. Cualquiera diria que en aquel lugar iba á verificarse la representacion de algun prodigio, de algun encantamiento ó cosa semejante. Parece que en ese teatro de mágia no debe ser actor otro personaje que un hechicero. Entretenidos en mirar aquella mímica brillante, nadie tocaba á la cerveza ni á los bizcochos. Yo no quitaba ojo al brigadier Rotalde, que tan pronto se echaba el sombrero hácia la frente, como se lo dejaba caer hacia atrás, moviéndose casi continuamente en la silla, en señal sin duda de impaciencia. Yo, que calculaba en qué vendrian á parar aquellas misas, no podía menos de reirme en mi interior. En esto asoman los actores por una puerta lateral de la derecha, clama la muchedumbre que rodea la valla exterior, todo el mundo fija sus miradas en el reluciente teatro, los artistas saludan con una profunda cortesía, permanecen un momento de pié, contemplando al público, como si quisiesen tomar posesion anticipada de su benevolencia, y despues de esta pantomima seductora toman asiento en sus respectivos sofás. Las hembras, vestidas de blanco, convertidas (por sus vestidos) en símbolos de la pureza y de la castidad, engalanan el sofá de la derecha, inmediato á la puerta de entrada, mientras que los varones van á ocupar el otro sofá de la izquierda, frente por frente del sofá de las damas.

—¿Empezará ya el canto? preguntó el brigadier.

—No, señor, respondí.

—Pues ¿por qué salen?

—Porque así lo tienen estipulado en sus contratos. Esto es parte de la función. Antes de empezar la tarea, tienen obligación de exponerse al público, á fin de entretenerle con esta novedad, hasta que llegue la hora convenida.

—¿Cual es esa hora?

—Creo que las ocho.

El brigadier sacó el reloj con mucha prisa, y vió que eran más de las siete y media. Tomamos un sorbo de cerveza, miramos á nuestro alrededor, principiamos á contar las luces, aunque no pudimos terminar; cruzamos algunas palabras sobre el viso dramático que los franceses saben dar á las cosas, sobre esa habilidad fascinadora que sabe hacer bonito, muy bonito, lo que es realmente feo, muy feo; sobre ese instinto trastornador que convierte la realidad en apariencia, y la apariencia en realidad, ofuscándonos de tal modo, que casi llegamos á perder el conocimiento natural de lo que es bueno y de lo que es malo; discurríamos, vuelvo á decir, sobre el particular, cuando el clamoreo confuso y prolongado de la multitud que circuye la barrera, vino á noticiarnos que la hora del concierto se aproximaba. Dejamos de hablar, volvemos los ojos á la escena, el brigadier se levanta maquinalmente y vuelve á sentarse, como si quisiera tomar una posición más segura, en señal de que aguardaba algún portento; los artistas se ponen de pié, saludan como antes; se abre la puerta del fondo, los *galanes* se sitúan cortesmente á los lados de la puerta; pasan las *damas*; los galanes las siguen, y la escena se queda sin

nadie. Silencio profundo. Todo el café, por dentro y por fuera, aguarda resignado. La orquesta preludia, la multitud grita, las sillas crugen, las mesas se chocan, los mozos corren, los curiosos se arremolinan, todos se sientan, la puerta del fondo se abre, el *carácter cómico* asoma.... ¡Carcajada general, unánime! ¡Ovacion completa!

—¿Qué es eso? me preguntó muy bajo el asombrado brigadier.

—Es que ha salido el gracioso, como si dijéramos el payaso.

El brigadier arrugó el entrecejo. Esta salida inesperada no fué muy de su gusto.

El *carácter cómico* anda de gatas, se pone en cuclillas, de bruces, canta, llora, chilla, gorgea, ladra, maya, ahulla, hace la gallina, hace el gallo....

El brigadier se siente dominado por un ímpetu de noble y generosa indignacion; se levanta con aire brusco; la mesa tambalea, los vasos se vierten, los bizcochos andan por el suelo, los mozos acuden, el brigadier deja una moneda de cuatro duros: ¡esto es una poca vergüenza! exclama colérico, y todos tres abandonamos el café cantante.

Luego me dice el brigadier: el que no quiera ser injusto con la Francia, no debe venir á este infame y grotesco espectáculo. Si viene aquí, tiene que ser injusto por necesidad; tiene que creer que Francia es una horda civilizada, porque no se concibe que tamaña degradacion de los sentimientos cristianos pueda caber en la conciencia de un gran pueblo.

Yo dije al digno y pundonoroso Brigadier: tiene usted razon. Lo que usted siente hoy, lo sentí yo del mismo moda cuando vi por primera vez esa degradante pantomima, y así lo tengo consignado en la obra que escribo.

—Hace usted bien, muy bien, contestó, y nos dirigimos silenciosamente hácia la Plaza de la Concordia. Habiamos entrado ya en la Plaza, cuando todavía duraba aquel silencio. No parecia sino que nos habia sucedido una desgracia. Sí; óigalo el Sr. Alejandro Dumas; óigalo ese famoso novelista, que ha hecho tanto daño á este mundo, como la peste que más daño haya hecho; óigalo esa celebridad que ha descompuesto tantos matrimonios; que ha torcido tantas ideas; que ha enloquecido tantos corazones; óigalo ese genio francés, cuyas novelas han dado veneno á tantas jóvenes incautas, engañadas y seducidas por sus encantadoras fantasmagorías, óigalo el eminente novelista Dumas; óigalo esta Francia que ha dado tanto oro, tanta fama, tanta honra, tanto aplauso, á los chismes y á las mentiras de ese novelista sin conciencia, de ese vendedor de *falsas novedades*: oiga la Francia, esta culta, esta rica, esta poderosísima Francia, lo que voy á decir: tres españoles, *tres cafres de allende el Pirineo*, caminan tristes, están afligidos, porque acaban de ver un espectáculo que desdora á esta gran nacion. *Tres cafres de allende el Pirineo* caminan mudos y sienten dolor en su alma, al cumplir el deber cristiano que tienen de pronunciar esta justa censura.

—¿Qué Plaza es esta? pregunta el brigadier, medio amostazado todavía por la aventura del café-concierto.

—Es la célebre Plaza de la Concordia.

—¿Y por qué es célebre?

—Por dos grandes bautismos de sangre. Aquí, cuando apenas estaba concluida la Plaza, tuvieron lugar las fiestas públicas por el casamiento de María Antonieta con el Delfín, y la multitud aplastó en un día á ciento treinta y dos personas. Aquí, sobre este suelo que pisamos, rodaron en el trascurso de tres años no cumplidos, mil quinientas cabezas de personajes célebres. Aquí se trasladó en el sangriento 23 de Agosto la guillotina, por orden del Consejo general de la Municipalidad de Paris, y esa guillotina, ese mónstruo bárbaro é insaciable, devoró las cabezas de Luis XVI, de María Antonieta, de Carlota Corday, de la Princesa Isabel, de Madama Roland, de los Girondinos, de Barnave, de Hebert, de Danton y de Robespierre. Si toda la sangre humana que aquí se ha derramado, brotase en este instante de las losas que pisan nuestras plantas, nos llegaría seguramente al cuello. Al decir yo esto, sucedió una cosa muy particular, que juré no echar en olvido al escribir este pasaje. La Plaza de la Concordia está profusamente iluminada, como que la alumbran ciento cuarenta y dos mecheros de gas; hacia luna, una luna muy clara, de modo que parecia que nos hallábamos al declinar la tarde. En el momento de pronunciar yo, *que si la sangre derramada en la Plaza de la Concordia brotara de las piedras que pisábamos, nos ahogaría*, un caballero y una señora pasaron muy cerca de nosotros, y al oír mis palabras la señora, se levantó el traje y anduvo de puntillas algunos pasos, como si temiera mancharse las botas y el vestido. Se lo hice notar al brigadier y al otro compañero, y todos celebramos la admirable ocurrencia de aquella señora, y la exquisita sensibilidad de la mujer. Debe presumirse que la señora en cuestion era paisana nuestra, puesto que entendió lo que hablábamos, y nosotros hablábamos en español.

Volviendo á la historia terrible de la Plaza, dije al brigadier: lo malo tiene la ventaja de que no es necesario que nadie lo extirpe: él tiene el encargo providencial de extirparse á sí mismo. La guillotina mató la guillotina; el terror mató al terror; la barbarie mató á sus hijos, como el Saturno de la Fábula, y concluyó por matarse á sí propia.

—¿Qué es aquella columna?

—El obelisco de Lougsor, cerca del Cairo, que sirvió de ornamento al palacio real de la famosa Tebas. Sus geroglíficos dicen que fué principiado bajo Rhamsés II, mil quinientos cincuenta años antes de la venida del Salvador, y concluido en el reinado de su hermano Rhamsés III, que la historia conoce bajo el nombre de Sesostris, que fué el rey más grande de todo Egipto, el rey más grande de toda el Asia. De modo que esa piedra tiene tres mil cuatrocientos trece años. Pesa próximamente.... ¿Cuánto dirán ustedes?

—¿Quién puede saberlo? contestaron al par mis interlocutores.

—Calculen ustedes poco más ó menos.

—¿Dos mil quinientos quintales? preguntó el compañero del brigadier.

—Más de cinco mil. Pesa muy cerca de veintitres mil arrobas.

—¿Y esa columna es de una sola pieza?

—Una sola pieza. De otra manera no seria obelisco.

—Pues señor, dijo el brigadier, difícilmente puede encontrarse un personaje de más peso y de más edad.

Dejé á mis compañeros en su fonda, y el carruaje me llevó á mi casa, en donde encontré á la amable familia americana, la misma que nos habia convidado á la tertulia de la calle de Lepelletier. Mi compañera estaba empeñada en que no habia de ir, y yo empeñado en que no se habia de quedar, y ¡gracias al cielo! esta vez no se cumplió el refran que dice: *pídele á Dios que sea bajo!* Hago aquí mencion de este triunfo de un marido, porque un hecho tan raro bien merece la pena de que se mencione.

—Es que yo no hablo una palabra en francés, ¿qué papel haré en la tertulia? Todos se reirán de mí....

—Mira, dije á mi compañera, Paris tiene la presuncion de ser el pueblo universal; España está dentro del universo, de modo que tú cumples hablando en español.

A las once y cuarto estábamos en la tertulia. Muchas sonrisas, muchos gestos, muchas contorsiones, muchas luces, muebles magníficos, un gusto refinado en todas partes, una comedia deliciosamente ejecutada. En cuanto al recibimiento que merecimos, nada puedo decir que no ceda en honor de aquella bondadosa y liberal familia. Mi pobre mujer estaba allí como raton en boca de gato, á despecho de su fecunda locuacidad. Una señora que estaba á su lado, la dirigió no sé qué pregunta en francés. Mi mujer contestó en castellano que no entendia; la otra la respondió en francés que no la comprendia tampoco, y despues de estas amigables explicaciones, ambas se miraron y movieron la cabeza, como si quedaran convencidas, sin embargo de que no habian comprendido una palabra.

Se bailó muy bien; se cantó mejor; se tocó á las mil maravillas. El arte, más severo nada hubiera podido objetar; pero no hallé otra cosa. He hecho propósito firme de no faltar á la verdad, ni aun por galantería, ni aun por gratitud. No encontré ese ambiente embalsamado, esa atmósfera vaporosa, esa idealidad inspirada, esa naturaleza rica, esos instintos poderosos: no encontré esa aura indefinible, el genio sencillo con que nos embelesa la sociedad italiana. ¡Qué bella es Roma, cuando se la mira desde Paris! Voy á hacer mérito de la risible extravagancia de una mujer de Batiñoles, que formaba parte de la tertulia. Esto no es hablar de Paris, ni de Francia, porque ni Francia ni Paris pueden tener culpa de que haya una vieja ridícula.

En segundo término del salon, como las últimas figuras de un cuadro, habia una señora con su hija, muchacha graciosísima que podria rayar en los quince ó diez y seis años. Un caballero preguntó á la madre cuándo se casaba la muchacha. La vieja se puso encarnada como un pavo.

—¡Casarse mi hija! exclamó con miedo y casi con cólera. ¡Qué delirio! Haga usted el favor de no hablar de amores y de casamientos á una niña, que no debe pensar en otra cosa que en vestir y desnudar muñecas. ¡Casarse! ¿Cómo quiere usted que se case esta mocosa? No, señor; yo no quiero engañar á ningun hombre. Mi hija no se casará un dia antes de los treinta años. Á los treinta años se casó su abuela, á los treinta años me casé yo, y si mi hija piensa otra cosa, puede hacer cuenta que no tiene madre.

Al decir esto, aproximaba su asiento al de la muchacha, como si temiera que alguno viniese á robársela. Pero advertí que mientras que la madre hablaba, la hija se reia. La vieja lo notó, y la tiró

desabridamente del traje, y es muy probable que la sermoneara con algun pellizco, esos pellizcos afectuosos que las madres dan á las hijas.

El caballero quiso replicar.... ¡Aquí fué Troya! La vieja no sabia cómo estar sentada; sudaba; se llevaba las manos a la cabeza; paladeaba continuamente, porque sin duda se le secaba la saliva en la boca.

—¡Nada! ¡nada! exclamaba fuera de sí. Treinta años cumplidos, y si falta un dia, no quiero. El caballero tuvo que mudar de conversacion, é hizo perfectamente, porque es seguro que si no deja el tema comenzado, hay en la tertulia un soponcio. Yo miraba á la vieja diciendo para mí: ¡qué imbecilidad! Luego miraba á la muchacha, y decia: ¡qué lástima!

Los lectores me permitirán que diga dos palabras sobre una curiosidad muy rara, sumamente rara, como teoría: muy comun, sumamente comun, como hecho. Quiero decir que está sucediendo á cada instante, y que tal vez no puede hallarse la razon de una experiencia tan repetida y tan trivial. Hé aquí la curiosidad de que hablo. Nadie ama á su hija como una madre; no hay un carácter más digno de veneracion, que el santo carácter de la maternidad. Pero no digo bien; la maternidad es más que carácter; es la virtud suprema, la suprema emocion de este mundo; es la grande heroicidad de la vida. Una madre es el héroe de todos los héroes, el mártir de todos los mártires. El héroe da su vida al sentimiento de la gloria; el mártir da su vida al sentimiento de la fe; pero cuando llega la hora de morir, mueren con dolor. La madre que muere por sus hijos, muere con placer. La madre mantendria á sus hijos con sus propias lágrimas. La madre tiritita cuando ve que sus hijos tienen frio. Una madre murió en un lecho

hediondo, lleno de harapos. En aquel lecho habia con ella dos criaturas. Cuando los vecinos entraron al dia siguiente, hallaron á la madre abrazada á sus hijos; los brazos helados de la muerta, tenian á las dos criaturas encadenadas contra su pecho, mientras que sus labios amoratados estaban tocando la frente de uno de los niños, porque sin duda alguna habia muerto arrojando el aliento sobre aquella frente, para calentarla con el hálito de su boca y de su corazon. Los niños vivian. Para arrancárselos á la mujer que ocupaba el lecho, fué necesario enderezar aquellos brazos rígidos, que tenia presas á las dos criaturas. Para arrancar esas criaturas á la mujer que ocupaba aquel lecho hediondo, fué necesario luchar con su cadáver. Aquella madre abrigó á sus hijos con su desnudez; los calentó con su propio frio, con el frio de la muerte. Esto es un prodigio, un milagro; pero la madre tiene el don celestial de hacer milagros y prodigios. Sobre una madre no hay nada en el mundo, nada absolutamente más que Dios. No se me puede tachar de indiferente, ó de descastado. Adoro á mi madre, adoro á todas las madres de la tierra; adoro á las madres, no á las ayas. ¡Misterio incomprensible! Esas madres que aman tanto á sus hijos, son las que causan más frecuentemente su perdicion. No hay ninguna cosa más temible para una hija, que el casamiento arreglado por una madre. No hay nada más expuesto á error, más expuesto á ser engañado, que el corazon de una mujer, cuando se trata de sus hijos. Basta que cualquier hombre mal intencionado aparente amor á su hija, para que la madre se embobe y lo eche todo á pique. Cree que va á labrar la felicidad de aquella criatura que tanto ama, y labra su desdicha con un afan que raya en frenesí. La madre tiene amor, no tiene juicio; tiene abnegacion, no tiene reserva; sabe criar á sus hijos en sus pechos, no sabe criarlos

para el mundo; tiene el don divino de darles el sér; no tiene el don humano de darles la felicidad; SON MADRES, NO SON AYAS.

Figúrese el lector qué sucederá á la pobre muchacha de Batiñoles, con la manía que tiene embargada la cabeza de su madre. Tiene que casarse á los treinta años, á los treinta años cumplidos, y si falta un día, la madre no quiere. ¿Cuántas luchas, cuántos sinsabores, cuántas amarguras no esperan á esa pobre hija? ¡Treinta años! Ahora tiene quince ó diez y seis. Y ¿si ama ya? Y ¿si hoy tiene ya una pasión? ¿Ha de esperar trece ó catorce años, para satisfacer el sentimiento más querido de su alma, la necesidad más irresistible de su corazón, la fantasía más grande con que la ha embellecido la Providencia? Y si despechada, al ver que contrarian el más profundo instinto de su existencia, huye de la casa que la vió nacer, y se pone en brazos de un hombre péfido, como Luisa se puso en brazos del estudiante de Rodhese ¿la volverá su madre la honra y la dicha que ha perdido? ¡Madre insensata! ¿qué es lo que crees? ¿Crees que eres madre de tu hija, para sacrificarla á los caprichos de su madre y de su abuela? ¿Crees que tu hija ha de vivir con la vida especial de su abuela ó de su madre? ¿Crees que eres madre de tu hija, para encerrar en el canutero de tus agujas el sentimiento más grande y poderoso de la existencia, el encanto de todos los vivientes, el secreto de todas las familias, la lumbre que calienta todos los hogares, el ángel del mundo que arrulla el sueño, de todas las almas? ¿Crees que eres madre para poner ó para arrancar ese sentimiento del alma de tu hija, como quitas ó pones un garbanzo en tu olla, como clavas ó dejas de clavar tu aguja de coser en una costura? ¿Crees que el cielo te ha dado la dicha inmensa y el inmenso deber de ser madre, para disponer á tu antojo de la ventura de ese sér que criaste en tu seno,

de quien has de dar cuenta á la familia, al mundo y á Dios? ¡No, madre indiscreta!

Dios no da privilegios para lo absurdo y lo ridículo. Dios no te ha dado la alteza, la soberana alteza de ser madre para que le pagues con la ruindad de hacer infeliz á tu hija.

Suplico á las hijas que se hagan cargo que no hablo con ellas; figúrense que no han leído nada; fórmense la ilusion de que estas páginas están en blanco. No hablo con las hijas, sino con las madres.

Voy á dar un consejo á los padres, porque á los padres toca el gobierno de los grandes intereses de su casa; por consecuencia, el gobierno de sus hijos, puesto que un hijo es el interés capital de la familia.

Cuando tu hija ame y sea amada, no mediando peligro en el casamiento, no te opongas á que se case. Sobre todo, no te opongas, alegando por causa los pocos años de la novia. Semejante causa no es verdadera, ni legítima. Semejante causa es muchas veces la preocupacion vulgar de que se vale tu egoismo, porque amas á tu hija, y no tienes bastante abnegacion para sacrificar tu amor á su felicidad. La mujer, tu hija, es capaz de casarse, desde luego que es capaz de amar á quien ha de ser su marido, y un padre sensato no debe pretender legislar esto de otro modo. La naturaleza, Dios, te ha ahorrado este trabajo, porque legislar estas cosas tocaba á Dios, y un padre sensato debe calcular que la Providencia sabe más que él. Y léjos de evitar que tu hija se case jóven, debes procurar con mucho cuidado que no se case vieja. ¿Por qué? Por cuatro razones capitales.

1.^a Casándose tu hija joven, es más apta para la generacion, en lo cual gana la sociedad, y tiene que correr muchos menos peligros al ser madre, en lo cual gana ella. De las veinte mujeres que se casan á cierta edad, las once sucumben cuando dan á luz la primera criatura.

2.^a Casándose joven tu hija, aun cuando muera á una edad mediana, dejará educados á sus hijos; cuando menos, á los mayores, que podrán encargarse de la educacion y del porvenir de los pequeños, pudiendo morir con la indecible satisfaccion de que deja en el mundo una familia. Por el contrario, las que se casan tarde, no pueden vivir lo preciso para dejar á un hijo establecido y colocado, de donde resulta frecuentemente que los huérfanos tienen que ser presa de los hospicios, de los hospitales; de la miseria, de la ignorancia y del vandalismo. Si pudiéramos ver la historia secreta de todos los hechos sociales ¡cuántas lecciones hallaríamos! ¡Cuántos escarmientos vendrian á castigar nuestras imprudencias! ¡Cuántos desgraciados habrán subido las gradas del patíbulo, por las extravagancias de sus madres, madres como esa madre de Batiñosles!

3.^a Casándose joven tu hija, satisfaciendo á tiempo la necesidad más imperiosa y más sagrada de su corazon, no puede ser víctima, como lo son tantas mujeres, de una pasion contrariada, de un amor combatido y tiranizado. Pero aunque su virtud se conserve pura, aunque no halle su perdicion y su deshonra en un mar de lágrimas y de desdichas; aunque tenga el necesario desprendimiento de sí misma para sacrificarse, ¿por qué razon ha de sacrificarse esa criatura? ¿Por qué razon ha de ser su padre quien la sacrifique? ¿Por qué ese martirio sin gloria? Tu hija ama á los diez y seis años, y tú te empeñas en que ha de casarse á los treinta cumplidos. ¿Quién llena ese vacío de catorce años? ¿Quién premia esa lucha? ¿Quién

compensa ese sacrificio y esa agonía? ¿Y si tu hija enferma, quién la volverá su salud? ¿Y si se muere, quién la arrancará de su sepulcro?

4.^a Casándose jóven tu hija, se atempera con mucha menos dificultad al carácter y á las costumbres de su marido; y con mucha menos dificultad puede recibir esta segunda educacion, infinitamente más peligrosa, más difícil y más importante que la primera. ¿Crees tú, padre de tu hija, que tú sólo la educas? Estás en un error gravísimo. Tú la educas para la sociedad, para la familia, para todo el mundo. Su marido tiene que educarla luego para él. Tú haces con tu hija, lo que hace el sastre que confecciona un traje para el primer parroquiano que salga. Luego que el parroquiano se presenta, se pone el traje, y va designando al maestro en dónde le está estrecho, en dónde le está ancho, en dónde le hace arrugas, porque no quiere un traje que le haga arrugas, ni que le esté ancho, ni que le esté estrecho. Tú, padre de tu hija, haces un traje sin tomar la medida de tu yerno; tu yerno ha de ajustárselo despues, y esta segunda hechura es una medida que tiene más peligros, porque el nuevo sastre no cuenta con toda la tela, sino con la tela que tiene el vestido que le dan, con la tela que tú le has dado. Y ¿qué cristiano educa á una mujer, endurecida en sus costumbres, en sus hábitos, en sus vicios y preocupaciones? ¿Qué cristiano educa á una mujer de treinta años, como la abuela de la muchacha de Batiñoles? Más fácil es enderezar á un roble de cien años, que á una mujer de quince. ¿Quién será tan necio que eche sobre sí el andar á pleitos con una de treinta? ¡Ay! Aún siendo jóven, aún sin tener conciencia cabal de sí propia, en el período inocente de la generosidad y del amor, aún en la aurora de la vida, entre los alegres albores del amanecer, pasa lo que Dios sabe: ¿qué no pasará, cuando la mujer se ha explicado á su modo el mundo en que vive;

cuando está celosa y enamorada dé sus ideas, de sus opiniones y de sus hábitos, como de su pelo, de sus ojos ó de su vestido?

En favor de la teoría contraria no hay ninguna verdadera razón. En abono de la teoría que defiendo, existen, sin esforzar mucho el asunto, las cuatro razones que acabo de exponer. Encargo á los padres que mediten despacio sobre este consejo, dado á la ligera; pero que es fruto de una continúa y madura observación, no desmentida nunca por la geometría infalible de la vida, por la experiencia.

Voy á terminar este día con algunas curiosidades.

Primera curiosidad. Un amigo nos ha referido lo que oyó en Sevilla, á un hombre y á una mujer del pueblo. Es el caso que una mujer, jóven y hermosa, pasaba por cierto lugar. Un hombre se aproxima á ella, y la dice: oiga usted, cuando ese cuarto se desalquile, puede avisarme, porque yo lo quiero habitar.

—Sí, señor, contestó con mucho reposo la mujer. Cuando usted guste, puede pasarse por mi casa, que mi marido le entregará la llave.

¿Qué retórico, por sábio que fuera, escribiría una alegoría más vigorosa, más bien expresada, más significativa, sin dejar de ser decorosa y honesta?

Segunda curiosidad. Un periódico literario de Paris hace tres preguntas, á fin de que los suscritores curiosos se las contesten.

Primera. ¿Qué es lo más temible de este mundo?

Yo creo que un tonto.

Segunda. ¿Qué debe hacer el hombre para evitar los inconvenientes del casamiento?

Yo creo que lo mejor es no casarse.

Tercera. ¿Cuál es la tendencia favorita de las mujeres?

Voy á contestar con dos redondillas castellanas.

El dominio, este es su afan;
Y tan de antiguo lo quiso,
Que dominó el Paraíso
Aún siendo soltero Adán.

Con lo que queda expresado
Que he dicho bastante infiero;
Si lo enredó de soltero
¿Qué hubiera sido casado?

Mañana nos espera el Louvre. El brigadier Rotalde no habla de otra cosa que de la Asuncion. Por lo que á mí toca, Dios sabe cuánto deseo verla. ¡Animo, mis queridos y benévolos lectores! Hasta mañana.

=Dia trigésimo tercero=.

La enferma.—Museo del Louvre.—La Asuncion.—Apoteosis de Rubens.—Otra pintura de Murillo.—Una respuesta.—Noticia á mis lectoras.—Curiosidades.

¡Virtud increíble la de la sangre! ¡Cariño santo el de la familia! La hermana de Luisa ha llegado con su esposo; Luisa está buena; y no sólo está buena, sino que es feliz, todo lo feliz que puede ser una criatura que ha perdido la grande ilusión, la grande esperanza y el grande secreto de su existencia. La honra es en nuestra alma, lo que es el aroma en las flores: una esencia de aquella vida.

Un abrazo de la mujer con quien se ha criado en la casa paterna, un solo abrazo de su hermana, ha curado casi las llagas de su corazón. ¿Qué sentirían aquellas dos mujeres cuando se vieron? ¿Qué sentiría Luisa, al oír la voz de su segunda madre? ¿Qué hay en él mundo comparable á las lágrimas, que aquellas dos criaturas derramaron? ¿Qué poder, qué riqueza, qué fausto, qué ciencia, qué genio, qué gloria, tiene el arcano arrebatador que da la Providencia á esas lágrimas ignoradas y mudas? ¡Ah! Este amor innato de la familia, esta preciosa herencia que las madres dejan á sus hijos, esta lumbre apacible que calienta á todos los que viven en una casa, es lo que más nos reconcilia con la humanidad; más que el talento, más que el heroísmo, más que la virtud. Al ver á un mendigo, á un criminal, á un traidor, á un leproso, no puedo menos de exclamar: á ese hombre le ama su madre, le ama su esposa, le ama su hijo; y en aquel hombre miserable, en aquella criatura abyecta, en aquel andrajo de la vida, si así puede decirse, encuentro algo digno de respetarse. Sí, yo respeto en aquel hombre el amor augusto de la familia; respeto y adoro esa sacratísima poesía, cuyo poeta no mora en este mundo. Aquella criatura envilecida lleva consigo un profundo misterio que Dios le ha dado, y ante ese misterio que Dios nos da, debía el hombre estudiar en silencio y con la cabeza destocada.

Volviendo á Luisa, Madama Fonteral vino á enterarnos de lo ocurrido, y el alborozo ahogaba su voz. La buena mujer no sabia por dónde empezar, y exclamaba-muy á menudo: *¡estoy loca, estoy loca!* Por fin, nos participó la noticia, y mi mujer y yo sentimos lo que sentiríamos, cuando encontráramos á una hermana que se nos hubiera perdido. Mi mujer miraba á todos lados de la estancia; diciendo: *me parece que somos más*. En efecto, todos creíamos que nuestra familia se habia aumentado. La hermana de Luisa era tambien hermana nuestra, hermana por la compasion y por la caridad.

Madama Fonteral cogió la escalera, balbuceando palabras que no comprendimos, y mi Ana y yo nos dirigimos una ojeada, como si nos quisiéramos decir: ¡qué excelente mujer!

Desde este día, miramos á Madama Fonteral con un verdadero y entrañable cariño. Tal vez esa pobre lechera es la persona á quien más queremos en Paris.

Mi mujer y yo, con los ojos iluminados por la alegría, nos asomamos al balcon; Luisa estaba en el de enfrente, con la vista clavada en el nuestro. Indudablemente esperaba á que nosotros nos asomásemos, para saludamos. Así fué. Nos miró con un aire indecible de regocijo, nos hizo diferentes saludos con las manos y con la cabeza, pronunció palabras que no pudimos entender, y se metió dentro como un relámpago, dejando en nuestro balcon, no á dos criaturas, sino dos estátuas. Al darnos de cara con Luisa, al recibir el saludo de su ademan y de sus ojos, aquel tierno saludo de un alma buena y generosa; al vernos casi enfrente de aquella mujer que poco antes se moria, de aquel cadáver resucitado, se nos oprimió el corazon, y quedamos allí como dos figuras de piedra. ¡Pobre Luisa! ¡Alma tierna!

Aquel saludo que nos hizo, fué un consuelo que quiso darnos, que realmente nos dió. Hay jóvenes (yo conozco algunas), que tienen como el sentimiento del vicio, sin embargo de que viven en la virtud. Hay otras que tienen la conciencia de la virtud, sin embargo de vivir en el vicio. A estas últimas pertenece Luisa. Ha pasado por la deshonra, y no ha perdido totalmente el encanto de la inocencia. Es más inocente por su alma, que muchas jóvenes lo son por su edad.

Mudemos de decoracion. Es la una de la tarde; el brigadier Rotalde, otro amigo y yo, paseamos nuestros ávidos ojos por una gran sala del Louvre, denominada el *salon de los Estados*. La gran sala del palacio de Versalles, y la que ahora examinamos, son las dos piezas más espaciosas y magníficas que he visto. Tiene próximamente dos pisos de altura, sobre ochenta pasos de longitud, y veintiocho ó treinta de latitud. El famoso salon de embajadores del Palacio Real de Madrid, es mucho más pequeño; sin embargo, me parece que es más majestuoso, porque es más sencillo. El único defecto que noto en esta regia estancia, consiste en que la profusion en el ornato, la quita esplendidez en el conjunto. Con menos lujo, habria más grandeza, porque resaltaria más la grandeza de los techos, de las paredes, del espacio; la grandeza de la extension. A pesar de todo, es una pieza deslumbradora. Entre las infinitas cosas notables que hemos visto en la sala de que hablo, no voy á hacer mencion más que de una. Casi al fin del lienzo de la derecha, como en el comedio de la pared, divisamos un cuadro. Nos aproximamos cuanto pudimos, y echamos de ver que era el retrato de su pintor. Uno de los curiosos que visitaban el Museo en aquel dia, contemplaba el retrato con cierta entusiasta curiosidad, casi con maravilla. Esto nos llamó la atencion á nosotros, que no veiamos en aquella pintura un motivo tan grande de admiracion y de entusiasmo. Nos fijamos con más insistencia en el

cuadro que teníamos delante; volvimos los ojos al espectador, y notamos de nuevo que no dejaba de hacer muecas y contorsiones, como encareciendo la excelencia de la pintura. En esto nos miró, y nosotros le miramos también, en señal de decirle: «¿que ves tú en ese cuadro? ¿Qué prodigio es ese?»

El extranjero (era alemán) nos comprendió, y al pasar cerca de nosotros, balbuceó en mal francés: ese retrato que ustedes ven, esa pintura que está ahí colgada, no es una pintura, no es un cuadro al óleo: es un tapiz, y saludándonos con un ademán, partió.

Los tres nos quedamos asombrados, y permanecemos mucho tiempo contemplando aquella maravilla. No sabiendo que aquella pintura es un tapiz de la fábrica de Gobelinos, parece imposible que haya una persona que distinga el tapiz de una pintura al óleo, y de una pintura de buena escuela. El tejido ha hecho tanto como el pincel; la lana es allí rival de los colores. Sombras, medias tintas, confusión de matices, hasta vaguedad en el colorido, hasta esa mezcla indefinible, infinitamente varia y distinta, que sólo puede hacerse en la paleta de un pintor, todo está allí. Los Gobelinos son tan pintores como tapiceros, ó tan tapiceros como pintores. Creo que ese retrato que acabamos de ver y admirar, es una de las más grandes curiosidades que posee el arte humano.

Entramos en el Museo de pinturas. Después de atravesar algunas galerías, en donde hay más riqueza de arquitectura, en donde el edificio es mucho más notable que el Museo, penetramos en la *sala de preferencia*. En esta rica sala se custodian todas las obras más estimadas que el Louvre posee de los grandes maestros. En medio del ángulo de la derecha, entre pinturas de Rafael de Urbino, de

Rubens, de Ticiano y Poussin, vimos un cuadro que parecia presidir aquella especie de banquete histórico; un banquete á que asisten silenciosamente tantos genios.

El brigadier Rotalde se destaca, y con una valentía de sentimiento, que no fué dueño de reprimir, exclamó: *¡viva Bartolomé Estéban de Murillo!* Esta exclamacion improvisada tenia cierto fluido eléctrico.

Nuestra curiosidad está satisfecha. La pintura que vemos es la ASUNCION. ¿Puede explicarse el mérito de ese inmenso cuadro? Creo que no. En esto sucede lo que con el color y con el sonido. En vano explicaremos el color al ciego, y el sonido al sordo. El que no reciba estas nociones de la creacion natural, bajará al sepulcro sin ellas. El que no tenga entendimiento, fantasía y corazon para comprender y sentir la gran belleza que el genio de un hombre esculpió en ese lienzo; el que no oiga dentro de su alma, muy dentro, lo que le dice ese silencio arrebatador, esa elocuencia que no habla con la boca, esa elocuencia muda, y que por lo mismo es más sublime; quien no tenga el talento del entusiasmo, como tuvo Murillo el talento del arte, apenas podrá entender una palabra de esa lengua divina. Cuando más se le explique, menos comprenderá. Sin embargo, daré cuenta al lector de mis impresiones. No tome el lector á soberbia, lo que voy á decir por ingenuidad. No veo el mérito de la ASUNCION, en donde otros lo ven. Lo veo, grande, muy grande, maravillosamente inspirado y feliz, en donde no se ve generalmente. Creo que el mérito maestro de ese cuadro no consiste, sino en que teniendo todas las formas de mujer, no nos hace experimentar la emocion del sexo; en que tiene esa indecision misteriosa del pensamiento, de la conciencia, de la esperanza; es decir, de la Vírgen, porque la esperanza es toda la vida y toda la belleza de la virginidad. Es una mujer en su cuerpo, y

una idealidad en su alma; y la idealidad es tan poderosa, que la impresion del cuerpo desaparece, y triunfa el espíritu. Esa ASUNCION es una escuela en que el arte se pone de rodillas ante la fe. No veo á Murillo; no veo á España; no veo á Sevilla; no veo á nadie; no veo más que á la ASUNCION. La obra es tan grande, que mata la idea del obrero.

¿En dónde principia esa Virgen? No se sabe. Un ropaje magnífico oculta sus piés.

¿En dónde acaba? No se sabe. El dedo índice de su mano derecha señala á lo alto, y el cielo es un espacio que no tiene confines. Parece que se va, que se sale del cuadro, que se echa á volar sin alas; parece que aquella figura tiene su complemento en otro mundo; parece que Murillo quiso concluir la en el arcano de una esperanza, en la sombra de un vaticinio, en el pensamiento de Dios. La ASUNCION es un cuadro á que no falta nada, como creacion artística, y que considerado como creacion religiosa, no tiene principio ni fin. El espectador no sabe, no ve, de dónde arranca, ni en dónde concluye.

En esa ignorancia misteriosa y trascendental, en esa ignorancia sublime con que la ASUNCION se apodera de nosotros, consiste el gran mérito de la pintura, á juzgar por lo que yo siento delante de ella.

Voy á dar noticia de algunos detalles, procurando apartar la vista de otras muchas bellezas, porque cualquiera pincelada de ese lienzo vale un buen cuadro.

Yo sé que los ojos de la figura que contemplo son bellísimos, y sin embargo, ¡portento que asombra! no sabria decir qué color tienen. Y ¿en qué consiste esto? dirá algun lector. Consiste en que Murillo quiso

que los espectadores no viesen los ojos de la ASUNCION, sino que mirasen al cielo, á donde mira la inspirada imágen.

Otra cosa me llama mucho la atencion, y es la profunda filosofía que me revela el pensamiento de ocultar los piés á la Vírgen. Realmente, á una vírgen no se le deben ver los piés. Todo lo que una vírgen pierde en sombra, pierde en misterio; y todo lo que pierde de misterio, pierde de vírgen. Pero ¡qué pliegue para indicar el muslo! ¡Qué contorno para insinuar la cintura! ¡Qué manto para ocultar los piés! ¡Qué ondulaciones en el traje! ¡Qué suavidad de colorido! ¡Qué dulzura de sentimiento! ¡Qué expresion de actitud! ¡Qué pureza y qué fervor de alma! No hablo de la maestría del pincel. El alma, un alma muy llena de grandes afectos y de grandes verdades, es el pincel que pinta cuadros como el que miro.

Vuelvo los ojos á otro lado, porque no quiero decir más. Sólo añadiré dos palabras acerca de su historia.

Cierto convento de Sevilla encargó esta ASUNCION á Murillo. El pintor da cabo á su tarea, coge su cuadro, lo lleva al convento, se enteran los frailes, y se reúne la comunidad. Murillo les presenta su pintura; los críticos se acercan, examinan, miran con más cuidado, se contemplan unos á otros frunciendo el entrecejo, y dicen al pintor: «vuestra merced perdone; no es eso lo que hemos encargado; vuestra ASUNCION no hace al convento.»

—Permitan vuestras reverencias, contestó Murillo, que coloque el cuadro en donde debe estar, y si entonces no agrada á vuestras reverencias, me lo llevaré, porque, gracias á Dios, esta vírgen no come pan en casa de su amo.

—Poco ó nada ganarán en ello pintor y pintura, porque el convento vuelve á decirnos que ese cuadro no sirve. Se conoce, señor Bartolomé, que vuestra merced ha manejado muy aprisa los pinceles.

—Los habré manejado tan aprisa como plazca á vuestras reverencias, pero déjenme con mil santos colocar la pintura, y diciendo y haciendo, la ASUNCION principió á subir. Los frailes, que la habian mirado de cerca, no habian visto otra cosa que pinceladas de almazarron, pegones de albayalde, y casi todos habian vuelto la espalda al gran maestro. Pero el cuadro subia, y á medida que iba subiendo, se transformaba de una manera portentosa. La pintura se sitúa en su lugar, la Virgen aparece, el lienzo brilla, la ASUNCION llena todo el convento.

—Si no desagrada á vuestra merced, señor Bartolomé, ese cuadro puede quedar ahí, porque, ó la vista nos engaña, ó casi decimos á vuestra merced que vuestra vírgen hace al convento.

—No quedará ahí, con permiso de vuestras reverencias, contestó el pintor. Antes se vea azotado por mano del verdugo Bartolomé Estéban Murillo, que vuelva ese lienzo á pisar los umbrales de la comunidad, si vuestras reverencias no han de tomarlo á enojo. No valieron ruegos, ni súplicas. Á los pocos instantes Murillo salia del convento con su grande obra.

Ignoro qué hizo de ella. Lo que consta es que el mariscal Soult se apoderó del cuadro, que se lo llevó á Paris, y que lo conservó hasta su muerte, entre las pinturas de familia. Muerto el mariscal, el Museo del Louvre hizo proposiciones á los herederos, los cuales vendieron la pintura por la mitad próximamente de su valor, en obsequio del establecimiento nacional á que se destinaba. El Louvre dió por ella

ciento sesenta mil napoleones, ó sean ochocientos mil francos. Desde entonces está situada, en donde ahora la admiran los viajeros de todo el globo. ¡Quién habia de decir á los buenos frailes de Sevilla, que aquella ASUNCION que no *hacia á su convento*, habia de ser vendida al Museo del Louvre en ciento sesenta talegas de napoleones, y que debia presidir la gran sala de aquel suntuoso Museo, entre pinturas de Poussin, de Rubens, del Ticiano y de Urbino!

Despues de dirigir la última mirada al cuadro español, con cierto orgullo nacional, pasamos á una galería, y luego á un salon, en donde no hay otras pinturas que la apoteosis de Catalina de Médicis, por Rubens, por el gran Rubens. Hasta que se ve esta apoteosis gigantesca, no se tiene una idea exacta del pintor, conde y diplomático á la vez; pero en quien el pintor vale más, mucho más que el diplomático y que el conde. Los cuadros enormísimos de aquella divinizacion artística, llenan las paredes de toda la sala. Hay descuidos, hay prisa en aquel inmenso trabajo; pero se echa de ver tal fecundidad, tal concepcion, tal valentía en las actitudes y musculaturas, una profusion tan admirable de figuras y tipos mitológicos, que el ánimo se pasma de que un solo hombre haya pintado aquellos lienzos colosales. Aquella apoteosis no es la de Catalina de Médicis; es la de Rubens. En esta sala, el arte ha podido más que la dinastia.

Despues de visitar todo el Museo, en una de las salas contiguas á la de preferencia, hemos encontrado otra pintura de Murillo. Es un lienzo de media vara en cuadro, poco más ó menos. Representa un muchacho de corta edad, pobre, mendigo, sentado en el suelo, y que tiene una pierna colocada sobre la otra. Con la mano izquierda vuelve un pié, y con la derecha pretende sacarse una espina. Los tres

compañeros nos clavamos delante de aquel mendigo, y no sabemos cómo desasirnos de sus miradas. ¡Qué pintura más grande! Si yo fuese rico, daría por estos dos palmos de lienzo, tanto como dió el Louvre por la ASUNCION. Este pequeño cuadro vale más que la apoteosis de Rubens, no menos que la Virgen que hemos visto hace poco. Apenas se concibe que pueda presentarse un pasaje tan trivial de la vida humana, de un modo tan encantador, tan elevado, tan filosófico, tan perfecto. Cabello enredado y mugriento, frente oprimida, ojos dilatados y tristes, mano tostada y sucia, uñas ennegrecidas, cara chupada, pómulos salientes, tez arrugosa, fisonomía mústia, todo está allí con una ingenuidad que sorprende. Es un chiquillo que nunca ha conocido á su madre, que desde que nació pide limosna. El hijo que conoce á la que le dió el ser, tiene alguna alegría en su semblante, una alegría que deja algo allí hasta que la criatura se muere. En ese muchacho no ha dejado aquella alegría ningun vislumbre. Positivamente, esa criatura no ha visto jamás á su madre. Si estuviese vivo, nos lo llevaríamos á España. Viendo su estampa inanimada en ese pedazo de lienzo, nos da gana de echar mano al bolsillo, y de dejarle una limosna. ¡Con qué verdad, con qué candor, con qué inocencia, abre los ojos lánguidos y marchitos, frunce los labios, y alarga dos dedos estirados, para sacarse la espina del pié! Lo repito; esa media vara de lienzo; ese huérfano solo, abandonado y triste; ese desecho del orgullo del hombre, ese olvido del mundo, ese andrajo de nuestras culpas, vale tanto comola Virgen.

Y díganme ustedes, señores franceses: ¿cómo ese cuadro inestimable, esa preciosísima pintura, esa tiernísima creacion cristiana, esa bellísima apoteosis del espíritu del Evangelio: cómo ese mendigo no ocupa un lugar en la sala de preferencia? ¿Creen ustedes que de cien cuadros que se custodien en aquella sala, hay noventa y

nueve que valgan más que ese muchacho que está pintado ahí?
¿Creen ustedes que hay un solo cuadro en la sala de preferencia, uno solo, que pertenezca á un arte más extenso y más elevado, á una escuela más bella, más fecunda, más sábia y más grande? ¿Por qué ese huérfano casi divino está oculto aquí? ¿Es pequeño el tamaño de la pintura? ¿Costó poco quizá?

Al atravesar el salon de preferencia, hemos notado una novedad. Una jóven lindísima, condesa italiana, está subida al caballete, copiando la ASUNCION. Si vale juzgar por los pocos detalles que hemos visto, es un pincel maestro. Ignoro la vida de esa mujer; ignoro los secretos de su alma; pero si tiene un alma pura, si tiene un corazon vírgen y bueno, la copia que saca de la ASUNCION debe ser admirable.

¿Cómo es posible que no se entiendan bien dos vírgenes tan bellas? algo hemos dicho de esto al descuido; pero un descuido tal que ella pudiera oír, y la noble y hermosa pintora se ha sonreido deliciosamente. ¡Ah! ¡quién sabe lo que habrá debajo de esa risa! Muchas veces vemos que la flor más brillante, es la que oculta con sus frescos tallos á la serpiente más venenosa.

Si su conciencia es como su cintura, casi me atrevo á presagiar que verá el reino de los cielos; aunque se ven frecuentemente cinturas muy estrechas con conciencias muy anchas.

=Dia trigésimo cuarto=.

La columna de Vendome.—El balcon de la fonda.—Dicho del general Wellington.—La Saboyana del Bosque de Bolonia.—Una Colegiala.—Cuestion atrasada.—Curiosidades.—A última hora.

Es el último día que el brigadier Rotalde piensa permanecer en París, y estoy en el caso de hacerle los honores que son debidos al que se va. Poco despues de las diez de la mañana, estamos en la Plaza de Vendome, en cuyo centro se levanta una enorme y gallarda columna. El guardian nos dice que en la fábrica de este monumento, que es de bronce, se han empleado doce mil cañones, apresados por Bonaparte á los enemigos de Francia.

Los cimientos de esta gigantesca pirámide, imitacion de la columna de Trajano, en Roma, tienen una profundidad de doce varas; su diámetro no baja de cinco, y de cincuenta la elevacion. Se llega á la cima por una escalera de ciento setenta y seis tramos. Corona la columna una estátua de Napoleon, vestido de *gran Capitan*. Aguilas, guirnaldas de encina y de laurel, y otros varios trofeos alegóricos, ornan este monumento de triunfo.

Encima de la puerta de entrada, se lee una inscripcion latina que dice:«con el bronce del enemigo, levantó el Emperador Napoleon este monumento á la gloria del gran ejército, que, bajo sus órdenes, venció en cinco meses á toda la Alemania.»

Con motivo de la columna de Vendome, se cuentan dos anécdotas muy curiosas. De la una es héroe el actual emperador de los franceses; de la otra, el general Welington.

La de Napoleon III es la siguiente. Cuando, ocurrido el movimiento de 1848, vino á Paris el actual emperador, se hospedó en una fonda que hay en la Plaza de Vendome. Sus amigos y adectos le aconsejaron que debia enviar gente á provincias, para preparar la opinion pública, y conseguir que le nombrasen diputado.

—No es preciso enviar á nadie, contestó el emigrado de Lóndres.

—¿Por qué? preguntaron con extrañeza sus amigos.

—Porque no necesito de los electores.

—Pero ¿cómo se explica que quien quiere ser elegido, no necesite de los electores?

—Porque tengo bastante con aquel ELECTOR. Y diciendo esto se levanta, abre los cristales de un balcon que daba á la plaza, y les muestra la estátua de Bonaparte, que corona (como ya dije) la columna triunfal.

El antiguo emigrado de Lóndres tenia razon. El elector de bronce, aquella grande historia, lo nombró diputado primero, presidente de la república despues, emperador más tarde. No niego lo que este emperador haya podido hacer; pero creo que el otro emperador, el ELECTOR de la columna de Vendome, ha hecho mucho más.

Vamos á la anécdota del general Welington. La primera estátua de Bonaparte, que servia de remate á la columna, se bajó en 1815, y su bronce sirvió para fundir la estátua de Enrique IV, que decora hoy el puente Nuevo. Pues dicen que, al ver el general Welington aquella estátua de Napoleon I, concibió la idea de mandar hacer otra estátua de aquel personaje. Efectivamente, la estátua se hizo, y el general inglés la colocó en el primer rellano de la escalera de su casa. Varios amigos del general, sorprendidos de que dejase la estátua en la escalera, pretendieron hacerle ver que aquello no era decoroso, porque podria entenderse que queria desairar la memoria del héroe.

—La estatua está en donde debe estar, contestó Welington, y bajó la cabeza.

—¿Pero cree usted, argüían los otros, que la estatua de Bonaparte debe servir de adorno en la escalera de Welington?

—La estatua está en donde debe estar, repetía el viejo general; no puede estar más que en la escalera, y volvía á bajar la frente.

—Pero ¿por qué no puede estar en otra parte que en la escalera?

—Porque no cabe por las puertas de mi casa.

Esta buena expresion de Welington hubo de inspirar á uno de nuestros compañeros de expedicion, el cual dijo: esa columna es un digno pedestal de aquella estatua. Realmente, Napoleon no necesitaba menor cimientto.

Subimos á nuestro carruaje, y á los veinticinco ó treinta minutos estábamos en el bosque de Bolonia. Al fin de una de las calles de árboles, en sitio bastante lejano, nos encontramos á una jóven rubia, muy rubia, y de un cútis tan blanco y tan terso, que más que cútis parecia alabastro. Una mujer en la soledad, y especialmente entre árboles y flores, tiene un prestigio fascinador. Estaba al pié de un arbusto, y con una rama se daba golpes en la punta del zapato derecho, teniendo clavada allí la vista de un modo maquinal. Alguna idea agujereaba el cerebro de aquella mujer; algun pensamiento diabólico volcanizaba aquella cabeza. Sobre esto dijimos algunas palabras á media voz; pero la jóven no levantó los ojos para mirarnos. No parecia sino que tenia los ojos atados á la punta del pié derecho, en donde continuaba dando golpes con la rama.

Al pasar casi tocando con sus piés, el brigadier dijo, *esta está maquinando contra algun infeliz*, y al oír esto, todos nos reímos con cierta algazara. La saboyana (tal parecía por su color y por sus facciones) no levantó tampoco la vista. Dimos un paseo bastante largo, y á la vuelta la encontramos en el mismo sitio, conservando la misma actitud, y sin dejar la extraña ocupacion de dar golpes á la punta del zapato derecho.

¿Qué pensará? ¿Qué sucederá á esa mujer? Esto murmuramos entre nosotros, y casi tuvimos tentacion de hablarla. Seguramente lo hubiéramos hecho, si aquella mujer hubiera levantado la vista hácia nosotros, pero en balde. Al pasar esta vez por su orilla, esforzamos la voz, procuramos hacer ruido; nada: aquellos ojos estaban cosidos al zapato. Nosotros pasamos por fin, nos alejamos volviendo la cara, hasta que la perdimos de vista. La saboyana quedó allí. ¿Hemos hecho bien en no hablarla? Creo que no; presiento que hemos cometido una falta de caridad, porque presiento que aquella mujer oculta un plan diabólico, debajo de aquel movimiento maquinal, casi idiota. La memoria de aquella desgraciada (estoy seguro de que aquella mujer no es dichosa) nos ha preocupado todo el día.

Cerca del arco de la Estrella, hemos encontrado á una familia americana, que ha venido á Paris con el fin de llevarse á una niña, que tenia en un colegio de esta ciudad. La colegiala, jóven de diez y siete á diez y ocho años, iba con sus padres y dos hermanitos. La niña en cuestion parecia una lela revoltosa. La educacion de los colegios es quizá el inconveniente más grave de la civilizacion de nuestros días. La mujer que en ellos se educa, contrae mil hábitos extravagantes y caprichosos, pierde una gran parte del cariño que debe á los suyos, no sirve para la vida de la casa, puesto que no se ha criado en familia, ni

para la vida civil, puesto que no se ha criado en sociedad. Tiene la ignorancia del que no experimenta la realidad de la vida humana, el deseo aturdido y desordenado del que desea experimentar, y la malicia peligrosísima del que anhela una dicha que ignora. Al salir del colegio se figura la colegiala que viene al mundo, se figura que acaba de nacer; y aún á despecho suyo, tiene la volubilidad, los antojos y el ánsia de un niño. En un dia, en una hora, quiere disfrutar lo que no ha disfrutado en diez años de encierro, y nunca está contenta, nunca está tranquila; siempre mira impaciente, siempre murmura, siempre anhela más. Querer verlo todo, sentirlo todo, devorarlo todo á la vez, esta es la educacion, esta es la cultura, esta es la moral que la jóven saca del colegio.

Padres que leais este libro, antes que á un colegio, antes que á esas escuelas, en donde pagais tanto dinero para que os desnaturalicen vuestras hijas, enviadlas á una aldea. En una aldea serán ignorantes: en el colegio son ignorantes, impacientes, mal habituadas y locas.

Si yo tuviese un hijo y me preguntara: ¿qué cualidad es la primera que debo buscar en la mujer, que haya de ser mi esposa?

—Que no sea de colegio, contestaría yo.

¿Quiero decir con esto que no pueda haber colegialas virtuosas y cultas? No; la virtud está en todas partes; en todas partes hay mujeres educadas y virtuosas; yo no hablo aquí de la bondad de la mujer, sino de los peligros, de los graves peligros, de un colegio.

Todavía hablábamos con la familia americana, cuando, delante de nosotros, se para un coche, abre el lacayo la portezuela, y asoma una mujer de hermosa figura. Pone el pié en el estribo, se suspende el

traje, habla con el lacayo, y así se estuvo un par de minutos, como para que nosotros admirásemos el bello contorno de su pierna. Parece imposible que haya mujeres tan insensatas; parece imposible que de tal manera malversen el caudal que deben al cielo. Quieren darse interés menospreciándose; quieren ataviarse y deslumbrarnos, cubriéndose de harapos y de girones.

A esa pobre mujer (una mujer puede ser pobre con muchas alhajas y muchas riquezas) sería necesario enseñarla la copla que dice:

En el amoroso imperio
Busca el hombre lo que ignora:
No es la mujer lo que adora,
Lo que adora es su misterio.

¡Cuánto más valdrian las mujeres, cuán diferente sería el mundo, si se comprendiera y se practicara la moral de esas cuatro líneas!

Ya lo he dicho en otro lugar, y voy á decirlo aquí otra vez. El que crea que no necesita leerlo dos veces, que lo pase por alto; pero casi me atrevo á decir que aunque lo leyera todos los dias, no perderia el tiempo.

Una virtud moral que se llama *recato*.

Una virtud física que se llama *aseo*.

Una virtud social y religiosa que se llama *caridad*.

Dos virtudes domésticas que se llaman *laboriosidad y economía*: hé aquí el verdadero dote, el dote más grande, que un padre puede dar á

su hija. Con ese dote, la pobre es rica; y la fea es hermosa. Sin ese dote, la hermosa es fea, y la rica es pobre.

¡Cuántos pechos exhalarán un profundo suspiro, al leer estos desaliñados renglones!

La francesa partió con el lacayo. Dios la dé lo que la hace falta, que es una buena dosis de juicio.

Hemos tenido un gran placer. Visitamos el *Instituto*, y vimos las estatuas de Bossuet, de Descartes, de Fenelon y de Tully. Vimos tambien con gran satisfaccion los bustos de otros hombres célebres, entre ellos el de Molière, sin embargo de que este gran poeta no perteneció á la *Academia de su siglo*. Pertenece á otra Academia mucho más grande: á la de la historia, á la del tiempo. El busto tiene esta noble y discreta inscripcion:

Rien ne manque à sa gloire, il manquait à la nôtre. Nada falta á su gloria; pero á nuestra gloria faltaba el tenerle aquí.

Estas palabras son un digno y generoso epitafio. ¡Ilustre Molière! Ya que un siglo dejó tu cadáver insepulto; ya que un siglo negó á tus cenizas el palmo de tierra, que no se niega á tantos idiotas y á tantos malvados, otro siglo te llama, te hace entrar y te tiene guardado aquí.

¡Qué arcanos tan raros envuelven el destino de la vida! El genio salva al mundo, y el mundo lo trata casi siempre como herege. O lo quema, ó lo ahorca, ó lo reduce á morir de hambre, ó lo deja insepulto. Pero Dios que está arriba, tan arriba, Dios que ve tanto, que tanto vela, que tan justo es, entierra luego á los que no tuvieron sepultura, y da pan á los que se murieron de hambre, y quita la argolla á los que perecieron en los cadalsos, y junta los miembros, y resucita el polvo de los que

sirvieron de pábulo á bárbaras hogueras. Ahí estan esas estátuas y esos bustos. ¡Gloria á ellos, gloria al siglo cristiano que los fabrica, y gloria al espíritu que los ha mandado fabricar!

Vamos á las curiosidades de este dia. Ha caido en mis manos, por una venturosa casualidad, un memorial antiguo, y en él encuentro noticias, que no dejan de llamarme la atencion.

Primera. En tiempo de San Luis, se dió el nombre de *Universidad* á la reunion de todas las escuelas parisienses, y la universidad se llamaba entonces LA TRES-HUMBLE ET TRES-DEVOTE FILLE DU ROY: LA MUY HUMILDE y MUY DEVOTA HIJA DEL REY. ¡Quién habia de decir á San Luis que *la muy humilde y muy devota hija del rey*, habia de poner pleito á los mismos reyes!

Segunda. La vara toesa de mampostería, que hoy no costará menos de quince ó diez y seis reales, costaba en Francia ocho sueldos, ó sean doce cuartos españoles, á mediados del siglo XIII.

Tercera. En el mes de Febrero de 1377, el Emperador Cárlos V recibió en Paris al Emperador Cárlos IV. Entre los multiplicados presentes que el Preboste y los Síndicos de la ciudad hicieron al recién venido, se veia un barquichuelo, que pesaba ciento noventa marcos de plata, *neuf vingt et dix marcs d'argent*, lo que equivale á unas cuatro arrobas de Castilla.

Si los demás presentes eran por el estilo, bien necesitaba el Emperador una acémila para cada presente.

A la segunda comida que el rey de Francia dió á su huésped, asistieron el Delfin, el duque de Sajonia, las duques de Berry, de Borbon, de Brabante, de Borgoña, de Bar, el conde de Eu, y cerca de

mil caballeros y barones, así extranjeros como franceses. Durante la comida, se representaron dos *entremeses*, uno de los cuales tenía por asunto *la toma de Jerusalem*, por Godofredo de Bullon. Una de las decoraciones figuraba la gran torre, desde donde los musulmanes proclaman su ley. Un actor, vestido de sarraceno con la más minuciosa propiedad, pregonaba la ley desde la torre en lengua arábica.

A juzgar por las muestras, debe suponerse que el convite duró todo el día. Los dos entremeses no dejarían de durar dos ó tres horas; de modo, que cuando tomaran los postres, las entradas debían estar ya en los talones. ¡Con qué reposo lo tomaba aquella buena gente!

Cuarta. El Memorial cuenta la historia de un compadre que no se anda en chiquitas. Estéban Marcel, de quien ya he hablado en estos apuntes, era Preboste de Paris á mediados del siglo XIV. Un dia tuvo la idea (¡en mala hora la tuvo!) de vender la ciudad á los ingleses. Era el 1.º de Agosto de 1358, y por más señas que había nubes. Así lo dice el Memorial. Para el Preboste de Paris estuvo realmente bien nublado. Pues nuestro buen Estéban Marcel se hace amo de las llaves de la ciudad, y á la media noche, toma el camino de la Bastilla de San Antonio. El Preboste creía que iba solo; pero se engañaba. Dos hombres le seguían. Estos dos hombres silenciosos, que avanzaban como dos sombras, eran los hermanos Juan y Simon Maillard.

—Estéban, ¿qué se hace por aquí á estas horas?

—Juan, ¿qué importa á nadie lo que yo hago? Atiendo á mi oficio de Preboste de la ciudad.

—¡Voto á brios! exclamó Juan Maillard, que era su compadre; el diablo cargue conmigo, si estais aquí para nada que huelga á bueno. Ved, añadió luego á varios hombres que se habian reunido; intenta vender la ciudad, y por eso tiene las llaves en la mano.

—¡Compadre Juan, miente usted!

—¡Usted es el que miente, compadre Estéban! Y si no, ahora lo verá usted; y acercándose al Preboste, levanta el hacha y le separa la cabeza del cuerpo. ¡Y eso que era compadre! ¿Qué hubiera hecho, á no mediar el compadrazgo?

Quinta. (Para el Sr. Alejandro Dumas.) El Memorial refiere que en el siglo XI, estaba Paris lleno de clérigos y de estudiantes, cuyos clérigos y estudiantes, en su mayoría, «vivian menos en el santuario de las artes y de las ciencias, que en medio de las riñas y de las bacanales de la calle de Fouare. Saqueaban las tabernas, violentaban á las mujeres, apaleaban á sus maridos con *bastones ofensivos*, y preferian la belleza de las muchachas á las bellezas de Ciceron.»

Sepa el Sr. Alejandro Dumas que los clérigos y los estudiantes de Paris, en el siglo XI, saqueaban las tabernas, violentaban á las mujeres, y apaleaban á sus maridos con *bastones ofensivos*. Sepa el Sr. Alejandro Dumas que Paris, en el siglo XI y bastante despues, era una horda, porque solamente en una horda pueden consentirse tamañas tropelías. Más valiera que el Sr. Dumas tuviese presente la historia de su pueblo, antes de hacer befa de una nacion leal y generosa, á quien paga con despropósitos, con calumnias y ridiculeces.

Sexta. (Para el mismo Sr. Dumas.) Bajo el reinado de San Luis, el jefe de los mercaderes tomó el célebre nombre de Preboste, y á contar de esta fecha, el Prebostazgo dejó de venderse á pública subasta, como acontecia en los tiempos anteriores. «De aquí resultaba, dice el Memorial, que los pobres no hallaban amparo contra los ricos, á causa de los muchos presentes que los ricos hacian á los Prebostes. El bajo pueblo no se atrevia á morar en las tierras del rey, y se iba en busca de otras prebostias y otros señoríos, por lo cual las tierras del rey estaban tan desiertas, que cuando el Preboste daba audiencia, no asistian á ellas arriba de diez ó de doce personas; pero en cambio, habia tantos malhechores y rateros dentro y fuera de la ciudad, que toda la comarca estaba llena.»

Y para que el Sr. Alejandro Dumas no crea que pretendo burlarme, siguiendo su costumbre, copio á continuacion el texto en francés antiguo.

«Le menu peuple n'osoit demourer en la terre du roy, et alloit demourer en d'autres prévostés et aultres seigneuries, et la terre du roy estoit si déserte que, quand le prévost tenoit ses plaids, il n'y avoit pas plus de dix personnes ou de douze; mais il y avoit tant de malfaiteurs et larrons à Paris et dehors, que tout le pays en estoit plein.»

Sepa tambien el Sr. Dumas que, hasta el reinado de San Luis, Paris y sus alrededores estaban plagados de malhechores y de rateros, y que los vasallos de la corona tenian que ir á buscar otros señoríos, porque no podian parar en las tierras del rey. ¿Y cómo llama usted á eso, Sr. Dumas? ¿Es eso cultura y civilizacion? ¿Eso no es Africa? ¿Para eso no hay Pirineos?

Basta de *Memorial*. Vamos á curiosidades de otro género. Segun un inventario hecho en 1774, los diamantes de la corona francesa excedian de ocho mil, de los cuales eran los mejores, y lo son todavía, los denominados el Regente y el Sancy.

El Regente, que ocupaba el tercero ó cuarto lugar entre los primeros diamantes conocidos, fué comprado por el duque de Orleans por cuatrocientos mil napoleones, en 1717.

La historia de Sancy es más antigua y novelesca. En el siglo XV, un suizo poseia este gran diamante, no se sabe cómo, y lo vendió por un *escudo* á Cárlos el Temerario. El tal hombre ignoraba seguramente que aquel pedacito de piedra encerraba una gran fortuna. De Cárlos el Temerario pasó á Nicolás de Harlay de Sancy, que lo empeñó á D. Antonio, rey de Portugal, en doscientos mil francos. El mismo Sancy lo desempeñó luego, mediante una suma de quinientos mil, ó sean dos millones de reales. ¿Qué diria á esto el buen Suizo, que lo vendió por un escudo?

Ultima curiosidad. En la calle de los Pequeños Campos, hemos encontrado á una señora que caminaba con el aire de una heroína, mientras que la seguia un corderito, que llevaba sobre el lomo un manojo de parras. La señora volvia la cara de cuando en cuando, de lo cual inferimos nosotros que alguna persona interesada quedaba atrás, y así era efectivamente, segun luego vimos. En estos dares y tomares, atraviesa la acera un caballero jóven, y ambos se saludan con más afecto del que conviene manifestar en público, sobre todo cuando la mujer es casada, y muy especialmente, cuando detrás viene un carnero. El reciénvenido la pregunta por su esposo, y ella, con cierto desden, con cierta saciedad (es muy prosáico en el poético

Paris el amar á un marido) contesta á media voz: ahí detrás viene. El otro miró, y no vió otra cosa que el borreguillo que traia las parras. Nosotros presenciábamos la escena, situados delante de un escaparate, á diez ó doce pasos de distancia. Mi mujer me miraba, porque no comprendia el tremendo chiste de la situacion, hasta que yo me eché á reir, sin ser dueño de contenerme. Entonces mi mujer me preguntó por qué me reia, y yo la conté el lance, que la hizo reir tambien.

No comprendo por qué; pero ello sucede que, las cosas más graves son las que nos causan más risa.

Yo no pude menos de poner en verso esta peregrina aventura, aunque en

Paris no tiene nada de peregrina, ni de extraordinaria.

Va una dama con gran fuero,
Y gran pompa y grande brillo,
Siguiéndola un carnerillo
Que es animal muy casero.
Con su manojó de parras
Iba el animal ufano,
Cuando llega un Don Fulano
Que es amigote de marras,
—¿Y su esposo? dice luego.
—Detrás viene, dice ella ...
¡Oh prodigio de la estrella!
Detrás marchaba un borrego.

A lo léjos, muy á lo léjos, apareció una víctima. Era el marido.

A última hora. Son las once de la noche. En el momento de ponerme á escribir el noveno artículo para *La América*, nos traen una noticia. No sé cómo anunciarla á mis lectores. Temo lastimar su corazon, como lo está el de mi mujer y el mio. Luisa ha muerto. Sin duda la sorpresa que la produjo el ver á su hermana, la causó un derrame cerebral, que devoró su vida en pocos instantes. ¡Pobre mujer! Hé aquí lo que deben esperar las jóvenes que no saben luchar consigo mismas, que no saben ser lo que Dios ha querido que sean, y los padres que ponen en olvido que la paternidad no es una tiranía, sino una mision, un sacramento, un sacerdocio.

¡Desgraciada Luisa, adios! ¡El cielo tenga más misericordia de tí, que lástima te tuvo ese hombre infame de Rodhese! Si tuviéramos valor para ello, averiguaríamos en dónde te entierran, y antes de volver á nuestro país, iríamos á despedirnos de tus cenizas. Mi mujer llora, y yo tengo el pecho oprimido.

Juro que no he de partir de esta ciudad, sin escribir al estudiante de Estrasburgo, noticiándole la desgracia de una mujer que él no merecia.

Sí, lo sabrá al menos, para que esa sombra vaya sobre su corazon, y no engañe á otra desdichada.

=Dia trigésimo quinto=.

Disputa del *restaurant* de las Columnas.—Manuela Bernaola.—Una mujer de Batiñoles y de Lamartine.—Un caballero vestido de hombre, y un hombre vestido de caballero.—Un conflicto.—Llanto de mi

mujer.—Cartas—Visitas.—Las cinco y media de la tarde.—Un puente.—El Napoleon y el guardia civil.

Prometi dar cuenta de una disputa que presencié el otro día en el *restaurant* de las Columnas. Era la siguiente. Dos caballeros discutian en alta voz, acerca de la prenda que constituia el carácter más grande del hombre. Uno opinaba que era la generosidad, la abnegacion. El otro decia que era el valor ó la firmeza. Yo creo que es la *resolucion* para emprender, y *la constancia* para proseguir y terminar. Despues del genio y de la honradez, me parece que aquellas dos virtudes son las más elevadas y trascendentales del mundo. Con resolucion hay casi todo.

Obran en mi poder los datos relativos al asesinato de Manuela Bernaola é Ignacio Cabezudo; pero no puedo publicarlos aquí, porque un escritor de Madrid me participa que prepara una historia de aquel atentado, y no debo perjudicar á mi compañero de letras, anticipando datos curiosos que quitarian interés á su obra. Dicho escritor me pide un prólogo para la historia que piensa publicar, y me despido del asunto hasta entonces.

Me han contado hoy cierta aventura muy notable de una mujer de Batiñoles. Esta mujer, que es una verdulera, supo que se habia abierto una suscripcion á favor del célebre poeta de Lamartine, con el fin de que pudiera rescatar un castillo feudal, que tenia empezado. Con este ó semejante motivo, se han abierto ya dos suscripciones, que no habrán importado menos de trescientos mil duros. ¡Un republicano acude á la caridad europea, para desempeñar un castillo feudal! ¡A la suscripcion de un republicano francés, contribuyen en primer lugar los lores ingleses! Esto seria extraño, muy extraño, en cualquier país de la

tierra; en Paris, no. En Paris no tienen absolutamente nada de extraño las cosas más extrañas.

Pues la buena mujer de Batiñoles supo la suscripción á que me refiero, supuso que el poeta se hallaba en grandes conflictos, y repetía frecuentemente: ¡pobre señor Alfonso de Lamartine! ¡Qué apurado estará! Y hoy guardaba un franco, otro franco mañana, y así fué reuniendo hasta cuatro napoleones. Toma nota del número de la casa, se alinea lo mejor que puede, y llena de gozo, como quien sabe que va á practicar una buena obra, coge el camino de Paris, y al cabo de una hora de buen andar, se para en la puerta del gran escritor. El corazón saltaba del pecho á la pobre mujer, imaginándose que iba á encontrar, afligido y pobre, al eminente autor de las *Melodías*. Pasa el umbral.... No, no es aquí, dijo en sus adentros la verdulera. En este patio hay coches, veo lacayos, escudos de armas ... no, no es esta la casa de mi pobre señor Alfonso de Lamartine. Pregunta á los vecinos, y todos la aseguran que aquella es la casa del poeta. Pasa segunda vez el umbral, se detiene, mira, da unos cuantos pasos con recelo.... La vecindad me engaña sin duda, decía para sí la aturdida mujer. Por fin, medio balbuceando, entera á uno de los criados del objeto que la llevaba, y la hacen entrar en un gabinete. Alfombras, cortinajes, dorados, tremoles.... ¿Que es esto? exclamaba la verdulera. Sale del gabinete, atraviesa el patio, cruza el umbral, camina á marchas dobles por la calle, y como alma que lleva el diablo, entra en Batiñoles. Inmediatamente que se vió en su casa, se sienta, deshace el nudo que tenía la esquina de un pañuelo, saca cuatro napoleones que había envueltos allí, y se los mete en el bolsillo exclamando: mucha más falta me hacen á mí que al señor Alfonso de Lamartine. Con estos veinte francos, haré un vestido nuevo á mi hijo Vicente. El niño asoma

en este momento, da un grito de alegría, y corre hacia su madre, que le abre los brazos.

Esta aventura, que no tiene nada de particular para otros, tiene para mí una grandísima importancia, porque tiene una grandísima moralidad. La acción de la mujer de Batiñoles vale infinitamente más que el castillo, y que mil castillos del poeta de Lamartine.

Otro incidente no ha dejado de impresionarme. En el pasaje de Jouffroi hemos encontrado á un vizcaino, que viene de la Habana, y que se ha hecho rico con la trata de negros. Lleva una gran cadena de oro, sortija de brillantes, alfiler de lo mismo; casi al propio tiempo, pasa por nuestro lado un hombre modesto y humilde. Era M. Littré, el hombre más sábio quizá de todo el Instituto de Francia. Yo dije para mí: aquel es un hombre disfrazado de caballero, y señalé al vizcaino: aquel otro es un caballero vestido de hombre, y señalé al sábio y modesto publicista.

Otro incidente me ha impresionado más. Un amigo llega esta mañana, me mira, calla, y despues de un minuto de silencio, me dice: ¿usted me oye?

—Sí, señor, le oigo.

—Si usted no me ayuda, dentro de tres horas estoy en la cárcel.

—¡Cómo! ¿Por qué?

—Porque debo ochocientos cincuenta francos.

Vi el conflicto pintado en el semblante de aquel hombre; aquel hombre no me engañaba; era un amigo mio; sobre todo, era un hombre honrado, la vergüenza quemaba sus mejillas, y no me fué dado

vacilar. No quise, ni pude. Un hombre que tiene corazón, no vacila nunca en tales momentos. Mi mujer no se había levantado aún. Sin decirle nada, sin saber lo que hacía, tanto ó más aturdido que mi amigo, abro mi cofre, y le doy los ciento setenta napoleones que necesita. Aquel hombre coge el dinero, me aprieta la mano sin decir palabra, y con los ojos humedecidos, sale precipitadamente de mi habitación.

Si él no me paga, exclamé para mí, Dios me lo pagará. No sabemos cómo, acaso no lo conocemos, tal vez nos quejamos, porque no vemos el interior de esta enorme máquina que se llama mundo; pero tenga el lector por cierto que Dios paga siempre estas cosas. Tal vez nos lo paga con monedas que nosotros no sabemos apreciar; pero nos lo paga. Esta verdad es la más evidente y la más necesaria de la vida.

Pero otra cosa me ha producido todavía mayor sensación. Luego que el amigo partió con su dinero, conté lo que me quedaba, y después de pagar la fonda, no me resta lo necesario para volver á nuestro país. ¡Desdichado de mí un millón de veces! ¿Cómo se lo digo á mi mujer? ¿Qué hago? ¿A qué apelo?

Pero otra novedad debía impresionarme más aún. Á la vuelta del *restaurant* de las Columnas, entrados ya en nuestra calle, hube de decir algo á mi compañera sobre la aventura del amigo; mi mujer se para repentinamente, me echa una ojeada terrible, suelta su brazo del mio, se cubre la cara con ambas manos, y arranca á llorar; pero un llorar que no podía contener, un llorar sin consuelo. Yo me quedé inmóvil, estático; crucé los brazos, y la miraba sin saber qué hacer, ni qué decir. Debía estar pálido como un cadáver. Hice que se cogiera de

nuevo á mi brazo, entramos en la fonda, la señora acudió para saber qué la sucedía, yo la dije que habíamos recibido la noticia de que mi suegro estaba enfermo de gravedad, la patrona nos manifestó su deseo de que se aliviara, y subimos. Al entrar en nuestra habitación, vi algunas cartas sobre la chimenea. Abro la primera que cogí, y con la carta abierta en la mano, digo á mi compañera:

—¿Por quién dirás que podemos volver á España cuando queramos?

Mi mujer me miraba con mucha atención, y con un aire indefinible de sorpresa y de regocijo.

—¿Por quién? me preguntó.

—Por la ciudad de Reus.

—¡Bendita sea! exclamó mi mujer.

—¡Bendita sea! exclamaron también otros labios.

Mis amigos de Reus, presumiendo que podía verme en algún apuro, y deseosos de que no me quedara en Francia, me mandaban cien duros á Paris, y otros ciento á Madrid, con el objeto de que me encontrase con recursos á mi llegada. Hay demostraciones tan generosas, tan delicadas y tan nobles, que no se pueden olvidar nunca, aún supuesta la ingratitud, aún supuesto ese negro vicio, el más negro de todos. Y ya que trato del capítulo de la gratitud, voy á trasladar al papel algunas páginas de mi corazón, por si sucede que estos apuntes sean el último ensayo que doy al público, como pudiera suceder, si la terrible dolencia que me aflige avanza algo más. Estoy seguro de que mis lectores no llevarán á mal este desahogo de un alma agradecida y

lacerada, porque ¿quién no tiene en el mundo algo que agradecer?
¿Quién no tiene deudas sagradas que pagar?

Cuando la prohibición de siete obras consecutivas (prohibiciones sistemáticas las más de ellas) consumieron todos mis recursos, puesto que las obras prohibidas no valían menos de cuatrocientos mil reales: cuando me he visto sin medios humanos de vivir, después de veinticinco años de estudios constantes, de constantes vigilijs; un artesano, un menestral, un hombre que no me conocía; un hombre que había aprendido á leer en un libro mio, se redujo á comer un pedazo de pan, y me enviaba, contra mi voluntad, todo el preciosísimo capital de sus economías: este artesano, esta alma grande, es José Mallol, natural de Gandía, provincia de Valencia. Pongo este ejemplo en primer lugar, porque José Mallol no me daba lo que él tenía, sino lo que arrancaba de su existencia.

Si algo he hecho y puedo hacer por mi patria; si alguna huella dejo en el mundo; si la Providencia ha querido favorecerme con esta altísima merced, á que seguramente no me considero acreedor, España debería agradecerlo al marido de mi hermana Filomena, D. Antonio Miravent y Bogarin, á su hermano D. Francisco, y al marido de mi hermana Amparo, D. Juan María de Zarandíeta, naturales todos de la isla Cristina, provincia de Huelva. También son dignos de mi gratitud, por su conducta liberal y caballerosa, D. Miguel Roselló, de las Baleares; D. Cayetano del Portillo, D. Rafael Molero de la Borbolla, D. José Bulnes y Solera, y mi hermano político, D. Salvador de Cantos, de Sevilla; D. Ramon Sans, de Huesca; el Marqués de Premio Real, y D. José Bartorelo y Quintana, de Cádiz; D. Carlos Cervera y D. Félix Gallac, de Valencia; D. Alejo Tresario Echevarría, de Bilbao; D. Serafin Martinez y D. Gregorio Garcerán, de la Habana; D. Lucas Cuesta, de

Oviedo; D. Juan de Torres y Gil, de Casariche; D. Antonio Gonzalez y Ciezar, de Ayamonte; D. Vicente Ramirez Cruzado, de Villarrasa; D. Juan Bautista Revuelta, de Carlet; D. Policarpo Villalobos, de Dénia, y otros muchos, cuyos nombres no me son conocidos. Casi, casi puede un hombre ser desgraciado, por tener el consuelo de verse rodeado de tantas almas buenas. Reciban todos mi saludo y mi agradecimiento; si me muero, como en señal de despedida; si vivo, como en señal de testimonio. Á la lista de mis amigos y favorecedores debo añadir tres nombres queridos: D. Juan de la Puerta Canseco, de Santa Cruz de Tenerife; D. Amaranto Martinez Escobar, de Palmas de Canarias; y D. Fernando García, de Gerona.

Cobramos la letra de Reus, pagamos la fonda, hacemos tres visitas, compramos algunas frioleras, y nos proveemos de dos billetes. Llegan las cinco y media, subimos á un coche que nos conduce á una estacion de ferro-carril; nos acomodamos en nuestros puestos, y el tren arranca. Pasan algunas horas, y á los rayos de una luna llena, distinguimos los árboles corpulentos de Orleans, luego las llanuras de Burdeos, despues las torres de Angulema, de Bayona y de Irun. Irun está delante de nosotros. Pasamos un puente, á cuya izquierda hay un guardia civil: mi mujer se baja del carruaje, besa la tierra, y da un napoleon al guardia, que no quiere tomarlo. Estamos en España. Al oír mi mujer que *estamos en España*, las órbitas la saltan de los ojos, y tartamudeaba de alegría. Entre estos regocijos, se vuelve hácia el territorio francés, y hace una cruz, diciendo; *cruz y raya: una y no más, Santo Tomás*. Entre tanto, yo murmuraba: ¡Paris, palacio por fuera, sepulcro por dentro; fábula del mundo, fábula de tí propio, adiós! ¡Luisa, pobre Luisa, adiós!

FIN.

INDICE.

Págs.

Advertencia 4

I. Moralidad de Paris con relacion á la ley 17

II. Moralidad de Paris con relacion á la opinion 21

III. Moralidad de Paris con relacion á las costumbres 24

IV. Moralidad con relacion al trato civil 32

V. Moralidad en industria y comercio. 33

VI. Moralidad de Paris con relacion al arte. 44

VII. Moralidad de Paris con relacion á la familia. 50

VIII. Moralidad francesa con relacion á la política. 51

Resúmen de esta série. 66

PARIS CURIOSO.

DIA PRIMERO. Advertencia del autor.—Llegada á Paris.—Ómnibus.—Travesía.—Hotel español.—Luisa Noel.—Hotel de los Extranjeros.—Restaurant.—Garçones.—Mi barbarie.—Fin del dia. 68

DIA SEGUNDO. Mi amargor de boca.—Jeannin, sucesor de Sellier.—Recado de la señora del hotel.—Paseo á pié.—Extravagancias de una cosa que en Paris se llama gusto civilizado.—Sueldo francés.—Calcetines.—Sortija.—Chaleco.—Pipa.—Sombrero de paja.—Programa.—Rótulos.—Cocina francesa.—Fin del dia. 79

DIA TERCERO. Progresos de mi mujer.—Melancolía.—Nuevos rótulos.—Anuncio de la Union Agrícola.—Costumbre de las señoras de Paris.—Sangre fria de los hombres.—Achaques de raza.—La sogá.—Una mujer en la calle de Richelieu.—La mujer francesa.—Medallas.—Prodigio del genio francés.—Más rótulos.—Baston de

Richelieu.—Plaza de la Concordia.—Arco de la Estrella.—Campos Elíseos.—Vuelta al hotel. 91

DIA CUARTO. Artículo, recuerdo, pesares. 105

DIA QUINTO. La Magdalena. 109

DIA SEXTO. Calle de Rívoli, casa de la Ciudad, columna de Julio, arco del Triunfo, Campos Elíseos.—¿Se vive aquí mejor que en otros puntos? 115

DIA SÉTIMO. Casa de Ciudad, arco del Triunfo, Obelisco. 122

DIA OCTAVO. Vistas de Paris. 134

DIA NOVENO, DÉCIMO Y UNDÉCIMO. Dos días de encierro.—Provisiones.—Los libros de mi mujer.—Un español.—Compras.—Patriotismo de mi compañera.—Carácter capital de las mujeres. 135

DIA DUODÉCIMO. Bustos de azúcar y de chocolate.—Hombres que no debían comer.—Apuros.—Primer restaurant del pasaje de los Panoramas.—Segundo restaurant.—Vajilla de Luis Felipe.—Francia.—Inglaterra.—Pequeño restaurant de Londres. 147

DIA DÉCIMO TERCERO. Almuerzo.—Coche.—Nuestra Señora de Paris.

—Hija deshonrada.—Comida de campo. 156

DIA DÉCIMO CUARTO. El sueldo de la paralítica.—Mis humos caballerescos.—Establecimiento de caldo.—Comida compuesta de tres sopas, de tres platos de carne, de tres legumbres y de tres postres, á franco y medio por persona.—Muñecas que hablan.—

Aleluyas.—Almuerzo.—Estéban Lesperut.—Comida.—Soberbia de mi mujer.—Café cantante titulado la Francia musical.—Teatro de la Gran Opera.—Opera francesa.—Zarzuela española.—Harem europeo. 165

DIA DÉCIMO QUINTO. Lesperut.—Anatomía de la vejez.—Restaurant de

la calle de Montesquieu.—Elemento sajón.—Elemento árabe.

—Restaurant de San Jacobo.—Historia de un magnate francés.

—Pesares de Lesperut.—Proyecto de visitar á Sevres y Versailles. 187

DIA DÉCIMO SEXTO Y SÉTIMO. Sevres.—Las dos figuras.—

Importancia

social y artística de una fábrica de porcelana.—Versalles.

—Sus Museos.—La escuela Vernet.—Impresiones varias.—Vuelta á

Paris.—Encuentro en los Campos Elíseos. 199

DIA DÉCIMO OCTAVO. Visita de un ingeniero, excursiones históricas, epigramas. 210

DIA DÉCIMO NONO. Omnibus.—El Paris de acá y el Paris de allá.—

Palacio de Luxemburgo.—Sus estatuas, sus paseos.—Mujeres del

pueblo que hacen labores manuales en las glorietas.—Bosque de

Bolonia.—Catelan.—Fisonomías diferentes de los garçones de mi

hotel.—Pesares. 222

DIA VIGÉSIMO. Historias. 231

DIA VIGÉSIMO PRIMERO. Noticias de España.—Recogida

del *Cristianismo*

y el *Progreso*.—Reflexiones.—La mujer vestida de negro.

—Restaurant de Vefour.—M. Guizot.—un ataque imprevisto.

—Banco de Francia. 243

DIA VIGÉSIMO SEGUNDO. Banco de Francia.—Consideraciones.—Comida.

—Ocurrencia graciosa de un menestral.—Flor marchita. 257

DIA VIGÉSIMO TERCERO AL TRIGÉSIMO. Versos.—Asesinato de la calle

del Duque de Alba.—Mataderos públicos.—Monte-Pio.—Hospicios y hospitales.—Locos del Sena.—Movimiento de la población.

—Casamientos.—Caja de ahorros.—Caja de descuentos.—Presupuesto de Paris.—Consumos.—Aduana.—Sociedades mercantiles.

—Ferro-carriles.—Correos.—Presupuesto general.—

Comercio.—Deuda pública.—Estadística de Inglaterra.—Palacio Real.—Bolsa.—Tullerías.—Louvre.—Luxemburgo.—Inválidos.

—Panteon.—Luisa. 263

DIA TRIGÉSIMO PRIMERO. Santa Genoveva.—Rothschild.—Salamanca.

—Invitación.—Nuevas curiosidades. 316

DIA TRIGÉSIMO SEGUNDO. Visita.—El brigadier Rotalde.—El Panteon. —Café cantante de los Campos Elíseos.—Tertulia.—Una madre como hay muchas.—Curiosidades. 340

DIA TRIGÉSIMO TERCERO. La enferma.—Museo del Louvre.—La Asuncion.—Apoteosis de Rubens.—Otra pintura de Murillo.—Una respuesta.—Noticia á mis lectoras.—Curiosidades. 362

DIA TRIGÉSIMO CUARTO. La columna de Vendome.—El balcon de la fonda.—Dicho del general Welington.—La saboyana del bosque de

Bolonia.—Una Colegiala.—Cuestion atrasada.—Curiosidades.—A última hora. 372

DIA TRIGÉSIMO QUINTO. Disputa del restaurant de las Columnas.—Manuela Bernaola.—Una mujer de Batiñoles y de Lamartine.—Un caballero vestido de hombre, y un hombre vestido de caballero.—Un conflicto.—Llanto de mi mujer.—Cartas.—Visitas.—Las cinco y media de la tarde.—Un puente.—El Napoleon y el guardia civil. 383

FIN DEL INDICE.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario